

TRACY REES

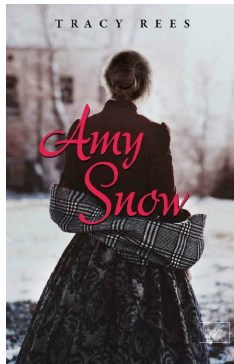
Amy
Snow

Tracy Rees
Seda



© Ludwig Esser

Tracy Rees nació en el sur de Gales. Graduada por la Universidad de Cambridge, se dedicó con éxito primero a la edición de libros de no ficción durante ocho años y luego a la enseñanza y práctica la Psicología humanista. En 2015 ganó el Premio Richard & Judy y el Premio LoveStories a la Mejor Novela Histórica.



Abandonada y despreciada, ¿logrará Amy descubrir el secreto que cambiará su vida?

Abandonada en la nieve para que muriera cuando solo era un bebé, Amy Snow nunca ha conocido el amor, ni lo que es tener una familia. A pesar de que la recogen en Hatville Court, allí no la quiere nadie, y tanto los señores como los sirvientes la desprecian.

Solo Aurelia Vennaway, la bonita heredera de la casa, intercede por ella. Amy la adora, es la luz de su vida, el centro de su mundo. Así que, cuando muere joven, ese mundo se hunde. Sin embargo, Aurelia le deja un último regalo: un puñado de cartas que esconden una clave que la llevará hasta un tesoro que solo ella puede encontrar.

Al final del camino, le espera un secreto que supondrá un giro en su vida... si es capaz de desvelarlo.

*Amy
SNOW*

Amy Snow

Título original: *Amy Snow*

Copyright © 2015 by Tracy Rees

© de la traducción: Natalia Navarro Díaz

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Marta Ruescas

Imagen de la cubierta: © Malgorzata Maj/Arcangel Images

Primera edición: abril de 2019

Primera edición digital: marzo de 2019

ISBN: 978-84-16973-82-8

Producción del ebook: booqlab.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Amy SNOW

TRACY REES

Libros de
seda

Para mis padres con amor.

Prólogo



Enero de 1831

Aurelia Vennaway contuvo la respiración mientras salía de puntillas del salón, donde el calor era sofocante, y recorría el pasillo. Su madre y sus tías llevaban la última hora sin prestarle ninguna atención, pero eso no significaba que tuviera permiso para irse. Su madre pensaba que el mal tiempo la mantendría dentro, que, por una vez, se quedaría sentada, en silencio y de manera decorosa en el rincón, como era el deber de una niña pequeña.

Se puso el gorro encima de los gruesos tirabuzones y se calzó las robustas botas. Se envolvió con una capa azul tan rápido como gustosa se desharía de su destino, si pudiera, y abrió la puerta.

Hacía un día radiante y precioso, como si fuera un anticipo del paraíso. Ya no nevaba, pero el suelo estaba cubierto por una capa de nieve gruesa y de un blanco reluciente. El sol era cegador y el cielo tenía un color azul vivo y celestial. En un día como este, el mundo entero podía cambiar.

Aurelia se puso de rodillas, cuadró los hombros y se miró la ridícula falda que llevaba. Se la recogió todo lo que pudo haciendo un manojo bastante grande y se tambaleó como haría un ciervo con escaso equilibrio por la nieve hasta que los pulmones le ardieron por la luminosidad.

La semana anterior había pasado cinco días sin ver a su madre. El olor metálico de la sangre y los gritos que provenían del dormitorio eran ya solo un recuerdo y su madre estaba de nuevo con la familia, pero menos dispuesta que nunca a complacer. La verdad era que no sabía si siquiera se molestaba en intentarlo. En la casa reinaba un aire de irritación y tirantez.

La luz del sol no llegaba hasta el bosque, más allá de la casa. Las ramas de los tejos cargadas de nieve y algunas ramas, que parecían dedos, de los robles la alcanzaban. Posó las manos sobre ellas, para saludar a los árboles, como si fueran viejos amigos cuya compañía la reconfortaba. Los tirabuzones se le habían alisado y parecían serpientes. El único sonido que allí oía era el de los graznidos de los arrendajos. Se subió a una rama baja para prestarles atención y se puso a soñar con el día en el que se alejara de Hatville Court para no volver jamás.

Oyó un grito desconocido y casi se cae. Le llegó como una ráfaga, débil, pero rechinante, insistiendo para que bajara y lo siguiera. Sintió una fuerza sobrenatural que la llamaba. Volvió a oírlo, un canto de hadas, que la arrastró entre los árboles hacia la luz del sol.

Salió al corazón de una colina. Frente a ella vio algo azul y calvo que se retorció en la nieve. Por un momento, el hechizo del bosque se apoderó de ella e hizo que temiera tocar a la criatura. Sin embargo, la curiosidad rompió el encantamiento y se acercó. Era una niña, un bebé diminuto. Se retiró la capa y lo levantó del suelo nevado. Tenía la piel tan helada como la crema de fresa. La envolvió y la abrazó.

Aurelia pensó que algo no iba bien si una niña desnuda yacía sola en los confines de un bosque donde no había nadie.

—¿Hola? —llamó, mirando a su alrededor—. ¿Hola? ¡Tengo a su bebé!

La única respuesta que le llegó fue el silencio y el vuelo de un cuervo que se alzó con sus alas de seda. El bebé estaba muy frío y apenas pesaba nada. Aurelia se dio la vuelta y corrió todo lo rápido que le permitió la falda.

Primera parte
Enero de 1848



Capítulo 1



Sé que me observan. La carretera que sale del pueblo es extensa y recta. Faltan kilómetros hasta que encuentre una curva, kilómetros hasta que desaparezca de la vista de las ventanas superiores de la casa. Sé lo que ven: nada, a nadie. Una figura menuda, firme y solitaria vestida de negro de luto, con una falda rígida y que hace frufnú y me llega hasta las botas, una capa para abrigarme del frío. Llevo un sombrero negro y de aspecto sombrío y el viento me mece los rizos. Debo de parecer una viajera triste en pleno mes de enero.

La escarcha de los campos y la carretera, el pueblo vacío y deprimente, y un rastro de huellas que dejan las botas y que se extienden hacia el infinito hasta apagarse. Eso es lo que esperan que haga: que desaparezca como si fuera una huella en la nieve que se ha derretido. Si puedo hacerlo, se lo agradeceré a ellos. La razón de que esté aquí, la única persona a la que he amado en mi vida yace ahora a dos metros bajo tierra, arropada por las ramas gruesas y verdosas de un tejo, en un rincón tranquilo del cementerio. La enterraron ayer.

El aire está tan frío que se me saltan las lágrimas. Pensaba que ya se me habían secado los ojos de tanto llorar. Después de las inundaciones bíblicas que han brotado de mis ojos durante estos tres últimos días, creía que ya no me quedaría una gota de agua en el cuerpo, exhausto. Sin embargo, parece que la vida, la pena y el invierno continúan. Tengo los dedos de los pies entumecidos

mientras camino fatigosamente los kilómetros que me separan de la tumba de Aurelia y de Hatville Court, el único hogar que he conocido.

No tarda en oscurecer. La medialuna más afilada que he visto nunca cuelga con forma de cuchilla de un cielo gris y, delante, atisbo la silueta de Ladywell, el siguiente pueblo. Llevo horas caminando.

Me detengo porque debo hacerlo, aunque no es por necesidad de comer, beber o encender un fuego. El frío que siento en los huesos no es nada comparado con el que me hiela el corazón y no hay compañía amable en la tierra que pueda compensar la falta de Aurelia. Pero aún me quedan nueve kilómetros y medio para llegar al siguiente pueblo y los caminos están atestados de sombras. Sería una estupidez continuar; no ha habido una joven que haya sido un objetivo más sencillo para los malhechores. Y aunque albergo poca fe en que vuelva a sentir que merece la pena vivir, no quiero arriesgar la vida. Puede que Aurelia ya no esté, pero aún no ha terminado su labor conmigo. Cumpliré sus deseos al morir con la misma fidelidad que cuando estaba ella conmigo.

Entro en el Rose & Crown. Con la segunda herencia secreta que he recibido de Aurelia, podría permitirme el White Harte Royal, un hotel de buena reputación. Pero las noticias vuelan entre Ladywell y Enderby. Si llegara a Hatville Court la noticia de que han visto a Amy Snow reservando una habitación en el Harte, mañana vendrían a buscarme en carruaje como sabuesos salidos de averno. Se enterarían de que lo que he heredado es más de lo que parecía.

Con el Rose & Crown tengo suficiente. Puede que la charla en la taberna no sea la más refinada para una joven dama que se preocupa por su reputación, pero yo no soy una dama; me lo han dejado bastante claro.

Titubeo en el recibidor. ¿Quién soy? ¿Una joven respetable o una chica cualquiera? ¿Criada, hermana o amiga? Mi papel en esta historia de Aurelia Vennaway me confunde, en especial ahora que tengo que concluirlo.

—¿Puedo ayudarla, señorita? —Un hombre de voz suave se acerca, dando palmas con las manos, como si le preocupara que su mera presencia pudiera resultar una ofensa. Qué bien conozco esa sensación.

—Gracias, señor. Una habitación para pasar la noche, por favor. Y, tal vez, un poco de comida, nada elaborado, y una bebida caliente.

—Por supuesto, señorita, por supuesto. ¡BELLA!

El tono de bienvenida se convierte en un bramido y una joven sirvienta aparece en el recibidor como una liebre salida de un agujero.

—Bella, enciende el fuego de la habitación Barley y lleva allí la bolsa de la señorita —le indica, volviendo a un tono de voz normal—. Le recomiendo que cene en la taberna esta noche, señorita. No lo sugeriría de no ser porque allí ya está encendido el fuego y su dormitorio tardará en alcanzar una temperatura agradable. La taberna está tranquila, el frío mantiene a muchas personas en casa, y, si me permite decirlo, parece helada hasta los huesos, señorita...

—Snow.

Me mira y de pronto parece comprender. Bella se queda ahí de pie, tiene el brazo delgado, tan estirado casi le llega al suelo, mirando con curiosidad hasta que el posadero le pide que siga con sus tareas.

—Disculpe, señorita Snow. Si le parece bien la taberna, yo mismo la atenderé y me aseguraré de que no la molesten. Su habitación estará en orden para recibirla cuando haya comido.

Se me llenan los ojos de lágrimas por la amabilidad que me dispensa y tengo que hacer un esfuerzo considerable para que no se me escapen.

Ceno en la taberna y, aunque no puedo comer mucho, tomar algo caliente y rico me da fuerzas. No me quedo mucho y me retiro a una habitación pequeña y sencilla que, como me prometió el dueño, está caldeada. Me aseo de forma rudimentaria.

Mientras caminaba, me convencí de la idea de que tenía que escribir un diario sobre mis días y mis viajes para así tener la sensación de que mi vida tiene algún sentido, para dejar un testimonio. A solas y en silencio, pensar que Aurelia ya no está me sobrepasa, pero no puedo abandonar, no puedo dejar esta misión tan pronto. Tengo que ser fuerte.

Empiezo a escribir. Tampoco tengo otra cosa que hacer.

Capítulo 2



No puedo evitar comenzar con una reflexión sobre la cama. Una observación indecorosa para una joven dama, sin duda, aunque ¿por qué tiene que ser así? Una cama es un lugar en el que se desarrolla buena parte de la vida: los nacimientos y las muertes, las pasiones y los sueños, los momentos más fundamentales de nuestra frágil existencia humana.

En esta historia hay muchas camas importantes, en particular la de mi señora, donde yació tumbada y enferma la mayor parte de los tres últimos años. Y la mía, la primera cama que conocí, que era un banco de nieve, un colchón blanco prístino donde reposaba la cabeza y acurrucaba las extremidades, que heló mi pobre cuerpo de bebé y me dejó calada hasta los huesos. También me dio mi apellido. No solo me proporcionó un nombre¹ adecuado, sino también un símbolo de identidad. Toda mi posición en esta sociedad que llamamos mundo está marcada por ese espacio blanco y frío.

No habría sobrevivido en esa preciosa cama, suave y reluciente (no era esa la intención, no hay por qué avergonzarse de los hechos) si no hubiera sido por una niña terca que casi nunca hacía lo que le decían. Esa niña era Aurelia Vennaway, la única hija de *sir* Charles y *lady* Celestina Vennaway, familia de influencia del condado.

A la temprana edad de ocho años, Aurelia era el tesoro de sus padres y también su pesadilla. Ella, que no se mostraba impresionada por su destacada

posición en sociedad, parecía indiferente a los distingos de valor que hacen los seres humanos entre ellos. Yo, por el contrario, he comprendido siempre que algunos niños son infinitamente más valiosos que otros.

El día que me encontró, Aurelia llevaba un vestido de color cobrizo y unas botas marrones recias con botones oscuros. Estaba envuelta en una capa azul y llevaba puesto un gorro de color claro. Yo no me acuerdo, por supuesto, pero ella me lo contó. Me contó todas las historias de mis primeros años de vida con riguroso detalle, como si intentara compensar que desconociera mi identidad con una historia personal detallada.

Ese día, la monotonía del salón abrasador y lleno de gente la había envuelto por completo. Aunque el suelo estaba lleno de nieve, brillaba el sol y Aurelia respiraba mejor fuera. Las cuatro paredes de una habitación no le proporcionaban los horizontes que ella anhelaba, horizontes que podía medir con los ojos y esforzarse por conquistar con las dos piernas. Era como un animal salvaje, decía siempre Cook.

Corrió hasta el bosque, donde los arrendajos gorjeaban con tanta furia que fue un milagro que me oyera. Pero lo hizo y, aunque perdió el gorro mientras se adelantaba y resbalaba en la nieve, me encontró: delgada y agitada bajo un cielo azul infinito. Me pregunto si yo era consciente de lo que sucedía, si Aurelia, con su capa azul, se apareció ante mí como un ser divino surgido del aire.

A diferencia de los bebés de primos y conocidos que hasta el momento habían conformado toda su experiencia con la población infantil, yo no tenía el rostro rosado y afable, sino enjuto y azul. No estaba envuelta en satén y encaje, estaba totalmente desnuda. Lloraba, me contó, como si me estuviera enfrentando al mundo entero.

Me envolvió en la capa y corrió a la casa. Incumpliendo todas las normas de decoro y descalzado, irrumpió en el salón, donde su madre y sus tías seguían hablando, tejiendo y hablando. Las huellas de las pisadas que dejó en la alfombra fueron recibidas con gemidos de horror cuando colocó el bulto con cuidado delante del fuego y lo desenvolvió.

No entendía por qué la respuesta de *lady* Vennaway a mi llegada fue chillar «¡Aurelia!», como si hubiera hecho algo malo. No entendía por qué había

hecho mal (y quedaba claro que así era) al ayudar a un alma viva. Tampoco entendía por qué su tía Evangeline protestó tanto porque hubiera perdido el gorro, como si este fuera más valioso que un bebé.

Con el tiempo, le explicaron que no todos los bebés valían lo mismo, que ese valor dependía de muchas cosas, sobre todo de las circunstancias de su nacimiento y de su familia. Que el mundo tiene cabida para una jerarquía entera de bebés. Yo era un ejemplo de bebé sin valor, un soplo desagradable de deshonra, aunque no de la de ellos, que simplemente no era bienvenida ni apropiada en la distinguida familia Vennaway.

Al momento de mi llegada a Hatville Court, me degradaron a la cocina. El fuego vivo del salón y la suave alfombra persa no eran lugar para mí. Tendrían que bastar el calor residual de los fogones y un cubo de patatas que habían vaciado de forma apresurada. Pero Aurelia insistió en seguirme hasta allí y ella y Cook me atendieron y me cuidaron hasta que recuperé el color y la vida.

Lady Vennaway estaba profundamente impactada. No por la atrocidad que habían cometido contra mí, pues sabía bien que las personas que no pertenecían a las mejores familias eran un pozo de iniquidad. Pero el resultado de semejante inmoralidad se había presentado en su casa, había invadido su hogar, y eso era indignante. Lo único que ella deseaba (y su marido estaba de acuerdo) era deshacerse de mí. Había orfanatos y asilos para pobres que se encargaban de problemas como yo, pero su preciada y adorada Aurelia no lo consintió.

Hatville Court podría considerarse como una especie de Azincourt actual que acogió una batalla que, durante dos décadas y media, se intensificó y menguó. Un ejército era el formado por lord y *lady Vennaway*: poderosos, respetados, adinerados y con las convenciones de su lado. El ejército contrario era Aurelia: pequeña y, además, una niña; sus oportunidades de vencer eran nulas, pero se negaba a aceptarlo y eso la llevó lejos.

La mayoría de las batallas que libró eran de importancia menor: la elección de un vestido, la censura en las lecturas, si debía o no acompañar a su madre en sus rutas diarias por el pueblo. En ocasiones venció, pero la mayoría las perdió. No obstante, abogar por mí fue la primera de muchas causas por las que se comprometería sin importarle nada. En esta ocasión, obtuvo la victoria

con auténtica obstinación, mostrando una voluntad férrea muy poco atractiva en una joven. Creo que también recurrió a una pataleta. Sin embargo, así como el general más brillante puede beneficiarse de refuerzos, también la campaña de Aurelia se vio engrosada por unos aliados inesperados.

El primero de ellos fue el grupo de hermanas de *lady* Vennaway, que estaban de visita. Aunque todas estaban horrorizadas conmigo, algunas mostraron compasión por el pobre bebé, y alivio porque el destino me hubiera enviado hasta una familia con amplia fortuna y para la cual no supondría un problema. (Probablemente una jugarreta para *lady* Vennaway, la más guapa y orgullosa de las hermanas que acechaba tras esos sentimientos filantrópicos).

El segundo fue la aparición, tan solo dos horas más tarde, del reverendo Chorley. Si se mostró consternado por la bandada de damas con la que se había tropezado, enseguida lo distrajeron las noticias que lo aguardaban. Aurelia, que había estado ausente desde mi llegada, apareció de pronto y le informó de su descubrimiento. Su viva descripción del pobre bebé azul se vio adornada por Gwendoline, la más joven y menos prudente de las tías. El buen reverendo era de la opinión de que Dios me había traído junto a los Vennaway con el fin de salvarme la vida, así como de bendecir a *lady* Vennaway con la preciada oportunidad de realizar una labor cristiana y dar ejemplo en el pueblo.

Para los Vennaway, la reputación lo era todo. Su señoría estaba arrinconada. La general Aurelia venció.

1 N. de la Ed.: El apellido de Amy es «Snow», que en inglés significa «nieve».

Capítulo 3



Me valgo de la luz suave de la linterna y saco un sobre del bolsillo del vestido negro. Lo sostengo entre las manos y me acuerdo de la lectura de la voluntad de Aurelia. Me parece que hace toda una vida de eso y tan solo fue ayer.

El funeral, ese acontecimiento infame, tuvo lugar por la mañana y a continuación nos retiramos todos a sufrir con nuestro dolor en privado. A las cuatro nos reunimos en el estudio: lord y *lady* Vennaway, Maude la prima de Aurelia, yo, Cook y el señor Clay, el maestro de la escuela del pueblo. En resumidas cuentas, sus beneficiarios. Y, por supuesto, Wilberforce Ditherington, su abogado.

Era una sala acorde con semejante y sombría ocasión. En realidad, toda la casa, aunque espléndida, es adusta y austera. Un visitante nuevo de Hatville se sentiría embaucado por los terrenos llenos de vida, lujosos y vastos. Los campos exuberantes y el bosque, los patios y los huertos amplios, los jardines cercados con hierbas y rosas que llevan así cientos de años. Pero la belleza y la abundancia se encuentra fuera.

La fachada de la casa es impresionante. Una vez dentro, sin embargo, al recién llegado le costaría reprimir un escalofrío. Dos de las alas están veladas por sábanas para evitar el polvo, pues los tres Vennaway son muy pocos para ocuparlas todas. Los muebles de los salones son espléndidos a su manera,

pero también anticuados y sencillos. Las mesas son para la comida y las sillas, para proporcionar asiento, pero reina una cierta falta de inspiración, a nadie en Hatville se le ocurriría tener en consideración la comodidad ni la decoración.

En cuanto murió Aurelia, sentí cómo moría la luz en mi interior. La Amy Snow que resistía ayer en un rincón del triste estudio, la más odiada de los presentes, no notaba ya las miradas de condena que le lanzaban. El señor Ditherington nos leyó cómo deseaba Aurelia que dispusieran de su fortuna personal y las palabras se dispersaban a mi alrededor como si fueran arena. Las sumas de dinero, recitaba, se habían repartido para diferentes causas filantrópicas que ella apoyaba: la sociedad por la educación de las clases más bajas, el movimiento anticólera de Surrey, la alianza por la promoción del alojamiento humanitario para el desamparado, y otras más. Los padres de Aurelia miraban por la ventana, como de costumbre, desencantados y un tanto desconcertados por las obras de caridad de su hija. A continuación, el señor Ditherington continuó con peticiones más personales y los Vennaway volvieron a prestar atención.

El señor Clay se estremeció cuando escuchó la cantidad que había donado a su pequeña escuela. Eso suponía reparaciones, suministros, ampliaciones y su ansiado sueño cumplido.

La prima Maude estaba encantada de recibir los lujosos vestidos, sombreros y capas que le había legado. Incluso enferma, Aurelia seguía sintiendo una pasión impropia por la moda y encargaba de forma regular vestidos a medida en Londres. Siempre fue considerablemente presumida.

Cook se puso a llorar al enterarse de que le había dejado varias joyas, entre ellas el relicario de oro y rubí con forma de corazón. Lord y *lady* Vennaway parecían incómodos, pero Cook no era quien suponía peligro. Servía a la familia desde hacía mucho tiempo, era inevitable que Aurelia sintiera afecto por la mujer. Y, tratándose de Aurelia, estaba destinada a ser generosa.

Yo era la peligrosa, pues mi relación con ella había sido más cercana que la de los demás. A pesar de mi bochornoso comienzo y la insistencia de todos de que era una criada humilde y totalmente prescindible, Aurelia había

logrado ascenderme a doncella, después a acompañante y, los últimos meses, a enfermera personal. Habían intentado echarme con diferentes formas de maltrato, insignificantes y también importantes. Sin embargo, Aurelia no estaba dispuesta a separarse de mí y yo tenía bastante capacidad de resistencia.

Cuando el abogado leyó mi nombre, todos se quedaron petrificados. Los padres de Aurelia se pusieron nerviosos, esperando a escuchar qué derroche intolerable me concedería de forma póstuma. En ese momento, fue sorprendentemente inofensivo:

A Amy Snow, amiga verdadera y compañera devota en los largos años de mi enfermedad, dejo diez libras, una suma que sé que usará con inteligencia para iniciar una vida nueva donde ella desee. También mi anillo de oro y granate, que suplico que lleve puesto en mi memoria. Asimismo, mi último cuaderno de dibujo en el que capturo mis impresiones del pasado otoño, más brillantes gracias a su amistad, que ha ardido como un fuego y ha dispersado el frío de mi inminente partida.

Fui muy consciente de los suspiros de alivio que se oyeron a mi alrededor. No había que montar un espectáculo tan pronto tras la muerte de Aurelia. El anillo que me había dejado tenía menos valor que el relicario de Cook, que sobre todo contaba con valor sentimental. El dinero los dispensaba a todos de la necesidad de decidir qué hacer conmigo; era consciente de que no iban a añadir un solo penique. El cuaderno, aunque muy personal, tenía más valor para mí que para ellos. Podían permitirlo. Qué bien nos conocía Aurelia.

Diez libras. Esa fue la suma de dinero que el señor Ditherington contó concienzudamente y depositó en mi mano ayer por la tarde. Un anillo y un cuaderno de dibujo. Los recuerdos que me metí en el dedo e introduje en el bolso a sabiendas de que me marcharía de Hatville Court al día siguiente. Habría preparado el equipaje en el momento de la muerte de Aurelia si sus sentimientos por mí no fueran tan conocidos en el vecindario. Si no hubiera asistido al funeral, la gente habría hablado y los Vennaway no toleraban las habladurías. Y después, por supuesto, requirieron mi presencia en la lectura

del testamento, y no podían permitir que los vieran echarme de allí tan tarde. Semejantes circunstancias llevaron a lo que pasó a la mañana siguiente. Esta mañana. ¡Hoy!

Dormí de forma intermitente, desgarrada por la soledad y asustada por un futuro que no era capaz de imaginar. Pero confiaba en Aurelia: si ella decía que podía comenzar una vida nueva con diez libras, eso es lo que haría. Esa mezcla extraña de confianza y miedo me ayudó a resistir la mañana siguiente, cuando me puse en pie con dificultad y me acerqué a la ventana para observar el horizonte a las sombras del invierno con la esperanza de que me inspirara.

Y así fue, aunque no como yo habría imaginado. El señor Clay estaba dando vueltas por el jardín de la cocina.

Me quedé asombrada. Se había marchado ayer después de la lectura. ¿Por qué había regresado tan pronto y por qué se paseaba entre las plantas? No podía tener ningún asunto pendiente con los Vennaway, él, un simple maestro de escuela.

Entonces levantó la mirada, me vio y alzó la mano con la boca abierta, como si pronunciara un «¡Ah!», aunque por supuesto yo no lo oía. Realizó una serie de gestos para invitarme a que me acercara a él; lo hizo sigilosa y educadamente. No tenía conocimiento de que la comunicación sin palabras pudiera resultar tan efectiva. Rápidamente, me vestí y me recogí el pelo, luego recorrí los pasillos silenciosos y salí al jardín cercado de la cocina.

—¿Podemos hablar en privado en algún lugar? ¿Fuera de la casa? —me preguntó enseguida con voz baja y nerviosa. Fuera cual fuese el asunto que lo había traído hasta aquí, era demasiado importante como para perder el tiempo en sutilezas.

Lo conduje por la puerta, a lo largo del camino hasta un pequeño bosquecito. Rodeados por los árboles y la niebla de enero, ahí no nos vería nadie. El viento soplaba secretos en su lengua incomprensible. Los árboles yacían en un silencio enigmático, desnudos y negros, como la realidad que suponía la muerte de Aurelia.

El hombre miró a su alrededor y, satisfecho con el lugar, se quitó el sombrero.

—Le pido disculpas por molestarla en este momento tan complicado,

señorita Snow. Como verá, me han encargado que venga.

—¿Quién se lo ha encargado, señor Clay?

Parecía desconcertado con sus propias palabras.

—La señorita Vennaway.

Se me paró el corazón. ¿Cómo era posible?

Se metió la mano en el abrigo y sacó un paquete. Aferrado a él, vaciló.

—Cuando regresé anoche a casa, me sentía... animado por la herencia tan generosa que me había dejado. Me senté en mi estudio y escribí una extensa carta a la señorita Page contándole lo generosa que había sido la señorita Vennaway. La señorita Page y yo estamos comprometidos, como ya sabe.

—Lo sé, señor Clay, lo sé.

—Y luego, bueno, preparé unas chuletas.

—¿Unas chuletas?

—Sí. Cocinadas con especias y cebollas, deliciosas. Supongo que la fortuna me dio apetito. Pasó un rato antes de que regresara al estudio para abrir el paquete que el señor Ditherington me había confiado. Era bastante grande, si lo recuerda, y esperaba que contuviera muchos documentos legales.

No me acordaba del paquete, pues había estado muy distraída durante la lectura del testamento. Pero si se trataba de unas últimas palabras de ella, daría todo lo que tenía por tenerlas.

—En realidad contenía muy pocas cosas para mí. Un cheque del banco con la cantidad acordada y una carta en la que expresa sentimientos amables por el futuro de la escuela y por la felicidad en mi matrimonio. También había una petición en la carta. Y... aquí está. —Me tendió el paquete.

Por fuera ponía «Amy Snow» con la letra familiar de Aurelia y con su tinta preferida violeta. No podía creérmelo. Miré el rostro serio del señor Clay.

—La petición era que le entregara esto en persona antes de que se marchara de Hatville Court y que no permitiera que nadie se enterara de lo que había hecho. No podía decepcionarla.

—Pensó en todo —comenté en voz baja.

—Usted lo era todo para ella. Le deseo suerte, señorita Snow. Espero que me considere un amigo, al menos, allá donde vaya.

Se inclinó y yo hice lo mismo; a continuación, nos separamos. Me deseó

buena suerte y yo bendije sus esfuerzos en la escuela. Tenía la sospecha de que nunca más volvería a ver al buen señor Clay.

No me demoré. Estaba ya vestida y tenía el equipaje a medio hacer. Si me marchaba antes de encontrarme con los Vennaway, eso nos ahorraría a ambos una última situación incómoda. Pero, antes que nada, quería una explicación. Abrí rápidamente el paquete y saqué un sobre. Dentro había un fajo de dinero que no conté y una carta que leí de inmediato. No me arriesgué a leerla en la casa, ni siquiera en mi habitación podía confiar en contar con algo de privacidad. Así pues, me quedé en el bosque, bajo la luz tenue, leyendo y temblando, y sin creermelo de todo las palabras que tenía delante.

Después volví a la casa. Terminé de preparar el equipaje, tomé el bolso y me cepillé el pelo, rebelde y oscuro, para estar lista y salir a la carretera.

Casi se me salió el corazón del pecho cuando la puerta del dormitorio se abrió de pronto. Me di la vuelta y vi que lord Vennaway se acercaba a mí con el rostro ceniciento y el bigote temblando en el labio superior.

—¡Tú! —gruñó, pasándose una mano por el pelo que luego metió en el bolsillo, para sacar después el puño y volver a meterlo—. Sigues aquí y no deberías, nunca deberías haberte quedado aquí. ¿Quién eres? Te has aprovechado del tierno corazón y la inocencia de mi niña. La adulaste para ganarte su afecto. Permaneciste aquí, donde no eras bien recibida. ¡Intrigante! ¡Vagabunda! ¡Desgraciada! Tú eres la que debería haber muerto, no ella. La amábamos, pero se marchitó como una rosa. Y tú la envenenabas. Eras una compañía impropia. Seguiría con vida si la hubieras dejado en paz, pero no lo hiciste. ¡No lo hiciste!

Nunca le había oído hablar tanto. En realidad, apenas le había oído hablar; nos evitábamos el uno al otro todo lo posible en nuestro día a día. Su esposa sí me atormentaba a menudo; había escuchado de su parte en incontables ocasiones que la niña que creció sana era la equivocada, que Aurelia estaba destinada a la grandeza, que yo debería de haber muerto en la nieve. Lord Vennaway, por el contrario, era simplemente una presencia que me desaprobaba, la lluvia en un día de picnic. Ver aquí en mi dormitorio a aquel hombre, dramático y delirante, y ver quién era en realidad, me resultó del todo alarmante. Me aparté de él.

—¿Qué tienes ahí? —me preguntó. Pasó junto a mí y tomó mi bolso.

Resollé horrorizada. ¡El preciado paquete! No podía perderlo antes de haber examinado el contenido. ¡No podía decepcionar a Aurelia tan pronto!

Al menos el sobre estaba a salvo, lo llevaba en la falda. De forma instintiva, me llevé la mano al lugar donde se encontraba y sentí el papel crujir. Lord Vennaway me miró y, por un momento que se hizo eterno, pensé que me agarraría la mano y descubriría la carta y el dinero. Pero, en lugar de eso, se puso a rebuscar en el bolso; fue una invasión humillante de mi intimidad. Ropa, libros, ropa interior (cerré los ojos, abochornada) y viejas cartas volaron por los aires y aterrizaron en la cama y el suelo mientras él se abandonaba a la pasión de la búsqueda. Enseguida encontró el paquete.

—¿Qué es esto? —inquirió al ver la letra de su hija en el envoltorio.

Me vi obligada a hablar.

—Un regalo de cumpleaños. De Aurelia.

—¿Un regalo de cumpleaños? Tú no tienes cumpleaños. No tienes una fecha de nacimiento que merezca ser recordada. —Tenía la mirada fija en mí.

No podía permitir que me afectara, había oído cosas peores.

—Solíamos celebrar un cumpleaños que ella eligió para mí. En enero. El día que me encontró. Fue varios días antes de que... de que... —Se me llenaron los ojos de lágrimas. Por el amor de Dios, no podía decir «muriera»—. Lo guardé —conseguí decir— para tener un recuerdo de ella después de... después...

Vi aterrorizada cómo le daba la vuelta y lo abría.

—¡No! —no pude evitar gritar. Fui a recuperarlo, pero él me empujó con fuerza.

Rasgó el papel y le observé mientras lo hacía, destrozada e impotente. Apareció una tela verde, suave y femenina, quizá con algún bordado, aunque no me di cuenta. También se deshizo de eso. El envoltorio aterrizó en la cama y la gasa verde cayó al suelo.

—¡Fuera! —siseó—. Márchate de mi casa y no regreses nunca. Hemos tolerado tu despreciable presencia demasiado tiempo. Aurelia ya no está y cualquier tipo de afecto por ti murió con ella. Como vuelvas a pisar esta propiedad llamaremos a la policía y nos aseguraremos de que desaparezcas de

una vez por todas.

Temblando, reuní todas mis pertenencias. Esta vez no lo hice con cuidado, simplemente lo guardé todo hecho una bola, de cualquier manera. Lo primero que metí en el bolso fue la tela verde y el envoltorio rasgado, después todo lo demás mientras él me observaba, revolviendo y tirando cosas. Lo único en lo que podía pensar era en escapar con la herencia que su hija me había dejado y que no habían descubierto. Había metido las cosas en el bolso de tan mala manera que apenas podía cerrarlo; mi vestido gris sobresalía.

No hubo despedidas. Ni siquiera Cook acudió a verme marchar, aunque supongo que se lo prohibieron. Cerraron la puerta cuando salí y me vi en esa carretera larga y recta sin haberme peinado siquiera. Pero no habían encontrado el dinero ni la carta, y el paquete seguía estando entre mis cosas. Eso era lo único que importaba.

Capítulo 4



La habitación Barley del Rose & Crown es un cuarto del tamaño de mi dormitorio de Hatville y tiene el doble de muebles. Huele a abrillantador y hollín. Me resulta solitaria y desconocida, pero me concede la tan ansiada privacidad. Al menos puedo ponerme a mirar el regalo de Aurelia.

La tela verde es seda con algunas miosotis bordadas, nomeolvides. Es un chal ligero de los que llevan las damas elegantes a los bailes de verano para cubrirse los hombros blancos como el marfil. Cuando entierro la nariz en los pliegues sedosos, me imagino que estoy oliendo el jazmín y la luz de la luna. No es la temporada para llevar este precioso obsequio, ni yo soy la chica adecuada para lucirlo.

Cuento el dinero y compruebo que hay cien libras. Me quedo mirándolas, perpleja, y las guardo en el neceser, aunque espero encontrar un lugar mejor. No es seguro que las tenga encima.

Leo una vez más la carta a la luz de la lámpara, horas después de la primera lectura con la luz grisácea de la mañana. Ahora el papel está iluminado por el brillo dorado de la lámpara.

Mi preciada Amy:

Si estás leyendo esta carta es que el señor Clay ha cumplido lo que le pedí, como estoy segura de que hará, y yo habré muerto, como sé que sucederá.

Querida, sé que debes de estar sufriendo mucho ahora mismo. Hemos sido afortunadas por el tiempo que hemos pasado juntas, ¿no crees? No conozco a mucha gente que pueda presumir de experimentar el profundo afecto y el compañerismo que nosotras hemos compartido. Puede que fuera hija única, pero no cabe duda de que tengo una hermana.

Pero dejemos el asunto, pues conoces bien mis sentimientos y tengo que contarte muchas cosas. Por muy íntimas que fuéramos, hay algunos secretos que te he ocultado. No por falta de confianza, espero que lo sepas. Lo comprenderás cuando los conozcas, y siempre he pensado que debías saberlos. Pero no son secretos que pueda presentar en una carta, al menos no en esta. Desearía con todo mi corazón haber podido contártelos en persona, con las cabezas muy juntas bajo la luz de la hoguera junto a la cual tantas veces nos hemos sentado. Prepárate, mi querida Amy, pues hay mucho que desconoces.

¿Te acuerdas de cuando eras pequeña y yo solía animarte preparando búsquedas del tesoro para ti? Me esforzaba en buscar pistas y lugares secretos cuando te ibas a la cama, las colocaba y luego disfrutaba de cada instante observándote mientras corrías para encontrar el tesoro. (Normalmente no era más que una muñeca vieja o un pañuelo de encaje, pero las dos sabíamos qué era lo importante, ¿verdad? Al principio eran chocolates que te traía de Londres y al menos podías comértelos antes de que te los quitaran. Ah, de acuerdo, las dos nos los comíamos).

Te estarás preguntando a qué vienen ahora esos viejos recuerdos. Te explico: este es el inicio de mi última búsqueda del tesoro para ti. Considera mis cartas (pues habrá varias) pistas: cada una te llevará a la siguiente. He planeado desplegar mi historia poco a poco, con cada carta que te aleje de Hatville, de la ignominia del trato que te han procurado allí. Cada vez estarás más segura y serás más fuerte y más libre. Para la cuarta o quinta carta, cualquiera que te conociera habrá perdido tu rastro. Nadie me conoce tan bien como tú, querida.

Perdóname por no hallar respuestas aquí. Perdóname también si el tono de esta carta es inadecuado. Puede que no sean las primeras palabras perfectas que se envían a alguien desde más allá de la muerte. Pero

mientras escribo esto, sigo aquí, sentada a la mesa de la habitación que tan bien conoces. Te dije buenas noches hace tan solo cinco minutos y mañana veré tu sonrisa dulce. Tenemos planes de sentarnos en el jardín de las rosas después del desayuno. Me cuesta escribirte como una mujer muerta cuando la vida es todavía tan bonita.

Sin embargo, mi muerte se aproxima. Cuando llegue, no tendrás amigos, pues las dos conocemos el comportamiento desafortunado, más bien cruel, que tienen mis padres contigo. Nuestra amistad es algo precioso y espero que nunca lamentes que haya existido, pero también te mantiene prisionera, atada a esta casa y dependiente de mí. Ahora puedes volar libre, pajarito. Y yo voy a ayudarte igual que tú me ayudaste a mí, más de lo que imaginas.

Estás triste y sola. Pero no te faltan medios. Te cedo una suma de dinero. Habrá más, pero, por el momento, esto es todo. ¡Más diez libras! ¡Como si fuera a dejarte una cantidad tan insignificante! Me da rabia que crean eso de mí, pero resulta muy práctico también. El chal verde es un regalo. Se volverá muy apropiado para ti, Amy, aunque dudo que me creas.

¿Cuál es la primera instrucción de esta búsqueda del tesoro? Que viajes a Londres, querida. Ese es el primer destino. Tienes dinero, puedes viajar cómodamente; disfruta del viaje si puedes. ¡Asómbrate al ver una parte de nuestro país tan distinta a Enderby! Cuando llegues allí, busca una librería que se llama Entwhistle's. Acércate a la sección de historia natural. (Una señorita buscando entre las obras del señor Beckwith... ¡qué escándalo! Asegúrate de que tu frágil cerebro no explote). Recuerda el libro del que hablamos largo y tendido aquella tarde de verano que vino a cenar el señor Howden. Considera las variables y encontrarás una carta para ti. ¿Cómo he dispuesto esto? Porque soy una maga, pajarito mío.

Para terminar, mi querida Amy, ámate. No espero que te recuperes de mi pérdida de la noche a la mañana, ni que me olvides o me reemplaces (pues soy única, ¿verdad?). Pero sí espero que vivas. Y vive bien. La vida que has conocido hasta ahora, sin importar nuestra amistad, no es la vida que puedes y tienes que conocer.

Por favor, sigue mis pistas. No solo porque te llevaré más lejos de lo que puedas imaginar, sino porque tengo asuntos pendientes que solo tú puedes

*concluir. Nuestros juegos y aventuras aún no han llegado a su fin. ¡Ja!
¡Hará falta mucho más que la muerte para silenciarme!*

Con amor:

AV

Capítulo 5



Fue siempre incontenible. Incluso cuando cayó sobre ella el puño de hierro del diagnóstico y machacó las esperanzas de Hatville Court con un golpe tan doloroso como aquel, ella se rio. ¡Se rio de verdad! Y mi vida cambió para siempre.

Hasta entonces, había vivido una extraña existencia hecha de fragmentos y retazos, lo que no sorprende del todo teniendo en consideración cómo empecé. El banco de nieve se vio reemplazado por el cubo de patatas, y el cubo de patatas por una cuna cuando *lady* Vennaway se dobló ante el ojo que todo lo ve de la sociedad y decretó que podía quedarme. Las condiciones eran que nunca tuviera que verme, que no tuviera que ocuparse de mi educación y que me contratarían como criada en cuanto fuera lo bastante mayor para ser útil para alguien.

La cuna la donó Marcus, el que se encargaba de la hacienda. Su esposa le había dado siete hijos en una sucesión rápida y le había informado de que, si volvía a acercarse a ella con intención romántica, perdería una pierna y tendría que buscar un nuevo empleo. Colocaron la cuna en un rincón de la cocina y ahí pasé mi primer año de vida.

La mayor parte de mi cuidado recayó sobre Cook. Tenía un corazón grande, era hábil y siempre estaba ahí. Pero también estaba ocupada, y cuando lo necesitaba, pasaba la responsabilidad a una de las doncellas (un grupo

rotativo de personajes, ya que trabajar para *lady* Vennaway no era fácil) o a Robin, el ayudante del jardinero, que por entonces tan solo tenía ocho años, pero contaba con una amplia experiencia con hermanas pequeñas. Era amable, responsable a pesar de la edad, el tipo de persona que inspira el sentimiento de que todo va a ir bien.

Los primeros meses me alimentó una nodriza llamada Lucy y, cuando Cook estaba con las manos en la masa, cualquiera que se encontrara en ese momento en la cocina se encargaba de mis necesidades higiénicas. Dejarse caer para tomar algo de comer era arriesgado.

Crecí, como todos los bebés, y me convertí en una persona demasiado grande para que me alojaran en la cocina. Cuando empecé a gatear, era un verdadero peligro en un mundo lleno de cuchillos, llamas, botes de vidrio y botellas. Así pues, la diáspora de mi cuidado se extendió por la hacienda de Hatville.

Robin me subía a una carretilla cuando el suelo estaba mojado y me llevaba con él mientras se ocupaba de las flores, recogía manzanas y reparaba muros.

Cook también recurría a Benjamín, el mozo de cuadra más humilde. Era demasiado insignificante para ejercitar a los famosos caballos de lord Vennaway, así que lo confinaron a las tareas de los establos: limpiar, lavar las pieles, remendar redes y cosas por el estilo. Podía quedarme en un lugar todo el día, bajo un ojo supervisor, y fuera de la vista de *lady* Vennaway, que era la norma más importante que había que cumplir en lo que a mi cuidado respectaba. Decían que yo era feliz en una pila de heno durante horas.

Incluso Jesketh, el mayordomo, de pelo cano y majestuoso, se veía obligado a encargarse de mí cuando era necesario. Cuando se negaba, Cook amenazaba con dejar de preparar tartas de cereza. Y así, de una forma o de otra, seguí con vida.

Por supuesto, también estaba Aurelia. Ella fue quien me puso el nombre: Snow, por razones obvias, y Amy por su muñeca preferida. Fue un gran cumplido, pues esa primera Amy venía de París y llevaba un vestido de satén de color azul marino. Tenía los ojos azules, el pelo negro y era la cosa más bonita que había visto nunca Aurelia. Era un precedente difícil de igualar y creo que ningún niño mortal podría vivir a la altura de semejantes estándares

de belleza.

Mi primer recuerdo de verdad es de Aurelia. Creo que tendría unos dos años y ella tendría diez. Estaba escarbando en los establos cuando llegó con sus amplias faldas para montar su poni. El recuerdo no incluye el color o el nombre del poni (aunque me han contado que se llamaba *Lucky* y era gris); ni siquiera me acuerdo del color de la ropa de montar de Aurelia (verde oscuro con adornos de color escarlata). Pero sí recuerdo sus movimientos, cómo entró en los establos contoneándose, el retumbar de las botas en el suelo adoquinado, el revoloteo de la paja a su llegada y cómo se subió a la silla. Después se volvió, se precipitó hacia delante con *Lucky* y desapareció bajo la luz.

Conforme crecí, pasé de ser un bebé azul y esquelético a convertirme en una niña pálida y esquelética, demasiado pequeña y con un aspecto extraño. Según me contaron, tenía una masa inmensa de pelo negro y unos ojos marrones amarillentos demasiado grandes para la cara estrecha. En cuanto fui, según las palabras de *lady* Vennaway, lo bastante mayor para resultar de utilidad, me aprovecharon para ayudar a todo el mundo.

Robin me enseñó a distinguir las malas hierbas de las plantas y aprendí a usar una rascadera para acicalar a un caballo en cuanto pude mantenerme de pie yo sola. Cook me enseñó a examinar las manzanas, patatas y cualquier otro producto para retirar lo podrido.

Mis vistas eran, mayormente, de patas y piernas: las patas de la mesa de la cocina (y el reino de migas y cebollas que había en medio); piernas con pantalones marrones trabajando duro; piernas con pantalones negros haciendo guardia en los campos de los Vennaway; patas de caballos; piernas subiendo escaleras; y piernas escondidas debajo de faldas en constante movimiento.

Tengo vagos recuerdos de esta época, pero son la mayoría agradables. La cocina era cebollas y sirope, repiqueteos metálicos y gritos, horno negro y fuego rojo. Los jardines eran tierra y manzanas, el ruido suave y rítmico de la pala en la tierra, arcoíris y gotas de lluvia. Los establos eran heno y caballos, relinchos y viento, dorado y marrón, polvo y brillo.

Desde que yo recuerdo, Aurelia aparecía casi a diario y jugaba conmigo o me llevaba a dar paseos. Aunque pasaba una gran cantidad de tiempo en los

jardines, me parecían muy distintos cuando ella me agarraba la manita sucia con la suya, elegantemente enguantada, y me enseñaba sus flores y pájaros preferidos. Sabía tanto de plantas y criaturas como Robin, pero el suyo era una clase diferente de conocimiento. Ella conocía los nombres latinos de las cosas y sus orígenes; Robin sabía lo que les gustaba y cómo hacerlas crecer.

La adoraba. Era preciosa, amable y radiante, y me trataba como si fuera su mascota más especial.

Mis momentos preferidos eran cuando me leía antes de dormir. Por esa época, mi cama estaba en la trascocina. Nadie más dormía allí; los sirvientes se alojaban muy lejos, en los áticos. Pero a mí me consideraban demasiado pequeña para arreglármelas con todas esas escaleras y la jornada de trabajo era tan intensa que me quedaba sola muy pocas horas por las noches. A veces Aurelia venía a la hora de dormir, colocaba una silla y se quedaba muy cerca de mí. Yo apoyaba la cabeza en su brazo y escuchaba su voz: melodiosa, alegre y diferente a todas las demás voces que conocía. Tanto si tronaba fuera como si resplandecía el crepúsculo lila de un día de verano, esos momentos eran mágicos y dichosos.

Capítulo 6



Mi primera noche fuera de Hatville Court, en la estrecha cama del Rose & Crown, duermo bastante mal. No me sorprende. Desde que murió Aurelia, mi corazón es como un animal en libertad. Duermo con un ojo abierto, con una cautela nueva que no creo que desaparezca nunca. Me despierto muy temprano.

En torno a mí una serie de ideas se arremolinan como invitados en un baile, tan raudas e intensas que me dejan sin aliento. Las emociones las acompañan como si fueran sus carabinas. Ya no está Aurelia: dolor, como si llevara el corsé más ajustado e incómodo. Ya no tengo Hatville Court: una mezcla de miedo y alivio. Al parecer, ¡hoy voy a Londres!: una sacudida de inquietud. Y la carta. ¡Las cartas! Una inmensa esperanza y alegría. Voy a seguir teniendo a Aurelia, lo que me ayudará a continuar en estos días oscuros.

Me aseo y me visto. No tengo apetito, pero por primera vez en muchos días, estoy dispuesta a cuidar de mí misma, así que voy a comer. Tengo tareas que realizar, tareas de Aurelia. ¡Qué inteligente ha sido! Sabía que, si había algo en la tierra que me obligara a seguir adelante, era la devoción que sentía por ella. Podría llevar muerta mil años que yo seguiría deseando complacerla.

Leo la carta una vez más y me la meto de nuevo en el bolsillo de la falda. La llevaré conmigo en todo momento.

Para mi alivio, el propietario está en el recibidor, no quería tener que ir a

buscarlo. Incluso sin el torrente de emociones que amenazan con derrumbarme a cada minuto, eso me resultaría complicado. Supongo que tengo tendencia a ser reservada. Solo he conocido la vida en Hatville, apenas he salido de allí. Y Aurelia tenía razón: era una prisión. Pero nunca pensé en ese lugar como tal mientras ella estaba allí. Éramos como dos pájaros que nos hacíamos compañía en una jaula bonita.

Ahora me obliga a ver mundo, pero en este momento no puedo darle las gracias por ello. No creo que encuentre un cálido recibiendo fuera de Hatville. Estoy acostumbrada a sentir que soy una molestia; además, sé que para llevar a cabo los deseos de Aurelia tendré que depender de otra gente que me ayude y me proporcione información, aunque, gracias a Dios, no por dinero. Así que me siento enormemente agradecida cuando el señor Carlton me pregunta si puede ayudarme con algo.

—Gracias, señor Carlton, es usted muy amable. ¿Sabe a qué hora salen los trenes hoy? Iré caminando hasta la estación y luego... Me preguntaba... —Me quedo sin palabras. Nunca hasta ahora había hecho ningún viaje. Apenas sé cómo formular las preguntas que necesito hacer. Y no quiero abandonar esta posada antes de lo necesario; representa mi último vínculo con la vida que siempre he conocido.

—Claro, señorita Snow. Si es tan amable de acompañarme a mi despacho, podemos buscar todo lo que necesita saber.

Se detiene en la puerta y me guiña un ojo.

—No tema, señorita Snow, vamos a consultarlo con el señor Bradshaw.

Miro a mi alrededor, buscando a un caballero bondadoso de bigote blanco y expresión sabia. Pero la sala está vacía excepto por una densa fila de estanterías y un escritorio grande y desordenado. Está atestado de papeles y plumas, y adornado con tres punzones pincha papeles largos en los que hay clavadas facturas. Alrededor hay asientos vacíos.

—Bien. —Sonríe de oreja a oreja y toma un grueso volumen con pretensiones de ser un libro. Unas líneas en la considerable capa de polvo de la estantería revelan que es un volumen muy usado—. Esta es la publicación más maravillosa que existe, señorita Snow. ¿Conoce al señor Bradshaw?

—Me temo que no.

—Es el autor de este compendio espléndido. Una compilación de horarios de los trenes de todas las empresas que recorren el país. ¿Sabe cuántos viajes supone eso, señorita Snow?

—No puedo imaginármelo, señor Carlton.

—¡Ni yo tampoco! Nadie puede, a excepción del señor Bradshaw, supongo. En una palabra: ¡muchos! Mire, mire todos estos trenes.

Pasa las páginas del libro, maravillado. En efecto, parece que hay muchos trenes.

—Piénselo —continúa—, hasta hace muy pocos años, las diligencias seguían recorriendo nuestra zona de Surrey. El progreso, señorita Snow, ¡el progreso!

Sigue pasando las páginas de su oráculo, lamiéndose los pulgares. En cada hoja veo una mancha densa de tinta negra, todo columnas, figuras y líneas. Me siento intimidada.

—¡Ah! —grita con júbilo cuando llega a la página correcta—. ¿Me permite, señorita Snow?

—Con gusto, señor.

—¿Arriba o abajo?

—¿Disculpe?

—¿Quiere un tren para arriba o para abajo?

Dudo un instante. Pensaba que todos iban rectos por el suelo, pero creo que ya nada puede sorprenderme.

—¿Al norte o al sur, señorita Snow? ¿Arriba, hacia Londres, o abajo, hacia Brighton?

—Ah, ya entiendo. Gracias, señor Carlton. Pues... —Intento construir mi respuesta de modo que parezca que estoy pensando en mis planes, que me dirijo a Londres porque es el lugar más obvio al que ir y no porque tengo un destino predeterminado. Debo recordar que para miradas ajenas todavía voy sin rumbo fijo, que solo tengo diez libras. Qué cuidadosa tengo que ser con todo lo que digo y hago.

Finalmente, llegamos a la conclusión de que no tengo que dejar el Rose & Crown hasta dentro de una hora casi. El señor Carlton insiste en enviar a un chico para que lleve mi bolso y me deje a mí en el tren. Iba a rechazar la

propuesta, tan reacia como soy a convertirme en un problema para alguien, pero el señor Carlton no quiere oír hablar de una joven dama yendo sola a la estación.

—Ni hablar —se inquieta—. La compañía ferroviaria es estupenda, pero en una estación hay de todo tipo de personas, señorita Snow. Y me parece que usted no ha tomado nunca un tren. ¿Conoce el protocolo?

No lo he tomado y no lo conozco. El señor Carlton me describe las peculiaridades de comprar un billete en la caseta que hay junto a la estación y qué hay que hacer si el vendedor no está, la importancia de elegir el vagón correcto y el asiento óptimo, cómo dirigirte a los pasajeros y dónde guardar el billete para que no se pierda.

—A las damas siempre les recomiendo el guante izquierdo, señorita Snow. No hay lugar mejor para este propósito. Parece que los billetes tienen propensión a escaparse, y ese es un gran inconveniente, pues el inspector no va a creer que ha comprado el billete y lo ha perdido. Insistirá o dará por sentado que intenta defraudar a la compañía ferroviaria y eso es un insulto, señorita Snow... El guante izquierdo.

—El guante izquierdo —murmuro. La cabeza me da vueltas—. Muchas gracias, señor Carlton, no sé qué habría hecho sin su inestimable consejo. ¿Quién iba a imaginar que había que tener tantas cosas en consideración?

—Así es, así es. Ya no es como antiguamente. Muchos de mis clientes se sienten muy incómodos con los cambios y he tenido que esforzarme por aclararlo todo lo máximo posible con el fin de facilitar el progreso. *Trucos y consejos para el viajero sin experiencia*. ¿Cree que el proyecto contaría con el favor del público?

—Yo lo encontraría de un valor incalculable, señor Carlton. ¡Escríballo!

—Gracias, señorita Snow. Creo que lo haré. Diseminar el conocimiento es obligación del ser humano, compartirlo con todo aquel que lo pueda necesitar.

—Eso es exactamente lo que decía la señorita Vennaway. —Sonrío y me quedo callada.

El señor Carlton asiente.

—He oído que era una joven extraordinaria. Mis más sinceras condolencias, señorita Snow.

Capítulo 7



Cuando tenía seis años y Aurelia catorce, llegó una reina al trono. Recuerdo a Aurelia sonriendo de oreja a oreja, con el pelo revoloteando en el aire mientras me hacía girar una y otra vez en el jardín de la cocina; el vestido parecía un arcoíris. Era verano y juro que el aire estaba lleno de mariposas.

Cuando naciste, el gobernante era un rey —me contó sin aliento cuando caímos al suelo—, pero ahora una mujer gobierna la nación; una mujer joven, ¡solo cuatro años mayor que yo!² Oh, Amy, eso me hace sentir que todo es posible. Dicen que aceptó su responsabilidad con la misma ecuanimidad que si estuviera en un salón comiendo bollos. Si es tan joven y tan ingenua y femenina para resultar apta para la tarea, ¡está claro que ella no es consciente de ello!

Me acuerdo del optimismo que reinaba en todo el mundo, pero yo era muy joven para entender lo que implicaba el inicio de una nueva era. Para mí, la reina parecía imaginaria, como la princesa que besó al sapo o la joven que lanzó el cabello desde la torre de los cuentos. Aurelia, sin embargo, sentía una conexión entre ella y la monarca. Las dos eran hijas únicas. Ambas tenían más ideas de las que correspondían a una cara bonita. Las dos habían jurado que tan solo se casarían por amor. La Victoria que imaginábamos y de la que hablábamos Aurelia y yo en privado se había convertido en un tercer miembro

ausente de nuestro feliz y pequeño club. Solíamos hacer planes sobre lo que le preguntaríamos si viniera a tomar el té.

Fue cuando crecí un poco cuando comenzaron mis problemas, o al menos salieron a la superficie, como siempre supe que pasaría. A los siete años, estaba en una edad en la que, si mis circunstancias hubieran sido distintas, habría dejado el trabajo en la casa para llevar a cabo otro servicio. Me habrían elegido para un propósito y me habrían entrenado para alcanzarlo.

Ningún requerimiento me llevó hasta Hatville, yo ya estaba allí. La selección de trabajo para mí fue arbitraria. No se tuvieron en consideración mis preferencias y las chicas no podían trabajar en los establos ni en los terrenos. Dada la condición de *lady* Vennaway de que debía permanecer fuera de su vista, la cocina era la elección más obvia, pero Cook, Rosy y Dora ya se ocupaban de ella, así que, a menos que la familia tuviera visita, yo siempre andaba detrás de todo el mundo. Las doncellas estaban molestas conmigo porque tenía menos carga de trabajo. Yo estaba dispuesta a hacer más, pero Cook no quería que me arriesgara a encontrarme con *lady* Vennaway; lo temía tanto como si fuera algo personal y no solo mío. A menudo me sentía desconcertada con lo que hacía y empecé a tener el ceño permanentemente fruncido.

Cada vez que aparecía Aurelia, aburrida y sola, como solía sentirse, Cook estaba encantada de que otra se encargara de mí. Al principio, eso resolvió el problema. Pero empezó a resultar evidente que yo no hacía gran cosa.

La dificultad radicaba en que Hatville era mi hogar. Así como Aurelia daba por sentado que aquella era su casa, con sus adornos de la Regencia, y su papel como dama de alta cuna en el vecindario, lo que implicaba que tenía que visitar a los granjeros una vez por semana y repartir comida y monedas cuando nacía un bebé nuevo, yo di por sentado que mi sitio estaba en la trascocina, donde tenía la cama, y que me correspondía la calidez de la cocina y el derecho de pasear libremente. Cuando me enteré de que Hatville tenía zonas que aún eran desconocidas para mí, habitaciones, un salón de baile y una biblioteca, como es natural, quise visitarlas. Cook y yo estábamos preparando juntas tartas de cereza cuando intentó explicarme que no eran lugares que yo pudiera recorrer, que esa no era mi casa.

Me quedé perpleja.

—Claro que es mi casa. He vivido siempre aquí, ¡con toda la gente que conozco!

—Pero Hatville pertenece a otras personas. Es su casa y tú eres la sirvienta.

—Pero... ¿ellos quiénes son? —quise saber.

—Lord y *lady* Vennaway son el señor y la señora de este lugar. Tienes que trabajar duro para ellos, Amy, igual que yo y que todos los demás.

No sabía por qué no había visto nunca al señor y a la señora.

—Porque son gente importante y muy ocupada. Hatville es tan grande que vuestros caminos nunca se cruzan.

—¿Y tú los has visto, Cookie?

—Sí.

—¿Y Robin?

—Sí, Robin también.

—¿Y Marcus, Benjamín y Jesketh?

—Sí, Amy. Venga, céntrate en lo que estás haciendo.

Cook jadeaba mientras amasaba la enorme cantidad de masa. Yo resoplé, levantando el flequillo, con la misma concentración mientras deshuesaba las cerezas. No lo entendía; había dos personas cuya existencia suponía que mi casa no era mi casa... ¿y a las que todos habían visto menos yo? No me parecía posible.

—Cookie... ¿cómo es que todos los habéis visto si la casa es tan grande y ellos están tan ocupados?

—Porque el señor y la señora tienen que conocer a sus sirvientes, darles instrucciones y todo eso.

—¿Y entonces por qué no me han dado nunca instrucciones a mí?

—¡Amy! ¡Deja de hacer preguntas y deja de comerte las cerezas!

Pobre Cook. Mi situación precaria habría sido difícil de explicar a cualquier persona, mucho más a una niña curiosa.

Más tarde, mientras las tartas se doraban y se volvían aromáticas, y nosotras limpiábamos, salió el tema de que Aurelia era la hija de esas Otras Personas. Hatville Court era también su casa, pero no la mía.

Me reí, incrédula. Aurelia y yo nos veíamos todos los días. Ella me contaba historias y me dejaba montar junto a ella a *Lucky*. Me enseñaba a jugar a las cartas y a hacer carreras de ramitas en el río, ¡y nunca me había dado ninguna instrucción!

—¿Cómo pueden ser sus padres mi señor y mi señora cuando Aurelia es mi amiga? —pregunté en voz baja.

—Porque —me explicó ella, sudando ya— ella no es tu amiga. Es la señorita. No debes olvidarlo nunca.

—Pero... —comencé, y entonces vi la cara de Cook y me quedé callada.

Ahora entiendo la situación tan incómoda en la que se encontraba. El trato que me dispensaba Aurelia me distinguía, sugería un estatus y un favor que no se podía sostener, y estaba en desacuerdo con sus deseos de niña de alta cuna. Pero ¿qué podía hacer Cook? No era deber de una sirvienta sermonear a la señorita de la casa. Intentó explicárselo, pero Aurelia no atendía a razones. Disfrutaba jugando conmigo, no tenía a nadie más, y, además, ella me había encontrado.

En esa época, todo me parecía un sinsentido extraño. Recuerdo que pasé tres o cuatro días dándole vueltas al asunto ese verano, pero luego decidí no preocuparme más.

Entonces, un día, por primera vez que yo recordara, *lady* Vennaway apareció en la cocina. Normalmente llamaba a Cook o a Dora con la campanita. Una o la otra se sobresaltaba, se desataba el delantal, se sacudía el polvo y salía corriendo de la habitación, aunque un caldo acabara de ponerse a hervir o hubiera un asado a medio sacar del horno. Yo estaba sentada bajo la mesa, quitándoles las hojas a las fresas, cuando llegó. Solo me di cuenta de que algo había cambiado porque las charlas cesaron de pronto y hasta las ollas burbujeantes se quedaron en silencio. Vi que las faldas crujían al hacer reverencias.

—¿Dónde está la niña? —preguntó una voz clara, parecida y al mismo tiempo diferente de la de Aurelia.

—Aquí, *milady*.

Cook sonaba sumisa. Movié la mano roja delante de mi cara, haciéndome

señas para que saliera de debajo de la mesa. Me arrastré; tenía curiosidad por conocer a la famosa señora, la propietaria de Hatville, la que hacía sonar las campanas, en cuya existencia (como en la de Dios y Samuel Pickwick) había creído a medias hasta el momento.

Me puse en pie delante de ella y la miré. Se parecía a la reina de hielo que aparecía en uno de los libros de Aurelia, insoportablemente altiva y tan guapa que casi dolía, con un vestido de flores y un recogido suelto en el pelo. Me pareció tan feroz y radiante que me dieron ganas de esconder la cara.

Ahora me parece extraño que mi primer instinto fuera querer agradecerla. Eso es lo que más me duele, pues inmediatamente quedó claro que no lo hacía. Me miró desde su enorme altura y comprendí, por su mirada, que mi presencia la ponía enferma.

Seguía con un cuchillo en la mano y una fresa en la otra, así que los solté, por si era eso lo que la ofendía. Pero no.

—¿Qué le pasa?

—Lo lamento, señora, creo que está nerviosa —murmuró Cook.

Me apartó para recoger lo que había tirado. Nunca me había tratado con tanta dureza y me sentí mal.

—Inclínate, niña —me ordenó y eso hice, sorprendida.

—Quiero verla a solas. Que me siga. —La señora se dio la vuelta y salió de la habitación.

Noté que la cocina suspiraba de alivio, pero Cook me agarró de los dos brazos y me miró a la cara.

—Oh, cariño —musitó—. Oh, cariño, cariño, cariño.

Me tomó de las manos para examinarlas, pero tampoco estas parecieron gustarle. Las tenía manchadas de jugo rosa y con la capa de siempre de mugre. Se escupió en la palma y empezó a frotármelas con fuerza.

—No hay tiempo, Cookie —señaló Dora.

Una voz furiosa resonó en el pasillo.

—¿Va a venir o no?

—¡Ve! —Cook me desató el lazo del delantal y me empujó al pasillo al mismo tiempo—. Sé respetuosa. ¡Sé buena! —Y salí corriendo tras la señora de la casa.

La perseguí por un pasillo largo con el techo alto. No pude evitar maravillarme mientras corría, pues no había estado antes allí. Las paredes de madera tenían retratos oscuros de hombres pálidos con cuellos altos y bastante encaje. Algunos aparecían con caballos, otros tenían niños pequeños y esposas, había quienes contaban con perros marrones y blancos de todos los tamaños, formas y tipo de pelo.

Por desgracia, mientras corría, me volvía, miraba y seguía corriendo, el lazo del delantal, a medio desatar por Cook, se aflojó. Se me cayó el delantal del cuerpecillo, se me enredó en los pies y me caí de bruces.

La mejilla y las manos me escocían y la cabeza me palpitaba. *Lady Vennaway* se volvió y me miró con desdén.

—Patosas.

Siguió andando y yo me apresuré, mirando esta vez por dónde iba y agarrando el delantal con las dos manos.

Entramos en un estudio frío con una repisa vacía y una mesa limpia y cerró la puerta. Ella se sentó en una silla con patas simétricas, frente a mí, y me miró a los ojos.

Dicho con palabras, podría parecer que hay destinos mucho peores para un niño. Pero cuando la que miraba era *lady Vennaway* y el objetivo de su mirada era yo, se trataba de una experiencia dolorosa.

Al igual que su hija, tenía un rostro muy expresivo, con unos ojos grandes y huesos delicados que verbalizaban cada pensamiento y cada sensación. Pero mientras que los sentimientos de Aurelia eran siempre francos y cálidos, los de su señoría eran del todo diferentes.

Mi inocencia se resquebrajó bajo esa mirada. Me taladró con aquellos ojos azules y vi sombras a las que no podía dar nombre desplazarse entre ellos como nubes. Curvó el exquisito labio superior, aunque, aparte de eso, mantuvo una cara seria e imperturbable. Podría pensarse que era inmune a mí, excepto por los ojos y ese labio.

Y entonces me escupió a la cara.

Fue un gesto tan repentino, tan impactante, que retrocedí. El escupitajo me cayó con fuerza en el ojo y se deslizó por la cara. Me lo limpié de inmediato y luego me restregué la mano por el vestido. No entendía nada, pero me sentí

humillada de un modo que resultaba nuevo para mí. Quería lavarme el ojo, no solo porque me escocía, también porque no podía soportar el pensar que el veneno de esta mujer me calara en el ojo y se abriera paso hasta llegarme al alma.

A continuación, se levantó, me empujó hasta la puerta y la cerró tras de mí.

Me quedé temblando en el pasillo, bastante segura de que me había echado, pero tan confundida que no sabía si podía irme o tenía que quedarme. Nadie me había tratado nunca así. Su señoría no salió y, poco después, me fui de allí.

Me perdí. Habíamos doblado una esquina o dos antes de que me cayera al suelo y no sabía desandar los pasos. Todos los pasillos, todas las puertas, parecían las mismas. Acabé a los pies de una larga escalera por la que no habíamos pasado, una escalera ancha, alta y en espiral, curva y de color beis, como la concha de un caracol monstruoso. Arriba había galerías y paredes elevadas, extensiones silenciosas y claras. No me atreví a subir, pero temía desandar los pasos y encontrarme de nuevo a la señora.

Tenía la esperanza de que su interés por mí pudiera suponer que iba a convertirme en una sirvienta de verdad que no tenía que permanecer escondida, pero, por poco que entendiera, no creía que mirarme con odio y escupirme fuera la forma habitual de realizar una entrevista.

La rabia y la curiosidad me impulsaron en otra dirección. Miré por una puerta abierta y me encontré una cámara enorme que me dejó maravillada. Las paredes estaban pintadas de un azul glaciado y del techo colgaba un candelabro tan grande como una hueste de ángeles. Las cortinas largas y verdes llegaban hasta el suelo y el brillante suelo de madera reflejaba la luz. Me había desviado hasta un mundo extraño e invernal.

—¡Amy Snow! —rugió una voz y me encogí—. ¿Qué diablos haces aquí?

Era Jesketh, furioso, pero conocido. Nunca me había alegrado tanto de verlo.

2 N. de la Ed.: Aurelia habla de la reina Victoria del Reino Unido y la Gran Bretaña, que sucedió a Guillermo IV. Heredó el trono a los dieciocho años, tras la muerte sin descendencia de tres tíos paternos. Su reinado fue uno de los más largos que se recuerdan, pues duró más de sesenta años, hasta el fallecimiento de la monarca en 1901.

Capítulo 8



Paso la última hora en el Rose & Crown, ordenando el bolso, un poco mareada aún después de mi huida apresurada de Hatville. La ropa se arruga por minutos. No tengo nada bonito, pero intentaré no empeorar mi aspecto más de lo necesario.

Ha sido un momento reflexivo. Me perturba ver fragmentos de mi antiguo mundo aquí, donde me siento perdida.

Lo saco todo del bolso y vuelvo a meterlo de manera ordenada. Introduzco lo más pesado primero: el único par de zapatos que tengo de repuesto, unos planos y grises para usar en interior o en verano, y los libros. He traído cinco. Fue descorazonador elegir tan pocos, pero sabía que tenía un largo trayecto que recorrer y nadie los llevaría por mí. He traído la Biblia, un libro ilustrado de cuentos de hadas que Aurelia me leía cuando era pequeña, *Ivanhoe*, de sir Walter Scott, y, por supuesto, dos obras del señor Dickens. Verlos me trae recuerdos de Aurelia, riendo tanto que no podía leer y aferrándose a mi brazo.

A continuación, meto el cuaderno de dibujo que me dejó. Tampoco soy capaz de mirarlo.

Después, el pequeño neceser con un cepillo para el pelo, un espejo de mano, una toalla de lino y un pequeño bote con dentífrico alcanforado hecho por Cook... y cien libras.

Luego meto las prendas de ropa más pesadas: un vestido de lana idéntico al

que llevo puesto, solo que gris en lugar de negro. Un mantón de lana. Colores oscuros, inofensivos. Luego, el vestido de verano marrón. El chal verde de Aurelia, cuidadosamente doblado. Y, finalmente, un fajo de viejas cartas amontonadas con un lazo dorado y todas dirigidas a Amy Snow.

Son de Aurelia, de la época que pasó fuera de Hatville. No es un periodo que me guste recordar, de manera que las cartas fueron una bendición cuando llegaron; las he traído porque no podía soportar dejarlas atrás.

No son muchas pertenencias para diecisiete años de vida en esta tierra, pienso al tiempo que cierro el bolso. Y en alguna parte, empaquetado entre los zapatos y los vestidos ajados por el uso, están mis sueños, igual de raídos por el descuido.

Aurelia siempre tuvo muchos sueños y hablaba de ellos a menudo. Estos siempre me incluían. Estaba deseando recibir su fortuna y dejar Hatville para siempre, viajar, enamorarse muchas veces... cambiar el mundo. Mi destino estaba vinculado al de ella, después de todo, me había salvado la vida, así que siempre daba por hecho que yo iría allí donde fuera ella y durante los primeros años de mi vida yo también lo creí. Pero en lo más profundo del corazón se cuajaban otros sueños.

Yo no quería estar siempre en la carretera, como tanto deseaba Aurelia, recorriendo el país de un lado para otro como la Reina. Yo quería una casa, pero no una como Hatville con sus barras de acero de tradición y orgullo. A veces, en momentos de privacidad, tumbada en la cama de la trascocina o en los establos, veía una casita de campo, pequeña y cuadrada, en el centro de un prado verde, alejada de la exuberancia y con un poni glotón. Un marido risueño que me defendía de los insultos. Niños que se hacían arañazos y me obsequiaban con regalos hechos de papel y pasta; hijos a los que daba amor y seguridad, todo lo que yo nunca tuve. Pero nunca se lo conté a Aurelia, pues eran sueños pobres comparados con cambiar el mundo. Además, ¿quién iba a quererme a mí? Nunca tuve voz y mis sueños mermaron.

Ahora me parecen sueños muy sencillos, un cuadro pintado con ceras por un niño nostálgico. Pero la belleza de los sueños imposibles radica en que son imposibles, el cómo y el cuándo no importa. Supongo que el deseo real no era el esbozo de la imagen, sino los sentimientos que yacían debajo de la

superficie. Anhelaba paz, pertenecer a algún lugar, amor.

Me sobresalto cuando Tom, el chico del señor Carlton, viene para acompañarme a la estación. Llevo muchos años sin pensar en la casita de campo, el marido y los niños. Y la paz y la seguridad parecen ahora más remotas que nunca.

Es una pequeña zona de Ladywell, me cuentan, pero a mí me resulta sobrecogedora. Ver al fin las vías del tren de las que tanto he oído hablar y que tan solo he visto en ilustraciones. Los brazos negros y avaros de la serpiente que cruza el país y lo divide en pedazos. El hombre de los periódicos nos explica que conectan aquí con allí, y A con B hasta que la distancia se anula por completo y cualquier persona puede ir a cualquier lugar en cualquier momento que lo desee.

No hay ningún edificio en la estación, solo una plataforma abierta a la intemperie. Sopla el viento y susurra entre la gente, aunque vamos con suficiente tiempo.

Tom acepta la moneda que le entrego y compra el billete por mí. En segunda clase. No pueden verme viajar en primera estando tan cerca de Enderby, y tampoco tengo valor para viajar en tercera. Por supuesto, lo guardo en el guante izquierdo.

Me lleva hasta el andén y me deja en un lugar muy particular.

—Aquí estará cerca de una de las puertas, señorita. Podrá saltar directamente adentro. Esperaré y la ayudaré con el bolso, por supuesto. ¿Ha echado un vistazo para ver qué pasajeros pueden resultar adecuados para iniciar una conversación?

No puedo decir que lo haya hecho, pero Tom señala a una familia que parece tener mucha energía como ejemplo del tipo de viajeros a los que puedo hacer preguntas con tranquilidad, y a dos hombres con sombrero y abrigo negro como ejemplos de los que debo de evitar.

Estoy muy asustada como para no aceptar cualquier consejo que puedan darme, pero también me cuesta concentrarme. Me marchó de Ladywell. Me marchó de Ladywell. Me marchó de Ladywell. Solo he estado aquí dos o tres veces y, aun así, me resulta familiar comparado con todo lo que me espera de

ahora en adelante.

Cuando llega el tren, compruebo que es un monstruo enorme, negro y sibilante y me siento al mismo tiempo emocionada y aterrorizada al verlo. Se abren las puertas con un ruido parecido al que harían los demonios al sacudir las puertas de hierro del infierno. Unas torres inmensas de vapor inundan el aire.

Soy una viajera de la era del tren. Soy una mujer joven en el mundo. Tengo tareas importantes que llevar a cabo. Sin embargo ¿por qué?, ¿por qué no está Aurelia aquí para compartir esta aventura conmigo?

Capítulo 9



Antes de mi llegada, Aurelia se sentía muy sola. Cuando éramos aún muy jóvenes, me contó que su madre perdía a todos los bebés y por eso no tenía a nadie con quien jugar. Creía que era por ese motivo por el que Dios la había enviado para que me encontrase; Él sabía que no iba a ser tan descuidada como su madre. Me alegraba muchísimo que lo hubiera hecho.

Aunque Aurelia tenía muchos primos, ninguno se parecía en espíritu a ella. Para empezar, yo era como su mascota, como los pájaros heridos y animales atrapados que rescataba y acogía en lugares extraños: un ratoncillo en una casa de muñecas, una serpiente en una bañera. Robin era cómplice en sus misiones de rescate. Él le enseñó a cuidar del ala de un pájaro, cómo preparar un ungüento con acederas. Pero él era un muchacho tranquilo y los animales tenían todavía menos que decir. Aurelia tenía la cabeza llena de ideas.

Siempre quiso a alguien con quien poder compartirlas, alguien que la ayudara a entender las cosas que la hacían reír y las que le daban ganas de gritar. Con seis, siete y ocho años, yo aún no era una igual para ella, pero sí era lo siguiente mejor que podía tener: una pupila dispuesta.

No era una niña estúpida y curiosidad no me faltaba. Me enseñó a leer, a escribir y a contar, a dibujar y a montar a caballo. No era la única sirvienta de Hatville que podía hacer tales cosas, pero eso no hacía que fuera popular.

Aurelia tenía una amiga mayor y a veces sentía celos de ella. La señora

Bolton era una mujer delgada de unos treinta años, que tenía un cabello sin gracia, una buena colección de sombreros elegantes y una mandíbula más cuadrada que la de Robin. Siempre vestía con los colores de un pavo real: azul o verde oscuro con destellos dorados y ámbar. No era boba, decía siempre Aurelia con admiración, y a mí me preocupaba que creyera que la boba era yo; la señora Bolton no me prestaba mucha atención. Ella y Aurelia mantenían conversaciones profundas sobre el estado del mundo y de las mujeres, y eso me hacía sentir más joven y más pequeña de lo que ya era. Pero nunca dudé del afecto que mi amiga sentía por mí y me animaba el hecho de que lord y *lady* Vennaway tampoco aprobaran a la señora Bolton.

Pasó bastante tiempo (o eso me pareció) desde mi primer encuentro con *lady* Vennaway. El recuerdo de ese día no me asolaba a menudo, pero estaba ahí, como una cerca invisible. Aurelia y yo corríamos por los jardines, pero siempre evitábamos el campo de croquet, la terraza y el jardín de las rosas, lugares donde podíamos encontrarnos con gente civilizada. Robin siempre nos advertía cuando nos acercábamos demasiado y nosotras salíamos corriendo como duendes a los confines más lejanos de los jardines. Cook no me permitía acompañar a Aurelia cuando iba a Enderby a hacer lo que ella denominaba «acciones pródigas de una dama». Por las historias de las angostas casas de la gente que allí vivía, sabía que yo tenía mucho por lo que sentirme agradecida, aunque es propio de los niños curiosos olvidar ese hecho.

Era inevitable que llegara el momento en que Aurelia quisiera compartir su reino interior conmigo. Y también era inevitable que, cuando lo hiciera, nos descubrieran. En una ocasión, mientras aprendía a tocar el piano, la señora Last, el ama de llaves de entonces me arrancó de la banqueta a media escala. Me arrastró hasta la cocina y me lanzó contra la puerta con fuerza.

Otro día, Aurelia me animó a probarme uno de sus vestidos. Siempre habíamos vestido de forma distinta: ella con telas lustrosas con fajines y lazos, pololos de volantes blancos asomando por debajo de las amplias faldas; y yo con la ropa sencilla del trabajo, zapatos planos y una cofia blanca. Me envidiaba mucho.

Esa vez fue una de las doncellas, Peggy, quien nos vio.

Tenía la sarga gris alrededor de los pies y la seda azul por la cabeza. Estaba temblando, únicamente con la combinación blanca de algodón puesta, cuando la puerta se abrió.

Peggy había estado impaciente por compartir la información de mi paradero y ahí estaba *lady* Vennaway. El grito que profirió aún me retumba en la cabeza. Cualquiera habría pensado que lo que había visto era una rata corriendo sobre la mesa del almuerzo.

Yo no veía nada con las enaguas delante y noté que me arrebataban el vestido con tanta fuerza que oí cómo el satén se rasgaba. *Lady* Vennaway me llevó ella misma hasta la cocina antes de que me diera tiempo a ajustarme bien el vestido. Mientras lo hacía, me hincaba los dedos en la piel.

Me lanzó, literalmente hablando, dentro. Me estrellé contra el fogón y me quemé el brazo, aunque de refilón. Tenía otras dos preocupaciones más importantes.

En mitad de tanta confusión, oí algo con claridad. *Lady* Vennaway, con un lenguaje muy claro y acompañado de una sarta de amenazas, prohibió a Aurelia que volviera a verme. Vi cómo el rostro de Cook, de costumbre sonrosado, se quedaba lívido cuando su señora le echó una regañina de tal calibre que no recordaba haber oído nunca.

Esa noche lloré hasta quedarme dormida por tercera vez en mi vida. La primera fue cuando comí muchos dulces de fresa y acabé con un dolor de barriga tremendo. La segunda fue por las penurias de *Oliver Twist*.

Esta era una situación del todo diferente. Mi única amistad se había visto amenazada; había terminado, pensaba. Y por mi culpa, aunque no de forma voluntaria, Cook tenía problemas de verdad.

Ella siempre había hecho todo lo que había podido por mí y ahora la habían humillado delante de las sirvientas de la cocina, que miraban boquiabiertas el espectáculo. Su puesto estaba en entredicho, bramó *lady* Vennaway. Yo no sabía dónde estaba Entredicho, pero estaba segura de que era un lugar al que nadie querría ir, como el manicomio de Bedlam o la cárcel. No quería que enviaran a Cook a Entredicho por mi culpa.

Esa noche pensé mucho. Nunca había pensado tanto. Me había tomado los días tal cual llegaban y aceptaba las circunstancias de mi vida tal y como se

presentaban. Contemplaba las restricciones en cuanto adónde podía y no podía ir como reglas arbitrarias del mundo de los adultos. A los adultos les gustaban las reglas, eso lo sabía, y yo no envidiaba sus placeres extraños. Mi primer encuentro con la señora había sido humillante y horrible. Por eso había dejado de pensar en él y con eso, asunto resuelto.

Pero ahora comprendía que lo que me había estado contando Cook era cierto: estábamos en un mundo en el que Aurelia y yo no podíamos ser amigas y, si no teníamos cuidado, la gente sufriría.

Un buen rato después de haberme ido a la cama vino Cook a verme. Se sentó a los pies de mi pequeña cama y esta se hundió un poco.

—¿Ya está todo limpio? —pregunté, pues se había celebrado una cena con ocho platos y muchos tipos de vino.

—Sí, ya está todo terminado.

—¿Has acabado la masa? —Se necesitaban tartas recién hechas al día siguiente.

—Está lista para hornearla por la mañana. Va a venir el reverendo, así que estoy preparando pudin de limón además del de higos y pasas.

Sabía que la cocina olería deliciosamente al día siguiente.

—¿Ahora lo comprendes? —me preguntó y supe que no se refería a las tartas.

—Sí. —Resoplé—. Lo siento, Cookie. No quería que te regañaran. No has dejado de advertirnos y no te hemos escuchado.

Asintió y me pasó una mano áspera por el pelo.

—*Lady Vennaway* es horrible —continúe, animada—. Es una mujer espantosa, ¿verdad, Cookie?

Ella vaciló.

—Todo el mundo tiene su historia, incluso las personas que nos parecen más duras. Es mejor aceptar las cosas tal y como son y fijarse en aquello con lo que la vida nos bendice. Amy, eres más afortunada que muchas personas y más menuda que la mayoría. —Mis acompañantes solían mofarse de mi pequeña estatura.

Asentí y sonreí, pero mientras lo hacía, tuve la certeza de que iba a ser duro. Esa tarde, aplastada por la conmoción, había sentido ira, como si fuera

una pequeña semilla esperando a brotar.

—No quiero que te vayas a ese lugar horrible —le dije cuando se puso de pie y la cama volvió a la posición horizontal.

Se detuvo, desconcertada.

—¿Qué lugar?

—Entredicho. La señora dijo que tu puesto estaba ahí, pero no es verdad, ¡está aquí con nosotras!

Cook estaba demasiado cansada para corregir mi confusión, pero me dijo justamente lo que necesitaba escuchar.

—Es difícil encontrar una buena cocinera. Hay muy pocas capaces de encargarse de una casa como Hatville. Y que toleren a su señoría... En fin, probablemente solo exista una en toda Inglaterra. No te preocupes, no voy a irme a ninguna parte, excepto cuatro pisos más arriba, a mi cama. La señora sabe muy bien dónde le aprieta el zapato.

No sabía por qué iba a preocuparle a la señora dónde le apretaba el zapato cuando tenía a gente que se encargaba de comprárselos y ponérselos, pero me prometí a mí misma que en adelante me preocuparía más por Cook. Ella era todo lo que tenía. Después de las cosas horribles que había dicho *lady* Vennaway a su hija, sabía que no volvería a ver a Aurelia nunca más. Pensarlo era horrible, algo casi imposible de soportar.

Llegó la mañana y, con ella, el aroma dulce y cálido de las tartas. Y Aurelia, radiante, apareció en la puerta.

—Vamos, Amy, ¡hace un día precioso! Hay rocío en las telarañas y arcoíris, y el mundo está radiante, como ha de ser. ¡Vamos fuera!

Capítulo 10



● Qué delicia es ver la campiña de Surrey por la ventanilla del tren! Menuda experiencia que me lleven, entre sacudidas y bamboleos, por los campos, los arroyos, los bosques y las casas de campo. ¡Qué maravilla verlo todo pasar rápidamente!

¿Qué puede tener el tren que no sea digno de destacar? Desde la asombrosa velocidad (me han dicho que, en algunas zonas, ¡es de cincuenta kilómetros por hora!) hasta el vapor y el resplandor... Todo es muy, muy extraordinario. Aunque, en mi opinión, el rasgo más destacable del tren lo componen, seguramente, los pasajeros.

Comparto vagón con una pareja de mediana edad, el señor y la señora Begley. Se presentan al tiempo que se sientan, apretujados entre un buen número de maletas, frente a mí. Creo que Tom les habría dado su aprobación como compañeros de conversación, pero la verdad es que tampoco tengo elección: la señora Begley no se ha callado para tomar aliento desde que salimos de Ladywell.

—¡Dios mío! —exclama, abanicándose con la mano—. Cuántas dificultades, menudo esfuerzo, qué sinsentido el del tren. Míreme, ¡estoy temblando! Extiende una mano, a pocos centímetros de mi barbilla, y la observo con interés; efectivamente, está temblando.

—Señorita Snow —interviene su marido—, Charlotte, ¡el tren es un

sistema de transporte maravilloso! Observen lo cómodos que vamos. Siempre que viajemos con nuestras almohadas de viaje, por supuesto. ¡Miren lo bien colocado que está el equipaje! A menos que se suelte. Comprueben la proliferación de estaciones, rutas y destinos. Con un sistema como este, cualquier contratiempo no puede ser más que un entretenimiento placentero.

—¡En absoluto, William! Si piensas en todos los accidentes, explosiones, vuelcos que aparecen cada día en los periódicos... Terrorífico, señorita Snow, terrorífico.

Mis acompañantes prosiguen con su acalorada conversación durante todo el trayecto hasta que llegamos a las afueras de Londres. Está claro que el debate es una expresión de afecto entre ellos y agradezco la distracción para no perderme en mis pensamientos. Los recuerdos cariñosos de Aurelia me acompañan en todo momento, pero ahora me doy cuenta de que también lo hacen resentimientos ocultos.

Han sido esas viejas cartas, las que he visto esta mañana, las que los han desempolvado para sacarlos de los recovecos donde se encontraban. Había olvidado nuestra anterior separación temporal, mucho antes de la muerte de Aurelia; esa época en la que pensaba que se había olvidado de mí. Por entonces culpaba a la señora Bolton por haberla separado de mi lado. Estaba equivocada, pues mi amiga estaba más que dispuesta a marcharse. Entonces, igual que ahora, me pidió que confiara en ella, a pesar de que tuve que pasar mucho tiempo en Hatville sin su compañía. Creo que fue pedir mucho a alguien tan joven. Con el miedo que me da llegar sola a una ciudad tan grande como Londres, esas reflexiones del pasado no resultan tranquilizadoras. Puede que esto también sea demasiado para mí.

Cuando pasamos por la bonita ciudad de Dulwich, la señora Begley me cuenta sus planes. Van a quedarse con su hijo casado en Pentonville. La esposa de él está embarazada de su primer hijo. Él trabaja en un banco y le gusta tanto su empleo que no entiende por qué no se dedica todo el mundo a lo mismo.

Me acuerdo de todo lo que he leído sobre asesinatos, carteristas y timadores. El periódico asegura que Seven Dials es un lugar nefasto, y también Old Kent Road. Los demás nombres sombríos se me escapan; no me siento preparada para Londres.

Cuando la ciudad aparece, gris y agitada como un océano de piedra, la señora Begley se queda un momento en silencio y yo aprovecho la oportunidad para pedirles a ella y a su marido algún consejo.

—¡Señorita Snow! ¿La he entendido bien? Por favor, corríjame si no es así. ¿Está usted diciéndonos que no tiene ningún lugar en el que quedarse? ¿Que está sola? ¡Oh, señorita Snow! Es un mal planteamiento, me temo. ¿Qué se puede hacer al respecto?

—Bueno, bueno, Charlotte, hay que ser prácticos, no perdamos el entusiasmo. No se alarme, señorita Snow. Todo va a ir bien. Cuando bajemos del tren, la señora Begley y yo la acompañaremos a buscar un coche. Me temo que Bricklayer's Arm no está situado en el barrio más saludable.

—¡Por supuesto que no! ¡Old Kent Road! Santo cielo, no sé en qué estaban pensando los dueños del ferrocarril, construir una terminal en un barrio tan peligroso. ¡Peligroso!

Guardamos silencio un momento y me aventuro a formular otra pregunta.

—¿Podrían recomendarme algún lugar en el que pueda quedarme? Les estaré muy agradecida por su ayuda para buscar un coche, pero... ¿adónde tengo que dirigirme? Una zona buena, un lugar respetable.

—¿Tiene suficiente dinero para pagar un lugar de buen gusto, querida? Londres es increíblemente caro.

—¡Charlotte! —El señor Begley parece escandalizado.

—Solo estoy mirando por la chica, William. No quiero arruinarla.

—Aun así... no puedes llegar y... preguntar eso.

—Estoy dispuesta a pagar por quedarme en un buen sitio —interrumpo con el temor de convertirme en la causa de otra discusión—. Solo son dos noches, después me encontraré con unos amigos... —Miento para que no se preocupen tanto por mí y también porque me gustaría de veras que fuera cierto.

La señora Begley mira a su esposo.

—En ese caso, no voy a dudar en recomendarle el establecimiento de la señora Woodrow, una casa de huéspedes para damas situada cerca del parque St. James, en Jessop Walk. ¿Te acuerdas de Jessop Walk, querido? El número siete. ¡No! ¡El número seis! ¡No! El once, ¿no, William? A la derecha, mirando hacia el campanario. A derecha o izquierda...

Capítulo 11



Si Aurelia hubiera sido un hombre, la habrían considerado una visionaria. Podría haber representado al Parlamento y aprobado nuevas reformas de haber llevado pantalones y bigote. Sus padres la habrían descrito como una persona enérgica. Sin embargo, no tenía nada de eso, sino rizos castaños, ojos azules, la cintura fina y una risa constante, y sus padres se desesperaban con ella.

Cuando las charlas en el salón eran meros cotilleos, Aurelia adoptaba la controvertida postura de que los temas de conversación eran personas de carne y hueso, sensibles, a las que había que proteger. Me acuerdo de un escándalo en el pueblo que horrorizó a su madre, sus tías y sus primas durante semanas. Nuestro vecino, el señor Templeton, hombre respetable de una casa modesta pero próspera, había tenido un hijo con la criada. No se trataba de una historia poco común, por supuesto. Sin embargo, siempre parece que lo mejor es comportarse como si algo así nunca hubiera pasado antes.

Mientras todo el mundo compartía perlas de información (la criada era muy guapa, con el pelo rizado y rubio; a la señorita Pagett nunca le gustó cómo la miraba) o juzgaba (el hombre era una deshonra para el vecindario, una bestia con pantalones; ella era una fresca y el ama de llaves había sido negligente al no vigilarla). Aurelia, por su parte, hacía preguntas.

¿Qué le pasaría ahora a la joven, sin empleo y deshonrada? ¿No era muy

joven para hundirse en el fango? ¿Y la señora Templeton? ¿Estaba molesta o enfadada, triste o deseaba vengarse? ¿Qué había llevado al señor Templeton a actuar de ese modo (aparte de lo obvio, claro)? ¿No había sido siempre un hombre honrado y razonable? Seguro que se habían cruzado en su camino otras muchachas bonitas, ¿por qué ahora? ¿Podía prestarse algún tipo de ayuda?

Ese tipo de preguntas eran, en parte, la razón por la que, a pesar de adorarla, los padres de Aurelia pensaban que era un poco corta. Por eso, encomendaron al señor Henley la tarea de orientarla.

El hombre era un tutor de señoritas muy estricto que tenía la reputación de obtener resultados favorables con su método. Me apostaría algo a que el señor Henley, un hombre con estudios, no consideraba que Aurelia fuera tonta, pero lo habían contratado para convertirla en un ser muy particular y ese era su reto diario. Se esforzaba por tener éxito en lo que varias niñeras, con mano dura, e institutrices habían fracasado. Los temas que interesaban a mi amiga (Filosofía, Literatura, Economía y Política) no entraban dentro del temario que él proponía. Algún día sería esposa, ¡y no una esposa cualquiera! Lo habían contratado para enseñarle latín y Música, un poco de Geografía e Historia y, sobre todo, decoro. El decoro no se le daba muy bien a su pupila. Sin embargo, su determinación se convirtió en la inesperada causa de otro cambio en nuestra amistad.

Cuando el tutor acababa de llegar y aún no conocía las reglas concernientes a mi persona, tropezó conmigo un día en el estudio y permitió que me quedara durante la clase. Si era un poco condescendiente conmigo... bueno, tan solo tenía ocho años.

Comprendió lo que muchas otras personas habían notado con los años: yo tranquilizaba a Aurelia. Conmigo presente, ella permanecía sentada, atenta y, como le gustaba a él pensar, receptiva a lo que le enseñaba. Si la verdad era que, sencillamente, deseaba que acabaran las clases más temprano para que pudiéramos centrarnos en nuestros entretenimientos, no se lo hizo saber. Así pues, el señor Henley, de entre todas las personas improbables, fue el siguiente en discutir el caso de nuestra relación.

Explicó seriamente a sus empleadores que, para un espíritu tan inquieto como el de Aurelia, una acompañante con una disposición más tranquila y una

mente más mundana era algo beneficioso. Asimismo, ya que su alumna no tenía hermano, mi plácida compañía podía suavizar y endulzar el camino de la corrección. Recomendó encarecidamente que me permitieran compartir las clases con ella.

Lord Vennaway era tan arrogante que ni siquiera le importaba.

—¿Por qué no? —preguntó a su esposa, aburrido. Las emociones airadas de *lady* Vennaway no cabían entre los bastiones de la racionalidad masculina. Sus sentimientos femeninos tenían que ceder ante la sensatez y la conveniencia; después de todo, eso era lo que querían enseñarle a su hija, ¿no?

Por consiguiente, pasaba más tiempo con Aurelia del que su madre hubiera deseado y mi papel en la casa cambió un poco: había oído cómo se referían a mí como la compañera de Aurelia en más de una ocasión, aunque nunca lo decían si estaba cerca *lady* Vennaway. Ahora contaba con el privilegio de ver a mi amiga en su mundo en lugar de en nuestra pequeña burbuja feliz. Y empecé a contemplarla con una nueva luz. Comprendí que, aunque para mí era mi amiga de la infancia (mayor que yo, pero libre y despreocupada), otras personas la consideraban una señorita con una tarea muy clara por delante.

Aurelia tenía dieciséis años cuando llegó el señor Henley y por entonces sus padres llevaban más de un año considerando sus perspectivas de matrimonio. Ella se negó incluso a conocer sus planes, como si pudiera, al no hacerles ningún caso y borrarlos del todo de su mente. A mí no me gustaba admitir que Aurelia tenía un punto ciego. Yo dependía de ella y quería creer que era todopoderosa. Pero yo, que era un alma observadora, empecé a comprobar que la realidad que había determinado mi amiga y la que todos los demás veían no era siempre la misma.

Poco después de que llegara el señor Henley, sus padres comenzaron a recibir a pretendientes en Hatville Court y a enviar a su hija a bailes con sus tías y primas como carabinas (*lady* Vennaway no fue nunca, era precavida con cualquier cosa que pudiera considerarse divertida). Al principio, Aurelia disfrutaba de la novedad de arreglarse, bailar y que la admiraran. Se reía abiertamente de los hombres que venían a cenar. Igual que yo observaba y aprendía de mi amiga, ella adoptó un comportamiento que copiaba de la

señora Bolton. Actuaba como si nada de esto le afectara. Al principio me lo creí.

Pero pasaba el tiempo y lord y *lady* Vennaway se volvieron más explícitos con sus planes. Prohibieron a Aurelia cambiar de tema o salir de la habitación pavoneándose cuando se hablaba de matrimonio. Cada vez había más discusiones. Y Aurelia estaba asustada. Era reacia a admitirlo, pero a menudo la veía mirando a su alrededor con ojos de miedo, como un caballo con una correa y una gamarra demasiado apretada.

No dudo que la quisieran, nadie que hubiera visto cómo la miraban sus padres podría hacerlo. Pero eran personas para las que el amor era un asunto complicado, muy vinculado y a veces confundido con la propiedad, el deber y el control. Siendo quienes eran, con el ojo público siempre fijo en ellos, y el honor familiar tan transcendental... existían expectativas. Querían que tuviera buenos modales, que se vistiera de forma modesta, que fuera reservada y tímida, un premio inmaculado para un noble rico con bigote elegante que pudiera igualar o mejorar la fortuna y el prestigio de los Vennaway.

Preveían un futuro de grandeza para ella: dando a luz a herederos, adornando la sociedad, decorando el brazo de su esposo. Aurelia, sin embargo, había leído demasiado y vivido muy poco. Inspirada por las grandes bibliotecas de Hatville y sin un guía que la comprendiera o controlara, cualquier ensoñación, por loca que fuera, parecía posible. Quería una vida de viajes e intrigas, romances que ella eligiera (estaba convencida de que serían muchos) y usar su fortuna y privilegios para obras filantrópicas. Quería convertirse en un nuevo modelo para las señoritas ricas. («¡Subversivo y escandaloso!», bramaba su padre). Deseaba que su nombre apareciera en los libros de historia, daba igual que ningún libro de historia que hubiéramos leído reconociera las opiniones de las mujeres.

—Yo seré la primera —afirmaba, alzando la cabeza—. Todo tiene que suceder por primera vez en algún momento. Si no, nada habría cambiado nunca y seguiríamos quemando ciudades.

—¡Algunas cosas no deben cambiar! —rugía lord Vennaway.

—Algunas cosas tendrían que haber cambiado hace ya mucho —replicaba ella.

Casi compadecía a lord Vennaway. La familia más orgullosa y conservadora del condado sin heredero, solo con una hija. Una hija que era todo lo que podían desear en términos de belleza, elegancia y corazón amable. Pero también esa hija albergaba sueños de... reforma social. Su compañía no era la adecuada (yo, el señor Clay y la señora Bolton, lo más parecido a unos literatos que había en Surrey). Era un asunto peliagudo.

De los muchos pretendientes que acudieron a lo largo de los años, dos de ellos llevaban la delantera y empezaban a impacientarse. Lord Kenworthy y lord Dunthorne eran hombres muy diferentes, aunque ambos igual de desagradables. Giles Kenworthy era unos veinte años mayor que Aurelia, frío y rígido, con la piel seca y un rostro que no podía sonreír. La primera vez que lo vi, yo estaba echando un vistazo desde una biblioteca prohibida y él recorría el pasillo como si fuera un zorro. Di gracias porque no me hubiera visto. Tenía unos ojos que me daban ganas de salir corriendo.

Bailor Dunthorne era joven y depravado y tenía un encanto empalagoso. Era guapo, llamativo y fuerte. Lo bastante fuerte para vencer a un caballo, lo comprobamos. Lo bastante guapo para que un inconcebible número de mujeres jóvenes hubieran sucumbido a sus dudosos encantos y recibido pocas recompensas por su favor; nos lo contó la señora Bolton (o se lo contó a Aurelia y yo estaba presente). Tenía por costumbre hacer visitas improvisadas cuando menos lo esperábamos. Al contrario que su adversario, solía alborotarme el pelo, agacharse a mi altura y mirarme a la cara cada vez que me veía. Hacía que me estremeciera.

Los dos caballeros pertenecían a un linaje exquisito y tenían una fortuna impresionante. Los Vennaway habían decidido que cualquiera de los dos sería el elegido. Cuando Aurelia cumplió dieciocho años, llegó el momento de que escogiera; ya le habían consentido sus sensiblerías demasiado tiempo. Pero Aurelia no estaba dispuesta a cooperar. Recibiría su fortuna en tres años, discutía, no necesitaba un marido. A menudo mencionaba a la joven reina como un modelo y ejemplo.

—Victoria se negó a casarse si no era por amor. Victoria consideró seriamente no casarse, como la reina Elizabeth antes que ella. Victoria solo se casó con Albert porque los dos se entendían.

—Su Majestad —gritaba su padre— es la reina de nuestra nación y tiene una posición muy diferente a la tuya. Tu responsabilidad, Aurelia, no es gobernar el país y tu deber no es para con el pueblo, sino para con la familia. Tu deber es casarte y continuar el linaje de los Vennaway. No se me ha bendecido con un hijo y no voy a permitir que también mi hija me falle. Su Majestad no es de mi incumbencia. Me parece que crees que tienes elección a este respecto, pero te aseguro que no es así.

Dos tipos de ambiciones enfrentadas con la misma fuerza, pero, por supuesto, eran sus padres quienes ostentaban todo el poder. Estaban destinados a ganar y Aurelia era tan adorable que los hombres pasarían por alto sus convicciones poco usuales llevados por la lujuria y el deseo de poseerla.

Así pues, los Vennaway se calmaron: sí, le faltaba juicio, docilidad y deferencia, pero lo compensaba con creces con su belleza, educación y treinta mil libras al año.

En cuanto a mí, tenía diez años y no veía cómo podía resolverse este problema. ¿Qué hombre iba a alimentar y apoyar su carácter vanguardista, su corazón apasionado? Era más probable que la oprimieran e hicieran que se enfadase hasta debilitar su espíritu. A lord Kenworthy, por ejemplo, le parecería bien conseguir una mujer como Aurelia. Después se desharía de forma efectiva de cualquiera de los atributos que ella tuviera que no contaran con su aprobación (algo que en pocas ocasiones se lograba), como si ella fuera un retoño arisco.

Aurelia me confiaba sus miedos, pues no tenía a nadie más. Le preocupaba que él le impusiera un bebé tras otro hasta que su cuerpo y espíritu se agotaran y empezara a ser otra persona.

Yo, que era joven, me preocupaba mucho por ella y confieso que también por mi situación. Por la forma en que me miraba lord Kenworthy, sabía que no me iría muy bien en su casa, eso en el caso de que siquiera permitiese que fuera. Sin duda sí sería bienvenida en la casa de Dunthorne y eso podía ser aún peor. Era imposible pensar en una salida.

Y, entonces, la naturaleza se ocupó de todo.

Aurelia se desmayó un día en el huerto durante un pícnic; los primos

Vennaway estaban de visita. Yo estaba trabajando, como sucedía cada vez que se organizaba algo que fuera agradable. Estaba ayudando a Robin a recoger ciruelas mientras me llegaban hasta los oídos las carcajadas de mi amiga, las más fuertes, entre los árboles. No me di cuenta de cuándo cesaron; estaba agachada en la hierba, haciendo un hatillo con el delantal porque la cesta ya estaba llena y la tela se me escurría.

Sí me di cuenta de que Robin soltó un puñado de ciruelas. Cayeron una a una en el suelo y rebotaron; no es que fuera descuidado con una fruta tan preciada. Al levantar la mirada, vi que tenía la cara blanca como la cera. Después bajó de la escalera sin decir palabra y corrió hasta donde se celebraba la fiesta. Yo me levanté despacio y un mal presentimiento me recorrió la columna como si fuera una araña. Incapaz de moverme, vi a Robin cargar con su cuerpo inerte hasta la casa y los primos arremolinados alrededor, nerviosos. La imagen del brazo de Aurelia colgando se me ha quedado grabada, como una escalofriante premonición de lo que estaba por venir.

Llamaron al doctor Jacobs. Tras una exploración larga y minuciosa, nos contó que la belleza, la energía y el buen ánimo de Aurelia eran un cruel disfraz del destino. Tenía un corazón inmenso y valiente, pero enfermo, y no viviría mucho más allá de la veintena.

Aurelia recibió las noticias como si fueran el recurso más inteligente que podría haber soñado para frustrar los planes que tenían sus padres de casarla. ¡Qué feliz conmoción! Ahora nadie la poseería. Nadie querría una esposa que moriría en pocos años y requeriría la tediosa búsqueda de otra. Por supuesto, podrían haber aceptado la inconveniencia solo por heredar su fortuna, pero, según el doctor Jacobs, era muy posible que un parto adelantara el fatal destino. Desaconsejó el matrimonio con vehemencia y, por añadidura, todas las actividades que suponía. Sin la posibilidad de contar con un heredero, los Vennaway ya no tenían ningún motivo para casarla. Mejor conservar la fortuna en la familia. Aurelia asintió complaciente. Mejor que la recibiera la prima Maude que un desconocido.

Así pues, Aurelia consiguió lo que quería, aunque pagó un precio. No se celebraría ninguna boda de altos vuelos. No habría un heredero para los

Vennaway. Pero tampoco habría viajes, pasión ni reformas.
O eso creía yo.

Capítulo 12



Los recuerdos de esa época pesan sobre mí cuando el tren decelera y se detiene. El día siguiente al diagnóstico se hace eco ahora, durante los días oscuros que siguen a su muerte. Ahora, como entonces, mi cerebro se resiste: la muerte y Aurelia son dos fenómenos que no casan bien juntos. Casi espero verla aquí, esperándome.

Londres es una serie de cuadros intensos y efímeros, una baraja de cartas que no cesa de barajarse. La muchedumbre de Bricklayer's Arms resalta aún más el remanso tranquilo que es Ladywell. Veo a vendedores ambulantes, hombres que gritan, mujeres ligeras de ropa y niños descalzos. Como si esta experiencia me hubiera arrancado de mi propio cuerpo, me veo a mí misma: una niña de diecisiete años que se siente cien años mayor, vestida de negro de la cabeza a los pies, rehuyendo el caos.

El señor y la señora Begley sonrían ampliamente cuando ven a su hijo entre la gente. Este los saluda educadamente y les informa de que la señora Begley está en casa, en Pentonville, supervisando la preparación del almuerzo. Les ofrecería las cien libras a cambio de que me dejaran acompañarlos.

Pero me encuentro en medio de su feliz reunión. Me temo que me han olvidado y experimento un gran alivio cuando de pronto se acuerdan de mí y me acompañan a buscar un coche, me desean lo mejor y se despiden de mí.

El coche se mueve a gran velocidad por entre la marea de tráfico. Me lanza

hacia delante, luego hacia atrás. De un lado a otro. El bolso revolotea en el interior del vehículo como si fuera una moscarda. Un vehículo más grande se precipita hacia nosotros y nos esquivo por un centímetro. Los caballos relinchan, alarmados. El cochero deja escapar una lluvia de improperios. Londres es un mundo muy distinto a Hatville, donde todo era elegancia, buen hacer y orden.

Y de nuevo un grito del cochero.

—¡Jessop!

El coche de caballos accede a una calle tranquila con casas adosadas blancas teñidas de gris por la luz del día. Me apeo de manera atropellada, no es que esté muy convencida de tener los huesos en el mismo sitio que antes.

Después de probar en el número seis, pues la señora Begley estaba segura de que era ese, me envían al número dieciocho. En Jessop Walk, una cuneta que parece un foso separa la calle de las casas. En cada propiedad, una pequeña pasarela conecta las altas verjas con pinchos en la parte superior para proteger las casas de los malhechores. A pesar de estas precauciones, las viviendas son estrechas y sus moradores podrían fácilmente echar un vistazo por el muro del jardín para ver qué hacen los vecinos. En Hatville, si queríamos ver a un vecino, teníamos que caminar unos cuantos kilómetros.

Me tranquiliza comprobar que la señora Woodrow es una mujer de aspecto culto que lleva lentes y unas manoplas de lana gris. No está gorda, ni desaseada, ni ebria, y tampoco es curiosa (no me había dado cuenta de lo mucho que las novelas de Dickens habían dado forma a mis expectativas sobre las mujeres que regentan de las casas de huéspedes). Pago por adelantado dos noches de alojamiento y me confirma que puedo alargar mi estancia si lo necesito.

—Siempre y cuando no aparezca de repente un grupo de huéspedes ricos e importantes —añade con tono frío—. Estamos en enero —continúa tras comprobar que me he tomado su comentario en serio—. Nadie visita Londres en enero.

Cuando miro por la pequeña ventana de mi habitación, compruebo por qué. Ha empezado a llover, lo que confiere un encanto particular al día. El cielo se hunde sobre el batiburrillo de jardines estrechos, tendederos, huertos,

construcciones anexas, tejados, ventanas y muros hasta donde me alcanza la vista a través de los sesenta centímetros cuadrados de ventana. Mi hogar, si es que algún día lo fue, está muy, muy lejos.

La habitación tiene el suelo de madera y una cama menuda con una colcha lisa. Las paredes son marrones y tan solo hay un pequeño cuadro con un marco feo de una pastora sonriendo con afecto a un pretendiente de mejillas sonrosadas. Hay un lavamanos, una silla y una pequeña mesa con una jarra de cristal con campanillas.

Las flores me inundan de recuerdos: la carretera entre Hatville y Enderby; innumerables escondites en la finca; unas hojas oscuras y exuberantes y una gran cantidad de florecillas blancas; aire fresco y la promesa de la primavera con Aurelia...

Me pregunto si esto fue lo que imaginó para mí.

Capítulo 13



La casa quedó destrozada por el diagnóstico de Aurelia. Vi a lord Vennaway hecho un mar de lágrimas, vuelto de espaldas por respeto. *Lady* Vennaway se fue a la cama y salió enseguida al comprender que la debilidad era un mal uso del tiempo que le quedaba con Aurelia. Lord Kenworthy desapareció como una exhalación y pronto se prometió con una joven rica de Kent, según oímos. No hay mal que por bien no venga.

Yo era incapaz de respirar por la conmoción. ¡Aurelia! Era una llama demasiado brillante para apagarse tan prematuramente. Si este triste destino hubiera sido el de otra persona, habría podido concebirlo: *lady* Vennaway era muy frágil para permanecer cómodamente en esta vida, Cook siempre estaba cansada, Rosy no dejaba de toser y hacerse heridas. En cuanto a Marcus, siempre se caía de los muros, se hacía daño en los dedos con los martillos y se quedaba atascado entre los árboles. ¿Pero Aurelia? Las diosas no tienen el corazón débil.

Conservó el buen humor. Cambió tan poco en ese primer año que no costaba suponer que el doctor Jacobs se había equivocado. Insistía en que debía abandonar mi papel ambiguo en la casa y convertirme en su compañera a tiempo completo.

—Ya es hora de acabar con este sinsentido —se quejó a sus padres un día—. Ya sé que desaprobáis a Amy y dejaré de hablar del tema si aceptáis mi

decisión y le permitís llevar a cabo sus tareas en paz. No sé qué me espera a partir de ahora ni cuánto tiempo me queda. Amy me calma y confío plenamente en ella. Me pase lo que me pase en adelante, quiero que esté a mi lado.

Por supuesto, lo dijo cuando el reverendo Chorley y el doctor Jacobs estaban presentes; nunca dudaba a la hora de airear sus asuntos privados ante los pilares de la comunidad si eso la beneficiaba. El doctor Jacobs expresó su opinión médica de que yo era un bálsamo beneficioso para la enferma. El señor Chorley apeló a la compasión y dijo que yo era un regalo de Dios. Lo adoro por ello.

Dejé de dormir en la trascocina y me mudé a la habitación que había junto a la de Aurelia. Seguimos asistiendo a clase juntas, aunque de forma esporádica. El señor Henley ya no la educaba para el matrimonio, pero lord Vennaway estaba tan desolado que no despidió al tutor.

Aurelia siguió recorriendo a pie los más de tres kilómetros hasta Enderby todas las semanas para visitar a sus habitantes y hablar de la desgracia con el señor Chorley, el señor Clay y la señora Bolton, pero ahora yo la acompañaba. Todo el mundo, independientemente de su fortuna o estatus, se mostró afligido por el fatal destino que había recaído sobre la joven. Ella prohibió a la gente que hablara del asunto, pero todos lo hacían.

Lady Vennaway dejó de oprimirme, aunque insistió en que vistiera como una institutriz, lo que provocó otra pelea. Aurelia estaba irritada por la falta de amabilidad que eso representaba y aseguró que verme vestida de un modo tan serio no serviría más que para adelantar su muerte. *Lady Vennaway* no quería ni oír hablar de una acompañante de una posición tan baja vestida con prendas bonitas. Aurelia argumentó que las cosas bonitas la animaban. *Lady Vennaway* replicó que le parecía que ya tenía el ánimo suficiente y que, si no le parecía bien, podía enviarme de vuelta a la trascocina. A mí me daba lo mismo, así que avisé a mi amiga de que podía ceder con honor. Teníamos asuntos más importantes por los que preocuparnos.

En el segundo año aparecieron los primeros signos de su mala salud, desagradables e inevitables como el acortamiento de los días y la caída de las hojas del otoño. Empezó a quejarse por la fatiga, una palabra que nunca había

formado parte de su vocabulario.

—No es que esté cansada —me aclaró—. No es la sensación que tiene una persona después de un día duro o el deseo de ir a dormir. Es más bien un peso que tengo encima y del que no puedo deshacerme.

Seguíamos caminando hasta Enderby, pero tan solo los días buenos. A veces íbamos en carruaje y otras nos quedábamos en casa. Aurelia empezó a asustarse. ¿Qué le impondría su condición en el tiempo que le restaba? No le importaba la muerte, pero no quería que nada cambiase antes de que esta llegara.

En diciembre de 1843, celebramos su veintiún cumpleaños. Sus padres no quisieron hacer ninguna celebración especial con motivo de su llegada a la mayoría de edad, ya que su vida como adulta sería efímera. Aurelia deseaba un baile. Acordaron celebrar una cena con miembros selectos de la familia. La prepararía Cook y yo le ayudaría. Y Aurelia recibió su fortuna.

Capítulo 14



Como un poco del tentempié frío que me ha traído la señora Woodrow. Hay un pedazo de jamón, un poco de pan y mantequilla, una naranja y un vaso de cerveza fuerte. No me gusta, pero le doy un sorbo y dejo el resto para después. Bajo las escaleras y pregunto a la señora Woodrow si sabe dónde se encuentra la librería Entwhistle's. No tiene ni idea.

Así pues, salgo a la calle en la tarde fría y húmeda y comienzo a caminar. El tamaño de la ciudad se hace evidente mientras ando, calle tras calle, sin pasar por ninguna tienda de ningún tipo, mucho menos una librería.

La ausencia de una carabina me cohibe. Si Aurelia hubiera paseado sola por las calles de Londres, *lady* Vennaway se habría muerto de la vergüenza. Además, soy muy consciente de la dejadez de mi aspecto. En Hatville, todo el mundo comprendería que mi estatus es bajo, pero aquí estoy fuera de contexto y se me ve tan insignificante y falta de contactos (y, por consiguiente, tan vulnerable) como estoy en realidad.

Estas reflexiones me persiguen de vuelta a Jessop Walk. Mi primera exploración ha sido desalentadora, pero me alegra haber sido prudente cuando he visto que anochece antes aquí que en el campo. Las farolas de gas, algo que no había visto antes, resplandecen en la oscuridad y me guían.

A solas en la habitación fría y sin gracia que será mía los próximos dos días, me como lo que me queda del almuerzo y me quedo mirando la pared. No

sé qué hacer, así que retomo las páginas que comencé en el Rose & Crown anoche. Ojalá pudiera dejar de retroceder en el tiempo cada vez que mi pluma toca las páginas. Ojalá hubiera algo más en mi presente que contar. Sin embargo, pienso en mis orígenes, algo que llevo sin hacer varios años. Es una vía segura para llegar a otro interrogante: «¿Quién soy?».

Antes me preguntaba por mis padres a todas horas. También Aurelia. En mis primeros años de juventud, una de nuestras actividades preferidas era hacer conjeturas acerca de mi nacimiento. ¡Era un misterio increíble! Un bebé abandonado en la nieve sin ropa ni nota... Para un alma imaginativa como la de Aurelia y una niña formal como yo, que deseaba ser algo, se trataba de un terreno fértil.

Al principio decidimos que era una princesa secuestrada por unos malvados usurpadores que anhelaban la caída de mi reino. Pero esa teoría tenía dos puntos débiles. Uno era que ninguno de los periódicos que leía con avidez Aurelia informaba en su sección de noticias internacionales de la desaparición de una princesa. La otra era que, si algún día me encontraban, mi deber sería marcharme a gobernar mi país. Aurelia se quedaría nuevamente sola y la idea me parecía devastadora.

La siguiente hipótesis se fundamentaba en que yo era una gitana. Esta tenía más posibilidades de ser cierta, pues el año anterior habían pasado unos gitanos por Enderby. Los gitanos eran gente desorganizada y poco eficaz. Bien podrían haber perdido a un bebé. Sin embargo, no era probable que hubieran pasado por la finca de Hatville, que estaba muy bien cercada. ¿Cómo habría podido llegar allí entonces? Tenía el pelo largo y negro como los gitanos, pero la piel clara, y los ojos también, demasiado claros. Descartamos también esa idea.

Aurelia propuso que era «hija biológica» de lord Vennaway, un término que había escuchado mencionar en el salón de Hatville. Yo era demasiado joven para entender qué significaba y no sé si a ella le pasaba lo mismo. Nos gustaba esa posibilidad porque me convertía en su hermana. Eso explicaría la actitud que tenía *lady* Vennaway conmigo.

Ahora que soy mayor, he aceptado que, a pesar del comportamiento de *lady* Vennaway, no es probable que sea hija ilegítima de su marido. Físicamente,

parezco todavía menos una Vennaway que una gitana o una princesa. Además, creo que si lord Vennaway mostrara afecto por alguien que no fuera su esposa, no lo haría por el tipo de mujer que pudiera dejar un bebé en su casa. No, él habría tenido aventuras discretas, de buen gusto. Y tampoco sentí nunca que pudiera ser real. Cuando lord Vennaway me miraba, veía indiferencia, desprecio e irritación. Nunca vi amor, ni curiosidad, ni tampoco remordimiento.

Me costaba admitir el dolor que me causaba no saber quién era. Habría dado cualquier cosa por conocer tan solo un detalle sobre mis padres. Un nombre, la forma de la nariz, cuál era su canción preferida... cualquier cosa. Me habría quedado con esos detalles y los habría guardado en el corazón, a salvo. Pero no podía decirlo en voz alta.

Cuando Aurelia creció, comprendió que mis inicios no eran ningún cuento de hadas romántico. Llevó a cabo una investigación concienzuda, para horror de su madre. Sin embargo, aquello era una batalla ganada para Aurelia, pues *lady* Vennaway no podía prohibir que hablara con la gente. Se dedicó a preguntar a todas las familias de Enderby, les suplicó que buscaran en su memoria algo que sirviera de pista.

No consiguió nada. Si alguien de Enderby era mi progenitor o sabía quién lo era, guardó silencio.

Lo más probable era que mi madre fuera alguna pobre desafortunada que hubiera caído en desgracia y buscara empezar de nuevo. Seguramente me culpara por su situación, o simplemente fuera demasiado débil para llevarme con ella. Puede que nunca lo sepa.

¿Me gustaría saberlo? ¿Ahora? Seguramente, si Dios hubiera querido que lo supiéramos todo, no habría hecho el mundo tan misterioso. Yo me habría acostumbrado a las lagunas de mi vida. Me habría acostumbrado a vivir con muchas preguntas sin respuesta.

Capítulo 15



El trastorno y la reestructuración de la vida que yo conocía comenzó un aburrido día de enero. Parece que todos los acontecimientos de importancia de mi insignificante vida ocurrían en enero: mi nacimiento (y subsiguiente llegada a Hatville), la muerte de Aurelia (y mi partida) y esto. Creo que voy a tener que evitar el mes de enero en el futuro. ¿Existe algún modo de que entre en un sueño de cuento de hadas lo que duren todos los eneros futuros y emerja indemne en febrero? Me estoy desviando del tema. Nunca fui caprichosa cuando Aurelia vivía. Sus fantasías ya eran suficiente extravagantes para las dos y yo era la influencia estable.

Pero ya no me siento así.

Aurelia tenía veintiún años y yo, trece. Así recordaré siempre la vida, medida en años, demasiado pocos en el caso de su apasionada existencia; yo era ocho años más joven y más simple que ella, rezagada como un cometa obediente. Ese día, las nubes se unieron en una entidad sólida y total y me pareció que nunca volvería a salir el sol.

Aurelia había pedido a sus padres que se dirigieran al salón y estábamos los cuatro juntos, una situación bastante poco común. El reloj de estilo imperio francés de la repisa, con un diseño de peces forjados en azul y cobre dorado, me avisó de que era ya tarde. Era imposible adivinar la hora por el tiempo que hacía, pues el día estaba oscuro. Lord Vennaway encendió a regañadientes el

candelabro.

—Madre, padre, mi querida Amy, tengo una noticia emocionante que daros.

—Aurelia comenzó con un tono animado y tranquilizador que no predecía nada bueno—. He recibido una invitación. Se trata de una oportunidad maravillosa, aunque conlleva que tenga que dejaros durante un tiempo y marcharme.

Sus palabras dejaron un silencio denso.

—No seas ridícula, Aurelia.

—No es ninguna broma, padre. La señora Bolton se va en marzo a Londres para la apertura de una librería nueva. Es increíble. ¿No te parece espléndido, padre? A continuación, iré a Twickenham para pasar unas semanas con su prima, que acaba de dar a luz a una niña. ¡Imagínatelo, padre! Veré lugares que nunca he visto, viviré experiencias fabulosas y me rodearé de algunas de las personalidades más elegantes de nuestro país, pues la señora Bolton tiene entre sus planes asistir a espectáculos, conferencias y fiestas. Tiene buenos contactos en los círculos progresistas. Esto es importante para mí, padre, madre, dada mi situación y el tiempo tan limitado que me resta para disfrutar de este tipo de cosas.

Me recogí el vestido en el regazo. Que Aurelia hubiera mencionado tan pronto su condición, antes siquiera de que hubiera comenzado una discusión, dejaba bien claro lo mucho que deseaba ir. Y también que no estaba segura de que fuera a lograr lo que quería.

—Qué idea más absurda. —Lord Vennaway le dio un sorbo a la cerveza negra que estaba tomando, tosió y la apartó. *Lady* Vennaway se había tornado gris, como el día—. La señorita Bolton —escupió lord Vennaway cuando recuperó el aliento— es una mujer espantosa. No deberíamos haber consentido que fuera tu amiga. Este es nuestro castigo por ceder a tus tercas inclinaciones. ¿En qué estabas pensando, Aurelia? Como si fuéramos a permitir que te pasearas por el país estando como estás y con una compañía de tan mala reputación como la de esa mujer. Por supuesto que no. No.

—¡Padre! —gritó Aurelia—. ¡Sí!

—¡Naturalmente que no! Lord y *lady* Drummond llegan a las ocho para cenar y no quiero que esta noche se hable de una propuesta tan desagradable. Se ha terminado, Aurelia, no voy a ceder. Te damos demasiadas libertades,

pero si crees que puedes convencernos de esto, no te engañes. Dile a la señora Bolton que no puedes acompañarla y deshazte de esa amistad, te lo ruego. ¿Cómo ha podido sugerirte semejante idea con lo delicada que estás? No.

A mí me pareció una respuesta definitiva. Lord Vennaway era un hombre formidable. Aclararé este punto para que no parezca un padre bravucón indefenso ante los encantos de su adorada hija. En política, lo temían. En su selecto círculo social, todos ansiaban su aprobación. Yo, como una niña que no se había ganado el favor de nadie, podía dar fe personalmente de su cara de disgusto. Estaba segura de que Aurelia no conseguiría lo que quería en esta ocasión y, por una vez, así lo deseaba.

El reloj avanzaba y el día se volvió todavía más gris. Yo podía respirar mejor. Y entonces:

—Padre, me temo que no puedo aceptar tu decisión. —La voz de Aurelia era precavida—. Voy a morir pronto y pienso hacer esto. Ya no tenemos que preocuparnos de que vaya a arruinar mis perspectivas de matrimonio y no considero que viajar y la superación personal sean pasatiempos deshonorosos. Y sí he tenido en consideración mi salud. Más adelante, la señora Bolton planea viajar por el Continente y no he sugerido que vaya a acompañarla allí, a pesar de que me encantaría ver Italia y Suiza más que nada en el mundo. No me parece que tres meses en el sur de Inglaterra puedan considerarse una imprudencia. Entiendo que esto os moleste y que pueda ocasionar un distanciamiento entre nosotros. No deseo nada de eso, pero tengo la intención de marcharme.

—¡Aurelia! —La voz de *lady* Vennaway estaba llena de dolor.

—Fuera de la habitación. —Lord Vennaway no me miró ni pronunció mi nombre, pero supe que era a mí a quien se dirigía. Acepté feliz, pues no podía soportar el seguir escuchando esa conversación.

Prohibieron a Aurelia asistir a la cena con los Drummond. Ella declaró que no le importaba en absoluto, pero yo sabía que no era así. Lord Dummond era un hombre apuesto y encantador, y su esposa era elegante y alegre; tenían contactos muy cercanos a la joven reina Victoria y a su Albert. Cuando salió disparada escaleras arriba para acompañarme en la salita, no parecía afectada ni furiosa, sino más bien perturbada y asustada. Se habían tomado decisiones

que posiblemente no pudieran cambiarse.

Por primera vez, los deseos de sus padres y los míos eran los mismos. Ninguno sabíamos cuánto tiempo le quedaba a Aurelia y no queríamos compartirla ni perderla.

Capítulo 16



Mi primer día completo en Londres. Me visto temprano para salir cuando alguien llama a la puerta y me sobresalto. No estoy acostumbrada a que respeten mi privacidad.

Tan solo es la señora Woodrow para informarme de que me espera el desayuno abajo por si quiero comer algo.

La sigo hasta un pequeño salón con una mesa enorme que apenas cabe, aunque no hay nadie sentado, solo me encuentro yo. Hay arenques ahumados, gachas, costillas y platos de arroz con arenques; por primera vez en la semana, tengo apetito.

—¿Encontró al librero que buscaba ayer, señorita Snow? —me pregunta la señora Woodrow cuando me ha proporcionado todo lo que necesito.

Le cuento que no he hecho ningún avance, pero que espero obtener mejores resultados hoy.

—¿Tan importante es que lo encuentre?

Contesto que es esencial y me alegra que no formule ninguna otra pregunta al respecto. Soy consciente de que debe de sentir curiosidad.

—Vaya a la calle Regent —me indica—. Seguro que cualquier librero de buena reputación se encuentra allí.

¡Cómo puede influir el estado de ánimo en una situación! Londres tiene un aspecto totalmente diferente esta mañana: sigue gris, es aún enorme y

extremadamente frío, pero ahora yo tengo un destino y un plan, y la esperanza de que regresaré a Jessop Walk esta tarde con la segunda carta en las manos y sabré qué es lo siguiente que me espera en esta búsqueda del tesoro.

En mi estado de optimismo, decido ir caminando en lugar de subir a otro coche y, a pesar de mi angustia, disfruto al ver St. James Park, el palacio y la famosa biblioteca, lugares de los que solo he leído y oído hablar ¡y que ahora tengo delante! No me parece imposible que la Reina emerja de entre la niebla caminando en mi dirección. Incluso la neblina parece distinta esta mañana, reveladora y conspiradora en lugar de obstructiva y siniestra.

La señora Woodrow me ha dado instrucciones estrictas: «No se dirija al sur, hacia Devil's Acre, señorita Snow. No vaya allí, ni al este, hacia The Strand... un suburbio problemático».

Me siento bastante segura del camino que elijo. Durante un rato, dejo de lado las prisas de mi misión y me permito cumplir otras de las indicaciones de Aurelia: «¡Asómbrate al ver una parte de nuestro país tan distinta a Enderby!»

Me quedo anonadada cuando veo los puestos callejeros que venden patatas asadas y castañas calientes. Los aromas tentadores inundan el ambiente y yo tengo dinero en el bolsillo por primera vez en mi vida. Me permito disfrutar de uno de los alimentos calientes y después del otro, a pesar del abundante desayuno que he tomado; caminar me ha dado hambre de nuevo y el frío me atraviesa la ropa. Nunca me ha gustado el frío.

Termino la última patata y me meto las castañas en el bolsillo. Me lamo los dedos y me deleito con la libertad tan asombrosa que hay aquí en comparación con Hatville. Ya no siento la necesidad de que me acompañe una carabina y tampoco me siento fuera de lugar con mi viejo vestido. Y entonces noto una sacudida en el estómago. Si no me siento fuera de lugar es que me he extraviado.

Miro a mi alrededor y veo a niños acurrucados en las puertas, cuyos delgados brazos están extendidos. Solo hay unos pocos, pero no hay nadie con ellos; son de este lugar. Unas chicas jóvenes venden flores que llevan en cestas y hay un buen grupo de comerciantes que gritan al aire los precios y alardean de sus productos. No parece muy amenazante, pero nada de esto forma parte de la descripción que la señora Woodrow hizo de la ruta que

debía seguir. Retrocedo hasta el puesto de las castañas.

—¿Otra vez aquí, cielo? —El vendedor es un joven apuesto que me guiña un ojo y hace que me ruborice—. No ha podido terminárselas ya, con lo delgaducha que está. ¿O es que ha vuelto para verme a mí? Trabajo hasta las siete, puede regresar entonces y la llevaré a dar un paseo, querida.

Me quedo sin palabras. Todas las reglas del decoro que enseñaron muy seriamente a Aurelia y que luego me transmitieron a mí mientras se mofaban de mi persona no me han preparado para que un completo desconocido me hable con tanta familiaridad en la calle. A pesar del esfuerzo que hago por apartar la mirada, veo cómo le brillan los ojos... y no puedo dejar de plantearme si no es mejor que te traten como él lo está haciendo. ¿Acaso era mejor la formalidad y la estrategia que lord Kenworthy empleaba con Aurelia?

No sé si está cumpliendo con el decoro o no, pero el joven no me asusta, así que le pregunto dónde estoy y cómo puedo llegar a la calle Regent. Me proporciona instrucciones tan detalladas que sospecho que intenta hacer que me demore. Me concentro en escuchar con atención cuando interrumpe la conversación con un bramido tan fuerte que me sobresalta.

—¡Eh! Vete por donde has venido, sinvergüenza —grita al tiempo que sale de detrás del puesto.

Me aparto, sorprendida, y veo una figura menuda corriendo hacia la multitud.

—Maldito ladronzuelo. Disculpe mi lenguaje, señorita. ¿Lo tiene todo?

Perturbada, me meto las manos en los bolsillos. Me he quedado sin algunas monedas, y también sin las castañas. Ni siquiera he notado que me hayan tirado de la capa. No obstante, el resto del dinero que he traído está en otro bolsillo y la carta sigue a salvo en la falda. He tenido suerte. ¡No quiero ni imaginarme que hubiera desaparecido la carta! Con solo pensarlo me horrorizo.

—Gracias, señor —le digo y él suelta una carcajada.

—Yo no soy ningún señor, señorita, pero si se harta de mezclarse con los ricachones de la calle Regent, vuelva más tarde conmigo. Mi nombre es Tommy.

—Gracias, Tommy. —Compro otra bolsa de castañas. El dinero y yo

estamos tomando caminos distintos antes de lo que esperaba.

Me apresuro a seguir adelante.

Poco después, reconozco un par de monumentos, una iglesia anglicana y un pequeño jardín privado, y compruebo en qué punto me perdí. ¡Qué fácil desviarse! En un momento era la Amy Snow diligente que seguía las instrucciones y, al siguiente, ¡la niña traviesa y callejera a la que atrae un vendedor de castañas! «¿Quién soy yo?». Cuesta adivinar la respuesta en estas calles interminables y atestadas, con esta niebla. Me tiemblan las piernas.

Mi buen humor se ha evaporado y me tienta la idea de regresar a Jessop Walk, acurrucarme en un lugar seguro y disfrutar de un libro. Yo no estoy hecha para las aventuras. Pero entonces recuerdo los ojos de Tommy, grises, alegres, claros y también... interesados. Frunzo el ceño. Ningún hombre me había mirado así nunca. Me gustaría entenderlo. ¿Qué ha visto en mí?

Me recuerdo como una niña terca; pensativa y tranquila, sí, pero tozuda y con temperamento. Ya no reconozco a esa personita determinada en la mujer que soy ahora. Me da la sensación de que, en algún momento, a lo largo del tiempo, comencé a creer todo lo que decía de mí *lady Vennaway*. Al saber que la gente importante me despreciaba, empecé a sentir que era merecedora de tal desprecio. Ahora comprendo con una claridad desagradable que llegué a creer que nadie me querría nunca como esposa. Y tal vez por toda la atención desagradable que despertaba el matrimonio de Aurelia, su belleza, sus pretendientes, yo empecé a sentir que estaba mejor sola. Pero esa no era la verdad que anhelaba mi corazón, ahora lo entiendo. Noto las lágrimas calientes en los ojos, las primeras desde hace mucho tiempo que no tienen nada que ver con mi querida amiga.

Otra imagen aparece en mi cabeza: la casa de campo y el jardín, el poni, el marido sonriente. Es la segunda vez en dos días que se cuelan en mis pensamientos después de tanto tiempo escondidos. Entregarme a los deseos más ambiciosos de Aurelia no fue la única razón por la que me deshice de mis sueños. Los abandoné, y ni siquiera me di cuenta de que lo había hecho.

Llego a la conclusión, con una sonrisa, de que Tommy estaba coqueteando. Una invitación para dar un paseo por Haymarket no es una propuesta de matrimonio, pero tal vez sea lo que cualquier chica espera recibir. La idea me

da fuerzas para retomar mi camino. Me como todas las castañas antes de llegar a Piccadilly y me quedo con la boca ardiendo y una lección aprendida. Londres es como la corriente de un río, hay que tomársela en serio.

La calle Regent no es ni mucho menos lo que me imaginaba. Unos escaparates relucientes exhiben toda una gama de joyas, pájaros, plumas, estatuas y otros objetos que no sé ni cómo se llaman. El Panteón de Piccadilly parece algo con lo que habría soñado Aurelia en una de sus historias: un soportal magnífico de cristal con fuentes, estatuas y galerías por donde pasearan señoritas y caballeros elegantemente vestidos.

Comienzo preguntando en tiendas que pueden guardar algún tipo de conexión, aunque sea leve, con el mundo de los libros. Con lo mal vestida que voy, me tratan de maneras muy diversas: o bien me dan respuestas condescendientes, o bien quien sea se niega siquiera a hablarme. Me tomo el desprecio como la prueba de que estoy donde debo y, por consiguiente, a salvo. Además, ya estoy acostumbrada a que me traten así.

Voy de una tienda a otra, pero no consigo encontrar lo que busco. Nadie sabe nada de un librero llamado Entwistle. Tras recorrer tanto la calle Regent como la calle Oxford, me doy cuenta del tamaño de Londres y de que Entwistle's puede estar en cualquier sitio, algo que me resulta desalentador. Es como buscar una aguja en un pajar, un guisante enterrado bajo mil colchones. De hecho, es exactamente lo mismo que buscar una de las elaboradas pistas que mi amiga escondía en la finca de Hatville.

«¿Te acuerdas de cuando eras pequeña y yo solía animarte preparando búsquedas del tesoro para ti?».

¿Cómo iba a olvidarlo? Son uno de mis recuerdos más felices. ¡Para una niña era mágico encontrar todos esos secretos escondidos por cualquier parte! (Para una mujer adulta cansada y sin un futuro asegurado tiene menos encanto).

Las pistas solían ser acertijos o versos, o incluso dibujos de la localización. Podíamos pasarnos el día entero entregadas a la aventura: yo arrugando la frente, resoplando hacia mi flequillo negro mientras intentaba descifrar el acertijo; Aurelia conteniendo la risa mientras observaba cómo sacaba mis conclusiones y salía corriendo. A veces resultaba demasiado

inteligente para mí y me sentía derrotada, pero siempre me ayudaba a descifrar el enigma. Ahora no está aquí para ayudarme y espero que no me haya sobrestimado.

Sobre las tres de la tarde, hay el doble de gente que antes. Me miran de reojo, pasan por mi lado y me empujan. Empiezo a alejarme y esta vez miro a mi alrededor con atención. Por aquí hay menos personas a las que preguntar, pero sus respuestas son las mismas.

Estoy a punto de rendirme por hoy cuando, desesperada, pregunto a un zapatero.

—No tengo ni idea, señorita —me responde—, pero pruebe con el viejo Manning, ¿lo conoce? Segunda a la izquierda, calle Parsley. Está junto a la posada con el cerdo contento en el cartel. Es el dependiente de una papelería y él lo sabe todo. Zapatero a tus zapatos. ¡Ja! —El hombre levanta el zapato que tiene en la mano y lo mueve.

«La última persona a la que pregunto por hoy. Estoy cansada y me duelen mucho los pies. Pronto oscurecerá», me digo a mí misma.

—¿Entwhistle? No he oído nunca hablar de él —contesta el señor Manning, rascándose la cabeza—. ¿Entwhistle ha dicho? No, no. No tengo ni idea.

—Gracias de todos modos. —Me resulta imposible sonreír.

—Un momento, por aquí tengo un listín... con todos los librereros de Londres. Si puede esperar, lo buscaré.

Fuera, la calle está inundada por las sombras, pero solo existe una posible respuesta a su sugerencia. ¡Un listín! Eso me ahorrará semanas de búsqueda. En un momento tendré una dirección o, en cualquier caso, una descripción larga, detallada y con muchos rodeos como las que hoy mismo he descubierto que hacen aquí en Londres. ¡Puede que encuentre la carta hoy mismo!

—No, lo siento, señorita. No aparece ese nombre. —El señor Manning guarda el listín.

—¿Disculpe? —Me embarga una sensación de pura incredulidad. De todas las respuestas que me imaginaba, la que menos esperaba era esta.

—Ningún Entwhistle. No me sorprende, es muy raro que no conozca a un compañero que se dedique a los libros.

—Debe de ser un error. Por favor, mire de nuevo.

El señor Manning parece enojado, pero me hace caso y me enseña el listado, pronunciando incluso en voz alta, con dolorosa claridad, como si dudara que yo supiera leer.

La lista pasa de «Durrant» a «Everley», no hay más nombres entre esos dos. Le doy la vuelta al documento, buscando una posdata o un apéndice. No hay nada. Me aferro a él y leo cada uno de los nombres que aparecen, uno por uno, usando el dedo, por si acaso lo hubieran anotado en otra parte. El señor Manning me observa con curiosidad. No hay ningún Entwistle.

—¿Buscaba algo en particular? ¿Un especialista, tal vez? Podría avisar a uno.

—No, señor, no hay nada que pueda hacer. Gracias por la ayuda.

¡Cómo puede influir el estado de ánimo en una situación! Regreso a mi alojamiento apesadumbrada, totalmente confundida. Apenas noto los rebotes del carruaje, ni lo lúgubre de las calles.

Lo único que siento es miedo. Si no hay un Entwistle, puede que no haya carta. Y si no hay carta, la búsqueda habrá terminado.

Capítulo 17



La discusión se prolongó semanas. La orgullosa señora Bolton vino a la casa vestida de colorines con ruegos, referencias y credenciales. La correspondencia voló entre Hatville y otras partes interesadas, concretamente los contactos de la señora Bolton, objeto de la visita propuesta. Consultaron con el doctor Jacobs y este dio su bendición al plan. Llamaron a un consejero londinense. Él no la dio. Sin embargo, Aurelia no dio mucho crédito a su opinión y tan solo preguntó cuánto le había costado a su padre.

Mientras el futuro de su proyecto más reciente y complicado pendía de un hilo, mi amiga se paseaba por los pasillos pálida y tensa. Los días se convirtieron en una secuencia agotadora de dramas: conversaciones privadas entre Aurelia y sus padres detrás de las puertas cerradas, portazos, pisotones y llantos. Yo era una espectadora indefensa y confundida. Cuando le preguntaba qué habían hablado, se limitaba a mirarme con ojos desesperados, labios apretados y a negar con la cabeza. Esta era la misma Aurelia que me había contado todo lo que había escuchado sobre lord Kenworthy, lord Dunthorne, todos los chismes y escándalos. Nunca había aludido a mi sensibilidad infantil con anterioridad. En los dieciocho meses que habían pasado desde el diagnóstico, me había acostumbrado a nuestra nueva intimidad y ahora me sentía terriblemente excluida.

Me enojé con ella. Entendía que no quisiera ver sus planes frustrados, por

supuesto, ¡pero tan solo eran unas vacaciones! Me decía a mí misma, en momentos oscuros, que se estaba poniendo histérica, pero era algo que no podía admitir delante de nadie. Un día, entré en la biblioteca y me la encontré sentada en un sillón orejero junto a la ventana. No me oyó, pues había perfeccionado el arte de moverme lo más discretamente posible con el fin de que mi presencia no ofendiera a nadie. El libro se le había caído al suelo y tenía la cara enterrada en las manos. Supe entonces que estaba desesperada de verdad y no tenía ni idea de qué decir, así que la dejé sola.

No lo entendía. Tan solo tenía trece años. Su compañía era la mayor de las alegrías de mi vida y quería disfrutar de cada momento que nos quedara. ¿Por qué ella no sentía lo mismo?

No me sentí bien al haberla dejado en la biblioteca ese día. Fue la primera vez que creí que mi compañía sería inútil. Ya no sabía cómo hablarle. La echaba de menos a pesar de que la veía todos los días en Hatville. Al principio, lloraba hasta quedarme dormida, pues no podía soportarlo, me parecía demasiado trágico, como si ya se hubiera ido, como si hubiera muerto. No me atrevía a pensar en ello.

Yo no la acompañaría en su viaje. Era demasiado joven para sus planes, que a mí me resultaban agotadores. Al marcharse sola, me prometió, regresaría de mejor humor y compartiría novedades conmigo; estaría entretenida durante horas.

Pero yo no quería pasar tres meses sin ella en Hatville, la idea era insoportable por mucho que después me prometiera entretenimiento.

Y entonces se marchó. Sabía que lo haría. Cuando se le metía algo en la cabeza, no cejaba hasta que lo conseguía.

La noche antes de su marcha, nos sentamos a hablar delante de la chimenea de su habitación. Yo estaba en un sillón enorme con las rodillas flexionadas bajo la barbilla y los brazos alrededor. No podía creerme que después de la mañana siguiente pasaría meses enteros sin verla. Me parecía un periodo intolerablemente largo.

—Te voy a echar mucho de menos —murmuró, para mi infinito alivio—. Lo sabes, ¿verdad, pajarito?

¡Tenía tantas cosas que contestar a eso! ¿De verdad me echaría de menos?

¿Seguiría siendo la persona a la que más quisiera? Deseaba que me lo asegurara, pero las semanas anteriores parecían haberme robado la palabra fácil. Tardé en responder y, cuando lo hice, la respuesta que le di no fue la más adecuada.

—No tienes que irte —indiqué, aunque sabía que ya era demasiado tarde. La señora Bolton vendría a recogerla a la mañana siguiente, temprano. Ya tenía preparados los baúles, pero no los míos—. Y tampoco tienes por qué dejarme aquí. ¿Y si...?

—¿Y si...? —repitió con dulzura, pues sabía lo que estaba a punto de decir.

—¿Y si mueres? ¿Y si te vas y no vuelvo a verte? ¿Tan importante es esto para ti? ¿Tanto que te arriesgarías a no volver a verme? —grité, pues estaba al borde de las lágrimas. Me abracé las rodillas con más fuerza.

—Oh, pajarito, ¡ni se te ocurra pensar eso! No hay nada que valiese ese riesgo, pero tal riesgo no existe. No sé cuándo voy a morir, pero te prometo que esa hora todavía no está cerca. Si fuera así, lo sentiría y no me marcharía. Tengo que irme.

—Pero... ¿por qué?

Exhaló un suspiro y las dos nos quedamos mirando las llamas. Creí que no me iba a responder. Cuando al fin se volvió hacia mí, lo hizo con la expresión más triste. Nunca la había visto así. Estaba acostumbrada a la compasión, a la obstinación, a un espíritu beligerante, pero no a este dolor que quedaba a la vista y tenía que ver con la derrota.

—Amy, nunca he tenido el control de mi vida. He avanzado por este pequeño rincón del mundo como si fuera así, pero era todo un engaño. Tengo ventajas, muchas ventajas, pero no control. No soy dueña de mí misma.

Apoyé la barbilla en las rodillas y la miré mientras escuchaba. Dudó de nuevo, con la mirada distante en sus ojos azules oscuros. Parecía estar eligiendo entre muchas cosas que le gustaría decir en lugar de escoger las que quisiera o pudiera.

Pero cuando volvió a hablar con voz suave y calculada, solo fue para pronunciar palabras que ya había escuchado antes.

—Hay muchas paredes a nuestro alrededor que nos retienen. En cada

momento, una circunstancia dicta la siguiente. Un vecino nos hace una visita y lo recibimos educadamente o fingimos educadamente que estamos cómodos en casa. Una persona decide organizar una cena y otra la cocina. Hay quien no puede permitirse comer y muere. Nadie cuestiona eso, al menos en mi familia. Yo siempre he sabido todo esto, Amy, siempre lo he visto. Pero he podido continuar con mi vida. Últimamente, sin embargo, tal vez desde que me enteré del problema que tengo en el corazón, no sé, no he podido dejar de verlo, no he podido apagar este conocimiento. En los últimos tiempos me resulta insoportable. La estupidez, Amy, las convenciones, las cosas que debemos hacer y las que no. Las ideas respetadas y veneradas, como un matrimonio ventajoso, cuando eso significa vender a una mujer por dinero, ¡como si fuera un caballo! Y los asuntos que se ven con malos ojos, cuando en realidad son cosas buenas y verdaderas... Todo me parece un sinsentido. Y en medio de semejante lío me encuentro yo, pero ¿de qué me sirve darme cuenta de todo esto? Puedo ganar batallas menores. Puedo llevar comida a los aldeanos, apoyar los proyectos caritativos del reverendo; puedo ser amable con alguien que ha sido deshonrado, escandalice eso o no a mi madre. Pero esas cosas no cambian las vidas de las personas, no para siempre.

Asentí; no confiaba en mí misma para hablar. No podía comprender por qué me hablaba como si fuera una desconocida que no supiera ya cómo pensaba. No quería que me hiciera una crónica social, deseaba que me dijera que me quería y que no podía separarse de mí.

—Hasta ahora, querida, mi mayor victoria eres tú. Te he mantenido a salvo, aquí conmigo, te he educado y dado la oportunidad de tener una vida mejor cuando yo no esté. Que seas mi mejor y más preciada amiga es el más feliz de los destinos. Pero hasta eso está envenenado, Amy, pues ¿cuál ha sido el coste que tú has tenido que pagar? Últimamente lo cuestiono todo. Doy gracias todos los días porque estés aquí, conmigo. Pero no estoy segura de haberte hecho un gran favor. Te he convertido en... ¡una inadaptada! Debería dejarte libre, pero me destrozaría el corazón regresar y comprobar que te has ido.

Me había quedado paralizada y eso era algo que nunca me ocurría, no a mí. Ahora, además de preocupada porque me abandonara y me olvidase, tenía que preocuparme porque fuera a echarme con la excusa de que era lo mejor para

mí.

—¿Cómo puedes decir eso, Aurelia? ¡Lo has sido todo para mí! Nunca te dejaré. ¡Jamás!

Se pasó las uñas por el cuero cabelludo hasta despeinarse. Tenía las mejillas rojas y lágrimas en los ojos.

—En mi vida he luchado con pasión por... los sombreros. Me he dejado la piel por defender mi derecho a... llevar plumas. Todo el mundo sabe cuál es mi postura... con respecto a los lazos. Las preocupaciones de una niña consentida.

—¡Aurelia! ¡No! ¡Has luchado por un montón de cosas además de eso! ¡Lo sabes!

—¿Y para qué ha servido? ¿Y en qué ámbito? ¿Con mis padres? Los he odiado por su forma de tratarte, Amy. Odiado. Nadie debería de odiar a sus padres. Y ahora... —Tomó aliento—. A veces, la gente a la que quieres es... es... bueno, a veces es mala.

Yo sabía mejor que nadie que los padres de Aurelia no eran buenos. Pero no podía entender lo intenso de la angustia que ella sentía. ¿Por qué era tan grande?, ¿y por qué ahora? Me bajé de la silla y la abracé mientras lloraba.

Por fin se calmó y apoyó la cabeza en la mía.

—Me gustaría hacer algo que valiera la pena antes de morir. Tal vez un viaje no sea la causa más noble, puede que esté siendo una vez más egoísta. Pero ahora mismo es lo mejor que puedo hacer. Un día me moriré, Amy, y eso pasará mucho antes de lo que me gustaría. Quiero hacer muchas cosas. El viaje no es ni la mínima parte de lo que anhelo, pero es algo.

»No me quedan solo tres meses. El tiempo pasará volando y prometo que te escribiré todos los días. Después regresaré contigo para vivir el resto de mis días, me queden los que me queden. Pero ahora todavía puedo vivir esta experiencia. Soy una mujer adulta con fortuna. No voy a permitir que me digan que no puedo hacerlo.

Tragué saliva y le di un apretón en la mano. Aunque lo deseaba con desesperación, no le hice ninguna de las preguntas que me asaltaban. ¿Para qué servía una acompañante en Hatville si no tenía a nadie a quien acompañar? ¿Qué haría yo en su ausencia? ¿Quién iba a ser?

Al final me quedé sola. Para mi alivio y sorpresa, los Vennaway no fueron muy crueles. Después me enteré de que Aurelia había amenazado con no regresar nunca a menos que tuviera la seguridad de que yo estaría esperándola, sana y salva. Sus padres no me hicieron ningún caso y me evitaron.

La partida de Aurelia pareció despertar a su padre del estupor que sufría desde el diagnóstico y el hombre volvió a ocuparse de sus negocios. Prescindieron de los servicios del señor Henley, el tutor, que encontró empleo en un colegio de Edimburgo.

El resto de la casa estaba, como siempre, ocupada con sus tareas. Nadie se fijaba en mí para comprobar cómo iba vestida, si estudiaba, si comía... Pasé varias semanas sin saber si existía de verdad, varios días sin hablar; estaba tan destrozada, sin nada que hacer y sola que me daban ganas de gritar, aunque me volví muy silenciosa.

Sin la presencia animosa de mi amiga, la casa parecía un mausoleo. Ya no era capaz de mantener a raya el miedo que sentía con respecto a su muerte. Aquello era únicamente un anticipo del momento en el que se marcharía para siempre. ¿Cómo iba a sobrevivir mi corazón sin ella? ¿Y qué sería de mí cuando me echaran de Hatville?

Durante un breve periodo de tiempo, recé constantemente por su salud. Sabía que nada cambiaría el final, pero, aun así, suplicaba a Dios no tener que enfrentarme aún a esa situación.

Desesperada por contar con alguna compañía, buscaba la de cualquiera. Cuando el doctor Jacobs visitaba a *lady* Vennaway, me quedaba en las escaleras como si fuera un duendecillo silencioso, esperando para hablar con él, pero con miedo de formular la pregunta que quería hacerle. A pesar de mi timidez, él parecía entenderme.

—No temas, niña —me dijo—. Aún le queda tiempo. Puede que dos años, o tal vez más... a menos que tenga mala suerte. —En una ocasión, se sentó a mi lado en las escaleras y habló conmigo sobre válvulas y ventrículos.

Continué de ese modo un mes, tal vez más. Y luego, a pesar de creer que sin Aurelia mi vida no tenía sentido, los miedos desaparecieron. Cada noche, parecía que la oscuridad iba a durar para siempre, pero todas las mañanas se desvanecía. Cada día me hacía un día mayor. No solo estaba viva, también lo

estaba ella. Cuando me di cuenta de que había pasado un mes y de que solo quedaban dos para que regresara, me animé un poco. Era joven, me dije a mí misma, el tiempo pasaría más rápido si, en lugar de sentir pena por mí, hacía algo de utilidad. Así que dejé los miedos a un lado e intenté vivir un poco. Iba caminando al pueblo a menudo y visitaba a los trabajadores de Aurelia. Comía cuando me lo permitía Cook. Visité una o dos veces al señor Chorley en la vicaría y al señor Clay en el colegio, aunque yo no podía ofrecerles la animada conversación de Aurelia.

En Hatville, ayudaba a Cook con las tareas menores, aunque, tras mi larga ausencia en la cocina, ahora me necesitaban menos que nunca. Así pues, salí a los jardines y pedí a Robin que me permitiera sembrar algo.

Robin apenas hablaba, pero su presencia era la que más me relajaba. El muchacho que me había paseado en una carretilla se había convertido en un hombre alto y con barba de veintiún años, pero nuestra amistad seguía siendo la misma. Compartíamos un silencio cómodo, como si su alma y la mía ocuparan un mismo dominio.

Una tarde, cuando me limpiaba el polvo de las manos y me levanté, pareció sentir mi reticencia a regresar a la casa.

—No es lo mismo sin ella —señaló inesperadamente—. No hay nadie como ella.

Sentí una oleada de gratitud por su comprensión.

El resto de las horas del día leía, estudiaba y tocaba el piano. Escribía a Aurelia y le contaba las noticias de casa con la confianza de que siguieran pareciéndole interesantes tales menesteres. Y todos los días recibía una carta de ella. Al principio solo me gustaban porque eran señal de que seguía con vida, pero luego empecé a disfrutarlas por su contenido. Su estilo al escribir era como ella: cálido, irreverente y divertido. Ahora estaba en Twickenham, en casa de la prima de la señora Bolton, la señora Constance Wister. Aurelia estaba encantada con una casa tan bien amueblada y con tantos niños.

Querida, ¿tienes que ver Mulberry Lodge! No podría ser más distinto de Hatville ni poniendo la Tierra bocabajo. A Constance le gustan las cosas

modernas y tiene la casa llena de estatuas, papel pintado (¡a veces con colores sorprendentes!) y muebles con joyas, tachones y rayas. Es una mujer encantadora y cariñosa, Amy, te gustaría mucho. Me encantaría que la conocieras. Puede que un día lo hagas. Tiene un esposo que es igual de amable que ella, dos loros, un perro espléndido y aproximadamente trescientos hijos...

Los días pasaban. Las cosas de la vida seguían siendo las mismas, solo que recolocadas, y faltaba el epicentro.

Capítulo 18



Mi segundo día en Londres. He amanecido con un catarro tremendo. Me duele la garganta, me escuecen los ojos y la cabeza me zumba como si fuera un avispero. Me quedo acurrucada en la cama, vestida por completo e intentando controlar los escalofríos.

Llevo en el mundo sin ella poco menos de una semana. Siento un dolor infinito, y ahora también frustración y abatimiento. Que feliz trío de sentimientos. ¡No existe Entwistle! Este detalle tan desagradable insiste en pasarme por la mente a pesar de que debería olvidarlo, aunque solo fuera por un momento.

Trato de convencerme de que no todo está perdido, pero lo único que deseo es esconderme, cuidar de mi dolor de cabeza hasta que me sienta más fuerte. No puedo enfrentarme a otro día recorriendo los callejones sucios de Londres ahora que sé que no voy a hallar a ningún Entwistle. Me he topado con el primer revés y he fallado a mi amiga.

Si no fuera por la búsqueda del tesoro, tal vez pasaría los días leyendo las noticias en los periódicos y buscando empleo. Intento no convencerme de que debería abandonar y buscar un puesto de institutriz o acompañante. Por supuesto que no voy a abandonar.

Casi siento desprecio por esta terquedad. ¿Acaso no se le ocurrió a Aurelia pensar en la posición en que me estaba dejando? ¿En serio creía que viajar, el

secretismo y los retos imposibles me interesarían en estos momentos? De nuevo me veo atrapada entre dos mundos por los deseos de mi amiga.

Recuerdo aquella conversación profunda y dolorosa de la noche anterior a su partida. Me sorprendió mucho cuando admitió que me había convertido en una inadaptada. Pero era cierto. Incluso cuando pienso en ello, puedo ver su bonita cara llena de lágrimas y oír sus palabras: «... que seas mi mejor y más preciada amiga es el más feliz de los destinos. Pero hasta eso está envenenado... Debería dejarte libre...».

—Pero sigo sin ser libre, Aurelia —musito y trago saliva. Me siento culpable al recordar lo agradecida que estuve cuando recibí la primera carta en el jardín de la cocina de Hatville. Es como si hiciera toda una vida de eso. Qué pronto esa gratitud se ha atenuado y plagado de dudas. Por supuesto, por entonces no sabía lo que tenía reservado para mí.

Vuelvo a pensar en la niña decidida que era yo. Cuando era muy pequeña, estaba felizmente dispuesta a hacer todo lo que ella quería. Pero cuando crecí, la vida se volvió demasiado complicada para encontrar la felicidad. ¿Decidí en algún momento a lo largo de todos esos años que era más fácil hacer feliz a Aurelia que buscar mi felicidad? Si fue así, ¿puedo culparla a ella por hacerlo? Ahora me encuentro suspendida en esta misión imposible.

Maldigo al señor Entwistle con todo mi ser. ¿Habrá muerto también? ¿Habrá dejado el negocio? ¿En qué estaba pensando Aurelia al dirigir mis pasos hacia algo con tan poca base? Sin duda, si algo sabía ella era que la vida es precaria incluso para los más jóvenes y brillantes. ¿Quién diablos es el señor Entwistle?

Cierro los ojos y me convengo de que he hecho todo lo que he podido. He viajado hasta Londres. Ayer caminé y caminé, y busqué y busqué, y mi camino no halla continuación. No hay ningún Entwistle. ¿Qué más puedo hacer?

Me digo que estoy exhausta, que mañana todo será mejor, pero no me lo creo. Me viene a la cabeza que estoy... no, no voy a pensar en eso. Pero la sensación persiste y murmuro las palabras en silencio, para liberar la garganta y porque me resultan impactantes.

—Estoy enfadada con Aurelia.

Me acurruco de lado y doy la espalda a la misión, a las cartas y al gran

secreto de mi amiga. Ya no me importa.

Abro los ojos y me siento tan rápido que la cabeza me da vueltas. «Claro que me importa». No hallaré paz hasta que no descubra qué es lo que ella quería que supiera. Maldigo también a Aurelia, pero luego me siento fatal y me disculpo. Ella permanece en silencio.

Destrozada, salgo de la cama y me tambaleo por el pasillo. Le pido un ponche caliente a la señora Woodrow para el catarro, y ella se muestra compasiva y me lo trae a la habitación. Me cuenta que la mayoría de las personas lo hacen con brandi, pero que el ron hace más efecto.

Me incorporo en la cama y le doy un trago mientras leo la carta de Aurelia por enésima vez.

Recuerda el libro del que hablamos largo y tendido aquella tarde de verano que vino a cenar el señor Howden. Considera las variables...

El recuerdo del señor Howden me hace sonreír. Un hombre aburrido, soso y condescendiente. Fue huésped durante un tiempo de los Vennaway, uno de los muchos hombres que valoraban para que se convirtiera en el futuro marido de Aurelia. Yo solo lo vi una vez, por aquella época no me permitían aún cenar con ella.

Cielo santo, pienso, si Aurelia depende de recuerdos tan lejanos, es un asunto frágil.

Era un caballero, lo que significaba, por supuesto, que no ejercía ningún trabajo útil, pero el hombre insistía en que nos refiriéramos a él como un «hombre de ciencia». Aurelia le comentó que le gustaría mucho estudiar ciencia, algo verdaderamente efectivo cuando lo que quería era desalentar a hombres que no le parecían atractivos. El señor Howden, al parecer, se lo tomó como una prueba de su interés por complacer. ¡Ja!

Así pues, le hizo un tutorial improvisado en la mesa mientras sus anfitriones observaban conteniendo el aliento y con la esperanza de que al menos había un hombre que le seguía la corriente a su extraña hija. ¡Ja!

Cuando terminó la cena, Aurelia vino directa a la cocina y recreó, con todo lujo de detalles, toda la conversación del hombre. Repetía una y otra vez la

frase preferida de él: «considere las variables». Cuando terminó, yo no podía parar de reír y Cook nos echó de la cocina al pasillo justo en el momento en el que el señor Howden se marchaba. Jesketh, que lo estaba despidiendo, frunció el ceño al verme. El señor Howden no pareció fijarse en mí, pero tomó las manos de Aurelia y se inclinó.

Me fijé en la nariz fina y roja, el pelo castaño aplastado y el temblor nervioso que mi amiga había descrito un momento antes. La idea de Aurelia, con el pelo alborotado y los labios con forma de corazón, con ese memo era ridícula.

El señor Howden, sin embargo, pensaba que ella y él se habían entendido bien.

—Recuerde, querida, considere las variables —susurró mientras Jesketh lo empujaba hacia la puerta, ¡y luego guiñó un ojo a Aurelia!

No pudimos contenernos. Estallamos en carcajadas y me avergüenza admitir que escapamos del pobre Jesketh, que intentaba llevarme de vuelta a la cocina. Fuimos a la habitación de Aurelia (por entonces ya me había acostumbrado a que me descubrieran allí y me echaran como si fuera un gato callejero), leímos juntas el último y ansiado capítulo de *La tienda de antigüedades* y lloramos.

El punto clave del discurso del señor Howden, tal y como yo lo recordaba, era que, en la ciencia, todo era lógico y lineal. Se podía rastrear el origen de las causas y predecir los efectos, y lo único que hacía que la disciplina pareciera tan enrevesada y confusa para una mente sin educar era la gran cantidad de variables que intervenían en cualquier experimento. Para explicar este debate sencillo, se había complicado mucho y había usado muchas palabras cortas teniendo en consideración que el cerebro de mi amiga era femenino e inexperto.

Yo había estado considerando las variables también con un cerebro femenino e inexperto, y ahora congestionado. Había dado por hecho que, como Aurelia me había pedido que buscara a un librero llamado Entwhistle, encontraría a uno. Quizá hubiera sido una suposición precipitada. Tal vez todas las suposiciones sean precipitadas en lo concerniente a mi amiga.

Si no se llama Entwhistle, ¿cómo podría llamarse? ¿Tenía que revisar el

listín completo del señor Manning, visitar librería tras librería y registrarlas de arriba abajo en busca de una carta escondida? ¡O puede que Entwhistle no sea un librero! Ya puedo pensar en cuáles serían mis preguntas:

—¿Dónde puedo encontrar Entwhistle's, por favor?

—¿Qué es Entwhistle's?

—No lo sé.

—¿Una tienda, un abogado, un banco?

—No lo sé.

—¿Una taberna, un sastre, un vendedor de castañas?

—No tengo ni la menor idea.

¡Imposible! Es del todo imposible.

¿Y las demás variables qué...? ¿La ciudad? ¿Hay alguna librería llamada Entwhistle's en algún otro lugar? La idea de ampliar la búsqueda a todas las islas Británicas no me agrada. ¿Y si la pista es un truco? ¿Esconderán sus palabras algún código secreto? Hace años, cuando me escribía las pistas en código, siempre dibujaba una pala pequeña en la esquina de la página, señal de que tenía que escarbar a fondo. En esta carta no hay ninguna pala.

No está en código, tan solo es irritante. Me quedaré aquí atrapada, en Jessop Walk, hasta quedarme sin dinero y sin cordura.

Hago una bola con los papeles y la lanzo con fuerza. Rebota en la pared y cae bajo la pastora engreída. Mi pobre cerebro agitado está exhausto con tantos ciclos de ira, remordimiento y dedicación renovada. Me gustaría seguir enfadada y acabar con esto. Ojalá querer a alguien fuera así de sencillo.

Salgo de la cama una vez más y pido un segundo ponche de ron.

Capítulo 19



Aurelia se mantuvo fiel a su promesa y me envió cartas que yo devoraba del tirón y releía a menudo. Contenían pequeños regalos y dibujos: nimiedades para dar vida a su viaje, nada que fuera demasiado valioso como para que me lo pudieran confiscar.

Junio. Los castaños estaban rebosantes de hojas, exuberantes, y los campos, llenos de abejas. Eran días azules y dorados con flores centelleantes; días en los que pensaba que mi sufrimiento tocaba a su fin. Para contentarme, contaba los días que faltaban para que terminara el viaje de Aurelia y preparaba su bienvenida.

Llegaron cartas, para mí y para sus padres, en las que explicaba que iba a alargar el viaje.

Londres y Twickenham habían sido una delicia, ¡pero ahora la habían invitado a Derby! Esta era una ciudad fascinante, según decía, y no podía hacer otra cosa que aceptar y ver la famosa ciudad ahora que estaba allí. Regresaría en agosto, y no en junio como estaba previsto. La decepción me traspasó como si de un rayo se tratara. Me sentí desorientada. Quería confiar que este retraso sería algo puntual, pero no fue así.

Me avisó de que Derby supondría una interrupción en nuestra correspondencia:

Será un viaje largo, pajarito, y tengo muchas cosas que atender: compras,

equipaje e innumerables despedidas, etc. Posiblemente pasen varios días hasta que pueda tomar papel y pluma para escribirte (o, más bien, ¡tomar aliento!). Por favor, no te alarmes por el retraso. Estoy deseando abrazarte y que me cuentes cada detalle de tu verano cuando regrese a casa en agosto.

Cuando la tan ansiada carta llegó tres semanas más tarde, estaba llena de disculpas y signos de exclamación. Ni siquiera parecía Aurelia. Tan llamativa como ella había sido siempre, presumida y nerviosa. Ahora lo único de lo que escribía era de la sociedad en Derby: los bailes, las fiestas y los jóvenes apuestos. En resumen, parecía la hija que los Vennaway siempre habían deseado.

Mi queridísima Amy, ¡Meyrick Flintham me ha dicho que soy la más bella del reino! (La suya es una opinión valiosa. Si los rumores son ciertos, ha conquistado a la mitad de las jóvenes que viven en él). Por supuesto, no soy una persona a la que pueda ganarse con unas cuantas palabras bonitas. Volví la cabeza y me libré del brazo de David Gresham, que tiene como cuarenta mil años.

Continué mis días con ánimos decaídos. Sus cartas eran cada vez más cortas y llegaban más espaciadas en el tiempo.

Agosto. Un sol abrasador y el arroyo seco hasta convertirse en una muda de serpiente de tierra pedregosa. Solos dos acontecimientos de interés.

El primero fue la boda de la ayudante de cocina, Dora. Lord y lady Vennaway no asistieron. El resto nos reunimos en la pequeña iglesia para presenciar los votos. Los cantos no hallaron competencia en los pájaros que había fuera, que probablemente sostenían las alas débiles por encima de sus cabezas emplumadas y languidecían en los nidos, a la sombra.

Después, Dora nos dejó para siempre. Era una mujer mordaz e impaciente, pero su marido la miraba con una adoración y orgullo evidentes para todos. Confieso que tuve un momento de envidia en el que me pregunté qué tenía ella que la había llevado hasta ese momento que no tuviera yo.

El segundo acontecimiento fue otra postergación de Aurelia. Nos escribió

desde Derby hablándonos de la oportunidad de ver el norte industrial, la maravilla de las factorías y las fábricas de algodón: ¡el progreso se manifestaba con ladrillos y acero! Llegaría a tiempo para Navidad. No pude contenerme, esa carta fue directa al fuego.

Septiembre. La niebla se cernía sobre los campos por la mañana y yo me acordaba de Aurelia enseñándome a bailar en el salón cuando era pequeña. Ahora no tenía a nadie con quien reír y, a pesar del enfado, la echaba de menos. La lluvia empezó a salpicar las ventanas.

Con la ausencia de Dora, Cook comenzó a depender más de mí como ayudante de cocina no oficial y sin sueldo. Hizo lo posible por ocultar este hecho a su empleadora, pues *lady* Vennaway era partidaria de que no hubiera nada que pudiera hacer para sentirme en casa. Hubo varias ocasiones desquiciantes en las que casi me descubrió que tuvieron como resultado que me empujaran por la puerta lateral o, en una ocasión memorable, me metieran en la despensa junto a las jarras de leche.

No fue una experiencia agradable (me refiero a trabajar en la cocina, no a esconderme en la despensa). Mi amistad con la señorita, mi habitación espaciosa al lado de la suya y mi educación hacían que el resto de personal sintiera desconfianza hacia mi persona. Aparte de Cook, Jesketh y Rosy, no había nadie de los que trabajaban dentro de la casa cuando yo era pequeña y que supiera cómo se había desarrollado mi vida. Pero al menos tenía gente a mi alrededor todos los días y dormía mejor ahora que tenía una ocupación.

Las cartas de Aurelia eran escasas e irregulares. Y, peor aún, nunca estaban a la altura.

Amy, sabía que te las arreglarías perfectamente sin mí. Parece que estás muy ocupada. Maravilloso. Está bien que sigas escribiéndome con tanta frecuencia. Por mi parte, continúan las presentaciones, querida. Esta tarde voy a montar a caballo con un joven conde italiano que tiene un bigote enorme...

Quizá fuera lo mucho que anhelaba su amistad, mi *raison d'être*, lo que hacía

que me resultara imposible disfrutar de ninguna de sus cartas. Había quedado claro que ella no deseaba mis misivas tanto como yo las suyas. Sus palabras eran distraídas, no la imaginaba comprobando el buzón, aferrándose al sobre y devorando su contenido.

A veces me preguntaba por alguien de Enderby cuando acababa de hablarle de él dos semanas antes. Me daba la sensación de que no leía mis palabras con atención. Las noticias locales perdían interés y yo me sentía más aburrida que nunca; mis cartas debieron de volverse deprimentes.

Me animó a continuar con los estudios; me ponía deberes, me recomendaba libros o poemas que podíamos debatir a su regreso. Pero durante esos meses, me costaba creer que fuera a regresar. Me había hecho daño y mi pequeña rebelión fue dejar de lado los intereses que siempre habíamos compartido.

Aprendí a preparar sopas, a asar presas de caza y a elaborar dulces aceptables.

Navidad: lluvia y aguanieve. Ningún regalo, ningún amigo y ni idea de cuándo regresaría Aurelia a casa. Noches frías temblando bajo la luz de la luna y con preguntas amargas. ¿Cómo podía haberse olvidado de mí de esa forma y sin consuelo? Su trato era especialmente doloroso dado el hecho de que ya me habían abandonado antes. Recordaba sus palabras del último día que habíamos hablado: «A veces, la gente a la que quieres es mala».

La imagen siempre valiosa que tenía de Aurelia, como un ángel lustroso que me había salvado de la nieve y que siempre me querría, se tambaleaba y desvanecía como un arcoíris. Me había esforzado por tratar de comprender su necesidad de escapar una temporada. Había llegado a aceptar que nos interesaban asuntos diferentes. Pero ahora me preguntaba si alguna vez ella había intentado al menos comprenderme a mí.

Enero avanzaba. Aurelia estaba en Bath, donde, al parecer, sentía una fascinación profunda por un tal Frederic Meredith. Pasaron meses desde que se había hablado de su regreso.

Capítulo 20



Llueve. La lluvia que truena asola la ciudad sin piedad, como si tratara de llevarse la respuesta de mi cabeza.

He disfrutado de un sueño agradable e inesperado después de tres ponches y ya es mi tercer día en Londres. Aún me falta la inspiración para continuar mi misión. La frustración por encontrarme atrapada aquí, gastando el dinero y sin conseguir nada, es colosal.

Hoy me encuentro mejor del catarro, aunque no sabría decir si se debe al descanso o al ron medicinal de la señora Woodrow. Como resultado, me paseo de un rincón a otro, preocupada por mi apuro. Considero la posibilidad de resolver el misterio de Aurelia desde una perspectiva completamente distinta. Si admito la derrota y abandono la idea de Entwhistle's, ¿habrá otros modos? Tiene que haber otras personas en las que confiara. ¿Frederic Meredith tal vez?

De vuelta a esos días oscuros e invernales de mi adolescencia, el nombre de Frederic Meredith logró llenarme de temor. Aurelia había dejado de mencionar a otros hombres en la época en la que lo conoció. Escribía sobre él con términos de lo más alegres, y eso me llenaba de angustia. «Sus rasgos elegantes y varoniles», «su figura imponente», «su inteligencia y su sensibilidad»; todo ello me hacía desear que despachara a ese tal Frederic Meredith con rapidez. Describía a un tipo de hombre que bien podría haber

salido de las páginas de una novela. Esperaba que Aurelia redescubriera su propia sensibilidad y recordara a la chiquilla abandonada a la que había prometido mantener siempre a su lado.

Supuse que habría una aventura amorosa entre ellos, aunque ella lo desmintió más tarde y pareció sorprendentemente desinteresada en hablar de él después de haber escrito durante meses de poca cosa salvo de él. Me preguntaba si el joven la habría decepcionado, por muy inimaginable que me pareciera tal cosa. En cualquier caso, no albergaba deseos de saber nada más de él.

Y ahora me pregunto si el secreto es una aventura, aunque no se me ocurre por qué iba a tomarse tantas molestias en disimularlo ahora que ya no está. Si es así, ¿por qué no ir directa al grano? Podría dirigirme a Bath, investigar, encontrar al señor Meredith y... mis planes se tambalean. ¿Y si estoy equivocada? ¿Y si también hay que ocultarle el secreto?

Por primera vez en los cuatro días que han pasado desde que recibí la primera carta de Aurelia, cuento con la tranquilidad para reflexionar acerca de cuál puede ser ese gran secreto. Confieso que me muero de la curiosidad. ¿Dejó una cantidad de dinero para una obra benéfica que sus padres no aprobarían, tal vez una de las casas de reforma del señor Dickens para señoritas promiscuas? Puede que ella misma cayera en deshonra en la sociedad, que ofendiera a alguna personalidad importante, que hablara de forma indiscreta de su familia... Todas ellas son explicaciones con poca base y más bien improbables.

Pienso en la señora Bolton. Visitó a Aurelia una o dos veces tras su viaje juntas y después viajó a Europa, como tenía previsto, y no regresó nunca. Su modesta casa de Enderby estaba cerrada. De vez en cuando, Aurelia recibía una carta de Francia, Italia o Portugal, pero si contenían noticias emocionantes, nunca me lo contó.

«La señora Bolton me pregunta por ti, querida —me decía con cariño, levantando la mirada de la hoja. O—: La señora Bolton me pide que te transmita sus mejores deseos».

La señora Bolton y yo teníamos una relación más cordial desde continentes separados de la que tuvimos nunca cuando vivía en nuestra misma ciudad.

¿Y si hay que mantener al margen también a la señora Bolton? La insistencia ferviente de Aurelia que algunos calificarían de excesiva en que guarde silencio me ata de manos y pies. El único modo que tengo de asegurarme de que no la traiciono es siguiendo sus instrucciones al pie de la letra. Carta por carta. Pero no hay ningún Entwistle... Señor, qué mal está la situación.

Me tumbé en la cama e intenté leer un poco de *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, pero no me puedo concentrar. Sigo preocupada por el acertijo, no puedo dejar de volver al pasado.

—¿A qué viene tanto secretismo, Aurelia? —pregunto en voz alta—. ¿De verdad tenías que ponérmelo tan difícil?

Al fin y al cabo, hiciera lo que hiciese, ya no podía hacerle ningún daño. Y seguramente tampoco me perseguirían a mí por el simple deseo de amenazarme.

En ese momento aparece un recuerdo. Tenía siete u ocho años. Aurelia había salido a visitar a unos primos. Cuando volvió, también ellos vinieron con ella, acompañados de un buen número de tías, tíos y niños. Tuvimos que trabajar mucho para preparar la casa.

Una de las doncellas estaba enferma y Cook tuvo la mala idea de dejar que la ayudara yo. Pensábamos que *lady Vennaway* estaba recibiendo las visitas de la mañana, como era habitual los miércoles, así que la señora Last me puso a barrer y a limpiar el salón. Sin embargo, la señora no tuvo visitas ese día y se encargó de visitar las habitaciones en busca de trabajo mal hecho.

Yo había trabajado duro y me sentía orgullosa del resultado. Los muebles brillaban y los espejos resplandecían.

Oh, los espejos. Creyéndome sola, aproveché la oportunidad de mirarme en uno. Por supuesto, no había ninguno en la cocina, en la trascocina o en los establos, y normalmente hacían comentarios sobre mi apariencia, por lo que sentía curiosidad.

Dora me había dicho que era bastante sencilla, que tenía un aspecto desagradable. Rosy le pidió que no fuera mala conmigo, que no era culpa mía. Pregunté a Cook si era verdad y ella meneó una mano con exasperación y me

pidió que me encargara de las conservas. Después pregunté a Jesketh y me contestó que la belleza está en el interior. Robin me dijo que estaba bien. Aurelia, que era adorable. Todos comentaban mi tamaño menudo.

Lady Vennaway me descubrió en medio de mi momento privado y en absoluto común de autovaloración. Esto fue lo que vi:

Un rostro con la forma de una lágrima de piel pálida y una cortina de pelo oscuro. Un flequillo espeso que me caía en los ojos y se abría un poco en el centro para revelar una pequeña arruga entre las cejas, aunque no era consciente de que estaba frunciendo el ceño. Una boca gigante y unos ojos grandes de un color extraño.

Exhalé un suspiro. Era muy pequeña, sí. Tenía el pelo demasiado negro y espeso. La sonrisa era extraña, muy grande y asimétrica. El resultado fue una mueca de horror. Perfecta para espantar a los pollos, como solía decir Dora.

Oí un chillido y la señora apareció en el cristal, a mi lado, como la reina malvada de los libros de cuentos. Mi momento de intimidad puesto al descubierto hizo que me sobresaltara todavía más. Por supuesto, abrió su bonita boca, pronunció palabras horribles y de pronto me harté de todo.

—¡He hecho mi trabajo! —grité, furiosa, estampando los pies contra el suelo—. Lo he hecho muy bien. ¡Y lo he hecho por ayudar! Dolly está en la cama y, si no fuera por mí, habría polvo en sus salchichas.

Como en un sueño, la vi alargar el brazo y agarrarme del pelo, de todo el pelo. Me arrastró hasta la cocina, naturalmente, donde Cook estaba aliñando un faisán. Miró impactada a *lady Vennaway* cuando esta tomó un cuchillo de la mesa.

Con un movimiento hábil, la señora me retorció el pelo y lo cortó a la altura del cuello. De un golpe limpio.

—La vanidad es un pecado —gritó—, y uno bastante ridículo proviniendo de ti.

Y se fue.

A solas, Cook y yo nos miramos. No podía explicarme. Mi pelo yacía en el suelo, metros y metros de pelo, me pareció. Lo recogí. Parecía haber más que cuando lo tenía en la cabeza. Noté las puntas recién cortadas revoloteándome por la cara.

—El salón está limpio —hablé por fin y me llevé el pelo para tirarlo a la basura.

Después me enteré por las novelas y las publicaciones que a uno de cada tres huérfanos les cortaban el pelo en algún momento. No obstante, eso no disminuyó la sensación de invasión y afrenta personal que sentí en aquel momento. Aunque, al final, *lady* Vennaway me había hecho un favor sin saberlo. El pelo largo se negaba a adoptar ninguna forma y se resistía a mis intentos de recogerlo. Corto, se ondulaba cómodamente en los bordes de la cofia y me ahorraba horas de cepillado todas las semanas. Largo, no servía para nada bueno que no fuera enfadar a Aurelia.

Sonríó al recordar a Aurelia fingiendo sentir rabia cada vez que comparábamos el largo de nuestro cabello. Da igual lo mucho que cepillara o se arreglara el suyo, el mío era siempre más largo. Aunque mi cabello extenso, aburrido y negro no podía compararse con sus rizos brillantes y sedosos, ella representaba a la perfección el papel de envidiosa.

Ideó un juego en el que teníamos que colgarnos bocabajo de la verja que había al lado del arroyo, con la cabeza por encima del agua, para ver qué cabellera tocaba la superficie. Era absurdo, porque eso no medía en absoluto el largo del cabello. Aurelia siempre ganaba simplemente porque era más alta. Pero el juego nos hacía reír a las dos.

De forma inevitable, la primera vez me caí. Estaba tan decidida a que el pelo tocara el agua que solté los pies. Perdí el agarre y me precipité. No me hice daño, pero acabé mojada, llena de barro y temerosa de las mofas de Dora.

Después de que me cortaran el pelo, volvimos a las carreras de ramitas.

Ahora, en Londres, pienso que tal vez no me encuentro a salvo de los Vennaway. Quizá tendría que temer a una mujer que podía tratar a una niña como me trababa a mí. Puede que esté bien que me encuentre lejos, una figura menuda y anónima en una ciudad grande y rebosante de gente. Debe de ser el mejor lugar del mundo para perderme.

Algo de mi recuerdo me ha incomodado y me siento inquieta. Me dan ganas de caminar bajo la lluvia densa y respirar el aire frío y húmedo. ¿Qué es lo

que me molesta? No se trata del corte de pelo.

Es otra cosa.

Aurelia y yo jugando en el río. La sensación de que la echo de menos. Las carreras de raminas. Las dos colgando de la verja. Las carcajadas. La sensación de que la echo de menos. Caerme y oler a barro. Aurelia llorando de la risa al ver mi pobre figura negra. La sensación de que la echo de menos. Aurelia animándome con una historia nueva mientras volvemos a la casa. Era sobre dos conejos llamados Entwhistle y Crumm que habían abierto una sastrería en Hampstead. Me encantaba esa historia, que duró muchos capítulos a lo largo de varios días.

«Entwhistle llevaba un chaleco rojo y Crumm llevaba uno azul...».

Y de pronto me golpea como si fuera un puño. El recuerdo me ha guiado, igual que una ramita en el agua del río, hasta la respuesta.

Capítulo 21



Pasaron doce meses enteros antes de que volviéramos a ver a Aurelia. Llegó el siguiente mes de marzo antes de que regresara con nosotros, con los vientos de la primavera azotándole el cabello y saludando con las manos llenas de narcisos.

Yo estaba en la sala de estudio, ahora no recuerdo por qué, perdida en la tristeza en la que se había convertido mi día a día. Alertada por el repiqueteo de las ruedas de un carruaje, miré por la ventana sin mucho interés pensando que sería una de las visitas de *lady* Vennaway. Pero había algo en la imagen que hizo que se me detuviera el corazón.

El carruaje se apresuraba por la gravilla y las piedras volaban a su alrededor como las gotas de una fuente, reflejando la suave luz del sol. Giró a gran velocidad y se inclinó amenazadoramente a un lado. Incluso los caballos parecían galopar con alegría, como si su único deseo fuera hacer alarde de las patas fuertes y el largo pelaje que tenían al final de estas, y no importara en absoluto la estabilidad del carruaje. Tenía la sensación de que sabía quién había dentro antes incluso de que se acercara lo suficiente para reconocer el faetón azul y plateado de la señora Bolton.

Salí corriendo.

Cuando Aurelia bajó del carruaje, *lady* Vennaway le dio el abrazo más largo y fuerte que había visto nunca. Lloraba y lloraba, la besaba y lloraba, y

después se negó a hablar con ella en un mes. Lord Vennaway se comportó como siempre, intimidante y taciturno, aunque no pudo ocultar la emoción en su mirada cuando la rodeó brevemente con los brazos.

Yo sentí una oleada de amor, una felicidad inmensa y alivio. Tenía un aspecto glamuroso y desconocido para mis ojos inexpertos. Aunque tenía veintiún años cuando se fue, para mí seguía siendo mi amiga de la infancia. Regresó como una mujer, serena y distinta... diferente a todos nosotros. No reconocí ninguna de las prendas que llevaba, ni la sombrilla elegante ni los extravagantes guantes verdes.

Me estremecí; ¿qué podía decirle una pobre niña que no había salido de casa que interesara a una criatura como esta? Más que autosuficiente, se notaba. Su rostro tranquilo y distante esbozó una sonrisa resplandeciente en el momento en que me vio. Con una carcajada de alegría, me tomó en brazos y se puso a dar vueltas, como en los viejos tiempos. A continuación, me dejó en el suelo para inspeccionarme.

Aurelia se mostró igual de sorprendida por el cambio que vio en mí, un cambio que yo no había considerado hasta entonces. Tenía más de catorce años cuando regresó, yo también era una mujer joven. Ese año solitario y largo me había pasado factura. No me extrañaba que pareciera otra: más alta, más delgada, mayor. Había madurado y perdido la inocencia infantil. Aurelia ya no me parecía perfecta, pero descubrí, con mucha alegría, que no la quería menos por ello.

¡Las semanas siguientes fueron espléndidas! Nuestra amistad estaba de vuelta; su afecto era tangible, tan evidente en su rostro y en su mirada que empecé a amonestarme por haber dudado de ella. Días de paseos, charlas y risas con Aurelia, escuchando cada palabra que decía. Finalmente se sentó conmigo y le conté con total honestidad mis vivencias, mis miedos y preocupaciones. Nunca le había hablado de ese modo y mi nueva franqueza nos unió más que nunca. Hablábamos tanto y de temas tan profundos que nunca dudé de que me lo estuviera contando todo.

Y así empezó la última fase de mi vida junto a Aurelia: de nuevo compañeras, ambas cambiadas tras su ausencia.

Ella parecía haber encontrado lo que fuera que había estado buscando y daba la sensación de que estaba más cómoda que nunca en Hatville. Esperaba que recordara a los amigos y lugares que tanto había luchado por visitar, pero tras las primeras historias detalladas, estas se desvanecieron como un sueño.

Le llegaron cartas en un par de ocasiones, escritas con una letra desconocida. Las escondía y nunca supe quién se las enviaba. Supuse que mantenía correspondencia con Frederick Meredith, pero, cuando le conté que había temido que se casara con él y se olvidara de mí, se rio con ganas hasta que las carcajadas se convirtieron en tos.

Su salud se deterioró rápidamente tras pasar un mes en casa. Antes costaba creer que estuviera enferma y ahora resultaba imposible olvidarlo. Antaño tan robusta y animada, se volvió débil y pálida. El declive se había retrasado mucho, pero cuando llegó, lo hizo de forma dramática.

Trajerón una silla de ruedas a Hatville y, cuando deseaba ver el jardín de rosas o el río, yo la empujaba hasta allí. Los días buenos caminaba despacio, apoyada en un bastón. Los días malos, y estos eran frecuentes, no podía salir de la cama. Los Vennaway no podrían haberla casado entonces, aunque lo hubieran querido. Parecía que había regresado a tiempo para despedirse, aunque se aferró a la vida con tenacidad y las semanas se tornaron meses, que se convirtieron en años improbables. Al menos seguía siendo la misma en su reticencia a sucumbir a las estadísticas.

A pesar de la desolación de verla batallar, no me sentía infeliz. Por extraño que parezca, fue la época más pacífica que puedo recordar.

Un cambio triste que sufrió Hatville fue la partida de Robin, a quien habían ofrecido un puesto como jardinero jefe en la finca de una familia eminente de Gloucestershire. Admito que me impactó verlo marchar. No es que subestimara sus habilidades, sino, más bien, que nunca las había tenido en consideración. Era tan modesto y tranquilo que no me habría fijado nunca en su talento con las flores agapanto, ni tampoco habría sabido que Hatville era famoso por sus huertos de no ser porque su nuevo puesto de trabajo había hecho que nos interesáramos por el asunto.

—Tiene un don con las cosas vivas —comentó Aurelia. Comprendía su

tristeza. Las plantas cobraban vida entre los dedos de Robin y ella se estaba difuminando.

Desde su regreso, había adoptado una postura más reflexiva. Pasábamos menos tiempo jugando y riendo, y más paseando, cuando podía hacerlo, y reflexionando acerca de cómo nos había modelado nuestro pasado. Cantábamos y leíamos menos, pero hablábamos de temas más profundos y nos sentábamos en silencio. Ahora brillaba menos, tenía menos fuego que las aguas profundas y silenciosas.

En cuanto a mí, había conseguido soportar el año que habíamos pasado separadas armada únicamente con la fe y mi propia fuerza. Eso me había conferido algo que no poseía antes. No podía darle un nombre, pero lo sentía vivir en mi interior.

Las dos sabíamos que esos días eran regalos para que disfrutáramos todo lo que pudiéramos y empleáramos de la forma más sabia posible.

Contamos con cerca de tres maravillosos años.

Capítulo 22



El señor Manning, el dependiente de la papelería, pone mala cara cuando levanta la mirada y atisba mi figura en la puerta. La cortesía profesional lidia visiblemente con el desagrado.

—Ha vuelto —observa.

—Buenos días, señor Manning, espero que esté usted bien. Me preguntaba si podría molestarle un poco más con un último vistazo a su listín.

—Dudo que hayan aparecido nombres nuevos durante la noche, señorita. Aquí no hay duendes que escriban a la luz de la luna.

—Estoy segura de que no, señor, pero me gustaría buscar a otra persona, si no es demasiada molestia.

Se encoge de hombros y estira el cuello en una dirección y después en otra antes de pasarme el listín.

—Qué día más gris —murmura.

—Muy gris —coincido, incapaz de dejar de sonreír. Paso con entusiasmo a la letra C. Aquí está.

Crumm & Co. Waiscoat Lane. Junto al patio torcido que hay detrás de St. Angelus. Holborn.

La dirección elimina cualquier atisbo de duda. ¡Waiscoat Lane! La calle del chaleco.³ No hay duda de que Aurelia estaba pensando en la historia infantil. Rezo en silencio para que las pruebas futuras no requieran tanto tiempo y tan

enrevesado repaso de mi pasado.

Leo de nuevo la dirección y salgo de la tienda, lanzando un gracias por encima del hombro al salir. El coche está esperando e iniciamos un veloz trayecto hasta Holborn durante el cual me olvido del resentimiento que me invadía por la misión que mi amiga me había encomendado. Me cuesta respirar de la emoción.

—¿Quiere que espere de nuevo, señorita? —me pregunta el conductor cuando se detiene fuera de St. Angelus.

Pago y me despido de él. Después del retraso y el estancamiento de los últimos días, no pienso salir del establecimiento del señor Crumm hasta que no encuentre la carta. Si me quedo aquí encerrada toda la noche, que así sea.

Holborn está desierto. En realidad, toda la ciudad de Londres está paralizada debido al mal tiempo. La falda me arrastra por el peso del agua. Es más que probable que el aguacero intenso me haya hundido el sombrero. No me importa. Pronto volveré a tener noticias de Aurelia.

Aquí está el patio, torcido, para estar segura, con la forma de un pañuelo arrugado. Junto a él, una callejuela estrecha. Casi espero ver dos conejitos trajeados en mi camino. Y aquí está la tienda, pintada de color borgoña, con una ventana dividida por un parteluz y las palabras Crumm & Co pintadas cuidadosamente en dorado encima.

Cuando me detengo en la puerta, temblando de los nervios, esta se abre con un amistoso repiqueteo de unas campanitas y un caballero alto con un abrigo grueso casi tropieza conmigo al salir.

—Disculpe, señorita —dice con tono educado y me sostiene la puerta para que pase antes de seguir su camino.

Me recibe un interior agradablemente iluminado gracias a unas velas y lámparas de gas. Se trata de una luminosidad bienvenida en un día tan oscuro.

—Buenos días, señorita. —Un hombre de aspecto alegre de unos sesenta años levanta la mirada de un libro de contabilidad y sonrío—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Buenos días, señor. Voy a echar un vistazo, gracias.

—Por supuesto.

Acércate a la sección de Historia Natural... Recuerda el libro del que hablamos largo y tendido...

Me adentro en la tienda y decido que no voy a acercarme a la sección de Historia Natural. Ahora que he entendido el tono de las pistas de Aurelia, tengo la sensación de que esta es otra estrategia para confundir a cualquiera, excepto a mí. Aunque el señor Howden habló de muchos libros estupendos esa noche, deseoso de alardear de su erudición, el libro que compartimos nosotras, Aurelia y yo, fue, por supuesto, *La tienda de antigüedades*.

—Señor, ¿podría indicarme dónde se encuentran las obras del señor Dickens?

El hombre sale de detrás del mostrador y me muestra las estanterías correspondientes. En ese momento, parece sobresaltarse por algo y me mira más de cerca, aunque se recompone rápidamente.

—¡Vaya! ¿Hay...? —exclama, pero se queda callado—. ¿Hay algo más con lo que pueda ayudarle, señorita...?

—Nada más, gracias.

Pero sigue mirándome con atención. Tal vez sea únicamente por mi apariencia, desaliñada y pálida, empapada por la lluvia. Puede que sea porque voy de luto, o sin carabina. Sea cual sea la razón, tiene una voz suave y agradable y un aspecto que en nada ofende.

—¿Se ha fijado en nuestra la selección de novedades que tenemos aquí? Esto no es una biblioteca, pero soy un gran seguidor de los escritores contemporáneos, así que me quedo con una copia de todo lo que publica el señor Dickens y dos o tres más. Hay publicaciones periódicas y libros dentro de esa vitrina de cristal. No están a la venta, pero dejaré la llave en la puerta por si desea echar un vistazo.

Regresa al mostrador y me deja sola. Frunzo el ceño, más que de costumbre. Esta interacción me ha resultado del todo extraña.

Encuentro *La tienda de antigüedades* en la estantería. Me quito los guantes mojados y me pongo a palpar alrededor, por encima y a los lados del estante. Sé que la carta no va a estar en el ejemplar, pues los libros están a la venta. Nada.

Pruebo detrás de la estantería, compruebo si esta se mueve por si hay algo escondido detrás. Nada.

Estoy ya casi segura del resultado cuando me acerco a la vitrina de cristal. Miro al señor Crumm, pero sigue concentrado en el libro de contabilidad. Abro la vitrina y encuentro una fila de publicaciones, ediciones de *El reloj de maese Humphrey*, la revista que tan bien recuerdo de la infancia. Están los ejemplares que contienen los capítulos finales de la triste historia de la pequeña Nell y también está el último, al final del estante, contra la pared.

Saco con cuidado la revista y le doy la vuelta en las manos; nada sale de entre las páginas. Paso con cuidado las hojas y encuentro una parte en la que hay dos o tres pegadas; puede que se haya movido un poco de pegamento de la encuadernación. O tal vez no.

Metó un dedo entre las páginas y estas se abren justo por donde esperaba: la tragedia de una heroína que muere demasiado joven.

Entre las páginas hay un sobre blanco liso con solo dos iniciales: A. S.

3 N. de la Ed.: En inglés, waistcoat significa «chaleco».

Capítulo 23



Con manos temblorosas, me aflojo la capa, me meto la carta en el bolsillo del vestido, junto a la anterior, y vuelvo a envolverme con la capa. Coloco la revista en su lugar, cierro la vitrina y me detengo un momento para deleitarme. Aquí, en esta ciudad que tan lejos se encuentra de Hatville, en un callejón remoto, en un vecindario que nunca en mi vida he visitado, aguarda una carta de mi amiga para mí. Me siento como si yo misma me hubiera zambullido en una novela.

Estoy deseando leerla, pero no quiero hacerlo en un lugar público. Tampoco deseo regresar a la habitación en la que estaba confinada hasta hace un momento. Además, no sé si en esta tienda habrá más respuestas de las que pueda ofrecerme la carta de Aurelia. ¿La conoció este hombre? Me da la impresión de que a quien conoce es a mí.

Vuelvo donde están los libros a la venta y decido comprar *Oliver Twist*. Me costó mucho dejar a Oliver en Hatville. El librero observa mi elección con interés.

—Una buena novela. Qué raro, me imaginaba que elegiría usted otra cosa... ¿*La tienda de antigüedades*, tal vez?

No son imaginaciones mías. Este hombre sabe algo.

—Esa es mi preferida, señor, pero ya la tengo.

—Ya veo. ¿Entonces ha encontrado todo lo que necesita?

—Así es. Gracias. Es señor Crumm, ¿no?

—Albert Crumm a su servicio, señorita...

—Soy Amy Snow.

—Por supuesto, querida, por supuesto. ¡Oh! —Sale de nuevo de detrás del mostrador y me da un caluroso apretón de manos—. Me alegro mucho de conocerla al fin, aunque... Supongo que eso significa que la señorita Vennaway ya no está entre nosotros.

—Siento informarle de que murió hace una semana, señor. ¿Era amiga suya?

—Me siento honrado de haberla conocido, sí. Y, gracias a ella, siento que la conozco un poco a usted, señorita Snow, si no le parece una osadía. Mis más sinceras condolencias.

—Gracias. ¿Podría contarme cómo logró ella...? Estoy sorprendida.

—Señorita Snow, coincidirá conmigo en que esta no es conversación adecuada para el horario laboral. Sé que soy un desconocido, pero ¿le resultaría incómodo que la invitase a cenar en mi casa esta noche? Mi hija Kate estará allí, y ese joven hijo suyo que parece una espiga, Henry. Estaremos encantados de recibirla.

Estoy seguro de que hay algún protocolo que desaconseja tal cosa, pero la soledad es más poderosa que la convención. Apenas puedo contener la felicidad y me temo que soy capaz de ponerme a llorar delante de este piadoso caballero.

—Me encantaría, señor Crumm. No tengo amigos en la ciudad y conocer a alguien que conocía a Aurelia... No puedo sentirme más agradecida.

Me avisa de que cerrará la tienda en una hora y me pregunta si me importa esperar en su despacho.

—Tal vez pueda pasar el tiempo leyendo su nueva adquisición. —Esboza una sonrisa—. Estoy seguro de que está deseando hacerlo.

Me quedo sin palabras mientras él arrastra un sillón hasta un fuego apagado que vuelve a encender. Me quita el sombrero y la capa y me pide que vigile la tienda un momento mientras va al comercio de al lado a comprar café para los dos. En un instante, todas mis necesidades se ven abastecidas; tengo la carta y soledad para leerla. Me seco junto a un fuego tan caliente que me hace temblar

y tengo una bebida humeante a mi lado. Esta noche contaré con compañía y, sí, privacidad para llorar un poco al tiempo que la tensión y la incomodidad de los últimos días se desvanece.

Me saco la carta del bolsillo. Está suave y limpia comparada con la primera, que tanto he leído y transportado (y también arrugado). Aparto un poco el sillón; con la suerte que tengo, lo único que me faltaba es tirar las preciadas hojas al fuego.

Vacilo y recuerdo, con temor, lo cerca que he estado de abandonar, de dejar la búsqueda. ¿Qué pasa si también esta carta es demasiado críptica? ¿Y si tengo que quedarme en Londres o ir a otro lugar todavía peor? ¿Y si tengo que salir al extranjero? Trago saliva y me paso el dedo por debajo de la solapa. Conociendo a Aurelia como la conozco o, más bien, tras darme cuenta de que no la conozco ni la mitad de bien de lo que pensaba, sospecho que la historia está a punto de reescribirse con tinta violeta.

Mi preciada Amy:

¡Lo has logrado! Has seguido la pista y has encontrado el camino a las siguientes instrucciones. Enhorabuena, pajarito, ¡eres tan inteligente como yo!

¿Has tardado mucho en encontrar el camino, querida? Qué frustrante me resulta que, tras idear mis pistas más ingeniosas, no pueda comentarlas contigo ni sepa nunca cómo ha sido tu aventura. Me dan ganas de llorar de rabia por todo lo que voy a perderme.

Lamento que este primer reto te haya resultado difícil, Amy. Londres no es el lugar más sencillo y sé que no estás en situación de disfrutar, sola como te encuentras. Pero era importante que la parte más difícil fuera la primera. Seguro que nadie más habría encontrado esta carta.

A continuación, vas a ir al campo, pajarito, pero no muy lejos, simplemente a Twickenham, como hice yo antes que tú. Te quedarás allí con mis amigos. ¡Personas muy agradables! Tranquila, ya sé lo que estás pensando:

«¡Si yo no los conozco! ¿Y si resulta del todo inapropiado? ¿Cómo voy a aparecer en la puerta de su casa e invitarme a pasar, yo que soy una total

desconocida?».

Bajo el papel y miro a mi alrededor. Eso es justo lo que estaba pensando.

Te aseguro, hermanita, que no tienes que preocuparte por NADA. La idea de que te quedes en su casa fue de ellos, en ningún caso lo sugerí yo. En el momento en que digas quién eres, te recibirán con los brazos abiertos, querida, te lo prometo.

Estoy llegando al final de la página y me parece un momento adecuado para detenerme y pedirte un favor muy importante, querida. Puede que sea lo más importante que hagas por mí en toda esta aventura. Antes de que des la vuelta a la página, prométeme que harás esto por mí...

—Te lo prometo, Aurelia. —Suspiro. Por supuesto, ella sabía que lo haría. Vuelvo la página y me sorprendo al leer:

Quema tu ropa, querida, te lo ruego. No, no estoy inspirada por los pueblos nativos de climas tropicales. (¡Ojalá estuviera allí! Cualquier clima más cálido que el de Surrey en febrero me bastaría). No te estoy sugiriendo que vayas desnuda. El mundo, querida mía, no está preparado para eso. Pero ya sabes que ha sido una afrenta para el afecto que siento por ti verte así vestida. Tu apariencia no va a ser tu prioridad por tu ausencia natural de vanidad. Me dirás que estás de luto y dejarás que esa sea tu excusa para pasear por el mundo vestida de negro y gris de forma indefinida si yo no actúo.

Pronto te sentirás complacida como yo no pude complacerte cuando estábamos juntas. Piensa en lo feliz que estaré cuando te observe desde mi sofá celestial, donde estoy segura de que estaré comiendo fruta confitada por un precio justo, bebiendo champán y leyendo las obras del señor Dickens (también me atienden tres o cuatro pretendientes muy apuestos, no lo dudes).

No lo dudo.

Existe otra razón por la que me apresuro a mencionar tu vestimenta. Querida, por como vistes, vas gritando al mundo «¡Desafortunada!», que eres la familiar pobre, la compañera más humilde, la persona a la que se limitaban a tolerar. Y así era en Hatville, pero ya no. Si vas así vestida por el mundo atraerás una atención que no es la que te corresponde. Tienes que dejar atrás esa identidad.

Una vez llegues a Twickenham, recibirás nuevos obsequios, no te costará ningún esfuerzo. Por favor, no te quedes con esos trapos viejos solo por si acaso. Te aseguro con total seriedad que no habrá ningún caso en el que necesites de nuevo vestir así.

Por último, Amy, no sé qué había imaginado en mis evocaciones más fantásticas que sucedería durante mi tiempo en Londres, pero no fuimos tan alocadas. La señora Bolton y yo salíamos a cenar, íbamos al teatro, visitábamos Mudie's, la Biblioteca de Londres y el Museo Británico. En resumen, nada que no hubiera brillado más por haberlo compartido contigo. Ojalá no te hubiera dejado atrás.

Supongo que alimenté la esperanza de que haría algo increíble. No pensaba con claridad cuando me marché. Mis padres...

Pero no, no puedo contártelo en este momento tan delicado. Aún es muy pronto. ¿Y si otra persona lee esto y no tú? No se me ocurre cómo, pero ¿y si he pasado algo por alto? Tengo que guardar mis secretos un tiempo más.

Perdóname, hermanita, que acabe aquí y no comparta contigo nada más inteligente. No puedo consolarme desahogándome ahora. Mi consuelo ha de ser la seguridad de que pronto estarás a salvo en Twickenham. Me hace feliz imaginarte allí.

¿Sigues echándome de menos? Egoísta por mi parte, eso espero, pero también espero que no sea lo único que sientas. Quiero que disfrutes de Twickenham, Amy. ¡Sé feliz! ¡Encuentra la esperanza!

Con mucho amor.

Tu querida

AV

Leo la carta tres veces y luego me quedo un rato en silencio, mirando las

llamas chisporroteantes.

Capítulo 24



La casa de Albert Crumm está a un corto paseo de distancia de la tienda. La lluvia se ha convertido en una llovizna y nos alegra disfrutar del aire fresco.

Su hija Kate es tan alegre y amable como la podía haber imaginado. Sin embargo, ha contraído el catarro que también yo he sufrido, por lo que, una vez presentadas, se excusa y se va a la cama con un simple caldo. Eso me ofrece la oportunidad de hablar a solas con Albert antes comer. Me asegura que Henry el Espiga llegará a casa para la cena, como un perrito hambriento.

Nos acomodamos en el salón oscuro. Los alojamientos del centro de Londres no son muy espaciosos, se disculpa, y la casa es vieja y le faltan ventanas. Albert se toma otro café; es adicto, me confía alegremente. Yo me decanto por leche caliente con nuez moscada, bastante me cuesta ya conciliar el sueño.

—Por favor, hábleme de Aurelia —le pido—. La echo mucho de menos y este sendero de cartas me tiene desconcertada. ¿Cuándo la conoció? Y, sobre todo, ¿cuándo y cómo escondió la carta en su tienda?

—Tengo mucho que contarle. —Albert asiente, ordenando los pensamientos—. Pero solo puedo hablar hasta que llegue Henry. Es un buen chico, pero la señorita Vennaway me pidió absoluta discreción.

—A mí me ha dicho lo mismo. Es un alivio que podamos hablar libremente,

aunque solo sean cinco minutos. No tengo experiencia ocultando cosas y siento que se me está dando muy mal.

—Necesita una historia oficial, señorita Snow. Eso hará más fácil su vida. Déjeme ver. Conocí a la señorita Vennaway en 1844, de eso hace...

—Casi cuatro años...

—Así es. Nos conocimos en el teatro. Drury Lane. Una obra terrible, una actriz preciosa. Yo me encontraba con un conocido que resultó que también era conocido de la amiga de la señorita Vennaway, la señora Bolton. Nos presentaron y estuvimos debatiendo sobre la obra. A la semana siguiente, asistimos a otra, exquisitamente creada, pero con una actuación desastrosa. Volvimos a intercambiar opiniones. Me invitaron a acompañarlas a cenar después del teatro. Su amiga era una gran amante de la literatura, así que tuvimos mucho de qué hablar.

»Durante el siguiente mes, nos encontramos muchas veces en diferentes actos e iniciamos una amistad, nueva y balsámica, pero con ideas afines y muy afectuosa. Me contó muchas confidencias. Me enteré de lo que le pasaba en el corazón, de la posición de usted, nada envidiable, en la casa de ella y de la difícil relación que mantenía con sus padres. Echaba de menos a su más preciada amiga, usted, y por esa razón estaba considerando la idea de regresar antes a casa.

—¿Sí?

—Así es. Pero temía ver a lord y *lady* Vennaway de nuevo. La señorita me explicó que eran extremadamente orgullosos y fríos. Me contó también que la habían acosado, esa fue la palabra que usó, para que se comprometiera sin amor antes de su partida. Afirmaba que no podía regresar hasta que pudiera perdonarles. Se marchó de Londres en abril, creo, y nunca volví a verla.

Frunzo el ceño.

—¿Ha dicho que estaba comprometida antes de marchar? La presionaron mucho para que se casara, y para que se casara bien, es verdad, pero no se concluyó ningún compromiso. Además, cuando descubrieron cómo estaba del corazón, todo terminó.

—¿Estoy equivocado? No, estoy bastante seguro de que eso fue lo que dijo.

»Y, entonces, hace tres años, recibí una carta de Aurelia en la que me pedía

si podía hacerle un enorme favor, no especificaba qué era, y prometerle absoluta confidencialidad. Le respondí enseguida diciéndole que sí. Era una joven extraordinaria y su historia, como es natural, me afectó mucho. Me respondió agradeciéndomelo profusamente; quedaba claro que era una cuestión de vida o muerte para ella. Y también me envió el sobre que ha encontrado usted esta tarde. Me dio instrucciones minuciosas sobre dónde colocarlo y me comentó que la guiaría a usted, la señorita Snow, hasta él cuando hubiera llegado su hora. Me dijo que era fundamental que la carta no cayera en las manos equivocadas y, sobre todo, que sus padres no se enteraran nunca de su existencia. Llevo cuidando de ella desde entonces.

La mención del compromiso me tiene aún desconcertada, pero ya pensaré en ello más tarde.

—Gracias por su amabilidad y por todo lo que ha hecho, señor Crumm. Sigo sin conocer las razones de Aurelia, pero sé que esto lo era todo para ella, por lo que también es así para mí. Me alegro mucho de que nos hayamos conocido.

—Yo también, querida, yo también. Ah, he oído la puerta. ¿Eres tú, Henry? —grita de repente.

—Sí, abuelo. ¡Tengo tanta hambre que me comería la alfombra! —se oye una voz en el pasillo.

Me vuelvo para conocer al joven Henry, el Espiga, el buen chico. Espero encontrarme con un muchacho flaco y alegre de unos catorce años con una gorra. Menuda sorpresa me llevo cuando veo el marco de la puerta ocupado por un caballero alto de más de metro ochenta, con el pelo negro, unos ojos del mismo color y una sonrisa traviesa. ¡El joven Henry está bastante crecidity! El joven Henry es... bueno, es guapo. Y debido a la indisposición de su madre, cenaremos los tres solos esta noche. Noto que me estoy ruborizando; va a ser una cena fuera de lo común para mí.

—¡Henry, muchacho! —Albert se levanta para abrazarlo y le alborota el pelo con cariño, un gesto que bien podría hacerle a un perro.

—¡Viejo! —Le da una palmada suave y le echa un brazo por el hombro—. ¿Dónde está mi cena? ¡Pónmela sin demora!

—¡No tienes! Esta noche no hay cena para las espigas.

—Entonces tendré que irme de inmediato a otro lugar... Oh, ¡hola! No, mejor no me voy. ¿Quién es?

—Eso te enseñará a traer buenos modales contigo. Henry, esta es la señorita Snow. Ha venido hoy a la tienda.

—Abuelo, ¿tengo que repetírtelo todos los días? Deja de traer a los clientes a casa. Si no quieren comprar nada, están en su derecho. No puedes tenerlos aquí cautivos hasta que cedan y te compren un Wilkie Collins. Señorita Snow, perdone a este viejo, ha perdido la razón. La liberaré en un santiamén.

Me encantaría responder a su broma del mismo modo, pero la verdad es que ni siquiera soy capaz de contestar. Me temo que debo de tener escrita la admiración por toda la cara y la vergüenza me arrebató el don de la palabra. No puedo ni mirarlo.

—La vi esta tarde, ¿no es así? —continúa—. Iba a entrar en la tienda de mi abuelo y yo casi la derribo. Mis disculpas una vez más.

No lo había reconocido como el hombre que me encontré en la puerta de la librería. Entonces solo había visto un sombrero y un abrigo. Me arriesgo a echarle otro vistazo con la esperanza de que, con esta segunda mirada, me parezca menos guapo. Es mucho más guapo. Su sonrisa podría hacer que brotaran flores en mi corazón, si no estuviera tan consternado. Nunca había albergado este sorprendente sentimiento por Robin o Benjamín, ni por ninguno de los jóvenes de Enderby. Debido al evidente rechazo que recibía, me había convencido a mí misma de que era inmune a la atracción. Parece que no es así.

—¡Tontorrón! —interviene Albert, y menos mal, puesto que yo soy incapaz de articular palabra—. Estoy tratando de decírtelo. Tenemos una amiga en común que ha fallecido. He invitado a la señorita Snow a cenar para que podamos recordar juntos a nuestra amiga y conocernos mejor.

La cara sonriente se torna seria de pronto. Veo compasión en su mirada. Se acerca para estrecharme la mano. La mía es muy pequeña y fría comparada con la suya.

—Señorita Snow, siento mucho su pérdida. Bienvenida, y me alegro de conocerla, aunque me hubiera gustado que las circunstancias fueran otras. Ahora me doy cuenta de que debe de haber sido una pérdida reciente. —Hace

un gesto señalando el luto que visto.

Al fin encuentro la voz.

—Gracias, señor Crumm, es usted muy amable. Sí, es reciente, pero la esperábamos desde hace tanto tiempo que no ha supuesto un gran... bueno, sí. Estaba a punto de decir que no ha supuesto un gran impacto, pero no es cierto. El mundo sin Aurelia es tan sorprendente para mí como lo ha sido siempre.

—Qué terrible. Me complace aún más entonces que esté aquí, pues tal vez podamos ofrecerle algo de consuelo y compañía. Lo siento también por ti, abuelo. ¿La conocía?

—No, Henry, y llevaba mucho tiempo sin verla. La señorita Snow me ha dado la terrible noticia. Pero no te preocupes por mí. Señorita Snow, jovencito, ¿comemos ya?

—¡Excelente idea! —grita Henry, que se quita el abrigo—. Y, señorita Snow, no soy el señor Crumm. Soy el señor Mead, pero ese parece mi padre, así que, por favor, llámeme Henry. Como puede ver, somos muy poco formales en esta casa.

Por supuesto. Kate es la hija de Albert y Henry es hijo de ella. En mi imaginación era Henry Crumm, un muchacho, pero Henry Mead es... una propuesta totalmente distinta.

—¡Qué boba soy! Por supuesto, conocí a su madre antes. Entonces llámeme Amy.

—Amy. Un privilegio. ¿Dónde está mi madre, por cierto?

—Tiene catarro, Henry —explica Albert, que nos conduce por un pasillo lleno de polvo hasta el comedor—. He convencido a Amy para que venga con la promesa de una compañía femenina sensata y ahora está aquí atrapada únicamente con nosotros dos.

Henry pone una cara cómica, una mezcla de compasión y alarma, que me hace reír, bastante fuerte para mi sorpresa. No recuerdo cuándo fue la última vez que me reí. Me mira con un poco de extrañeza cuando lo hago. Mi risa debe de sonar oxidada, como la bisagra de una puerta.

Sube las escaleras para ir a ver a su madre mientras Albert y yo tomamos asiento.

—Mientras no está, no voy a preguntarle nada acerca de la carta de la

señorita Vennaway, naturalmente, excepto esto: ¿desea ella que la ayude de algún otro modo?

—No, señor Crumm. Su parte en el plan ya se ha completado.

—Bien, entonces deje que le ofrezca ayuda por mi cuenta, si es que la necesita. Si se queda en Londres y necesita algún sitio donde alojarse, mi hija menor, Annie, vive todavía conmigo, aunque esta noche se encuentra vagando por alguna otra parte. Tengo muchas habitaciones libres, de todos los polluelos que han abandonado ya el nido, y sería para mí un gran honor poder asistirle.

—Oh, señor Crumm, muchas gracias. Nada me gustaría más, pues desde la muerte de Aurelia... bueno, usted y su familia son como el bálsamo para una herida. Pero Aurelia me ha dado instrucciones para que vaya a... para que continúe... y me temo que debo de hacerlo sin demora.

A pesar de que al principio me siento tremendamente tímida, logro disfrutar de una de las noches más agradables de mi vida. Estoy mareada por el alivio que siento al no haber fracasado en mi misión en el primer obstáculo, y también por el excelente vino que he tomado.

Albert Crumm y su nieto son una compañía muy agradable: ingeniosos, acogedores y cariñosos. Henry muestra un interés cortés por su inusual invitada, aunque es un caballero educado y yo soy una persona insignificante que ha vivido una vida insignificante en una ciudad insignificante. Me cuenta que está estudiando para ser médico, pero que encuentra el plan de estudios insufriblemente aburrido. Suple ese aburrimiento con una visita de dos semanas a su abuelo. Al parecer, sus tutores han aprobado dicha pausa. Igual que Henry, esperan que regrese a los estudios renovado y preparado para los rigores de la medicina.

—Espiga —murmura su abuelo, fingiendo desaprobación a pesar de que se le nota orgulloso y encantado—. Ya ve que no es estúpido, señorita Snow, eso está lejos de la realidad. Solo le falta la dedicación. Joven e ingenuo. Joven e ingenuo.

—No deseo que me considere usted muy ingenuo, señorita Snow —replica Henry, que apoya el codo en la mesa y hunde la barbilla en la mano. Yo adopto la misma postura mientras escucho con interés. He pasado de ser incapaz de

mirarlo a sufrir el problema contrario y no poder apartar la mirada de su cara —. Es solo que no estoy hecho para los libros o, al menos, para los que están profusamente ilustrados con miembros detallados de cadáveres. ¿Me considera también usted un derrochador y un caprichoso?

Tomo un sorbo de vino y saboreo las dos cosas: el sabor y el hecho de que Henry me haya pedido opinión. Me mira atentamente, como si estuviera aguardando a mi respuesta.

—Opino que el estudio de la medicina es admirable, pero comprendo que el aprendizaje suponga un reto de resistencia. No me sorprende que lo considere restrictivo, pero estoy segura de que hallará el modo de continuar.

—Gracias, Amy. —Tiene ahora una mirada amable, como si mi comentario importara de verdad. Ojalá pudiera decir más, ojalá pudiera prolongar esta conversación para siempre.

Henry me recuerda a Aurelia: apariencia y personalidad radiantes, habilidades mentales enérgicas e inquieto e idealista hasta la médula. Espero que, como hombre, navegar por el mundo le resulte más fácil que a Aurelia.

Demasiado pronto, el reloj marca la medianoche y me aborda la consternación. No tenía ni idea de que tantas horas en compañía de desconocidos podían pasar tan rápidamente. Tengo ganas de continuar con las pistas de Aurelia, por supuesto, y tampoco es que tenga elección, pero me cuesta alejarme de estos alegres amigos que acabo de conocer.

Tanto Henry como Albert insisten en acompañarme de vuelta a Jessop Walk en el carruaje de Albert. Me parece que creen que la presencia de dos caballeros es más decorosa que la de solo uno, y Kate sigue en la cama. De vez en cuando, oímos sus estornudos, que flotan hasta nosotros como dientes de león. Me conmueve y sorprende que baje las escaleras para despedirse de mí. Le devuelvo la cortesía recomendándole ponche de ron.

Los caballeros me llevan a casa, con la excepción de que, por supuesto, no es mi casa. La vivienda polvorienta y pequeña de Holborn me parece más acogedora de lo que nunca ha sido Hatville, y Jessop Walk es un lugar apagado y solitario en comparación con las dos anteriores.

Me dirijo de puntillas a mi habitación por la casa silenciosa. Las risas y el

cariño de esta noche hacen que me sienta ahora más sola que nunca. Me siento en la cama, aún con la capa y las botas puestas. Necesito un poco de tiempo para saborear la experiencia que acabo de vivir. Por primera vez, he tenido la impresión de que pertenezco a algún lugar. Es la sensación que acompaña a ese sueño, el de la casa de campo y el poni...

Echo la vista atrás y pienso en los últimos días. El posadero, los Begley en el tren, el señor Carlton en el Rose & Crown... todos ellos han sido amables y me han ayudado. ¡Y me siento enormemente agradecida! Pero con ellos, yo seguía siendo Amy Snow, de Hatville, una joven dura, incómoda y nerviosa porque no quiere ofender a nadie. Con Albert y Henry... me he sentido del todo distinta. ¡He estado cómoda! He hablado con ellos, ¡me he reído!

Desearía con todo mi corazón poder aceptar la invitación de Albert, conocer a su hija Annie, alojarme en su hogar. Pero la decisión de parar y descansar no es mía. Tengo que continuar. No puedo abandonar la misión que me ocupa cada vez que tenga un encuentro agradable.

Duermo de forma intermitente y cuando me despierto hace una mañana esplendorosa. La lluvia ha cesado y yo tengo que dirigirme al campo. Es el primer día de febrero.

Segunda parte



Capítulo 25



Por fin algo es sencillo. No tengo que recorrer grandes distancias para encontrar la dirección de la familia a la que debo visitar ni tengo que rebuscar entre los recuerdos, revisar momentos ya olvidados como si buscara una aguja en un pajar. Los conozco más a ellos que a cualquier otra de las personas a las que Aurelia frecuentó en sus viajes. Son los Wister, de Twickenham; para ser más precisa, de Mulberry Lodge, Orleans Lane, Twickenham Meadows, Middlesex. Me gustaba esa dirección tan exótica cuando la veía escrita en la parte superior de las cartas de Aurelia.

Al parecer, hay varias formas de llegar a Twickenham: en coche de línea, en un carruaje o en barco. O también se puede llegar en tren a Richmond y continuar caminando. Todo eso me lo cuenta la señora Woodrow, que está encantada de señalar las ventajas e inconvenientes de cada tipo de viaje.

Tras una caminata a paso ligero por las calles mojadas por la lluvia, me encuentro sentada, en St. Paul, dentro del espléndido carruaje encargado de repartir el correo, mirando por la ventana la imponente catedral. La enorme fachada de piedra de Portland está ennegrecida y llena de hollín. A medida que el fresco de la madrugada disminuye, parece echar humo.

El caballo me recuerda a uno de los de lord Vennaway; es muy elegante y está bien cuidado, adornado con brillantes y pieles. Tiene nombre, *Meteor*, que también era el nombre de uno de los caballos de lord Vennaway. Aunque

aquel *Meteor* no era de color rojizo y negro, ni tampoco tiraba de un carruaje de color escarlata, uno me recuerda al otro; tendrá relación con el orgullo, la promesa de velocidad y ganas de llegar al destino.

He pagado sin dudar una plaza en el interior. La idea de ir tambaleándome en el tejado todo el camino hasta el campo, expuesta a la intemperie, requiere una predisposición a la aventura que todavía está latente en mí. De todos modos, ya no tengo que seguir fingiendo que tengo que administrar bien una pequeña suma de dinero; aquí nadie me reconoce.

No obstante, miro a mi alrededor antes de aceptar que un caballero alto de cabello muy rubio y ojos muy azules me ayude a subir al carruaje. Casi espero encontrarme al señor Vennaway, amenazante, en el carruaje; todavía siento un miedo irracional al peligro en todas partes.

En el interior del vehículo viajan seis personas, entre ellas una institutriz con dos niñas, una de ellas varios años mayor que la otra. Hago una comparación inevitable y vuelvo a sentirme mal por haber perdido a Aurelia. También hay un caballero extremadamente robusto que tiene la cara colorada. Tiene una barriga tan grande y tirante, tan voluminosa y redondeada, que amenaza con ocultarlo a él por completo. No puedo evitar pensar que le convendría más ir a pie que dando tumbos en un carruaje. En realidad, le haría falta caminar un buen rato todos los días.

El último pasajero es el caballero de cabello dorado que me ha ayudado a subir, vestido tan elegantemente como no he visto a nadie en Hatville. Lleva un pañuelo al cuello de color azul que le hace juego con los ojos. Hace que me sienta igual que en Hatville, harapienta y desprotegida. Sin embargo, es un hombre muy solícito con todos y nos ofrece ayuda a la institutriz y a mí en muchas ocasiones.

—Permítame que le ofrezca mis servicios por si necesita ayuda —me dice cuando estamos todos acomodados. Él va sentado frente a mí y no sé cómo colocarme debido a lo cerca que estamos—. Comprendo la posición delicada de una dama que viaja sola, aunque a veces las circunstancias lo requieren, ¿no?

No sé cómo, consigo asentir y negar con la cabeza al mismo tiempo, deseosa únicamente de expresar mi agradecimiento por su preocupación y

dando a entender que estoy de acuerdo con cualquier cosa que diga. Ningún caballero elegante de Hatville me ha hablado nunca con semejante delicadeza; ni me ha hablado siquiera. Solo Bailor Dunthorne, y no es un recuerdo que desee conservar.

A continuación, inclina la cabeza hacia la institutriz.

—Y usted, señora, no está sola, sino cargada con una enorme responsabilidad, por lo que veo. Si necesita cualquier cosa, estoy a su disposición.

—No creo que necesite nada, señor. Solo voy a Hammersmith. —El tono que usa transmite un mensaje inconfundible: «No me tenga pena, no haga conjeturas sobre mí; puedo ingeniármelas perfectamente bien». Me gustaría poder hacer lo mismo.

—Por supuesto. Es una distancia muy corta y un placer viajar con una carga tan preciada, estoy seguro.

La mujer transige un poco.

—Gracias, señor. Son unas niñas muy queridas para mí. —Devuelve entonces la atención a la ventanilla. Su preciada carga está muy bien educada, como puedo observar. No se mueven, no hablan ni se hacen burla la una a la otra. Dejan de recordarme a Aurelia y a mí.

Con un grito y un latigazo, ¡nos ponemos en movimiento! Al principio, soy consciente de todo el proceso: los caballos tirando de los arneses, los arneses tirando de los ejes, los ejes tirando del carruaje. Siento las ruedas girando por la ciudad, por rutas establecidas hace mucho, mucho tiempo, rutas que pronto caerán en desuso, dicen, ahora que han llegado los trenes.

El caballero encantador y el caballero gordo inician una conversación educada.

—Sebastian Welbeck —se presenta el segundo, alargando una mano regordeta por encima del vientre—. ¿Y usted es el señor...?

—Garland —responde el otro hombre, y se inclina un poco para estrecharle la mano. Cuando se presenta, el señor Welbeck se pone aún más colorado.

—¿Quentin Garland de Chiswick? —pregunta—. Un honor conocerlo, señor, un gran honor. Financiero, empresario, el alma de la sociedad, ¿hay

algo para lo que no tenga talento? —Procede a interrogar al señor Garland de forma minuciosa por su opinión acerca del sistema ferroviario.

Me sorprende que se trate de un hombre de tan elevados éxitos. Me maravilla que en solamente dos días haya conocido a dos hombres, los dos bendecidos con una apariencia y modales exquisitos y, aun así, muy distintos entre sí. Henry era una persona fácil, franca, alegre. El señor Garland es refinado, educado y sereno. Henry tenía el pelo lleno de rizos alborotados y unas piernas larguísimas. Al señor Garland parece que ni una corriente de aire podría despeinarlo, ni el mismísimo Dios sería capaz de desarreglarlo. Henry intenta encontrar su lugar en el mundo, asolado por las inseguridades y las decepciones de los hombres mortales. El señor Garland ha construido rápidamente su vida, es un hombre de éxito e independiente. Henry me llegó al corazón. El señor Garland me deslumbra. En realidad, me provoca escalofríos. Los dos son muy agradables a la vista.

En Hammersmith, perdemos a la institutriz y a las niñas. Tres señores mayores ocupan sus plazas, asienten educadamente y mantienen un debate acalorado sobre el curri. Como el señor Welbeck es tan grande, los tres se instalan a mi lado.

—¿Está cómoda, señorita Snow? ¿Quiere que le cambie el sitio? —me pregunta el señor Garland en voz baja. Su discreción no sirve para nada; el debate se intensifica. Los asientos de crin son toscos y demuestran poca protección ante las fuertes irregularidades del camino.

—Estoy bien, gracias, señor —contesto, y me sale la voz como un suspiro. Me enfado conmigo por sonar como un animalillo asustado, pero él es como las personas que veía en Hatville, que acudían para visitar a Aurelia, y está a poca distancia. Tiene las piernas tan largas que, incluso flexionadas como las tiene, llegan hasta mi mitad del carruaje. Por una vez me alegra que las mías sean tan cortas y pueda pegarlas lo máximo posible al asiento.

Se inclina hacia mí, con aspecto preocupado. Retrocedo.

—¿Va a recorrer una gran distancia?

Dudo un instante.

—No voy muy lejos, señor. Gracias.

El señor Welbeck parece enojado por haber perdido la atención del

magnífico hombre, atención que se gana de nuevo con una detallada conversación acerca de las acciones y las participaciones que soy incapaz de seguir. Mientras viajamos y las conversaciones prosiguen a mi alrededor, me descubro mirando al señor Garland de vez en cuando. No puede ser atracción, estoy segura, pero es un hombre que se presta a la contemplación. Tendrá unos treinta años, no es ni joven e ingenioso ni viejo y duro. Me siento fascinada por sus rasgos perfectos, el exquisito traje gris que viste y la galera, el sombrero más alto que he visto nunca. ¿Cómo puede un ser humano conseguir semejante perfección? Avergonzada por temor a que me descubra mirando, me concentro en el paisaje.

Mi cabeza retrocede hasta ayer, al cielo de color índigo sobre Londres y la lluvia incesante. El descubrimiento de la carta y la cena con Henry y Albert. ¿Es posible echar de menos a unas personas a las que solo has visto una vez? Me parece que sí.

Circulamos por Richmond. Veo unos edificios refinados, los destellos verdes de un río y un precioso puente que abarca el Támesis. Contemplo un mundo de sauces e islas flotantes. Londres se ha quedado atrás.

—Un paisaje encantador, ¿verdad? —señala el señor Garland, sonriéndome. Me parece que ha notado el asombro en mi mirada.

Nos detenemos en el puente, pagamos el peaje y continuamos camino de Twickenham. Atravesamos campos y huertos, todos dispuestos en fragmentos y parches, inmovilizados, como me encuentro yo por los caballeros amantes del curri.

—¡Twiiiiick’num! —grita el cochero y realiza una parada histriónica llena de relinchos—. The George, calle King, señoras y señores.

Me pongo en movimiento, cohibida delante de tantos hombres, pero todos se muestran indiferentes, salvo el señor Garland. Sale antes que yo y me sostiene la puerta. Me ayuda a bajar; llevo el bolso en la mano.

—Señorita Snow, ¿viene alguien a por usted? ¿Puedo acompañarla a alguna parte? —Me ofrece el brazo ¡y yo no sé qué hacer con él! Resuelvo el enigma de forma muy poco elegante, extendiendo la mano para estrecharle la suya. Mis guantes desaliñados y los suyos perfectos se encuentran brevemente.

—En absoluto, señor, aunque es usted muy amable y se lo agradezco. Tengo

que recorrer un breve trayecto desde aquí. Hace un día precioso y me encanta caminar, se lo aseguro.

El hombre duda. A continuación, me dedica una reverencia de consumada elegancia y me mira directamente a los ojos. Me ruborizo y también me inclino. Me desea un buen día, cruza la calle en dirección a un *pub* llamado King's Head, se quita el sombrero para entrar y yo exhalo un suspiro de alivio por estar de nuevo a solas, como de costumbre. No puedo criticar sus modales ni la consideración que ha demostrado conmigo, pero... sí puedo respirar ahora que se ha marchado.

Sola en el bullicio de la calle King, me doy cuenta de que, una vez más, no sé dónde estoy ni qué camino he de tomar.

Capítulo 26



No me doy prisa, pues nadie me está esperando. Pregunto al cochero la dirección a Twickenham Meadows, y luego pregunto a una niña que va con cerdos por dónde queda Orleans Lane. Pronto me encuentro delante de las verjas de la casa de los Wister, Mulberry Lodge. He hablado con más desconocidos en los últimos días que en toda mi vida.

La casa se alza solitaria, serena y tranquila. Es cuadrada y blanca, con una puerta de color azul oscuro. Unas vides sin hojas trepan en torno a ella como chiquillos alegres. Cruzo las verjas y me acerco a la casa, que se torna más bonita cuanto más próxima me encuentro. Tiene unos jardines extensos y cedros.

De entre los arbustos sale un perro que viene a saludarme. Está un poco desaliñado y es algo peludo y de color marrón. No reconozco la raza; igual que yo, no pertenece a ninguna. Se mueve a mi alrededor, ladrando, y no puedo contener una sonrisa. A menudo pienso que los perros son las criaturas más sensatas que hay; nada de tarjetas de visita ni convenciones, solo comida, sueño y juegos. No había perros en Hatville.

—Hola, *Caversham*. Eres *Caversham*, ¿no? —Me arrodillo y le acaricio el lomo. Tiene el pelaje completamente alborotado. Encantado de que su fama lo preceda, aúlla de alegría y se pone bocarriba para mostrarme una panza igual de peluda.

La puerta principal de la casa se abre.

—¿*Caversham*? ¡*Cav*! ¿Dónde...? Oh, ¡hola! —Es una joven sonriente que va envuelta en un chal. Sale únicamente con unas pantuflas.

—Por favor, no vaya a acatarrarse —digo al tiempo que me pongo en pie. *Caversham* me clava la cabeza en la falda y me sigue—. Señorita Wister, mis disculpas por venir sin avisar. Pero me gustaría hablar con usted.

—Desde luego, querida. —Me hace señas para que entre—, pero deje que cierre la puerta a este vil asunto que se hace pasar por tiempo. Pase. ¿Cuál es su nombre? ¿Viene a verme a mí o tal vez a mi padre?

—Bueno, a ambos. A todos ustedes, en realidad. Señorita Wister, soy Amy Snow.

Pasa un trémulo segundo durante el cual temo que el nombre no signifique nada para ella, pero entonces parece comprender.

—¡Dios mío! Amy Snow. Bienvenida, querida, pase, pase. Llevamos mucho tiempo esperándola. ¡Mamá! ¡Papá! ¡Niños! ¡Al fin ha llegado Amy Snow! ¡Mamá!

Una enorme cantidad de gente que sale de muchas habitaciones distintas aparece de repente. Apenas puedo reparar en lo que me rodea o en sus rostros, solo en un atento revoloteo y un montón de abrazos que me llevan de un lado a otro, pero que me dejan aproximadamente en el mismo lugar en el que empecé.

Me han retirado las prendas de abrigo, han desaparecido las botas manchadas de barro y ahora llevo un par de pantuflas. Me han colocado con decisión en un sillón delante de un fuego y tengo una bandeja de plata con un plato con pastel y un vaso de vino de Madeira en el regazo. Me prohíben hablar y me animan a comer y beber. Me esfuerzo por obedecer, pero me pone un poco nerviosa tener seis o siete, no, ocho caras mirándome mientras como, sonriendo y asintiendo al mismo tiempo, como si estuviera haciendo gala de un talento inspirador. Lo cierto es que me reciben con los brazos abiertos.

—Y ahora —comenta una mujer que parece la madre. La señora Wister, imagino—, ¿qué le gustaría hacer primero, querida? ¿Prefiere ver su habitación? ¿Desea descansar? ¿O quiere contarnos su historia? ¿O tal vez prefiere que las chicas le enseñen el lugar para que pueda sentirse en casa?

Miro a mi alrededor, desorientada, y veo una habitación de color verde

azulado con detalles dorados y rosas. Apenas soy capaz de hablar por lo mucho que me cuesta adaptarme a esta nueva y maravillosa realidad después de mis recientes adversidades.

—No lo sé. Hasta ayer por la noche no sabía que tenía que venir aquí. No sé qué saben de los planes que tiene Aurelia para mí, pero había una carta, y me propuso que viniera a este lugar... Pero, por favor, si esto supone cualquier tipo de molestia, les ruego que me lo hagan saber. Detestaría la idea de imponer mi presencia y puedo reservar una habitación en el pueblo si es más cómodo para todos.

—¿Una habitación en el...? Mejor no, señorita Snow. ¿Más cómodo? Tenemos tantas ganas de conocerla que estaríamos yendo y viniendo a visitarla cada cinco minutos. Desgastaríamos los zapatos.

—Tiene que quedarse con nosotros, señorita Snow —dice otra chica muy bonita, pero no es la que conocí en la puerta—. Llevamos mucho tiempo deseando conocerla.

—Señorita Snow. —El señor Wister se levanta, con las manos en el chaleco—, debe de resultar muy extraño para usted. ¿Dice que no conocía los planes hasta ayer? Nosotros sí los sabíamos, ¡los propusimos nosotros mismos! Por consiguiente, le sacamos ventaja a este respecto. Nuestra querida Aurelia era una niña adorable, pero muy excéntrica: ha ideado unos planes curiosos. No tengo duda de que tenía sus razones, y tampoco me cabe duda de que querrá usted que se lo contemos, así que permita que la apacigüe.

»Obligamos a la señorita Vennaway a prometernos que nos la enviaría a usted cuando... cuando llegara el triste momento. Deseábamos que se quedara con nosotros en nuestra casa todo el tiempo que quisiera, ¡para siempre si así lo deseaba! Somos una familia grande, como ve, y sin duda un poco abrumadora, pero estamos domesticados; perro ladrador, poco mordedor, como *Caversham*. Opino que estará muy cómoda aquí, señorita Snow, si permite que cuidemos de usted, que la alimentemos un poco.

—Parece muerta de hambre, querida —interviene su esposa—. Muy bien dicho, Edwin; a mí no se me había ocurrido mirarlo desde el punto de vista de la señorita Snow. Para ella somos desconocidos. Verá, querida, nosotros hemos oído muchas cosas sobre usted de boca de Aurelia y sentimos que la

conocemos muy bien.

—Y yo también, por las cartas y sus historias. —Al fin recupero la compostura. La larga fila de caras empieza a cobrar sentido—. Usted es la señora Wister, por supuesto. La prima de la señora Bolton.

—Así es, pero puede llamarme Constance. ¿Y podemos llamarla nosotros Amy? Si nos ceñimos a las formalidades, hay un buen número de señoritas Wister y señores Wister, como puede ver, y seguro que resulta confuso.

—Y no puede llamar señor Wister a papá —comenta el muchacho de más edad, Michael, que tiene unos catorce años y parece muy indignado—. ¡Suena ridículo! No paro de repetirle que consiga un título para que pueda ser lord Wister, que suena mucho más elegante, pero no me hace caso. ¡Señor Wister! Y, Amy, cuando yo sea mayor, ¡también seré el señor Wister!

No puedo contener una carcajada.

—Entonces es mejor que le llame Michael. Dejen que los ubique.

Ahora me doy cuenta de que la chica que me ha recibido en la puerta es un año o dos mayor que yo.

—Usted es la señorita Madeleine —me arriesgo y ella asiente.

Es una mujer adorable. El vestido blanco y los lazos dorados realzan su pelo liso y complexión perfecta.

—Señorita Priscilla —saludo a la segunda hija, que sé que tiene mi edad. Ella lleva un vestido de color violeta claro con rosas. Tiene el pelo castaño, los ojos marrones y unos hoyuelos que resaltan como el brillo del sol en el agua.

—¡Otra vez! —replica Michael—. Señorita Priss Wister, señorita Priss. No pensaron en ello, ¿verdad?

—Puede que no, Michael. ¿Y a quién tenemos aquí? ¿A Oliver?

—No, soy Hollis. —Los dos niños siguientes son más o menos de la misma edad y muy parecidos, ambos con el pelo castaño y ojos marrones. Hollis y Oliver—. Parecemos gemelos, pero no lo somos —explica Hollis.

—Y ella debe de ser... ¡debe de ser el bebé!

Me acuerdo, como si fuera ayer, de Aurelia contándome que la prima de la señora Bolton había tenido un precioso bebé. Y ahora ese bebé es una persona de cuatro años, con una melena espesa de rizos dorados. La señorita Louisa se

abrazo a un cachorro que se retuerce entre sus brazos.

—*Clover* —dice con voz suave, levantando al cachorro en mi dirección y mirándome con sus enormes ojos azules.

—Un honor conocerte, *Clover*. —Extiendo el brazo y le acaricio la carita. Saca una diminuta lengua rosada para lamirme la mano.

Me siento cohibida bajo este escrutinio tan intenso, no solo por parte de la pequeña Louisa, sino de todos ellos. Parecen muy... ¡felices! Y cómodos.

Imagino qué aspecto debo de tener: pálida, demacrada y ojerosa, vistiendo ropa negra de luto hecha con telas baratas y ásperas. Me siento como un duende en medio de ellos, un ser impuro, cabizbajo, reservado y anclado en el pasado. Deseo deshacerme de todo esto y renovarme bajo la luz de esta familia feliz y cariñosa.

No obstante, aunque acabo de presentarme, sé que llegará el momento en que tenga que marcharme.

Capítulo 27



Los Wister son una familia próspera de clase media que rebosa buenos ánimos. Me siento sobrepasada por mis nuevos anfitriones. Me doy cuenta después de solo una hora en su compañía, con un almuerzo abundante que aparece poco después del pastel y el vino. En primer lugar, son demasiados. Me cuesta controlar si puedo estar ofendiendo a alguien. Me sentía cohibida cuando cené con el señor Crumm y su nieto, pero dos personas no son tantas como para que no pueda concentrarme en ellos y evaluar cualquier comentario para no correr peligro.

¡Pero aquí! No puedo seguir la conversación, o más bien conversaciones, que tratan de mí y que oigo a mi alrededor. Mucha gente se dirige a mí al mismo tiempo: formulando preguntas, bromeando, contando historias, levantándose de la mesa para enseñarme chales y dibujos y soldaditos de juguete. Me angustia pensar que pueda equivocarme al responder a alguien, o a no mostrar suficiente entusiasmo, o que simplemente pueda quedarme dormida y caiga sobre la sopa.

Tras mi llegada, ha aparecido otro miembro de la familia para incrementar sus filas: la señora Larissa Nesbitt, la madre de Constance. La señora Nesbitt (soy incapaz de llamar a esta matriarca de avanzada edad Larissa) tiene aspecto de ser una viuda dulce y dependiente. Tiene unos rizos blancos debajo de un sombrero y las mejillas redondeadas. Parece reservada y frágil, pero,

como me demostró Aurelia, las apariencias pueden engañar.

Parece que la señora Nesbitt siente un gran apetito por las relaciones sociales y en raras ocasiones se encuentra en casa. Vuelve a la hora del almuerzo después de hacer una visita al «querido Jack», y comprendo que se refiere a lord John Russell, nuestro primer ministro.

—No sé cómo lo hace —murmura la señorita Priscilla—. Nosotros nos consideramos sociables, pero la abuela conoce a todo el mundo. Incluso al hombre más importante que nadie imaginaría que pudiera fijarse en nosotros, se hace buen amigo de la abuela.

La señora Nesbitt me informa de forma dulce y encantadora de que es de extrema importancia para una mujer en su situación tener una vida propia y su círculo de amigos. Añade que no es reacia a volver a casarse.

Otra dificultad es lo alegres que son todos. Tengo poca experiencia a este respecto y siento mucha presión por saber cómo hablar y actuar para no sentir que soy la aguafiestas. No creo que Aurelia fuera feliz de verdad, no de este modo. Desde los primeros días, nuestra amistad giró en torno a evadir las dificultades, a permanecer unidas contra todo pronóstico. Aquí no creo que haya ningún pronóstico.

Si no ofrezco consuelo, o estoy absorta en un análisis de algún misterio sin solución, no sé qué podría ofrecer yo. Tal vez pueda observar y aprender de ellos antes de pasar a ser el foco de atención, para así no parecer demasiado curiosa. Y de ese modo, convierto a estas personas buenas en un curso de estudio propio y mucho antes de la hora de la cena ya me siento agotada.

Al verme languidecer entre ellos, Constance por fin aparta a los niños y me lleva a mi dormitorio. Me estaba esperando, me asegura.

Es espacioso y bonito, con cortinas de muselina blanca que tiemblan como flores por la corriente que entra por una ventana que no cierra bien. Para soportar el frío, hay un fuego encendido y un enorme cubo de cobre centellea por el carbón.

—Use todo el que necesite —me indica—. Ahí está la pala. Ha de sentirse cómoda. Quería que se quedara con esta habitación porque la señorita Vennaway se quedó aquí, y pensaba que eso le agradaría. Y la verdad es que es la única libre que tenemos.

Le aseguro que estoy más que contenta. Esto es lo más parecido que he visto en mi vida al hogar que desearía para mí misma. Mulberry Lodge es mucho más grande que la modesta casa de campo de mis sueños, pero cada rincón es acogedor y cálido. Me sorprende pensar que es un pequeño milagro que me encuentre en un lugar tan placentero. Siento que el de Aurelia no es el único camino que estoy siguiendo, que algún hilo de mi destino está tejido para llevarme por esta misión. Rezo para que así sea.

El cuidado que han puesto en hacer de mi habitación un refugio compensa con creces el frío. Hay alfombras rosas y verdes, una estantería, una pequeña cama con dosel y unas paredes adornadas con rayas rosas y de color marfil. Nunca había visto paredes decoradas con papel. Delante de la ventana hay una mesa redonda con dos sillas y ya me puedo imaginar ahí sentada por la mañana temprano, mirando el jardín. Hay cuadros colgados en las paredes. En uno de ellos aparece la casa, envuelta en clemátides, con *Caversham* sentado muy firme en el escalón superior.

—¿Pintó Aurelia ese cuadro?

—Sí. Fue un regalo que nos hizo cuando se marchó esa bendición de niña. Y aquí está su baúl. —Señala un baúl enorme de madera que hay a los pies de la cama.

—¿Mi baúl? —Habla como si yo esperara esto, pero nunca he tenido un baúl ni pertenencias para llenarlo.

—¡Claro! El baúl que dejó Aurelia para usted. La llave está en el cajón de la estantería. Ahora voy a dejarla tranquila, debe de estar deseando tener un poco de paz y tranquilidad. Por favor, descanse, y no salga hasta que se encuentre bien y recuperada, aunque sea ya mañana. ¡O dentro de tres días! No puedo ni imaginarme cómo debe de ser no tener casa con este tiempo. La nuestra suplirá sus necesidades.

Le doy las gracias de corazón. En efecto, necesito descansar. Esta mañana me desperté en la sombría Jessop Walk y ahora oscurece en Mulberry Lodge.

Cuando Constance ha salido de la habitación, miro el baúl. ¡Un regalo, o regalos, de Aurelia! ¡Esperándome todo este tiempo! Es grande y está hecho de roble, con unas asas a cada lado. Si Aurelia espera que me lo lleve conmigo, no sé cómo voy a viajar. Pero no pienso preocuparme por eso por el

momento. Con sensación de seguridad por primera vez desde su muerte, aparto las cortinas para ver el jardín crepuscular, los bonitos árboles y lo que tal vez sea el fulgor de un río más allá. Puede esperar. Hasta el baúl puede esperar. Todo puede esperar.

Capítulo 28



Me despierto al inicio de un sueño en el que estoy cayendo. Me precipitaba a un abismo del que sabía que no podría regresar. La nieve suavizaba mi descenso, pero, aun así, me hundía de espaldas en las profundidades mientras movía brazos y piernas. La falda negra que llevaba se abría y flotaba y las cartas de Aurelia, docenas, se escapaban de los bolsillos y salían volando como pajaritos. La nieve se cernía sobre mí y todo era oscuridad...

Todo es oscuridad. Estoy en algún lugar suave y desconocido. No tengo un punto de referencia que me ayude a averiguar dónde me encuentro; no encuentro fisura alguna que me permita encontrar alguna lógica. El corazón me late con fuerza. Es como si el mundo que conozco se hubiera desvanecido y hubiera despertado en otra realidad.

Poco a poco regresan los recuerdos y, con ellos, la seguridad de que me encuentro en una cama en Mulberry Lodge. Estoy a salvo. Aun así, no sé dónde puedo encontrar una vela, un orinal, un reloj. No sé en qué dirección está la puerta, la ventana o la silla con mi vestido colgado en el respaldo. He dormido en cuatro habitaciones distintas en solo seis noches; no es de extrañar que me sienta desorientada. Me prometo a mí misma que, si es posible, me quedaré en esta casa hasta que me despierte con la seguridad de qué dirección estoy tomando.

Salgo de la cama y me da un escalofrío. La noche es heladora. Me acerco de puntillas a la ventana, tropiezo contra la mesa y aparto las cortinas. No hay luna que me ayude a ver ni detecto movimiento alguno. Seguramente sea noche cerrada. No encuentro ninguna vela ni candelabro en esta penumbra, así que vuelvo a la cama.

Ahora que estoy despierta, los pensamientos me abruman. La búsqueda del tesoro es una bendición, reflexiono. Sin ella, el dolor me habría engullido por completo ya. Pero en algún momento tendré la necesidad de desprenderme de Aurelia y forjar mi propia vida, lo sé. Este no es mi viaje, me lo ha impuesto otra persona. Soy como una costurera que corta un vestido con un patrón que no ha diseñado, sin saber cómo le sentará la prenda cuando esté terminada o, siquiera, si le estará bien. Sigo sin ser libre.

No obstante, la posibilidad de tener libertad me asusta. ¿Qué voy a hacer con ella? Ahora que estoy aquí, con esta familia bulliciosa y generosa, tres generaciones bajo un mismo techo, siento de nuevo el vacío de mi propia historia familiar. «¿Quién soy?». Me gustaría saber quiénes eran mis padres. Por qué me abandonaron. Desearía conocer cualquier ápice de información que pudiera acercarme a ellos: el sonido de una risa, el color de un vestido... Desearía, desearía, desearía... Y, en mi anhelo, una parte de mí comprende que saber todo eso no me dará lo que necesito. Aurelia lo sabía todo sobre su ascendencia y se pasó la vida resistiéndose a ella porque juró que su familia no la definiría.

Me dejo llevar por un sueño inquieto y, cuando vuelvo a despertarme, el amanecer me ofrece luz suficiente para echar un vistazo a la habitación.

Encuentro velas en el cajón de la estantería y enciendo dos. Me echo el chal, desgastado por el uso y casi un harapo, por encima del viejo camisón para calentarme; casi me parece mal llevar esta ropa tan horrible y teñida por la desgracia en una casa tan alegre. Me pongo en pie, delante del baúl.

La llave encaja cómodamente y la giro con facilidad. Es un baúl nuevo, no huele mal ni está decrépito, sino más bien suave y limpio. Levanto la tapa en silencio y sin dificultad. Está lleno hasta los topes. Hay una sábana de muselina extendida sobre el contenido y lavanda esparcida. El olor asciende hasta mí, embriagador y evocando veranos felices, pero cuando tomo una

espiga, las flores se desgranar de inmediato, secas y quebradizas. Encima hay un sobre con mi nombre.

Mi preciada Amy:

Aquí estoy, esperándote lo mejor que puedo. Ya ves, nunca me olvidaré de ti, no mientras viva, ni tampoco después. Has encontrado a los maravillosos Wister. Ellos cuidan ahora de ti ¡y seguro que hacen un trabajo mejor que el mío!

Cuando te encontré en la nieve, mis intenciones eran buenas, te lo aseguro. Creía que podría hacer cualquier cosa, quería creerlo. Pero no pude lograr que mi familia te aceptara. No pude cambiar la sociedad para encontrar un buen lugar para ti.

Quiero que sepas, pajarito, que todo eso lo entiendo ahora y te pido disculpas con todo mi corazón. Ya sé que no quieres mis disculpas, que no me responsabilizas de todas las crueldades que has sufrido. No obstante, el primer paso para que pueda desahogarme es pedirte perdón y darte las gracias por tu afecto a pesar de mis muchos defectos. No solo por mi egoísmo.

Esto me trae al recuerdo el año que pasé fuera y te abandoné; me encojo de dolor al pensar en ello, querida. Solo tenías trece años.

Estaba decidida a marcharme, ya lo sabes. Estaba obsesionada con aferrarme a la oportunidad que tenía ante mí sin importarme las consecuencias. Pero existía otra razón para mi ferviente resolución, una que nunca te he contado. Lo haré ahora.

Querida, seguro que recuerdas lo firmes que se mostraron mis padres con la idea de casarme, lo desesperadamente que anhelaban un heredero. La noticia de que estaba enferma del corazón puso fin a todo eso, por supuesto. Mis padres (toda la casa, creo) se quedaron paralizados de la impresión.

Pero el tiempo pasó y yo seguía, a todos los efectos, con buena salud. A todos nos resultó sencillo fingir que no tenía un defecto fatal, o al menos relajarnos, confiar en que no moriría en mucho tiempo. Volvimos a ser nosotros mismos. Surgió la emocionante oportunidad de marcharme con la señora B. Y mis padres comenzaron a reflexionar (algo que nunca me hizo

ningún bien).

Parecía encontrarme en tan buena forma que comenzaron a valorar la idea de que pudiera tener un hijo de forma segura. Empezaron a pensar que ahora era más imperativo, y no menos, que me casara. De todos modos, iban a perderme, que permaneciera soltera no cambiaría ese triste hecho, pero, si tenía un hijo, sería un recuerdo vivo de mí. De pronto deseaban un nieto (y, por supuesto, que fuera un chico) más que nunca. No solo un heredero, una extensión de la gloria de los Vennaway, también consuelo y una bendición tras mi fallecimiento. Empezaron a insistir, de nuevo, en mi matrimonio.

Bajo la carta, mareada. ¿Es posible que esto sea cierto? ¿Tenían la intención de obligar a su hija a casarse cuando se estaba muriendo? Aunque... como ella había dicho, en esa época costaba creer que se estaba muriendo. Sus días de inválida aún quedaban lejos. Estaba tan radiante como siempre, causaba los mismos problemas de siempre. Una parte pequeña y reticente de mí es capaz de comprender cómo pudieron convencerse los Vennaway de que el riesgo para ella no era muy grande. Sigo leyendo.

Me llamaron un día, Amy, y me comunicaron que habían aceptado una proposición de matrimonio en mi nombre. Habían sido tan buenos de fijar fecha para la primavera. Ya te imaginarás lo horrorizada y confundida que estaba. Esto vino tan de repente y después de un tiempo tan tranquilo en comparación con eso que no estaba preparada. Harían falta muchas páginas para que te pudiera contar las conversaciones que le siguieron, Amy: discusiones, súplicas, órdenes y lágrimas. En resumen, supliqué, rogué, rabié, amenacé y dije las cosas más espantosas, y todo para nada. Tendría que casarme con Bailor Dunthorne dos meses después. Seguro que te acuerdas de él, Amy.

¡Bailor Dunthorne! ¿Cómo iba a olvidarlo? Pasar una hora en su presencia fue como pasarla en una cámara llena de espadas voladoras. Podías tener suerte; escapar sin heridas. Pero nada te lo aseguraba y la experiencia era igual de desagradable. Me estremezco al recordar su cuerpo bajo y fornido, su

arrogancia al inclinarse hacia mí, con las manos en las rodillas, el rostro oscuro y unos ojos cuya mirada lasciva cada vez tenía más cerca... Pero provenía de una familia excelente, un linaje todavía más extenso que el de los Vennaway. Entiendo por qué estos querían que Aurelia se casara con él. En cuanto a Bailor, su padre estaba presionándolo para que dejara sus malos hábitos y tuviera un hijo o dos. Aurelia siempre decía que ella era la mujer de sus sueños porque él sabía que viviría poco.

«¿Amor? —se burló ella—. Él no quiere una esposa más de lo que yo quiero un marido. No, Bailor me quiere como una solución brillante al lío en el que está metido. De ese modo, aplacará a su padre, cumplirá con su deber familiar y será de nuevo un día un vividor libre. Ya me lo imagino, escudándose en su corazón roto y utilizándome toda su vida como excusa para no volver a casarse, para hacer lo que le plazca. Si existiera una amistad entre los dos, podríamos llegar a un acuerdo. Pero no me gusta, Amy, no me gusta».

A mí tampoco me gustaba.

Ya ves, contaba con otra motivación todavía mayor para dejar Hatville que nunca habrías imaginado, pajarito. Me había acostumbrado a que no me entendieran, a que me contradijesen, pero nunca habría esperado, en los últimos años de mi vida, que me obligaran a esto... con un hombre que... Oh, Amy, ya sabes lo que quiero decir. O bien no entendían que esta era la mayor indignidad y crueldad que podían tener conmigo, o llevar a cabo sus deseos era, sencillamente, más importante para ellos. Nunca lo sabré.

Por supuesto, seguían prohibiéndome, repetidamente, que viajara con la señora B. Querían verme casada lo antes posible. Al final llegamos a este acuerdo: un compromiso. Les prometí que, si me dejaban ir, solo por esos tres cortos meses, me casaría con Bailor a mi regreso.

El corazón me da un vuelco. ¿Aceptó? Recuerdo aquellas conversaciones en murmullos, largas e intensas, los portazos, la sensación de que el interés era mucho más alto de lo que un simple viaje de placer debería justificar. Ahora lo comprendo.

¡Y aceptaron! Aceptaron mis términos. Regresaría en junio con mis ideas tontas resueltas y complacidas. Sentaría la cabeza y me convertiría en esposa; me entregaría a la seria tarea de tener un hijo. Por supuesto, mentí. No tenía intención de casarme con Bailor, ni en junio ni nunca. Así se lo conté a él, en privado. Cuando me fui de Hatville, no tenía ni idea de cómo iba a insistir en esto, pero lo tenía muy claro.

Cuando me marché, Amy, pensaba que jamás podría perdonarlos. Pero ahora, con la muerte tan cerca, necesito un modo de entenderlo, por mi propio bien más que por el de ellos. Creo que querían, sobre todo, sentir que la posibilidad de tener un nieto no estaba fuera de su alcance. Creo que se volvieron medio locos de ganas por tenerlo. Y eso puedo entenderlo, Amy, de verdad que sí, pero me estaban olvidando por completo en su deseo de tenerlo. Creo que me querían, a su extraña manera. Puede que todas las hijas necesiten creer eso, por muchas veces que tengan que dar el sí quiero para ello.

Sé muy bien a qué se refiere. ¿Cuántas horas he pasado imaginando escenarios que defiendan a mi madre, que me permitan guardar cierta esperanza de amor en el pasado?

¿Por qué no te conté nada de esto? Mi querido pajarito, ¡estaba avergonzada! Me sentía tan humillada con todo este asunto que no me atreví a contárselo siquiera a mi mejor y más dulce confidente. Solo podía pensar en conseguir mi libertad y, luego, lejos de Hatville, en poder respirar, pensar y encontrar un modo de arreglar todo eso que se había vuelto tan difícil y complicado. Por entonces desconocía que me esperaban más complicaciones, querida, pero esa es otra historia para otro momento. La carta ya es demasiado larga y voy a esperar un poco para contarte el resto.

¿Has abierto ya tu baúl? Seguro que no. Hazlo ahora. Amy, dentro encontrarás ropa nueva. Quiero que dejes de lado todo este asunto de la búsqueda del tesoro durante los próximos dos meses. Puede que te parezca mucho tiempo, pero lo necesitas para descansar y sanar después de todo lo que has pasado. Tienes que saber lo que es estar a salvo. Creo que este

tiempo es el mejor regalo que puedo hacerte, mejor que el dinero o los vestidos.

Disculpa que no te pida que continúes, pero con el tiempo lo entenderás. Por consiguiente, no hay ninguna pista en esta carta. Ahora no tienes nada que hacer, tan solo disfrutar de la amabilidad y la seguridad. No tienes que resolver nada, salvo el motivo por el que le fuiste tan devota a una persona tan dispersa y egoísta.

Mientras tanto, intenta ser feliz. Intenta sentirte como una joven con privilegios. La ropa te ayudará.

Con mucho amor de tu querida:

AV

Capítulo 29



• Que me pruebe ropa? ¿En un momento como este? Tan solo Aurelia podría pensar algo así.

¿ Bailor Dunthorne. Un compromiso forzado. Pensaba que lo sabía todo sobre ella. ¿Cuánto me queda por descubrir antes de completar mi misión?

Nada durante los próximos dos meses... ¡esa es la respuesta rápida a mi pregunta!

No es que no desee quedarme aquí, me encantaría. Ni tampoco que no me venga bien el descanso, los miedos de la noche anterior son testigos de ello. Llevaba sin tener pesadillas desde los días oscuros después de que Aurelia se desmayara en el huerto. Pero esperar tanto tiempo hasta tener otra pista en las manos, por no decir respuestas de verdad... ¡Aurelia!

Estoy paseando por la habitación, con la suave luz del sol iluminando los tablonos de madera, cuando oigo un golpe flojo en la puerta. Es la señorita Madeleine, que viene a comprobar si necesito algo.

Me avergüenza mi aspecto, con el pelo despeinado y a medio vestir, pero ella parece no fijarse. Fija la mirada de inmediato en el baúl y en las páginas que hay esparcidas por la alfombra.

—Al fin lo ha abierto —comenta con tono suave—. Hay una carta. Eso me imaginaba. Sabía que no te dejaría sin unas últimas palabras.

Si ella supiera, pienso.

—Yo la ayudé a elegir la ropa.

—¿De verdad? —De repente me sobreviene una imagen de la época que pasó Aurelia lejos de mí. Comprando ropa para mí. Pidiendo ayuda a una amiga. Me siento como una boba por haber estado demasiado preocupada como para valorar esto.

—Debe de estar asombrada —continúa, como si me estuviera leyendo la mente—. Todo es diferente y ahora también ha cambiado su ropa. ¿Quiere que la deje sola o prefiere que traiga té para las dos?

—El té estaría muy bien, y también su compañía. Gracias.

Madeleine es adorable, decido. No de la misma manera que Aurelia, ardiente y burbujeante, aunque también de un modo increíble. Ella es tranquila, dulce y serena. Tiene las piernas redondeadas y elegantes. Sus andares son los de una princesa. Puede que gane peso con la madurez, pero no por eso empeorará su aspecto. Es su carácter el que ilumina sus rasgos de libro de cuentos y lo que hace que no sea aburrida. Es tan bienvenida como un nuevo día.

Tomamos té en la mesita que hay junto a la ventana, mirando cómo gana confianza el sol sobre el jardín. Madeleine no parece en absoluto perturbada por el camión que llevo. Puede que se deba a que tiene hermanas. Me cuenta historias sobre la visita de Aurelia.

—Todas la admirábamos, Priss y yo, y los chicos. Era extraordinariamente vivaz y amable. Debe de echarla mucho de menos.

—Así es. —Qué alivio poder hablar de ella. Me desahogo más de lo que esperaba y luego me refreno, por temor a haber infringido algún tipo de protocolo, pero Madeleine tiene cara amable.

—¿Sabe? Yo también tuve una amiga que murió muy joven —me cuenta y frunce el ceño, arrugando los rasgos suaves. Parece que, tras su apariencia, es bien parecida, se esconde un corazón roto. Cook me lo dijo en una ocasión: todo el mundo tiene una historia.

—Lo siento mucho. ¿Ha sido una pérdida reciente?

—Ya no es muy reciente. Fue hace cinco años. Se llamaba Annabelle Sefton. Íbamos juntas a la academia de señoritas y nos conocíamos desde que éramos unas niñas. Pensará que, teniendo tantos hermanos, no sentiría la

pérdida de una amiga con tanto pesar, pero sí lo hice.

—Me lo puedo imaginar. Era terriblemente joven para morir. Más joven incluso que Aurelia.

—Sí. Nunca fue fuerte, tenía un problema en los pulmones. Sus padres la llevaban todos los inviernos a Italia, pero murió de todos modos. Era de naturaleza dulce y hacía que el mundo fuera un lugar más bonito para mí cuando estaba. Soy afortunada por contar con mi familia, Amy, y además nos va bien en sociedad, pero nunca habrá otra Annabelle. Lo que quiero decir es que cada persona es única y querer a alguien significa que queremos todas las pequeñas cosas que conforman a esa persona. No se puede reemplazar a Aurelia, ni tampoco a Annabelle, pero cuenta con todo mi apoyo y mi amistad, si le sirve de consuelo.

Me pongo a llorar. No es ninguna novedad, por supuesto, pero sí es nuevo que lo haga delante de otra persona. Madeleine me echa un brazo por los hombros hasta que los sollozos se apagan.

—Tranquila —dice—, se vuelve más fácil con el tiempo, se lo prometo.

Cuando sale de la habitación, me concentro al fin en el baúl. Sé que desea ver cómo admiro los vestidos que eligió con Aurelia, y se los mostraré encantada, pero antes debo enfrentarme a ellos yo sola, por si hay más secretos.

Aparto la muselina y jadeo al ver la seda de un intenso color rojo que brilla ante mis ojos. ¡Rojo! Es un vestido de noche, elegante y escotado, con rosas de seda en las mangas. Es una prenda que nunca, jamás me pondría. No puedo dejar de mirarlo, medio horrorizada y medio enamorada. Se trata de un vestido para las Aurelias que hay en este mundo, no para las Amys Snow.

Lo dejo en la cama y tomo el siguiente vestido un tanto nerviosa. Otro de noche de color morado oscuro. ¿Es que imaginaba mi vida de baile en baile? Tiene varias telas cosidas en el satén. Lo dejo en la cama rápidamente y vuelvo a mirar con la esperanza de encontrar prendas más ponibles. Al fin llegan, aunque no antes de que me haya quedado boquiabierta con otros tres vestidos de noche: uno rosa, uno de color melocotón y otro plateado. Son las prendas de otra chica, no las mías. Y, aun así, son bonitas, más bonitas que nada que haya visto.

A continuación, vienen un buen número de vestidos de día y tengo que admitir que son perfectos. Modestos, pero elegantes; bonitos, pero sencillos; con una variedad de colores y texturas que quiero ponerme enseguida. Oh, ¡qué delicia! No hay nada negro, ni azul marino, ni marrón, ni tampoco gris. No voy a llevar medio luto, ¡voy a explotar!

El baúl, como si lo hubieran sacado de una de las historias de Aurelia, no parece tener fondo. Hay zapatos y parasoles, chales, estolas y capas. Corsés con lo que parecen cien piezas, huecos y rizados, en lugar de las creaciones acordonadas con cuatro piezas a las que estoy acostumbrada. Hay camisolas, ligas y medias. Las medias son todas blancas; algunas lisas, otras con lunares, otras rayadas y algunas con flores bordadas. Las ligas son, en su mayoría, funcionales e inofensivas, pero algunas... Estoy impactada.

Entremezclados aquí y allá, entre las capas, encuentro bolsos de tul llenos de dinero. ¡Cientos y cientos de libras! Ahora no voy a contarlas, lo que hago es comprobar si en alguno de ellos hay notas, acertijos o pistas. Como me ha prometido, no hay nada. Solo dinero y más dinero.

Casi no puedo creer que todo esto sea para mí. Nunca me han permitido poseer cosas bonitas, ni tampoco he tenido belleza personal de la que alardear.

En una ocasión, Aurelia me dio un cepillo para el pelo decorado por entero con cristales. Tendría unos siete años. Me fascinaba lo mucho que brillaba, parecía albergar llamas capturadas en lugares lejanos. Y cualquier niña, por muy sencilla que fuera, teniendo el pelo largo, estaría orgullosa de poseerlo. Así que me peiné el cabello con el cepillo y me sentí como una princesa. *Lady Vennaway* me vio aquel día en el jardín. Me lo arrebató mientras me peinaba, al tiempo que me arrancaba varios mechones de cabello, y lo tiró al lago. Desde aquel día, Aurelia dejó de hacerme regalos que no pudiéramos leer o comer. ¡Llenar este baúl debió de ser una delicia para ella y su venganza!

Pero cuando por fin he vaciado el baúl por completo y veo una montaña de ropa de colores vivos centelleando sobre mi cama, entiendo lo que es. Se trata de una página en blanco, una cama de nieve como aquella en la que me encontró cuando no era más que un bebé. Es un nuevo comienzo.

Estoy ante el armario y la fortuna de una dama importante. La cabeza me da

vueltas. Aurelia, yo no soy así.

«Sin embargo —me contradice su voz con tanta claridad que casi me parece que está aquí, a mi lado, levantando la barbilla como siempre hace—, has crecido en una casa importante, ¿no? Tu mejor amiga era la joven *lady* Vennaway. Sabes montar a caballo, pintar, tejer y tocar el piano. Sabes cantar un poco, aunque mejor que no lo hagas. Tienes una educación refinada. Si no eres una dama, ¿qué eres entonces? Te sugiero que hables con cualquier criada, lechera o esposa de algún comerciante... Todas van a considerar que eres una dama».

Y, como siempre, cuesta negar su lógica.

Capítulo 30



La nueva Amy Snow no emerge de golpe, no del todo. Cuando llevo dos semanas en Mulberry Lodge, no puedo negar la floreciente transformación que se ha obrado dentro y fuera de mí y a mi alrededor. Aún no ha llegado la primavera, pero oigo el sonido de un mirlo solitario al despertar, percibo el olor de algo caliente y floral en el ambiente en momentos efímeros... Todas esas señales me llenan de esperanza. Después de los últimos meses, la esperanza es por fin algo seguro y claro.

Poco a poco logro distinguir a los miembros de la familia Wister, pues antes eran para mí algo así como una masa exuberante y cariñosa. De inmediato me siento cercana a Madeleine, y también a Priscilla, aunque de un modo distinto. Ella es de mi edad, pero me parece más bien una hermana pequeña. La suya es también una belleza convencional y dulce, marcada por su carácter. Con los hoyuelos que tiene se ve todo lo que hay que saber sobre la señorita Priscilla, lo transmiten. Si se avecina alguna trastada, ella lo sabrá.

Las dos hermanas están profundamente enamoradas, Madeleine del señor Daniel Renfrew, quien, al parecer, «¡cultiva todas las frutas conocidas por el ser humano, Amy!»; y Priscilla de un caballero distinto cada semana. Las tres formamos una piña rápidamente y no parecen encontrarme rara ni desagradable.

Tengo un aspecto diferente, por supuesto. Por una parte, ¡estoy más limpia

que nunca! Todas las damas de Mulberry Lodge se dan un baño dos veces a la semana, con lavado de cabello incluido, y yo no soy una excepción.

El baño tiene lugar en una bañera que hay delante de un fuego humeante y lo lleva a cabo Bessy, una de las doncellas. En Hatville, pasaba mucho más tiempo acicalando a Aurelia que a mí misma, por lo que me siento un poco cohibida al principio al recibir semejantes atenciones tan delicadas. Bessy, sin embargo, no permite que me sienta de ese modo; el adjetivo «delicada» no es algo que precisamente la describa.

Mientras lava y chapotea, habla abiertamente sobre su problema intestinal, sus dolencias femeninas, su dolor de espalda, sus glándulas hinchadas. Habla con tanta seriedad y detalle que parece una locura fingir que semejantes cosas no existen y una grosería total no responder del mismo modo. Yo no tengo problemas de salud, pero improviso algún problema respiratorio ocasional y también alguna dolencia femenina para calmarla y a menudo me sorprende al desear tener más que comentar. Resulta revitalizante. Extraño, pero revitalizante.

Desde que *lady* Vennaway me cortó el pelo hace tantos años, he seguido cortándomelo de forma regular. Ya no me llega por la barbilla, pero sí por los hombros. No lo llevo ni mucho menos a la moda, pero ese no es un gran precio que pagar contando con las muchas horas que me he ahorrado semana tras semana desenredándomelo. Además, quiero pensar que me queda mejor, así que tal vez, después de todo, sí que soy un poco presumida. Se me riza en torno a los sombreros nuevos de una forma que me parece... casi encantadora.

Y luego está mi postura. Al principio pensé en traicionar la promesa que le había hecho a Aurelia en un pequeño detalle y seguir llevando mis viejos corsés acordonados. Los nuevos me intimidan. Pero cuando me probé el nuevo estilo (con la ayuda y complicidad de Madeleine y Priscilla), me di cuenta de que me gustaba. Es imposible sentirse humilde con semejante prenda. Incluso cuando estoy cansada, el reflejo me muestra a una mujer serena, orgullosa y energética. No es que no puedas tener un mal día con ese corsé, pero sí que, si lo tienes, no se notará.

Y luego está la ropa. Mis viejos y anodinos trapos han desaparecido; no los he quemado, pero sí lavado y donado a asilos de la localidad. Debido a la

insistencia de las chicas, y con su ayuda, me he probado todas y cada una de las prendas del baúl. Sí, hasta las escandalosas ligas, aunque me las quité rápidamente (y luego me las volví a probar en privado). Todos los vestidos, incluso los que nunca me pondría, y todos los zapatos. Nunca me ha gustado el color de ojos que tengo, pero con las tonalidades que ha elegido Aurelia, parecen llamativos; elegantes y ambarinos. Ya no son ojos de color avellana tirando a marrón que resultan anodinos.

Sonríó más ampliamente. La arruguita sigue ahí; las viejas costumbres no desaparecen tan fácilmente y en la vida nos aguardan muchas cavilaciones. Pero puedo sonreír y cavilar al mismo tiempo, parece. Y esta criatura sonriente, bien vestida y perfectamente encorsetada que no puedo ser yo y que, de algún modo, soy yo es la Amy Snow que participa en la vida de Mulberry Lodge.

¡Y menuda vida! Edwin Wister es abogado y trabaja bastante tiempo en Londres, en Holborn, para ser precisos. Me he sentido tentada de preguntarle si conoce Crumm & Co. Pienso a menudo en Albert y Henry; esa primera experiencia haciendo amigos nuevos cuando estaba tan sola me ha dejado una enorme impresión. No puedo negar que me gustaría volver a ver al señor Henry Mead de vez en cuando. Puede que me gustara verlo un poco más que de vez en cuando. Pero la discreción me ata.

Recibimos muchos visitantes y, dos veces a la semana, las damas hacen sus visitas mañaneras, a las que siempre estoy invitada. En los primeros días preferí quedarme en casa, caminar por los jardines o descansar en el invernadero. Pero pronto empecé a tener ganas de acompañarlas, de manera que me estoy convirtiendo en parte del educado círculo social de Twickenham. La gente acepta sin hacer preguntas la llegada de la joven acompañante de la señorita Vennaway, todo el mundo se acuerda de Aurelia. Me siento un poco como si tuviera unas alitas arrugadas y desplegadas, agitándose a pesar de los golpes y arañazos, como si estuviera pasando una revisión en busca de daños irremediables.

Twickenham es delicioso. Hay prados, jardines y mansiones que pasan el día soñando. Por aquí veo una gran variedad de personajes, desde miembros extranjeros de la nobleza hasta damas dedicadas a actividades caritativas y

escritores recluidos que salen de vez en cuando, manchados de tinta y parpadeando.

Los días pasan y se vuelven cada vez más verdes, rápidos y bonitos, como el río. Cuando el invierno levanta su agotador manto de la tierra, se ven destellos azules en el cielo, el tono azul suave y soñador de la primavera, del pañuelo elegante del señor Garland. El calendario social está más lleno, si es que eso es posible. Organizan bailes de primavera y las chicas se emocionan ante la perspectiva de bailar con pretendientes a los que ya vieron en los salones en Navidad. Comienzan a planear pícnicos, regatas y salidas en barca hasta la isla Eel Pie, y me incluyen en sus planes, como si siempre hubiera formado parte de su grupo. Yo me dejo llevar, como si una suave corriente de verano me arrastrara. No olvido que no veré el verano en el río, pero me gusta fingir que sí.

Capítulo 31



Con la proximidad de los bailes llega también la necesidad de Madeleine y Priscilla de pasar bastante tiempo en las tiendas de Twickenham. Es allí donde veo un día una figura alta y familiar. Me quedo sin aliento, aunque no puedo decir que conozca de verdad a este hombre.

Las chicas se dan codazos cuando lo ven por la calle King; qué hombre más elegante. Nos lanza a las tres una mirada de aprobación, inclina el sombrero excepcionalmente alto y, a continuación, desaparece dentro del King's Head. Inexplicablemente, me siento aliviada al escapar de la vista del memorable señor Garland.

No obstante, una hora o así más tarde, nuestros caminos se cruzan de nuevo. Nosotras estamos en una joyería. Priscilla tiene una necesidad imperiosa de adquirir una cadena de oro para lucir un colgante de ópalo y que el efecto sea más impactante con su vestido de color perla. Las tres estamos observando con atención una vitrina cuando una voz conocida saluda al señor Price, el propietario de la tienda, que tiene un nombre bastante adecuado.

No puedo evitar levantar la mirada. Por supuesto, es el señor Garland, con el pañuelo azul en la garganta y el sombrero que llega al techo. Parece un anuncio de moda masculina. El caballero vuelve a inclinar el sombrero y sonrío, pero me mira una segunda vez y frunce el ceño. Me apresuro a

devolver la atención a la fila de cadenas de oro de largos muy diversos.

—Disculpe.

El corazón se me acelera. Por un instante, me planteo si echar a correr.

—Buenas tardes, señoritas, disculpen que las aborde de este modo, pero... —me mira directamente a mí— ¿la conozco? Me resulta familiar. Si le parece una excusa lamentable para presentarme, le aseguro que no es así. Mi nombre es Quentin Garland. Detestaría haberla olvidado si nos hubiéramos conocido, señorita...

Las chicas me miran sorprendidas. Estoy segura de que conocen ese nombre. Lo han mencionado en varias ocasiones en los salones de Twickenham desde que yo los frecuento; es el hombre del momento. Siento orgullo de haber conocido a un señor importante y su forma elegante de dirigirse a mí acaba con toda necesidad de salir huyendo.

—Soy la señorita Snow, señor Garland. Nos vimos en una ocasión, brevemente. Fue en el carruaje del correo, desde St. Paul's hasta la calle King.

—Vaya, ¿es verdad! ¡Santo cielo! Me agrada encontrarla con un aspecto tan magnífico. Está claro que Twickenham le ha sentado bien. —Nos damos la mano por segunda vez, pero en esta ocasión yo llevo unos guantes iguales que los suyos. Tiene una mirada intensa y noto que está observando el cambio que se ha producido en mí, aunque es demasiado educado para comentarlo.

Me doy cuenta de que me estoy ruborizando.

—Gracias, señor. Creo que Twickenham sienta bien a todo el mundo.

—Así es, es un lugar delicioso. Los campos, el río, el... sí, excelente. —Echa un vistazo a su alrededor y señala las maravillas del lugar. Después devuelve la mirada azul a mi rostro. Tiene la cabeza inclinada hacia abajo de lo alto que es—. Nuestros caminos se han vuelto a encontrar. Tengo que confesarle que en más de una ocasión me he reprochado no haberla acompañado aquel día, señorita Snow. La calle King no es lugar para dejar a una dama sola. Pero ya veo que encontró a sus amigas.

—Fue usted muy cortés y amable, señor. Sí, las encontré. ¿Puedo presentarle a la señorita Madeleine Wister y a su hermana la señorita Priscilla Wister?

—Encantado.

Las chicas se inclinan, animadas por sus modales exquisitos, pero Priscilla se endereza muy rápido.

—Estoy intentando elegir una cadena, señor. ¿Qué le parece una cadena *belcher*? ¿O considera que una de eslabón ovalado es más elegante? Me gustaría ir a la moda. Quiero elegir algo victoriano.

Junto las manos para dejar de moverlas hacia la cara. No puedo imaginar que un hombre como el señor Garland, interesado en el progreso nacional, tenga una opinión acerca de los collares femeninos. Sin embargo, se inclina hacia la vitrina y parece estudiar las cadenas con sumo interés.

—Priscilla, ¡al señor Garland no le interesa eso! —exclama Madeleine horrorizada.

Pero el hombre no se da prisa. Cuando se vuelve de nuevo hacia nosotras, lo miramos como si esperáramos el dictamen de un oráculo.

—La cadena de eslabones ovalados —comenta con una sonrisa— es el complemento perfecto para una belleza tan delicada como la suya, señorita Priscilla. Cuesta imaginar que algún adorno le quede mal a alguien tan adorable, aunque hace usted bien al elegir algo moderno y actual. ¿Es para alguna ocasión especial?

Priscilla está demasiado abrumada como para responder.

—Hay un baile en Lowbridge, en Richmond, el próximo sábado —explica Madeleine.

—Un encuentro que mejorará con su asistencia, señoritas. Ahora, si me disculpan, tengo que marcharme. Me complace volver a verla, señorita Snow. Que tengan un buen día.

Nos quedamos las tres mirándolo, como si fuéramos unos patitos en fila. La emoción de ir de tiendas para asistir a un baile ha aumentado bastante con la incorporación del señor Garland a la excursión. Con su marcha, el brillo desaparece.

Capítulo 32



A pesar de la vida que llevo en el encantador reino que es Mulberry Lodge, no me he olvidado de Aurelia, ni tampoco de los viejos tiempos en Hatville, ni de las cartas. O tal vez sería más acertado afirmar que todo eso no me ha olvidado a mí.

Ahora me siento más cómoda y segura a la hora de relacionarme con los demás. Converso fácilmente y no he quedado en vergüenza ni una sola vez. Pero a veces no puedo evitar buscar la aceptación en los demás y desconfiar de los gestos de cortesía. ¿Se equivocan? ¿Deberían de tratarme mal? Y si no es así, ¿por qué los Vennaway eran tan distintos? Todos estos años, ¿por qué? La pregunta me persigue.

No obstante, la mayor parte del tiempo soy feliz. Al fin, este es mi sueño hecho realidad: una familia, júbilo, un hogar, dicha. Ya sé que no es mi familia, ni tampoco mi casa, pero me gusta pensar que, al experimentar esta sensación aquí, estoy creando la posibilidad de que se haga realidad en el futuro, en otro lugar. Cuando haya terminado la misión que Aurelia me encomendó, recordaré estos días y tal vez cree mi propio Mulberry Lodge con mi gente.

Mi refugio preferido es el invernadero, la última demostración del gusto de Constance por lo exótico. Si tuviera mi propia casa, tendría un invernadero como este. ¡Toda una habitación hecha de cristal! ¡Llena de plantas! Es como

tener un jardín dentro de una casa. En realidad, es una jungla dentro de una casa.

Las altas palmeras llegan al techo. Hay una hamaca y muchos sofás, y un banco de hierro forjado pintado de blanco. Tiene naranjos y orquídeas. Los Wister tienen dos loros, Solomon y Xerxes, cuyas alas y largas colas son de vivos colores. Los graznidos que emiten hacen que me estremezca de placer al pensar que existen lugares tropicales muy lejanos y quién sabe si un día no iré a visitarlos.

Hace un día muy húmedo, muy inglés, cuando recibo a un visitante inesperado. Bessy lo acompaña al invernadero y me deja a solas con Quentin Garland durante el tiempo que tarda en ir a buscar refuerzos.

—¡Santo cielo!

La sorpresa supera al principio a mis modales. No puedo imaginarme qué está haciendo aquí y me horroriza encontrarme en esta situación. Estoy dibujando a los loros, con el cachorro *Clover* en el regazo y *Caversham* tumbado junto a mis pies. Me levanto, apartando a los perros con el movimiento.

—¡Señor Garland! Espero que esté usted bien. Qué inesperado honor.

Tiene un aspecto imaculado, a pesar de la lluvia. Lleva su habitual pañuelo de color azul, con un abrigo de color borgoña que tiene el cuello de terciopelo rosa. Resultaría extravagante en otra persona, pero el señor Garland no es extravagante. Él es la elegancia personificada. A veces me he preguntado si contratará a todo un equipo de profesionales solo para que lo vistan. Yo tengo ahora prendas elegantes, pero sigo siendo una chica mortal. Sigo tropezándome, y chocándome, y la brisa sigue despeinándome. El señor Garland, por el contrario, podría estar patinando sobre hielo dentro de una vitrina de cristal. Aparte de estas suposiciones fantasiosas, no he podido imaginarme cómo será la vida de este hombre. La migración y los hábitos de anidación de un pájaro poco común, que apenas se alcanza a ver, no serían mucho más desconocidos para mí.

—Mis disculpas, señorita Snow. —Me hace una reverencia exagerada—. Tal vez debería haber enviado una tarjeta, pero me encontraba de paso y hace un día tan inclemente que la idea de verla de nuevo y resguardarme un instante

ha sido muy tentadora.

¿La idea de verme ha sido tentadora? No me parece muy probable. Es casi como si... pero no, es una idea estrafalaria.

—Me alegra verlo. ¿Cómo me ha encontrado?

—Estaba reunido con Ashleigh Charlton. Mencionó de pasada a los Wister y me acordé de cuando conocí a sus encantadoras amigas en el pueblo. Le comenté que había conocido a su joven invitada y me explicó dónde encontrarla.

¿Por qué iba a hacer tal cosa? No creo que pueda preguntarle.

—El mundo es muy pequeño —murmuro.

En ese momento aparecen Madeleine y Priscilla, para mi gran alivio. La responsabilidad de entretener yo sola a un hombre, incluso durante los quince minutos de rigor, me parece abrumadora. Seguimos de pie, incómodos. ¡Ni siquiera le he ofrecido asiento! Madeleine arregla esto y nos sentamos todos; yo, pesadamente, como si fuera una masa que aterriza sobre la mesa; el señor Garland, como si fuera mantequilla derretida derramándose sobre un pedazo de pan. A mi alrededor se pronuncian saludos cordiales. Madeleine ofrece un refrigerio, pero el señor Garland declina el ofrecimiento y yo guardo silencio, algo desconcertada. «¡La idea de verme era tentadora!». A pesar de lo incómoda que me siento, irradio luz.

—¿Vive usted cerca, señor Garland? —pregunta Madeleine con una sonrisa adorable, salvando la conversación.

—No, vivo en Chiswick. Los negocios, sin embargo, me traen aquí con frecuencia. Normalmente me quedo con amigos, eso me ahorra tener que estar viajando todo el tiempo. Hoy hacía una mañana tan agradable que salí a dar un paseo. —Se echa a reír y sacude la cabeza—. Cuando el tiempo cambió, deseé habérmelo pensado mejor.

—¿Irás al baile de Lowbridge mientras esté aquí, señor Garland? —pregunta Priscilla, que no deja de moverse, como si fuera una marioneta. Lleva días emocionada con el baile—. ¡Usted me ayudó a elegir la cadena!

—¡Me acuerdo! Y nada me gustaría más que verla con ella puesta. Si puedo, asistiré, aunque lo más seguro es que tenga que regresar a la ciudad al final de la semana. —Frunce el ceño, como si estuviera profundamente

decepcionado, aunque no creo que a este hombre le falten invitaciones a bailes.

Seguimos conversando sobre asuntos intrascendentes y, cuando se va, nos levantamos para acompañarlo a la puerta, atropellándonos entre nosotras en nuestro deseo de brindarle toda la atención posible. Desaparece bajo la lluvia. A continuación, Priscilla se pone a chillar, a dar saltitos y a regodearse porque ni siquiera su tan sociable abuela ha conocido al señor Garland.

Yo me vuelvo a sentar en el sofá, con el ceño fruncido. No sé por qué me siento tan incómoda con su visita cuando sus modales han sido, como siempre, caballerosos en todos los sentidos. Tengo la sensación, correcta o errónea, de que estaba haciendo algún tipo de comprobación. Tal vez no acostumbra a mantener conversaciones en un invernadero lleno de flora y loros. Puede que no le haya parecido correcto que Bessy lo haya conducido hasta mí en lugar de pedirle que esperase en el salón. Vi el brillo en los ojos de la criada cuando lo anunció, seguro que me hablará del asunto durante el próximo baño.

Pero sigo incómoda, no puedo negarlo. Me levanto de nuevo y me acerco al espejo del pasillo para comprobar que no soy yo la que tiene un aspecto diferente. Tengo el cabello más que bien peinado y tocado con un sombrero blanco y llevo un vestido de color verde manzana. Las mangas no son demasiado vaporosas y la falda no es excesivamente amplia; me siento un poco más confiada. Tal vez sea que no estoy acostumbrada a que me traten de forma civilizada.

O es posible que se deba a que es increíblemente apuesto.

Capítulo 33



El tan ansiado día del baile llega al fin. Priscilla casi se echa a llorar cuando me niego a ponerme el vestido rojo.

—¡El señor Garland posiblemente esté pensando en cortejarla! ¡Puede que esté allí! ¡Él acostumbra a salir con las damas más sofisticadas! Oh, Amy, ¿por qué no?

—Priscilla, querida, ¡yo no soy una dama sofisticada! Ponerme ese vestido requiere mucha más seguridad y estilo del que dispongo. Y, por favor, ¡no hable del señor Garland de ese modo! Estoy totalmente segura de que sus intenciones no son las que imagina.

No consigo convencerme, la idea me ha rondado la cabeza más de una vez desde la visita en el invernadero y se ha convertido en una molestia persistente. Pero, sencillamente, no puede ser, estoy segura. Se trataría de un cumplido excesivo. La verdad es que tengo un aspecto muy distinto al de cuando nos conocimos. Ya no soy un duende harapiento y esquelético. Si fuera una amiga generosa hablando de la señorita Snow, diría que es una chica normal, con rasgos bonitos, que está sacándose el máximo partido. Pero esa no es la clase de chica para Quentin Garland de Chiswick. ¡Por el amor de Dios!

—¿Por qué la visitó entonces?

No puedo responder a eso. Sin embargo, no pienso ponerme el vestido rojo. Me siento prácticamente desnuda con cualquiera de mis vestidos de

noche. El rojo y el morado son los más atrevidos. Parezco mucho mayor de lo que soy y dispuesta a... En fin, digamos que no son muy discretos. El plateado es bonito, pero es el color de una novia, o de una princesa, o de un cuerpo celestial caído del cielo, y yo no soy nada de eso. Temblando con la ropa interior de seda, me decanto más por la muselina de color melocotón. Priscilla me presiona para que elija el de tarlatán rosa y finalmente decido que me pondré ese.

Madeleine me arregla el pelo y me lo adorna con rosas blancas y rosas y un lazo de color rosa que coloca en la masa de cabello oscuro. No está recogido, pero sí arreglado. Tengo un chal beis con bordados rosas y unos zapatos claros también con rosas. Me siento como una niña que juega a disfrazarse, pero nadie me riñe ni me lleva de vuelta a la cocina.

Cohibida, subo al carruaje con Constance, Edwin, la señora Nesbitt y Michael. Este último se queja por tener que ir a un baile mientras sus hermanos construyen una fortaleza en el comedor de casa. Pero Edwin dice que ningún hombre está capacitado para acompañar solo a cinco damas y, además, ¿para qué tener hijos si no es para compartir la carga de las obligaciones sociales?

A pesar de la seda rosa y de los hombros blancos desnudos, me da miedo que todos se den cuenta de que he crecido en una cocina y se rían de mí. Aun así, no puedo contener un suspiro cuando cruzamos el puente Richmond. Las profundidades oscuras del Támesis reflejan las luces de las casas altas que bordean el agua, desplegando un elegante muro del que me emociona formar parte, aunque solo sea por una noche.

En Lowbridge, los braseros fulguran en largas hileras paralelas, acompañando a los invitados a la puerta. La entrada es una extensión abierta, llena de carruajes que van y vienen; no tengo oportunidad de huir como Cenicienta.

¡Como si Priscilla fuera a permitírmelo! Me toma de la mano cuando nos encaminamos hacia la puerta, también cuando nos anuncian, cuando saludamos a los anfitriones y cuando entramos en el impresionante salón. Solo me suelta cuando Michael y Edwin han encontrado asientos para todos.

Y, para entonces, el baile ya me ha conquistado. Creo que nunca había visto

nada tan bonito. Soy consciente de que, aquí, todo el mundo tiene su propia historia de dichas y desdichas, que tras esa feliz fachada pueden acechar la amargura o el dolor. Pero, por una noche, todos han dejado de lado esas cargas, junto a los vestidos de día y a los zapatos cómodos. Por una noche, me he adentrado en una ilusión refulgente. No es solo el espectáculo lo que me encandila, sino el ambiente del salón, tan optimista y dichoso que hace que olvide todas mis preocupaciones. Estoy deseando ir al centro y ponerme a girar, aunque sea yo sola.

No lo hago.

Me siento con delicadeza, le doy un sorbo al ponche y escucho los comentarios de la señora Nesbitt acerca de quién es quién, qué hacen, ¡y cómo pueden llevar eso! Ella conoce a todo el mundo, por supuesto.

—Ese es el señor Gooch, el registrador, y el señor Figg, el sacristán. Ahí está Meg Pawley, la conocí hace años en la casa del señor Dickens, en Ailsa Park. Por entonces era Meg Fellowes, claro.

Miro a Meg Pawley con interés, anhelando fervientemente tener la posibilidad de conocer al señor Dickens, pero la señora Nesbitt ya me ha dicho que actualmente no se encuentra en Twickenham. La amiga del ilustre señor es una mujer bonita con un vestido de color amarillo limón y está conversando con una dama imponente de pelo oscuro que lleva puesto un increíble vestido verde con pliegues y volantes llamativos de un radiante color blanco. Me resulta vagamente familiar, debe de ser una vecina de los Wister, intuyo. La señora Nesbitt continúa:

—Ella es su hermana Meribelle, nunca se ha casado. No me sorprende. Es una buena chica, ¡pero tiene el don de hacer y decir cosas inadecuadas en cualquier situación! ¿Qué hombre iba a correr ese riesgo? Vaya, ¿cómo lleva el señor Elms, que está allí mismo, unos guantes de color pajizo? ¿Y lleva una corbata bordada? No lo mires, querida, pues si te pide que bailes con él no vas a desear ofenderlo, pero esos guantes no son adecuados.

Estoy fascinada. No tengo la intención de ponerme a juzgar a los hombres por si llevan o no corbatas bordadas, pero no tenía ni idea de que esos caballeros tuvieran que cuidar su vestimenta igual que nosotras. Nunca he reflexionado mucho sobre los retos sociales de los hombres.

Miro a Michael, que se está tirando de los guantes (de un blanco ejemplar) y caigo en la cuenta de que están entrenándolo. Tiene el pelo cuidadosamente peinado, con los rizos ocultos en su mayor parte, no sé cómo lo ha conseguido. Me hago la promesa de llevarlo mañana al río, solos nosotros dos. Y si decide saltar directamente de la orilla al barco de Tam Marks, el barquero, o darle un sorbo al termo del padre de Tam (que dudo que contenga agua), no diré nada.

En cualquier caso, se aburre rápidamente y nos abandona para dirigirse a las mesas del banquete. Se justifica trayéndonos una considerable cantidad de carne de ave, jamón y lengua. Hay tantos invitados y tanta comida que no puedo evitar pensar en el personal de cocina, que debe de haberse pasado al menos todo el día cortando carnes y preparando las porciones para atarlas con cordeles. Estoy tan emocionada que no como mucho, aunque una gelatina o un pastelito siempre caen bien.

Le doy las gracias a Aurelia por haberme enseñado a bailar. Gracias a sus clases erráticas pero apasionadas, comportarme como una dama me resulta mucho más sencillo de lo que podría haber imaginado. Bailo con un buen número de caballeros, jóvenes y delgados, mayores y robustos. A pesar de la insistencia de Priscilla, no pienso en pretendientes, pues sé que no estaré aquí el tiempo suficiente para alimentar vínculos significativos. Y también está mi dolor, que me seguirá esperando por la mañana.

Además, aún no estoy preparada para pretendientes. ¿Cómo iba a explicar de dónde vengo en el caso de que alguien me cortejara? No estoy segura de que nadie pudiera quererme de ese modo si supiera la historia oscura y vergonzosa que me acompaña. Así pues, soy feliz bailando y sonriendo, contando poco de mi persona y limitándome a ser agradable. Como resultado, ¡soy la gran favorita!

No hay señal del señor Garland, que seguramente se encontrará ya de vuelta en la ciudad. Me parece ver una o dos veces a Henry Mead entre la multitud, pero, por supuesto, debo de estar equivocada. Él habrá vuelto a los estudios y estará de nuevo sumergido en esos temibles manuales médicos.

Lo más interesante de la noche es que conozco al señor Renfrew, el muchacho al que adora la señorita Madeleine, y no solo porque es un caballero de buen ver con un temperamento agradable. Ni tampoco porque sea

un bailarín exquisito y vista a la perfección con un abrigo ajustado a la moda con pechera trenzada. Verlo vestido tan elegante la hace reír a voz en grito.

—Normalmente voy cubierto de barro —me explica él—. Creo que me sentía incapaz de vestirme de forma civilizada.

—¡Yo nunca he dicho tal cosa, Daniel! Es decir, señor Renfrew —objeta Madeleine, lo que hace que reciba una mirada dura de su padre.

No, la razón por la que Daniel Renfrew me gusta tanto es porque, mientras bailamos, me confía un plan que lleva tiempo ideando. Por supuesto, se trata de una proposición de matrimonio para Madeleine. Lleva meses pensando en el asunto, me explica, pero tiene la sensación de que no cuenta con suficientes medios materiales como para hacer tal propuesta a una joven dama como la señorita Wister. Sin embargo, uno de los muchos duques que viven por la zona le ha ofrecido el encargo de crear un paisaje espléndido en los jardines de su mansión. El proyecto estará muy bien remunerado, se trata de la oportunidad de su vida.

—¡Imagine, señorita Snow! Todo un paisaje, ¡entero en un jardín! —Me cuenta con gran entusiasmo sus ideas de paisajismo para mejorar el lugar, que es un poco montañoso y se extiende hasta el río. Imagina pastos exuberantes y un huerto con cerezos y limas, un jardín con forma de espiral decorado con obeliscos y carpes y vides.

Estoy fascinada. Mi experiencia en la carretilla de Robin ha hecho que sepa apreciar los jardines, aunque eso no lo menciono.

En el segundo baile me cuenta la conclusión y prometo no decir nada hasta que formalice el trato con el duque.

Regresamos con los Wister, que no sospechan nada, cuando una dama de mediana edad me para. La había visto antes, con el vestido verde con volantes blancos.

El señor Renfrew se inclina y se marcha, ajeno al hecho de que me está dejando con una desconocida. Pero estoy tan contenta y feliz, tan entusiasmada, que me agrada la idea de conocer a alguien nuevo y le sonrío con alegría.

Es la señora Ellington, me dice. Un nombre que, como su cara, me resulta familiar. Al mirarla por segunda vez, estoy segura de que no la he conocido en

Twickenham.

—Usted era la compañera de la joven *lady* Vennaway, ¿no es así? —me pregunta de repente.

Afirmo. Mi sonrisa flaquea y empiezo a notar una sensación desagradable.

—Por lo que he oído, la joven murió hace cuestión de unos meses.

Se lo confirmo.

—Señorita Snow, ofende usted la decencia de tantas formas que ni siquiera sé cómo empezar —declara para mi sorpresa. Doy un pequeño paso involuntario hacia atrás y ella da uno más amplio en mi dirección, cubriendo la distancia que nos separa para dejar solo unos incómodos centímetros.

—Señora Ellington, ¿la conozco? —pregunto, conteniendo el desagrado que siento por lo cerca que está... y por su hostilidad—. ¿Debo entender que es usted conocida de la familia Vennaway?

—Gozo de esa distinción, sí. Pero no deseo recordar conocidos en común. Tan solo me gustaría advertirle de su falta de decoro. Para empezar, ¿no está de luto! ¿Se encuentra en un baile! Tan pronto, tras la pérdida de alguien que era tan superior a usted de tantas maneras, y, aun así, mostró indulgencia. Ahora que ella no le sirve para nada, ¡alardea en sociedad! —Levanta las manos escandalizada, como si no pudiera comprender semejante conducta depravada—. ¿Piensa de verdad que una compañera, una criada en realidad, es una persona que deba estar esta noche aquí? Apuesto a que nadie más lo cree. O bien desconoce el abismo que existe entre usted y nosotros o le es impudorosamente indiferente. No sé cómo puede justificarse.

Está muy recta y tan tensa como un atizador de latón. Al contrario, yo siento que me marchito como un clavel mustio. Miro a mi alrededor con impotencia. Estamos a mitad de camino entre la zona de baile y la mesa del banquete. Hay personas por todas partes y algunas se han detenido a escuchar. No está gritando, pero habla lo bastante alto como para que los curiosos puedan enterarse fácilmente. Veo más de un rostro de desaprobación. Creo que hacia mí. Deseo alcanzar la seguridad de mis amigos.

—No tengo intención de justificarme con una desconocida, señora — respondo en voz baja, me arden las mejillas—. Buenas noches.

Me vuelvo para marcharme, pero ella me llama, esta vez más fuerte, y las

caras de desaprobación aumentan.

—¿No tiene entonces nada que decir en su defensa? —me pregunta—. ¿Ningún modo de excusar este comportamiento vanidoso e inexcusable?

Me detengo a regañadientes. Soy incapaz de limitarme a alejarme.

—Al contrario, señora —respondo, igual de tranquila, igual de educada—. Podría decir mucho. Sin embargo, no tengo intención de revelárselo a alguien que no sabe nada acerca de la amistad entre la señorita Vennaway y yo, que era tan preciada como privada. Descanse sabiendo que siento el mayor de los respetos por ella y las personas buenas que hay aquí esta noche. Por favor, disfrute del baile.

Me dispongo a alejarme con piernas temblorosas, pero vuelve a replicar otra vez:

—¡Amistad! —Me persigue, obligándome a escucharla—. ¿Se atreve a llamarlo amistad? ¿Cómo puede existir tal cosa entre la hija de la familia más importante de Surrey y alguien como usted, desconocida, sin fortuna ni contactos? Puede que se trate de oportunismo, de alguien que busca congraciarse, y de una horrible falta de criterio, pero no se trata de amistad. Lo sé todo sobre usted, señorita Snow. ¡No sabemos ni siquiera de dónde procede! ¡Desconocemos quién es su familia! Menuda desgracia. Es usted una desgracia.

Ahora estoy enfadada. Aunque las piernas siguen traicionándome, me vuelvo hacia ella y me aferro a una mesa en busca de apoyo. Me pongo mucho más erguida y enarco las cejas. Me he enfrentado a adversarios peores que este, y cuando era mucho más joven. Vuelvo a hablarle, y esta vez lo hago en voz alta. Más alta que la suya. Tan alta que todo el salón puede oírme, pues la música se ha detenido y todas las demás conversaciones se han silenciado:

—Señora Ellington, está claro que parte de una serie de malentendidos, pues, como puede ver, no me faltan ni amigos ni fortuna. En cuanto a mi origen, está en lo cierto, es del todo desconocido. Me educé con la señorita Vennaway y me convertí en su compañera, enfermera y amiga. Nunca hemos descubierto la identidad de mis padres y daba por sentado que yo era un bebé no deseado fruto de una unión ilícita. Me crie en una cocina, señora Ellington. Cuando llegué a la casa, dormí en un cubo de patatas. Me encontraron en la

nieve cuando era recién nacida. Estaba desnuda. Esos son los hechos que había por descubrir. Buenas noches.

Me doy la vuelta y me alejo. La emoción pura y embriagadora tras usar la palabra «desnuda» en público y enfrentarme a sus calumnias con la verdad decae rápidamente. Temo haber avergonzado a los Wister.

Pero otra voz me detiene.

—¡Amy, espere!

Edwin Wister se dirige apresurado hacia mí desde el lugar en el que su familia está reunida. Los veo borrosos por lo molesta que me siento. Edwin se vuelve hacia la señora Ellington con mirada furiosa.

—Señora, le agradeceré que no vuelva a dirigirse a ningún invitado mío nunca más. La señorita Snow está bajo mi protección mientras se encuentre en Twickenham. Es una amiga muy querida para nosotros, como lo fue la señorita Vennaway antes que ella. Usted ha faltado al respeto a la señorita Vennaway al tratar de este modo a su protegida. Menudo comportamiento más lamentable.

Se acerca a mí y me agarra del brazo.

—Lo lamento, querida, lo lamento mucho —murmura mientras me conduce entre la multitud, lejos de la espantosa señora Ellington.

—Yo también. Por lo que he dicho. Si no lo hubiera hecho, ¡seguiría acosándome! No quería que pensara que le tenía miedo. No deseaba que pensase que me siento avergonzada. Aunque así es, un poco.

—¡Amy! —Michael se acerca a nosotros corriendo.

Su padre cierra los ojos. Soy consciente de que el salón sigue paralizado, observando cómo un Wister tras otro corre en mi dirección.

—Amy, ¡es usted una chica adorable y la queremos! —grita Michael—. No importa de dónde proceda, ni lo que opine una trucha gorda y vieja. ¡Tiene usted un diamante aquí! —Y se golpea el pecho con el puño.

Edwin nos rodea a su hijo y a mí con un brazo y nos conduce fuera del salón, al pasillo, apartados de las miradas de los demás. La orquesta comienza a tocar de nuevo. Estoy temblando y me apoyo totalmente en él, a pesar de que nunca me he considerado frágil.

—Vamos, querida —me anima Edwin—. Vamos a sentarnos para recuperarnos. Ha sido un desafortunado incidente, pero pasará al olvido, no

tema. Michael, comprendo que quisieras hacer una demostración del afecto que sientes por Amy y ha sido un impulso muy caballeroso, pero, por favor, hijo, no digas nada más. Has sido escandalosamente grosero. Eso no es lo que te hemos enseñado.

—Tampoco me habéis enseñado a quedarme sentado y dejar que un bacalao insulte a mi amiga.

—Es posible, pero yo ya había respondido a la señora Ellington y no había ninguna necesidad de que añadieras tu réplica. No critico tus intenciones, solamente tus acciones. Prométeme que no dirás nada más, Michael.

—Muy bien, papá, te lo prometo, ¡pero es que ha hecho que me hierva la sangre! Tratando a Amy de esa manera. Estaba deseando acercarme y acabar con la conversación, pero estaba atrapado detrás de tres o cuatro tipos gordos que estaban mirando demasiado embobados para moverse. Y cuando te interpusiste, yo también quise defender a Amy. Pero no volveré a llamar a nadie con tales apelativos, si no quieres.

—No quiero. Gracias, Michael.

—Pero es un bacalao, papá, ¿no opinas lo mismo?

—¡Michael!

—¡Lo es, papá! No puedes decir no. —Michael no se sosiega hasta que obliga a su padre a admitirlo, de forma privada entre nosotros, y a susurrar que sí, que la señora Ellington es un bacalao, y también una trucha.

Solo entonces, Michael apoya la cabeza en mi hombro; ya no es un joven caballeroso, sino un muchacho cansado.

No tardan en salir el resto de los Wister. Constance y las chicas me animan con besos y abrazos. Estoy mareada de alivio por no haberlos escandalizado en demasía. Madeleine se declara encantada con mi réplica a la señora Ellington y se ríe un poco por el interesante detalle del cubo de patatas.

Decidimos que ya hemos vivido suficientes emociones por la noche y que una retirada táctica estaría bien.

No adentramos en la fresca noche de abril y yo me tapo con el chal. Me parece oír susurros a mi paso: «encontrada en la nieve», «criada en un cubo», «unión ilícita».

Mientras Edwin se ocupa de una pequeña obstrucción entre los carruajes

que están esperando, un caballero inclina el sombrero y nos desea buenas noches. Constance presenta al señor Charlton. Me acuerdo del nombre, es el caballero que comunicó al señor Garland mi paradero. Nos estrecha la mano a todos y aprieta la mía con compasión. Aprecio su amabilidad. También su carruaje está retenido, por lo que conversamos un poco.

—Me complació poder comunicar a nuestro conocido en común dónde podía encontrarla, señorita Snow. Fue muy persistente, pasó días preguntando. Me alegro de haber podido ayudarlo.

Estoy confundida. ¿No había dicho el señor Garland que me había encontrado por casualidad, gracias a un comentario? ¿Por qué habría de interesarse de ese modo por mí, como describe el señor Charlton? Y si deseaba volver a verme, ¿por qué no me preguntó dónde me alojaba cuando nos encontramos aquel día en la joyería? Admito que me incomoda pensar que me haya estado buscando de ese modo y no haya sido sincero al respecto. Después de todo lo que ha sucedido, no quiero pensar que, si alguien pone empeño, puede encontrarme.

No importa. Me temo que Priscilla debe de estar decepcionada, pues seguro que el señor Garland se enterará de lo sucedido esta noche y le parecerá del todo interesante, aunque no por los motivos que a mí me gustaría.

Capítulo 34



Me quedo en la cama hasta tarde el día siguiente al baile. La casa está en silencio. Me entierro entre las sábanas, tratando de bloquear los recuerdos de la noche anterior. La euforia inicial por haberme enfrentado a mi enemiga tan audazmente se ha desvanecido por completo y la dicha porque me defendieran mis amigos no sana por completo la herida. Constance me pidió que no me preocupara cuando me dio las buenas noches, pero preocuparme es uno de mis pasatiempos preferidos. La vergüenza que siento es doble: por mi comportamiento, tras haber gritado a una dama en un baile privado y haber aireado los detalles de mi origen; y por el ataque verbal que recibí.

Todo lo que dijo la señora Ellington era exactamente lo que estaba esperando que alguien me reprochara en alguna parte; comprendo que mi situación es ahora tan ambigua como lo ha sido siempre. Pese a la ropa, el dinero y mi lenguaje engañosamente refinado, nunca voy a encajar porque la gente querrá siempre saber de dónde procedo.

El pasado es un pantano lleno de criaturas cenagosas, ocultas, engañosas. Desde que llegué aquí, he podido caminar durante días por la hierba tranquila, pero anoche las bestias emergieron para tirar de mí. Reproduzco las palabras de la señora Ellington, su desprecio, la mirada en su cara tan similar a la de *lady* Vennaway. A menos que cree una identidad totalmente nueva para mí,

siempre habrá alguien que me mire así.

Pero ¿qué tipo de vida sería esa? Vivir una mentira y mirar siempre por encima del hombro con el temor a encontrarme con alguien del pasado que pudiera echarlo todo a perder en unos segundos. No. Nunca elegiría eso. Mejor es que encuentre algún modo de reconciliarme con quien soy, pues no puedo ser otra persona.

Me permito un breve interludio de autocompasión y un cuervo profiere un audible graznido fuera de la casa. Oigo voces y a la señora Nesbitt pidiendo un carruaje. Pronto todo volverá a estar en silencio. Se ha marchado al salón de belleza y no regresará hasta dentro de unas horas.

Me he acordado de por qué conozco a la señora Ellington. Vino una o dos veces a Hatville cuando yo era pequeña. Si recuerdo bien, los Ellington vivían en Londres, pero tenían una casa de campo en Surrey. Maldigo Hatville y su malévolasombra.

Qué frustrante era la carta de Aurelia, con todas las pistas sobre las complicaciones que me esperan por saber, ¡como si no tuviera bastante con no saberlo! Ni siquiera me ha contado cómo evitó casarse con Bailor. Cuando regresó de sus viajes, nuestra amistad había cambiado, se había vuelto más profunda... ¿Por qué no me contó entonces lo que pasó con Bailor?

Sin embargo, ahora comprendo mejor su reticencia a la hora de regresar a casa. Puede que incluso entienda su transformación en Derby en una joven coqueta que flirtea con los hombres. ¿Intentaba asegurarse la libertad? ¿Esperaba encontrar un nuevo pretendiente, alguien a quien pudieran aprobar sus padres, pero menos repelente que Bailor Dunthorne? ¿Se cansó él de esperarla? Trato de recordar si en esos últimos años oí algo relacionado con él, pero estoy en blanco. Aurelia regresó a la burbuja de Hatville y allí nada cambió nuestra vida. No hubo noticias sobre pretendientes, ni visitas de gente que había conocido en el tiempo que había pasado fuera. Me sorprende y me parece un poco extraño; después de tan larga y animada aventura, una que tanto había deseado y que le había costado mucho conseguir, esta se desvaneció. A menos que sucediera algo tan terrible que Aurelia quisiera olvidarlo todo.

Mis sombrías contemplaciones se ven interrumpidas por Madeleine, que llama a la puerta del dormitorio. Su querido señor Renfrew nos ha hecho una

visita.

—Me parece que está intentando pasarse todo el día escondida. —Esboza una sonrisa—. Pero, ya ve, sus amigos requieren su presencia, así que debe abandonar esa idea y vestirse.

Mi querida Madeleine. Qué atenta es. (E intuitiva; eso era justo lo que planeaba). Me visto con el vestido azul de los domingos y me peleo con el cabello con la intención de salir, sonreír y fingir que no me siento tan humillada que me dan ganas de llorar.

El señor Renfrew no se marcha hasta que nos ha obligado a Madeleine, a Priscilla y a mí que le prometamos que iremos a visitarlo el miércoles para ver su jardín y cómo este ha cobrado vida para la primavera. Aún queda tiempo para que florezcan las rosas, pero hay campanillas, narcisos y lirios.

Capto el mensaje que su visita intenta transmitirme y que nadie más se preocupa por entender: Amy Snow no está deshonrada y tiene más amigos aparte de los Wister. La vida continúa, a pesar del escándalo.

Capítulo 35



Al día siguiente, recibo la atención considerada de un caballero: el señor Quentin Garland. No llega en forma de visita, sino de una nota. Es breve, pero muy cordial. Tan asustada como estoy por caer en deshonra, supone una enorme sorpresa y borra cualquier recelo que pudiera albergar por su reciente visita.

Mi querida señorita Snow:

Espero que esta humilde nota le llegue. Por favor, acepte mis elogios y, transmita, si es tan amable, mis mejores deseos a las dos señoritas Wister que conozco.

Me sentí muy desilusionado por no haber podido verla en el baile de Lowbridge; como sospechaba, los negocios me requirieron. Espero, sin embargo, tener la oportunidad de verla antes de que pase mucho tiempo. Ese mismo negocio ha tomado un rumbo inesperado y, como consecuencia, tengo que partir a Edimburgo, donde es posible que precise quedarme varias semanas. Espero contar con su permiso para visitarla a mi regreso a Londres.

Cuenta usted con toda mi estima.

Suyo, sinceramente:

Quentin Garland

Seguramente no vuelva a verlo, pues, de los dos meses que prescribió Aurelia que me quedara en Mulberry Lodge, ya han pasado seis semanas, no sé cómo. Me gustaría pasar el tiempo que me queda tranquila, pero los Wister no querrán siquiera oír hablar de mi retirada humilde de la sociedad. Desean que los acompañe en sus visitas y, aunque es cierto que dos o tres familias se comportan de forma más fría que antes y una se niega a vernos a todos juntos, los demás se comportan como de costumbre. El tiempo pasa, idílico y veloz.

Hace buen tiempo en esta época del año y hacemos una segunda visita al señor Renfrew, esta vez con los chicos. Como por arte de magia, ha conseguido que algunas frutas maduren en su invernadero y nos anima a que las probemos. A Hollis le gustan los melocotones y realiza una cata exhaustiva; le cae el jugo por toda la barbilla.

Otra tarde, llevo a Michael al río y me confía que no desea seguir los pasos de su padre en la abogacía. Lo que más le gusta es aprender y transmitir sus conocimientos, me cuenta. Al parecer, a menudo lo llaman en la escuela para que ayude con los más jóvenes. Su maestro le ha informado de una oportunidad: el gobierno ha adquirido un edificio en Whitton con la idea de usarlo como escuela de formación para maestros que darán clases a niños pobres y a los que tienen antecedentes penales. No abrirá hasta dentro de dos años y para entonces Michael tendrá solo diecisiete. Su maestro le ha prometido que va a recomendarlo si él lo desea.

—Espero que a papá le parezca bien —murmura—. Dirá que soy joven y que hay cosas más importantes que hacer, y que tengo que ir a la universidad y ver mundo. Pero yo no quiero, Amy, yo quiero esto.

Pienso en Henry, en sus deseos de encontrar una vocación que aún no ha descubierto. Me pregunto, como hago a menudo, si habrá hecho las paces con la carrera de medicina. Debe de ser duro para un hombre joven esforzarse por ser responsable al mismo tiempo que desea encontrar un modo tolerable de pasar la vida. Espero que Edwin aprecie la belleza del plan cuando comprenda lo que interesa a su hijo.

El tiempo hace que avancemos. Michael tiene solo catorce años y ya tiene ambiciones. Madeleine está a punto de recibir una proposición de matrimonio,

aunque no lo sabe. ¿Y yo? Pronto tendré que marchar a tierras desconocidas. Paso mis momentos a solas hojeando las antiguas cartas de Aurelia y haciendo conjeturas acerca de dónde me enviará a continuación. Me pregunto dónde estudiará medicina Henry Mead. Mi mente fantasiosa imagina modos improbables de que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Y entonces llega. La mañana que tanto estaba esperando y, al mismo tiempo, temiendo.

Me encuentro en el invernadero, leyendo una carta de Aurelia con fecha de junio de 1844, de cuando estaba en Twickenham. Hacía tanto calor, un tiempo tan severo, semana tras semana, que el Támesis se secó por completo. Al parecer, estaban jugando al críquet por donde antes transcurría el río. Los Wister fueron a verlo e invitaron a Edwin a unirse al juego. Hasta a Aurelia le permitieron lanzar un par de bolas... solo ella podía usar su encanto para lograr algo así. Con su corazón débil, la ola de calor era un tormento. Cedió a las demandas de su salud cuando la fatiga y el malestar la dominaban por completo, pero seguía arreglándoselas para participar en un buen número de partidas en los barcos, juegos de croquet y pícnicos.

Estoy reflexionando sobre el asunto cuando aparece Bessy.

—Una carta para usted, señorita Snow. Acaba de llegar. ¿Querrá usted comer con los demás?

Debe de ser esto. Hoy es el último día de marzo. Se me ha acabado el tiempo.

Mareada por los nervios, contemplo el sobre. Es de color malva, no del habitual beis de Aurelia. Me pregunto quién la habrá enviado y desde dónde; cómo habrá sabido cuándo era el momento adecuado. El matasellos parece una mancha, así que le doy la vuelta, con el ceño fruncido. La tinta es negra y la letra es elegante y me resulta familiar, pero no es la de Aurelia. Se me cae la carta cuando leo la dirección del remitente: Hatville Court, Surrey.

El miedo me atenaza. ¿Cómo me habrán encontrado? ¿No han servido para nada todas las precauciones que he tomado? ¿He decepcionado a Aurelia antes de acercarme siquiera a completar la búsqueda? Al menos es solo una carta. Por lo menos no están aquí, delante de mí, mirándome con desdén. Me pongo de rodillas y rescato las páginas de debajo del sofá. No tengo fuerzas para

levantarme de nuevo. Leo la carta sentada en el suelo, con la falda extendida a mi alrededor, como si fuera una nube enorme.

Amy Snow:

Una mezcla de sentimientos me invade al escribirte, pero la conciencia me dicta que debo hacerlo. Ni siquiera sé si te llegará esta carta y te confieso que una parte de mí desea que no sea así. Te ordenamos que desaparecieras y obedeciste. Me alegro.

He interrogado al personal de trabajo de forma concienzuda por si alguno de ellos se hubiera comunicado contigo de algún modo. Me han jurado que no. He revisado la correspondencia antigua de Aurelia en busca de nombres y direcciones de amigos a los que visitó el año pasado. Fue muy imprecisa. No obstante, sí mencionó a la familia Wister, de Twickenham, y gracias a una fina cadena de contactos, he descubierto su dirección. Espero que, aunque no te encuentres con estas personas, estén en contacto contigo y te envíen esta carta, o me la devuelvan a mí. Tal vez te llegue.

Escribo para hacerte una petición sencilla: desearía hablar contigo. Puedes regresar una vez más a Hatville para ese propósito. O, si lo prefieres, puedo encontrarme contigo en Londres, en un lugar que elijas. Me gustaría contar, como mucho, con una hora de tu tiempo. Si no puedes acatar mi petición, entonces te pido que me escribas, que me facilites una dirección a la que pueda enviarte una carta. Me gustaría decirte algunas cosas y no confío en escribirlas en un papel si existe alguna duda de que este te llegue.

No creía que pudiera haber ningún motivo para volver a verte. Sin embargo, se trata de asuntos que es mejor tratar en persona, por muy desagradable que pueda resultar nuestro encuentro.

Sinceramente:

Celestina Vennaway

La cabeza me da vueltas, todo se torna oscuridad. Incluso después de todos los acontecimientos impredecibles y extraños que han sucedido en mis días recientes, nunca habría imaginado nada parecido.

Por un momento que se me hace terrible, me preocupa que esta sea la pista para que continúe. ¿Es *lady* Vennaway, consciente o no, el contacto en quien ha confiado Aurelia la siguiente pista? No puedo creérmelo. Seguramente esta carta de su madre no tenga nada que ver con este asunto y haya llegado en un momento muy conveniente. ¿Qué puede querer de mí? Nada bueno, de eso estoy segura.

Tal vez el secreto sea que se produjo una reconciliación entre Aurelia y su madre antes de su muerte. ¿Es posible que las pistas me lleven de vuelta a Hatville? No me lo creo, ni tampoco quiero creerlo. Por mucho que tema los posibles destinos desconocidos a los que pueda enviarme Aurelia, Hatville sería el lugar al que menos desearía volver. ¡Antes preferiría África!

Me meto la carta en el bolsillo y me pongo en pie. Al menos no sabe dónde estoy. Encontraré otra pista. Pronto aparecerá. Tiene que haber otra pista.

Capítulo 36



Los días pasan y no llegan pistas nuevas. Ya es abril. Los campos de Petershan y Ham, a lo largo del río, empiezan a florecer; el ganado dormita sobre nubes verdes y verdosas. El Támesis está más verde que nunca e incluso hace un día soleado o dos para pasear por el jardín, tomar el té en el campo y sentarse bajo los sauces en la ribera a dibujar garzas y barcos.

Desearía con todo mi corazón poder quedarme. Nunca he deseado nada tan fervientemente, excepto que Aurelia siguiera aquí. Sueño despierta, con pasión, con intensidad, como si soñar pudiera hacerlo realidad, como si así llegara una carta que me informara de que el viaje ha concluido, de que las respuestas se encuentran todas aquí.

He hablado con Edwin y le he explicado lo que he podido del apuro en que estoy. Profundamente afectada por la carta de *lady* Vennaway, le he preguntado si sabe algo acerca del plan que Aurelia tenía para mí, de la búsqueda del tesoro. Sé que, al actuar de este modo, no estoy haciendo exactamente lo que me ha pedido mi querida amiga, pero la presión de no saber lo que me espera es insoportable. Él no sabe nada.

Pero ahora está al corriente de que pronto me marcharé, que puedo ir prácticamente a cualquier parte cuando me vaya de aquí. Está muy preocupado.

—¡No me gusta, Amy! Ir a cualquier lugar del mundo, usted sola, ¡quién sabe dónde! ¡Nadie sabrá dónde se encuentra! ¿En qué estaba pensando? Usted no necesita esto. Es una tragedia que ella nos haya dejado, para usted más que para cualquier otra persona, pero lo que necesita ahora es tener una buena vida propia. Esperábamos que se quedara aquí. ¿Por qué no? ¿Qué supone una mujer más cuando ya tengo cinco? Me honra que esté con ellas, Amy, así son media docena.

Me pongo a llorar y él me abraza. Por un momento, finjo que soy Priscilla y que él es mi padre, y me imagino cómo habría sido la vida con un hombre así que cuidara de mí. Pienso en mi padre, dónde estará ahora y si sabrá de mi existencia. Preferiría que no.

Me recompongo y le comento que, aunque parezca extraño, debo tener fe en Aurelia y confiar en que existe una buena razón para todo este misterio.

—Tenía tendencia al dramatismo, es verdad, pero me quería de verdad y deseaba lo mejor para mí, Edwin. Al fin y al cabo, me trajo hasta aquí, ¿no? ¿Dónde habría podido yo encontrar a gente mejor? No me quiero marchar, no hay nada que desee menos, pero opino que vaya donde vaya a continuación, será por una buena razón.

—¿Pero será seguro? Supongo que no puedo detenerla si está decidida a seguir sus deseos, y entiendo que lo esté. Pero si quiere que la acompañe, lo haré. No le preguntaré nada.

—Estoy abrumada. Es el ofrecimiento más amable que nadie me ha hecho nunca. Pero no sé adónde me llevará esta misión ni cuánto tiempo tardaré en completarla. ¡Podrían ser meses! O años, aunque espero que no sea así. Además, me ha pedido discreción. No puedo traicionarla.

Exhala un suspiro y parece profundamente incómodo.

—Entonces debo pedirle que me haga dos promesas, señorita Amy Snow, ya que es tan buena manteniéndolas.

Me siento un tanto sobrepasada por las promesas, me parece una pesada cadena que tira de mí, pero, por supuesto, le pregunto de qué se trata.

—Lo primero, quiero que me prometa que me escribirá una vez al mes, aunque solo sea una breve nota, aunque no pueda escribir a nadie más, para que sepa que está a salvo. Aun si no puede ofrecerme una dirección para que

le responda, necesito saber que está bien. Y, segundo, prométame que, si necesita algo, cualquier cosa, aunque esté en el fin del mundo, me lo dirá para que pueda ayudarla. Prométamelo, Amy.

Se lo prometo de buena gana.

—Ya sabe —añade— que, si no mantiene el contacto, Madeleine quedará destrozada. Todos, por supuesto, pero Madeleine en particular. Creo que sabe usted que no sería la primera amiga a la que pierde. Mi hija no se lo merece. Le confieso que estoy un poco molesto con Aurelia. ¿No ha valorado el impacto que tendrá esto en los demás? ¿No ha pensado cómo nos sentiríamos al perderla? ¿Ha pensado usted en eso?

—Querido Edwin, solo en los últimos días. Antes, nunca se me habría ocurrido que nadie pudiera echarme de menos, salvo Aurelia, por supuesto. Pero no, nunca comprendí que yo pudiera inspirar la lealtad, consideración y afecto que me han demostrado, no hasta la noche del baile de Lowbridge.

Asiente muy serio.

—Qué triste, querida mía.

Capítulo 37



Por muy confortada que me sienta al saber que Edwin conoce parte de mis circunstancias, me voy poniendo más nerviosa conforme pasan los días. Ya hace casi una semana que recibí la carta de *lady* Vennaway y sigo sin tener ninguna pista. Me preocupa no saber qué es lo que querrá de mí.

No obstante, tengo un poco de consuelo. El 5 de abril es el décimo quinto cumpleaños de Michael y ha fijado que tenemos que celebrarlo con un paseo en barca a la isla Eel Pie. No creía que estuviera presente para participar en este feliz acontecimiento. Normalmente, los habitantes de Twickenham se reservan los viajes a la isla para el verano, pero Michael está convencido, no le importa el tiempo que haga. El día de la excursión hace buen tiempo, un calor inusual para esta época del año, y Michael se muestra tan orgulloso que parece que es él el responsable de semejantes condiciones atmosféricas.

Soy consciente de que ya debería haber recibido la siguiente carta de Aurelia y tendría que haber partido; me preocupa que se haya torcido algo. Y, aun así, ¡no puedo evitar sentir regocijo por seguir aquí! Subo a una barca, riendo y chillando, con las chicas. Las acompaño mientras flotamos en el agua. Me encuentro con ellos cuando llegamos al campo lleno de margaritas. Enseguida, Madeleine me toma de la mano y tira de mí por la isla, mostrándome los puntos favoritos de la familia: el lugar de la orilla en el que hay que extender la sábana del pícnic, el hotel donde se celebran las fiestas

veraniegas más alegres, el roble del que se cayó en una ocasión Hollis y se rompió el brazo, el sauce bajo el cual pidió matrimonio Edwin a Constance.

Los acompaño mientras festejamos el cumpleaños con entusiasmo, jugamos a los bolos y al críquet y nos reímos con las bromas familiares, que ahora yo también comprendo y comparto. Después del pícnic, los adultos y la pequeña Louise se echan una siesta; Madeleine y Priscilla hacen cadenas de margaritas; los chicos juegan a hacerse los salvajes en el extremo de la isla. Probablemente se oigan sus gritos desde Twickenham. Yo me alejo un poco para sentarme unos minutos tranquila bajo el precioso y romántico sauce; aquí, en este mismo punto, es donde comenzó la vida familiar de los Wister. Pienso en Henry, por supuesto, y lo imagino aquí, hablando y riendo conmigo. Me encantaría que conociera a mis amigos. El pensamiento toma forma una vez más: esto es lo que deseo. Por primera vez, la idea se convierte en palabras y las pronuncio en voz alta, con fuerza, aunque nadie me oye, tan solo un pajarillo negro.

—Esto es lo que quiero.

El deseo me envuelve el estómago como si fuera humo. No tengo ni idea de cómo voy a conseguirlo, y mucho menos sé cuándo podré ser libre para perseguir este sueño, pero lo he pensado y lo he admitido en voz alta, ahora está dentro de mí.

Acompaño a los Wister cuando, a regañadientes, recogemos y regresamos a casa, cansados y felices, inspirando el aire fresco del río bajo una luna en cuarto creciente. Estoy aquí, pero no debería...

Al día siguiente, al despertar, me topo con una carta en la almohada, al lado de la cara. No tiene dirección. En el sobre tan solo aparecen mis iniciales. La ha dejado aquí alguien de Mulberry Lodge.

Mi querida Amy:

Espero que recibas bien esta carta, pajarito. Confío en que hayas descansado y te hayas recuperado, que hayas comprendido lo que vales fuera del mundo sesgado que es Hatville. Los Wister te adoran, ¿verdad? Venga, admítelo.

Y admite que también te gusta la ropa. Oh, Amy, nunca te veré con esas prendas. Nunca nos vestiremos para ir juntas a un baile. Imagina que hubiésemos formado parte de esa familia en lugar de crecer en Hatville. Imagínatelo.

¿Sabes lo que hemos hecho hoy, Amy? Hemos ido al río. Hacía tiempo que no nos acercábamos, pues desde hace una temporada soy incapaz de levantarme de la cama durante mucho rato; además, ya somos demasiado sofisticadas para colgarnos de las verjas. Pero hoy has empujado mi silla de ruedas hasta allí y nos hemos sentado entre las flores para disfrutar de un pequeño picnic de limonada (Señor, me encanta la limonada) y suflé de chocolate, una creación que Cook había descartado. A nosotras nos parecía delicioso, pero ella no lo consideraba lo bastante ligero. Lo habría tirado a la basura si nosotras no lo hubiéramos rescatado de semejante destino atroz. Hemos hecho bien, ¿no crees?

Me acuerdo de ese día. Me resulta extraordinario imaginar que, una vez que yo me fui a la cama, Aurelia escribiera estas líneas.

Pero estoy segura de que recuerdas bastante bien los días felices que pasamos juntas. Tengo otras cosas que contarte. Te he confiado el plan de mis padres de casarme con Bailor Dunthorne. Ahora que has reunido fuerzas, o eso espero, voy a contarte lo demás, que te va a dejar impactada.

Oh, Amy, esto es muy duro. El compromiso forzado no es el único secreto que te he ocultado estos días. El otro es mucho peor. Comenzó cuando tenía diecinueve años y descubrimos el estado de mi débil corazón. No, comenzó con dieciocho años, cuando mis padres empezaron a insistir en que me casara. ¡O tal vez fuera antes! Soy incapaz de decidir cuándo empezó.

Por Dios, esto es muy difícil de poner por escrito. Amy, te acuerdas de Robin, por supuesto. Nuestro querido Robin, amable, bueno y guapo. Bien, pues siempre fantaseé con que estaba un poco enamorado de mí. (Por supuesto, en un alarde de vanidad incomprensible, fantaseaba con que la mayoría de los hombres estaban enamorados de mí). La verdad es que tenía razón. Y, conforme pasaba el tiempo, creí que yo también estaba enamorada

de él.

No solo siento la necesidad de soltar la carta, sino también de salir de la cama y dar varios paseos por la habitación antes de continuar leyendo. ¿Aurelia y Robin? ¿Robin? ¿Cree que se enamoró de él? Me acuerdo del muchacho amable que cargaba conmigo como si fuera un saco de fertilizante... ¡ahora rebautizado como nuestro querido Robin, amable, bueno y guapo! ¿Era guapo? Lo cierto es que nunca lo había pensado.

Siempre pensé en Robin como alguien mayor; cuidaba de mí cuando era pequeña, siempre era hábil y responsable. Él y Aurelia tenían la misma edad, me doy cuenta. Nunca podía creerme que mi amiga fuera ocho años mayor que yo, era tan rebelde y fantasiosa, y me daba la sensación de que existía más allá de las reglas naturales del tiempo.

Vuelvo a la cama y ahueco las almohadas con una energía que no comprendo. Regreso a la lectura.

Al principio, por supuesto, él era solamente Robin, el que trabajaba en el jardín. Cuando éramos niños, antes de que llegaras tú, fue lo más parecido que tuve a un amigo. A los dos nos encantaban los pájaros, los animales y las plantas. Los dos éramos mucho más felices al otro lado de las puertas. Sentía una paz en la naturaleza que nunca pude hallar en el mundo de los humanos, como ya sabes. Él me ayudaba a ocuparme de mis cosas. No hablaba mucho, supongo que te acordarás, pero cuando lo hacía, valía la pena escucharlo. Cuando mi madre perdía a los bebés, cuando discutía con mi padre, cuando me decía que tenía que hacer algo que no quería hacer, acudía a Robin y pasaba tiempo con él. Pero nunca pensé en él como un chico, solo éramos unos niños.

¡Después llegaste tú, Amy! Te quedaste con todo mi tiempo y atención, y me olvidé un poco del pobre Robin. Cuidaba de ti y te consentía, y me parecía maravilloso que me necesitaras y admiraras. Cuando creciste, eras tú quien me tranquilizabas y animabas. Cuando deseaba compañía, jugaba contigo. Creciste todavía más y tu compañía era mucho más gratificante que la de Robin, pues tú hablabas y eras curiosa y alegre, ¡todos atributos con

los que él no contaba!

Cuando cumplí los dieciocho y mis padres dejaron claro que tendría que casarme antes o después, me sentí herida y enfadada, como ya sabes. Una noche, cuando el dolor era insoportable, salí a la calle. Me senté en el viejo columpio del jardín de rosas y lloré amargamente. Estaba desesperada y no sabía qué sería de mí. Robin me descubrió en ese estado lamentable.

Llevaba sin verlo en condiciones mucho tiempo. Hacía mucho que no hablábamos. Cuando me vio llorando, no dijo una palabra, y qué maravilloso me pareció eso, después de todas las palabras cargadas de odio que nos habíamos lanzado mis padres y yo. Lo único que hizo fue levantarme del columpio, sentarse donde estaba yo y colocarme sobre su regazo, abrazándome fuerte. Ya no éramos unos niños.

Lo que estoy a punto de contarte (e imagino que ya habrás adivinado) no es algo que pudiera escribir nadie en un papel en circunstancias normales. Aunque te lo hubiera contado en persona, ¿cómo elegir las palabras? No hay un lenguaje para algo así en esta puritana sociedad nuestra. Pero Amy, voy a contarte la verdad.

Lloré un largo rato en sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho, y, Amy, me sentó bien. Después de tanto hablar de matrimonio y deberes, ¡había empezado a considerar a los hombres el enemigo! Fue dulce y sanador comprender que no tenía por qué ser así.

Me llevó al huerto para que tuviéramos privacidad, ocultos entre los árboles. Nos sentamos en la hierba, me abrazó de nuevo y sonreí, incluso con la profunda tristeza que sentía.

El abrazo se convirtió en un beso. Me miró como si fuera una muñeca excepcional y preciosa y no pudiera creerse que estuviera con él, como si temiera que me pudiera romper bajo sus manos. Yo sentí que esa mirada saciaba el hambre de toda una vida.

La sorpresa fue la misma para mí. Tenía la mejilla muy suave, a pesar de la piel tostada por el trabajo diario al aire libre. Atisbé que le crecía una barba incipiente en la mandíbula, se me hacía raro. Notaba como si me embebiera de él a través de los dedos, de las palmas, absorbiendo cada centímetro para guardarlo en la memoria.

No temas, pajarito, ¡no voy a compartir contigo los detalles de todo su cuerpo! No quiero avergonzarte. ¡Ya bastante me avergüenzo yo! Las palabras parecen atrevidas en el papel, pero lo que expresan no es atrevido. Parecía líquido. Fue suave y sedoso como un crepúsculo, luminoso como las estrellas. Sentí que el universo entero se reordenaba a mi alrededor.

Espero que puedas experimentar lo que yo sentí esa noche, cuando estés preparada y sea el momento adecuado. Estuvo empañado por el deseo, Amy, fue más increíble de lo que nunca hubiera podido imaginar. Me sentí mayor. Me sentí sagrada. Años más tarde, sigue maravillándome lo fantástico que fue y lo prohibido que está. Aun así, no me arrepiento de nada, ni un solo instante.

Por supuesto, nunca existió la seguridad de que pudiéramos estar juntos. Los primeros días solíamos soñar con ello; nunca lo había escuchado hablar tanto como cuando me contaba todo lo que deseaba para nosotros dos. Pero ambos sabíamos que ese sueño era como nuestro amor: un placer imposible, secreto. Éramos conscientes de que estábamos calmándonos con ficciones. Momentos robados: aquellos ratos nocturnos en los que no había nadie fuera, instantes entre la realidad y los sueños, esa era la dimensión en la que podía existir nuestro amor. Si es que se trataba de amor. Me entristece pensar que todas las cosas realmente bonitas de mi vida, las que he elegido yo, tu amistad y las caricias de Robin, sobre todo, tenían que ser un secreto.

Vuelvo a soltar la carta y me abandono un momento al ensimismamiento. ¡Menuda confidencia acabo de leer! Intento adaptar los recuerdos para acomodarlos a esta nueva realidad. Aurelia estaba enamorada, todos estos años, y no me lo contó. Todas las veces que nos reímos de sus pretendientes o divagábamos sobre el futuro, ella estaba omitiendo algo, ¡a alguien!, muy importante. ¡Robin era su amante! No podría estar más sorprendida si me hubiera contado que Cook era su madre o Dora, su hermana perdida. ¿Robin? Esto no hace que piense peor de ella, de verdad que no, pero que no me lo contara cuando yo creía que éramos tan íntimas... eso me duele. Sin embargo, yo era muy joven por entonces. Supongo que no puedo culparla por no contar a

una niña de diez años esas experiencias. Pero ¿por qué no confió en mí cuando era mayor, en sus últimos años de vida? Empiezo a pensar si no seré demasiado inocente, pues esta es la segunda sorpresa que me llevo, la tercera si cuento la búsqueda del tesoro. Todo junto me hace pensar que apenas la conocía. El recuerdo de Aurelia es tan reciente y franco como el sol en un día de verano. Pero esto aporta mentiras a todo.

Continuó, este amor, esta pasión, lo que fuera, justo hasta el momento en que me marché. Sabíamos que no tenía futuro y, aun así, no podíamos parar. Mientras él estaba allí y también yo... no nos resistíamos. Ya ves, Amy, eso fue otro incentivo para que me fuera de Hatville. Los sentimientos entre los dos no se disipaban y nada bueno podía salir de ahí. No podría haber soportado verlo casarse con otra persona. Sin embargo, a mí no podía tenerme, y él era un hombre joven, un buen hombre que necesitaba una esposa buena. ¿Y si nos hubieran descubierto? ¿Te imaginas lo que podrían haberle hecho? Naturalmente, lo habrían despedido. Habría perdido la honra. No habría podido encontrar otro empleo, mi padre se habría asegurado de que así fuera. En qué mundo más extraordinario vivimos.

Ya conoces el resto de esta historia, Amy. No hubo un final feliz para Robin y para mí. Él aguardó en Hatville mientras yo viajaba para asegurarse de que volvía a casa sana y salva, algo que dudaba, igual que tú, y después se marchó. Pienso que la separación nos ofreció una perspectiva que necesitábamos y, como ya sabes, empeoré de un modo impactante. Robin no habría podido soportar quedarse y verme morir. Me pregunto cómo estará, Amy. Si alguna joven alegre de Gloucestershire le habrá robado el corazón.

Ahora, volvamos a Bailor. Solo lo vi una vez después de aceptar casarme con él y antes de marcharme. Vino a cenar tras recibir la invitación de mis padres. Fui amable y encantadora durante toda la velada (seguro que sospechó algo). Mis padres nos dejaron solos después de la comida.

Antes de que improvisara una proposición de matrimonio cursi, le dije que no podía ni consentiría casarme con él nunca. Estaba preparada para contarle, si era necesario, que no era virgen. Le habría dicho cualquier

cosa, Amy, pero no tuve necesidad. Un hombre como Bailor Dunthorne conoce a las mujeres. Conoce la debilidad y el miedo, y no vio nada de eso en mí. Vio determinación y me atrevería a decir que desesperación en mi rostro. Y él tampoco estaba enamorado de mí, al fin y al cabo.

Lo miré directamente a los ojos y le dije que podía seguir cortejándome y soportando la compañía de mis padres si lo deseaba, pero que estaba perdiendo el tiempo, que había mentido a mis padres y no tenía ninguna intención de cumplir mi promesa. Le dije que sería una esposa deshonrosa para él, que convertiría su vida en un infierno y que estaría mejor sin mí. Él me aseguró que no lo dudaba ni por un instante. Lo acompañé al carruaje y le estreché la mano por primera y única vez. ¡Y se acabó Bailor! Cómo resolví el asunto con mis padres, te lo contaré en otra carta. Cuando me marché con la señora B., creían que estaba prometida.

Pajarito, me pregunto qué pensarás, qué estarás diciéndote ahora mismo a ti misma, mientras lees esto. Qué te gustaría decirme si pudieras.

Y ahora, mi querida Amy, vamos a la siguiente parte de tu viaje. Estoy segura de que no deseas dejar Twickenham, siento mucho que tengas que hacerlo. Pero, querida mía, tienes que saber más y por eso te pido que continúes. Pronto conocerás a la señora X., y por eso solo puedo disculparme.

Sin duda, es una señora mayor y temo que pueda morir antes de que la encuentres, pues es un pájaro viejo y terco y eso es justo lo que ella haría. No obstante, me aseguró que tenía intención de vivir para siempre, así que supongo que debo de tener fe, como te pido a ti que tengas. Te quedarás con ella tres semanas. No tengo duda de que, en ocasiones, se te harán interminables.

Me da un vuelco al corazón. No parece muy prometedor.

Sin embargo, tres semanas no es mucho tiempo y, donde vas, hay muchas delicias. Es una ciudad muy antigua y bonita que ofrece muchas oportunidades para estimular una mente ágil y curiosa como la tuya.

No incluyo su dirección en esta carta porque, junto con la revelación

sobre Robin, son dos detalles demasiado pesados e importantes para escribirlos juntos. Debo ser precavida y evitarte problemas innecesarios. Mientras escribo, me estoy imaginando que mis padres te siguen por alguna razón, encuentran una de mis cartas y comprenden que hay una parte de mi historia que no conocen. Probablemente sea solo obra de mi imaginación y ahora mismo me estarás maldiciendo, pero no puedo correr ese riesgo. Aquí está tu pista, querida:

*Margarita y primula se saludan,
el martín pescador azul vuela y planea,
te vigila mientras sueñas,
nudos y marañas tejen una escena
una feria rural y bastante serena,
verde, donde yacen los secretos de la dama.*

Ya sé que literariamente no es lo mejor que puedo escribir, pero ya estoy bastante exhausta después de idear y planear todo esto. Al fin y al cabo, ¡solo soy una pobre mujer delicada!

Concluyo hoy con una gran tristeza porque te he contado algo muy importante y no te puedo ver la cara. Y porque te estoy pidiendo demasiado, lo sé. Y porque me acerco al final de lo que tengo que contarte y ya no habrá más cartas. Aunque yo estaré muerta cuando llegue ese momento, tú no, y ya te echo de menos. Así ha de ser. Esto es lo que la vida nos ha reservado. Debo ser valiente, pues tú estás siendo muy valiente, no me cabe duda.

Con un gran amor y afecto de tu querida:

AV

Aparto las sábanas de la cama una vez más, pues de pronto me siento asfixiada por el peso. Aurelia ocultándome tantos secretos. Aurelia mintiendo a sus padres, diciendo cualquier cosa para conseguir su libertad. Aurelia revelando todo lo que yo no sabía, aunque por medio de una ruta enrevesada y desconcertante. Una aventura con el jardinero es un secreto importante y sorprendente... al menos en Hatville lo sería. Pero ya me lo ha contado. ¿Qué más puede haber?

Por fin me espabilo. Llevo tanto rato sentada tan inmóvil que se me ha

posado una mosca en la nariz. Me la quito de mala gana y comprendo que es hora de actuar. Salgo de la cama, me cepillo el pelo, me pongo algo de ropa; tareas diarias que no tienen ningún valor y que, aun así, reorientan mi vida. Mi vida. Apenas sé ya qué es eso. Siempre he estado tan atada a Aurelia que, si se cuestiona a una, la otra también lo sufre. Y ahora tengo que continuar mi viaje, a otro lugar nuevo y desconocido. Me pongo una camisa por la cabeza con tanta fuerza que cruje. Aurelia tiene razón, yo no habría querido marcharme si tuviera elección. Debo hacerlo únicamente porque me lo ha pedido. Del algodón blanco emerge un rostro ruborizado que me mira con el ceño fruncido en el espejo.

Seguiré hasta septiembre, me digo a mí misma de pronto. Habrán pasado nueve meses de la muerte de Aurelia. La obedeceré, iré adonde me diga y haré lo que me pida. Y luego, me haya enterado o no del secreto, haya llegado al final del camino o no, pararé. Viviré como me plazca y haré lo que yo decida. Nueve meses es tiempo suficiente para dejar de vivir para otra persona, incluso para alguien tan querido. No espero dejar de echarla de menos o sufrir por ella, ¡pero yo sigo viva!

Capítulo 38



Con la decisión tomada, me visto y continúo con la tarea que tengo entre manos. Me sorprendo al darme cuenta de que sé exactamente dónde encontrar el nombre y la dirección de la señora X. El dosel que tengo encima de la cama es un tapiz. Los «nudos y marañas» muestran una imagen de campo con, sí, margaritas, prímulas y un martín pescador. No puedo creerme que haya pasado dos meses enteros durmiendo tan cerca de la respuesta. «Justo delante de las narices», dice el refrán. En este caso, está encima de mi cabeza.

Aparto las sábanas de la cama y me subo en ella. Llego hasta el dosel.

«Verde, donde yacen los secretos de la dama». En una vereda de musgo de color verde, veo unos puntos sueltos de los que asoma algo blanco y pequeño. Me tumbo de nuevo. Ahora que sé que está ahí, no dejo de ver esa diminuta pieza blanca de información. Nunca me habría fijado. Es extraordinario cómo la mente humana ve lo que está esperando y permanece ciega a cualquier cosa con la que no cuenta.

Me pongo una vez más en pie, tiro de la nota con cuidado y la saco. Aliso de nuevo la sábana de lana y bajo de la cama con un golpe seco. Un trozo pequeño de papel, doblado por la mitad. Contiene un revoltijo de letras con una pequeña pala dibujada en la esquina superior izquierda.

Encuentro una hoja limpia de papel y un lápiz, me siento a la mesa y la

cálida luz del sol me ilumina la cara. Examino el código durante uno o dos minutos. Es muy fácil. Aurelia y yo teníamos tres códigos que usábamos de niñas y este es el más sencillo. Teníamos que escribir el alfabeto en dos columnas, una al lado de la otra: A-M y N-Z. La letra clave era la que estaba antes de que la que se encontraba diagonalmente opuesta a la verdadera letra. La A sería la Y, la B sería la X y así en adelante. En cuanto a los números, dábamos la vuelta a los dobles y dejábamos los simples sin cambiar. Me sé el código de memoria, a pesar de que hace muchos años que no lo usamos. Traduzco rápidamente mi destino

Yhqyvlu Hqduhfrkhju
Ryvug Rkegu
Huxuwwy Gfhuuf 43
(Wuhwy Ieuul Gieyhu)
Xyfr

como

Ariadne Riverthorpe
Hades House
C/Rebecca 34
(cerca de Queen Square)
Bath

Bath. Esa ciudad debería estar encantada. De Twickenham, Aurelia siguió hasta Derby. No estuvo en Bath hasta el final de su viaje. Había supuesto que las pistas me llevarían a Derby a continuación, y ahora siento que estoy saltándome un buen número de ciudades y varias semanas de viaje. Aurelia me ha dicho en la carta que se acerca el final de la búsqueda. Tal vez, Bath sea el último lugar al que tenga que ir. No obstante, no me agrada la idea de ir allí debido a aquellos horribles meses en los que Aurelia se relacionó en ese lugar con Frederic Meredith, cuando perdí la esperanza de que regresara a casa.

Me aborda una nueva pregunta. ¿Qué papel representó el señor Meredith en los sentimientos de Aurelia? ¿Tanto había menguado lo que sentía por Robin

en los meses siguientes? ¿O fue el señor Meredith un intento de desviar sus inclinaciones en una dirección que pudiera agradar más a sus padres? ¿Fracasó estrepitosamente en su plan y por ese motivo fue tan reacia a hablar de él cuando volvió a casa? A lo mejor me entero en Bath. Aun así, no albergó entusiasmo por ir allí.

Sus cartas no presentan una escena que me atraiga. Sé que Bath es una ciudad muy moderna y sofisticada. Ciertamente, es antigua y bonita, pero Twickenham es lo bastante antigua y bonita para mí. No deseo pasar tres semanas en un mundo de bailes, pretendientes y sombreros de noche. Puede que esas cosas resulten atractivas compartidas con una amiga, pero no cuando viajas sola. No creo que esa anciana señora Riverthorpe de Hades House, por la que incluso Aurelia solo puede disculparse, se convierta en una aliada. Después de Twickenham, el futuro se presenta solitario.

Un nombre y una dirección hacen que la partida sea real. He viajado de Ladywell a Londres y de Londres a Twickenham sin planificación alguna, como un volante al que giran de un lado a otro. Tengo que enfrentarme a esta partida de otro modo. Escribiré una nota breve a la señora Riverthorpe para avisarla de que la señorita Amy Snow llegará en un día o dos. Después pediré consejo a Edwin sobre los preparativos para el viaje y ayuda para decidir qué puedo decir a los demás. No importa que las emociones dificulten mi marcha de Twickenham, la promesa que hice a Aurelia me obliga a seguir y, además, siento mucha curiosidad.

Capítulo 39



Edwin lo prepara todo. Tengo previsto salir de Twickenham al día siguiente y parto en el carruaje de los Wister. Su cochero, William, me va a llevar. Lo acompañará su hermano Jack, para que cuando llegue a Hades House haya dos jóvenes para transportar mi enorme baúl. Lo único que tendré que hacer yo será mover el parasol y ajustarme los guantes. Espero que Aurelia, si me está observando, me perdone esta violación menor de su secreto. He aceptado que la situación será difícil durante un tiempo, no quiero que sea imposible.

El viaje desde Twickenham hasta Bath es de ciento noventa y tres kilómetros, el más largo que he abordado hasta ahora. Por carretera, queda demasiado lejos para hacerlo en un día. La solución ideal es descansar en Marlborough, Edwin conoce allí una excelente posada.

Asimismo, el hombre me ahorra la difícil tarea de contarle a nadie que me marcho. Esa noche, toda la familia se reúne para cenar. Ha asegurado incluso la presencia de su suegra, un logro similar al de impedir que un árbol se meza bajo una ráfaga de viento otoñal.

En el comedor de rayas de color ciruela y verde hay dispuesto un verdadero festín, servido *à la française*. Sospecho que Edwin ha avisado a Constance (y ella, a Bessy) de que se está cociendo algo trascendental. El candelabro está encendido, a pesar de que no estamos a oscuras, y proyecta un

brillo festivo en la mejor vajilla de porcelana y las soperas de cobre. Los colores cálidos y la luz suave, las cabezas inclinadas sobre los platos... todo me llena de una nostalgia insoportable antes siquiera de haberme marchado.

Cuando los platos de sopa están repartidos y Bessy se ha retirado, y tras un espacio de tiempo comiendo, Edwin habla. A pesar de que los comensales reciben las noticias suavizadas por la sopa de curri y los espárragos, lo hacen con desaliento.

Hemos aceptado contar la verdad, pero una versión abreviada. Es más sencillo para mí que inventar una historia o ahorrar las explicaciones. Así pues, Edwin anuncia que tengo que marcharme al día siguiente para ocuparme de un recado de Aurelia, una tarea confidencial que no puedo contarle a nadie. Les pide a los niños que no me hagan preguntas ni me pidan que les prometa nada porque estoy muy triste por tener que marcharme y necesito su apoyo. Tengo un nudo tan grande en la garganta que no puedo tragar saliva. Me quedo mirando la ternera por miedo a levantar la cabeza y encontrarme con sus miradas, pero acabo haciéndolo.

—Pero volverá y se quedará con nosotros, ¿no, Amy? —pregunta Priscilla, que parece tan triste y confundida que apenas puedo soportarlo.

—Sí, por supuesto —responde Edwin. No hemos hablado de ello, pero está claro que él ya ha tomado la decisión por los dos. Tras escucharle decirlo, estoy preparada para creérmelo—. Pero no sabemos cuándo.

—¿Y estará bien, querida? —se interesa Constance—. ¿Podemos hacer algo por usted? ¿Necesita llevarse algo?

Querida Constance, como si no me hubieran dado ya muchísimo.

Si la cena fue difícil, mi partida a la mañana siguiente es peor. Decir adiós a las chicas me deja del todo deshecha. Saber que no volveré a ver sus bonitas caras por un tiempo indeterminado es una tortura comparable solo a la pérdida de Aurelia. No puedo soportar pensar que, cuando Madeleine reciba la proposición de matrimonio, yo no estaré aquí para felicitarla. A pesar de que somos todos muy valientes, es un alivio llorar un poco con ellos.

A solas en el carruaje, siento como si estuviera caminando dormida. Contengo las lágrimas para presentar una cara valiente cuando me despido con

la mano y sonrió a la familia Wister, que está reunida en la verja de la casa. Ellos también mueven la mano y sus sonrisas son igual de convincentes que la mía. Me falla el autocontrol cuando nos alejamos y estiro el cuello para echar un último vistazo a mi querido Twickenham.

Mientras avanzamos por la calle King, me acuerdo del señor Garland dejándome ahí a principios de febrero. Si ha regresado de sus negocios en Edimburgo, no he sabido nada de él y no tengo una dirección a la que poder enviar una nota de despedida. Se trata de otra amistad sesgada de cualquier manera por la búsqueda del tesoro de Aurelia, y lo lamento.

Entre Whitton y Windsor me abandono por completo y lloro desconsolada. Después me mentalizo de que ha llegado el momento de ser valiente de nuevo. Me permito el trayecto en carruaje de hoy para sentir nostalgia por Twickenham y recordar la despedida. Mañana tengo que prepararme mentalmente para Bath. Tan solo existe una dirección que pueda tomar y no es hacia atrás.

Fue a Michael a quien Aurelia confió la carta, me he enterado esta mañana. Yo sospechaba de Constance, Madeleine o Bessy.

Cuando vino a despedirse esta última, me dio un pañuelo que había tejido con mis iniciales, A. S. Lo saco y paso el pulgar por los puntos de seda lila. Tuvo muy poco tiempo para terminarlo y, aun así, no hay señal de prisas; son puntadas diminutas y delicadas, una demostración clara de interés y amistad.

La sociedad no lo aprobaría. Aurelia y Robin, Aurelia y Amy, Amy y Bessy; combinaciones de personas que no deberían tener nada de qué hablar, pero con corazones que no lo quieren reconocer.

—¿Fue usted, Bessy? —le pregunté con prisas esta mañana.

—¿Que si fui yo quién?

Pero cuando Michael me abrazó para despedirse, parecía preocupado.

—No es demasiado tarde, ¿no? —susurró.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Para ocuparse del encargo de Aurelia. Me dijo que solo dos meses y he esperado un poco más. Me gustaba mucho Aurelia, Amy, y le hice una promesa. No quería decepcionarla. Siempre he guardado muy bien el secreto.

Espero que esa semana de más no suponga ninguna diferencia.

—Estoy segura de que no, Michael. Por favor, no se inquiete. Pero ¿por qué esperó, si no le importa que pregunte?

—Usted me gusta tanto como Aurelia, Amy. ¡Igual! Ella también se fue demasiado pronto, desapareció de repente, como usted. —Pone una mueca con el recuerdo—. Quería mantenerla con nosotros un poco más. Si le digo la verdad, pensé en no darle nunca la carta y que se quedara aquí, aunque sabía que estaría mal. Pero quería que viniera a mi fiesta en Eel Pie antes de marcharse.

Me eché a reír. Yo también quería quedarme con él. Deseaba preguntarle por qué decía que Aurelia se había marchado de repente; según tenía entendido, se fue exactamente cuando tenía planeado, pero en ese momento nos interrumpió la llegada de su abuela. No toleró mis boberías cuando mi vena valiente cedió y le dije que no quería marcharme, que no quería que nada cambiara nunca.

—La vida es cambio, Amy, y este lugar está cambiando igual que todo. No es el mismo que hace cincuenta años, ¡o incluso diez! Se erigen casas, se echan abajo casas. Abren nuevos pubs, cierran otros, aunque hay muchos más de esos que están abriendo en lugar de cerrando. Este año el sistema ferroviario llegará a Twickenham. Aunque se quedara aquí, el Twickenham que tanto le gusta hoy será distinto dentro de un año, y dentro de diez, y de veinte. No podemos aferrarnos a las cosas. El tiempo es como un río. Nos lleva adelante, y, muy a menudo, más rápido de lo que nos gustaría.

Sé que tiene razón. Soy consciente de que aferrarse es un error de los necios; lo comprendí de tanto desear con todo mi ser que Aurelia no muriese. Aun así, me gustaría ser capaz de cometer mi propio error, aunque no fuera uno de necios.

Las horas pasan y llegamos a Marlborough. Miro por la ventanilla cuando paramos junto a una posada y noto pesar en el corazón al comprender que mi agradable interludio con los Wister ha quedado atrás. Cómo me gustaría tener el lujo de probar y fracasar, de aferrarme.

Tercera parte



Capítulo 40



A la mañana siguiente, salimos temprano de Marlborough. William me informa de que llegaremos a Bath a la hora del almuerzo. Parece que he desarrollado la costumbre de llegar a las casas nuevas a tiempo para comer.

No he dormido bien, pero ya soy una viajera distinta a la niña que salió de Hatville, que nunca había subido a un tren, ni a un carruaje, ni tampoco se había hospedado en una posada. Voy vestida con elegancia con un traje de viaje de color burdeos con adornos azules. Tengo una fortuna de cinco mil libras, que llevo conmigo (no porque no conozca los riesgos que eso conlleva, sino porque no tengo otra alternativa). No me aplastan la pena y el invierno, aunque los dos son recuerdos recientes y ambos regresarán.

Pero, por ahora, es primavera. Hace una mañana preciosa. Bath va a ser una experiencia increíble.

Practico diciéndolo todo el camino desde Marlborough hasta Chipenham, donde hacemos una breve parada cuando uno de los caballos pierde una herradura. No puedo contenerme y asomo la cabeza por la ventanilla para ver al herrero al que han avisado de forma apresurada hacer su trabajo. Esto es por lo que seré tan transparente en Bath, que es mucho más moderna que Twickenham. Estoy segura de que una dama debería mantenerse sentada, aburriéndose, aunque fuera intolerable.

Dos niñas pequeñas y descalzas que hay a un lado de la carretera me señalan y susurran al ver el enorme sombrero que llevo, con la consiguiente cascada de pliegues y lazos. Cuando ven que las miro, me sacan la lengua, rosada, y yo les devuelvo el gesto. Se quedan sin aliento y salen corriendo, para después regresar y acercarse un poco más. Tienen el pelo apelmazado y la ropa no les queda bien. Una se queda atrás, pero la otra es atrevida y se aproxima directamente al carruaje.

—Por favor, señorita, ¿tiene un penique? —me pregunta la atrevida.

—Me temo que no. Para ti no —respondo. Compone una mueca feroz—. Para ti, solo tengo media corona.

Abre mucho la boca.

—Toma. —Abro el monedero y saco la moneda—. Y tengo otra para ti —me dirijo a la segunda niña, que está petrificada y no se mueve.

La primera lo acepta y se lo lanza a su amiga.

—Gracias, señorita. ¡Muchas gracias!

—¡Nos vamos ya, señorita Amy! —grita William, y eso hacemos. Las niñas se quedan boquiabiertas en la calle, mirándonos y lanzando besos. Me habría gustado llevármelas conmigo, lavarlas, vestir las y quererlas.

* * *

No esperaba encontrar un lugar tan bonito. La ciudad de Bath está erigida en un círculo de colinas, ahora vestidas de verde y preciosas con su atuendo de primavera. Las suaves ondulaciones están salpicadas de casas y chapiteles de iglesias. Puede que esto no esté tan mal, me digo a mí misma mientras la carretera sinuosa me lleva hacia delante.

¿Por qué entonces siento miedo cuando veo por primera vez Bath? No puedo explicarlo, pero en cuanto atisbo los primeros edificios dorados, brillando bajo la luz del sol, me aborda una sensación de peligro, justo como pasó en St. Paul. Puede que sea por el recuerdo de la carta de *lady* Vennaway; me acecha. ¿Cómo puedo relajarme cuando me siento perseguida? Examino el camino en busca de asaltantes, pero, por supuesto, no hay ninguno y el carruaje accede a la ciudad por la carretera suave y amplia. Está rodeada a ambos

lados por las terrazas de unas bonitas casas. Nunca he visto nada así.

Al menos no es Derby, me consuelo. Si mi tarea concluye aquí, tal y como espero, solo estaré a un viaje de dos días de mis amigos. Podría ser peor. No me habría gustado ir muy al norte.

En la ciudad, pasamos junto a tiendas, casas elegantes y una pequeña pero lujosa abadía. Doblamos a la derecha, hacia una colina, y noto cómo tiran y brincan los caballos. Aquí solo veo las colinas entre los edificios. Estoy contenida por la caliza y la civilización.

Giramos a la izquierda y llegamos a la calle Rebecca. El carruaje se detiene y me apeo. La terraza no es tan impresionante como las que he visto antes. La calle no es tan amplia como las otras. Noto el aire más denso.

La casa frente a la que me encuentro es la última de una hilera. Más grande que sus aledañas, se alza con torrecillas y gabletes. Tiene incluso un chapitel recubierto de plomo que se inclina a un lado, como si deseara ir a otro lugar, como yo. El pórtico central está un poco avanzado hacia la calle, como en un intento de encontrarse con los visitantes y despedirlos. Me fijo en las palabras que hay talladas en las columnas que se alzan a cada lado de la puerta. Resaltan negras e imponentes en la piedra: Hades House.

—¡Madre mía, Amy! —exclama William junto a mi hombro, haciendo que me sobresalte. Estaba anonada, ajena a todo excepto a la casa.

—Eso mismo digo yo, William.

Abre la puerta una persona tan regia que estoy del todo confundida; está vestida de gris de los pies a la cabeza, gris como la casa, pero nunca he visto a una criada alzarse con semejante arrogancia.

—¿Es usted...? ¿Está...? Disculpe, ¿está la señora Ariadne Riverthorpe en casa?

—¿Me puede dar su tarjeta?

—Me temo que no tengo ninguna, pero creo que me está esperando. ¿Podría ser tan amable de decirle que la señorita Amy Snow está aquí?

—La señorita Snow, por supuesto. Entre y que sus hombres metan su equipaje. Yo soy Ambrose.

Le tiendo la mano. No es lo que se suele hacer, lo sé, pero mi apariencia de dama no puede borrar mis modales habituales. Entro y me quedo mirando a mi

alrededor, el techo elevado, una estrecha escalera que desaparece en las alturas y un pasillo que se asemeja a un río, con tres columnas grises de piedra que emergen de las profundidades.

Ambrose le hace gestos con las manos a mis cocheros y a continuación me conduce hasta un pequeño salón.

—Puede esperar aquí a la señora Riverthorpe. Haré que suban su equipaje.

Pero yo quiero despedirme de los hombres, así que regreso al recibidor. Estoy diciendo adiós a Jack y a William cuando la señora Riverthorpe baja las escaleras.

Lo primero en lo que pienso es en los loros de los Wister. Tiene el rostro totalmente lleno de arrugas, aunque con aspecto delicado, y se aferra a la barandilla con decisión. Tiene los ojos grises, pequeños y brillantes. Lleva puesto un vestido morado con destellos verdes en el corpiño y los hombros. Queda a la vista que es caro y parece nuevo, aunque el estilo lleva unos veinte años o más pasado de moda. Lleva el pelo peinado en un recogido alto que oscila y se bambolea conforme se dirige hacia mí, apoyada en un bastón. Está encorvada como un signo de interrogación.

—Adiós, señorita Amy.

William y Jack salen y desaparecen bajo la luz del sol. Trago saliva cuando la pesada puerta gris se cierra y desaparece mi último vínculo con Twickenham.

Capítulo 41



La mujer me mira durante un buen rato sin hablar y el silencio no parece extraño aquí, en este recibidor sombrío y resonante.

—Así que usted es Amy Snow.

Asiento. Supongo que sí.

—La pequeña Amy de Aurelia.

—Sí.

Ambrose nos acompaña al salón. Las paredes están cubiertas de retratos de caballeros y dibujos extraños y detallados de polillas grandes y de colores. Los muebles son viejos, pero bonitos. Nos sirve unas copas de vino de Madeira, aunque tengo más ganas de comer que de tomar vino. Por primera vez en mucho tiempo, no sé qué decir. Una cosa era sentirme segura de mí misma y cómoda cuando estaba rodeada de amigos, pero el vórtice frío y oscuro que es esta casa parece haber engullido toda muestra de mi reciente florecimiento. Aquí vuelvo a sentirme nerviosa.

—Señorita Snow, tuve el placer de conocer a la señorita Vennaway hace cuatro años. Me pidió que guardara una carta para usted y que le permitiera quedarse en mi casa cuando llegara aquí. ¿Debo entender que ha muerto?

—Sí. En enero. He estado en Twickenham.

—Sin duda. Siento oírlo. Ella era única. Me gusta la gente única. La tragedia está en todas partes. ¿Qué es la vida sino una tragedia enorme y

caótica?

Tardo un momento en darme cuenta de que espera una respuesta.

—Bueno... Espero que haya periodos de felicidad y estabilidad en el camino, señora Riverthorpe.

Tuerce el labio. Sigue esperando una respuesta, una mejor.

—Eh... No puedo decir que sea una enorme tragedia, señora. Ciertamente, sí es caótica. Y le garantizo que alberga tragedias y estas no son pocas. Pero también tiene otras cosas, opino.

—¿Como...?

Entra una corriente fría por la puerta, que se ha quedado entornada. Miro hacia el cavernoso recibidor en busca de inspiración.

—Como la amistad. La belleza de la naturaleza. La buena literatura. La felicidad, aunque sea a pequeños sorbos y aparezca allí donde menos se la espera.

Enarca las cejas.

—Cree en todo eso, ¿no es así?

—Debo hacerlo. ¿Por qué si no iba a seguir adelante la gente? ¿Cómo puede uno mantenerse animado?

—Entonces no cree lo que cree, sino lo que necesita creer. ¿Diría que eso la convierte en una necia, señorita Snow?

—Al contrario, diría que me hace extremadamente práctica.

Suelta una carcajada y caigo en la cuenta de que no he mantenido un debate como este desde que perdí a Aurelia, aunque ella era mucho más encantadora en sus afirmaciones. No me gustan los modales de la señora Riverthorpe, pero entonces recuerdo que es amiga de Aurelia y que debe de tener otras cualidades aparte de la grosería y el desprecio.

—Ya volveremos al asunto en otro momento, señorita Snow. Deje que le explique algo sobre su estancia aquí. Aurelia me pidió que no le entregara la carta hasta que no llevara usted aquí tres semanas. Hoy es 8 de abril, por lo que el 29 de abril será libre de marcharse, aunque puede quedarse más tiempo si lo desea, le aseguro que no me importa. Esta es una casa grande y no hay necesidad de que nuestros caminos se crucen si no queremos.

Hundo los hombros sin darme cuenta y vuelvo a colocarlos en posición

vertical. No es de buena educación mostrar lo que siento de verdad, pero siento pesar al escuchar esas palabras. Me digo a mí misma, y no por vez primera, que tres semanas no es mucho tiempo. No obstante, al mirar los cuadros de los hombres y las polillas, la chimenea sin encender, negra por el hollín y la suave luz que entra por el cristal sucio, me parece toda una vida.

—Dicho esto, le pido que me acompañe esta noche. Va a venir gente a cenar, y mañana por la tarde a jugar a las cartas. El viernes se celebra un tedioso baile y el sábado, una actividad de tiro con arco en la casa de los Tuke; asistirá a ambos encuentros. Aurelia me ha encargado que le muestre Bath y que haga de usted alguien un poco más sociable mientras esté aquí. Ahora veo que no voy a tener mucho éxito, pero bueno. ¿Cómo va a decidir que odia mi mundo si no lo vive? Después del domingo, si desea mantenerse alejada de mí y usar mi hogar como un hotel gratuito, puede hacerlo. O puede seguir acompañándome, ya que no la considero una compañía demasiado aburrida.

Comparando la cálida bienvenida que me dispensaron cuando llegué a Twickenham y esta el abismo que las separa es tan vasto que mi mente es incapaz de abarcarlo. Me miro las manos, que tengo en el regazo.

—Ya veo. Eh... gracias.

—Oh, chiquilla, cree que soy rara y una maleducada —continúa—. Ha viajado un largo camino y preferiría escuchar palabras amables, recibir un gesto atento y una mirada tierna. Pero las palabras amables valen menos que nada en este mundo, así que he dejado de pronunciarlas y, como ya ve, no tengo una cara que esté pensada para las miradas tiernas. Sin embargo, eso nunca impidió que los hombres la miraran. E hicieron mucho más que contemplarla.

Me taladra con la mirada y yo aparto la mía. El enorme pasillo, las fauces de la chimenea, la sonrisa retorcida de la señora Riverthorpe... Recorro con los ojos todos ellos sin hallar consuelo.

—¿Qué tiene usted que decir, Amy Snow? ¿Qué opina de todo esto?

Espero que no pueda leerme la mente.

—No opino nada, señora. Todavía no. No sé por qué me ha enviado Aurelia a este lugar, así que haré lo que me diga y esperaré la carta. Le estoy

muy agradecida por la ayuda que ha prestado a mi amiga. Aparte de eso, no opino nada. Solo llevo aquí cinco minutos.

—Ah, usted es de las que necesitan tiempo para opinar sobre algo, ¿no? Yo sé exactamente qué pienso de algo en cuanto lo veo. Fíjese en usted, por ejemplo: tímida, oprimida, con un vestido nuevo. Leal a una amiga caprichosa que está muerta y ya no le sirve de nada. Obligada a vivir cuando prefiere esconderse. Demasiado educada para decirme lo que piensa y deseando estar sola para poder empezar el arduo y largo proceso de adivinar qué opina.

Bajo la cabeza, esta mujer es asombrosa.

—Pero usted me saca ventaja —replico por fin, una vez recuperado el juicio—. Conocía a Aurelia, y ella le habrá hablado de mí. Estaba preparada. Yo nunca había oído hablar de usted, hasta hace dos días y su único comentario fue una disculpa.

En cuanto las palabras salen de mi boca, deseo recuperarlas y volver a meterlas dentro.

Pero ella responde por tercera vez y asiente:

—Muy propio de ella, de esa niña descarada, y bien hecho, señorita Snow. Es cierto, he oído algunas historias sobre usted. Bien, espero que quiera comer antes de acomodarse.

—Señora, estoy hambrienta. Y espero no molestarla al afirmar que su propuesta para comer me parece un gesto muy atento.

—¡Aaah! —grazna—. Está equivocada, señorita Snow, muy equivocada. Esa sugerencia no requiere ninguna imaginación, solo un conocimiento básico de la biología. No vaya a pensar que bajo las plumas se guarda pura dulzura o se llevará una buena desilusión. La veo a las cinco para comer. Visite todo lo que quiera, es usted libre en mi casa. No tengo secretos. O más bien tengo demasiados, pero son tan escandalosos que todo el mundo los conoce.

Capítulo 42



Tras una comida incómoda, aderezada con conversación exigente, escapo con alivio a la privacidad de mi dormitorio. Me embarga un recuerdo un tanto triste. Intento no pensar en mi habitación de Mulberry Lodge. Esta es, tal vez, más lujosa, pero, para mi gusto, menos atrayente en todos los sentidos. Tiene las extrañas proporciones de un triángulo isósceles; los aleros caen tan bruscamente que, incluso yo, con lo menuda que soy, me golpeo la cabeza en más de una ocasión mientras me acomodo. Los colores son sombríos: marrón, gris y borgoña, y tiene vistas a la calle. No quiero mostrarme pesimista antes de que mi tiempo aquí haya comenzado de verdad, pero no puedo imaginarme saboreando el descanso o la soledad en este prisma puntiagudo. Dejo los libros encima de un baúl en un vano esfuerzo por sentirme como en casa.

En cuanto he guardado la ropa en un armario alto y endeble, acepto la invitación y visito la casa, recorriendo sin entusiasmo una habitación tras otra. Es un lugar muy extraño. No solo tiene una torre y muchos aleros que resultan una amenaza para las cabezas de quienes pasen por debajo, también es oscura y siniestra, y soy incapaz de relajarme aquí. La siento un tanto... insalubre. Todas las habitaciones están decoradas con pinturas de polillas. Hay también dibujos de hombres, y no todos ellos están vestidos.

Una habitación que parece una especie de estudio está dedicada

enteramente a las polillas. Atraída por las estanterías, como siempre me he sentido, encuentro únicamente títulos relacionados con las polillas, como *El ciclo vital y los hábitos de la polilla*; *Rhoperosera: un estudio* y, qué interesante, *Polilla y hombre*. No puedo imaginar qué podría llenar tantas páginas sobre el tema, pero dudo que llegue a reunir la suficiente curiosidad como para leerlas y descubrirlo. Hay una estantería de cristal llena de polillas pinchadas con alfileres, pero son todas casi del mismo tamaño y tono de marrón, por lo que no presenta una colección variada. ¿Por qué polillas?, me pregunto con el ceño fruncido. Me sorprenden como motivo decorativo nada usual. A lo mejor la señora Riverthorpe tiene interés por los lepidópteros. No lo parece, pero sí es una mujer sorprendente en todos los sentidos.

A las cinco, con el deseo de estar prácticamente en cualquier otro lugar, me presento para comer, como me pidió. La señora Riverthorpe echa un vistazo a mi vestido de color verde esmeralda, elegido cuidadosamente para honrar la ocasión, y me pide que me cambie de inmediato.

—¿No tiene nada más...? —Mueve la mano haciendo un gesto que sugiere que mi apariencia es insoportablemente aburrida.

Ella va vestida con popelina escarlata que se le ajusta a la figura o, más bien, a los huesos, que sobresalen asombrosamente por encima de un pecho arrugado. El efecto debería de resultar desagradable, pero ella, con su seguridad de hierro, lo sabe llevar o, al menos, deja claro que no piensa cambiarse de vestido.

—No me pongo esta ropa porque sea vieja y ajena a que está pasada de moda —recalca de repente—. Yo continúo las modas hasta que estas se niegan a continuar conmigo. No puedo soportar esos vestidos horrorosamente recatados de hoy en día, diseñados para cubrirnos como si nunca tuviéramos un pensamiento lujurioso, como si no tuviéramos un pecho o un hombro o un codo. ¡Somos mujeres, no naranjas!

Nunca había considerado tan trivial mi precioso vestido verde con su cuello redondeado y las mangas largas y vaporosas. Me pregunto si esta mujer estará un poco loca.

Me aliso la bonita falda y decido que no voy a cambiarme para

complacerla.

—Me sienta muy bien, señora Riverthorpe.

—Sí —responde—. Yo también me atrevería a decirlo.

Un golpe en la puerta nos ahorra tener que seguir conversando. Hay otros tres invitados, lo que me convierte en la quinta de la fiesta, y conforman la combinación más rara e imaginable de la sociedad. Cuando el salón está lleno, noto que me encojo. Todos hablan entre sí en un intento por impresionar y rivalizando por llamar la atención de la señora Riverthorpe.

Está el señor Pierpong, un caballero flaco y con ojo de águila de unos setenta años que habla sin cesar de sus días de gloria como remero de competición; y el señor Freeman, un joven y extravagante dandi que se pasa toda la noche flirteando descaradamente con la señora Riverthorpe. Su contribución a la conversación consiste solo en relatar historias que giran en torno a lo que abusa del alcohol. La tercera invitada es la señora Manvers, miembro de la Asociación por la Templanza de Bath. Mi conversación se ve reducida a tópicos, pues intento desesperadamente no ofender a nadie.

No es una velada placentera y, después, no recuerdo qué hemos comido o cómo estaba el vino; lo único que recuerdo es la sensación de andar de puntillas por encima de cristales rotos. Estar a solas en mi habitación es una mejora, pero no una muy grande.

He renunciado a mucho por venir aquí, reflexiono arrodillada en el alféizar de la ventana, temblando y mirando la calle silenciosa. Siempre me resultó sencillo seguir los deseos de Aurelia cuando yo no los tenía propios. Es diferente ahora que tengo, o tenía, amigos queridos con los que pasar los días. ¡Y más que eso! Un perro que se tumbaba a mi lado, un invernadero, un río y un jardín (aunque no fueran precisamente míos). Y esperanza. Aquellas primeras mañanas frías de febrero en Twickenham, sentí esperanza. Eso es lo que más claramente me falta aquí. La señora Riverthorpe me parece demasiado hastiada para ver la esperanza como otra cosa que no sea una molestia. Creo que daría poco crédito al amor.

Me arrastro a regañadientes hasta una cama que está prácticamente húmeda por el frío y me quedo mirando la oscuridad, preguntándome por qué diablos

me habrá enviado Aurelia aquí. La explicación más probable que se me ocurre es que para que conozca a Frederic Meredith. Decido que preguntaré a la señora Riverthorpe si sabe quién es la próxima vez que la vea. Me siento más confundida que nunca en lo que respecta al papel que desempeña ese hombre en la historia de Aurelia ahora que sé lo de Robin. Mientras se me cierran los párpados, pienso en todo lo que sé de él. Es un caballero, por supuesto. Guapo, naturalmente. Un bailarín excepcional. Un hombre de quien escribí durante más de dos meses y al que luego mencionó dos o tres veces a lo largo de su vida. Sacudo la cabeza, cansada.

Si querías crear un enigma, Aurelia, lo has logrado.

Me parece casi una locura cerrar los ojos y abandonarme al sueño en un lugar tan penoso. Trato de recordar que tengo diecisiete años y que no creo en fantasmas ni vampiros.

Capítulo 43



Bath. Llegué un miércoles y para el viernes por la mañana ya me siento desconsolada. He tratado de aceptar mi nueva posición y visitar los alrededores con buena predisposición. Lo estoy intentando. Pero ahora echo tanto de menos a los Wister como a Aurelia, y añoro Mulberry Lodge más de lo que nunca he añorado Hatville. En Bath estoy perdida.

De pie ante la abadía y bajo la lluvia, me quedo mirando las esculturas de los hombres que ascienden la escalera hacia el paraíso, peldaño a peldaño. Hacen que sienta cierta camaradería hacia ellos. Al menos no tienen que enfrentarse a la búsqueda del tesoro de Aurelia.

Ayer, cansada, irritada y ansiosa por escapar de la casa, salí a dar una vuelta por la ciudad. Como acto de cortesía, consulté con la señora Riverthorpe por temor a deshonrarla por pasear sin carabina. Se río de mí y ni se dignó responder. Así pues, salí yo sola y muchos se me quedaron mirando. Como resultado, me dediqué a observar con la cabeza ladeada y mirada desafiante a quien descubría mirándome en los escaparates de las glamurosas y espléndidas tiendas.

Después, ayer por la tarde, asistí a la partida de cartas. Fue tan aburrida y tensa como la comida y cuyos invitados habían sido seleccionados con la misma despreocupación. Cuando terminó y los asistentes se marcharon, mencioné el asunto del baile a la señora Riverthorpe. Le dije que deseaba que

excusara mi asistencia. Recientemente había asistido a un baile, en Richmond, que me dejó sin ganas de participar en otro, le expliqué.

No me hizo ningún caso. Un baile en Richmond no es un baile en Bath, declaró. Nadie viene a Bath para perderse los bailes. Si no quiero asistir a un segundo, no tendré que hacerlo, pero de no asistir al primero no quiso ni oír hablar. Y más me vale que no me ponga algo de tan buen gusto.

Después le pregunté si conocía al señor Frederic Meredith, pero me respondió que nunca había oído hablar de él. Me hubiera gustado preguntarle si sabía algo acerca de la búsqueda del tesoro, pero no quería acabar con su paciencia. Se marchó a una cena antes de que tuviera ocasión de hacerlo.

Hoy he vuelto a salir temprano, no porque esté deseando conocer más de Bath, sino porque no quiero pasar todo el día en la casa esperando a que llegue el baile. Para mediodía, estoy agotada y, además, empapada. He admirado el Royal Crescent y he disfrutado por encima de Crescent Fields. Cuando pienso en cómo podría haber pasado un día de lluvia en Mulberry Lodge, me dan ganas de llorar.

He caminado todo el trayecto hasta el río y estoy estudiando el puente y el agua sin mucho interés cuando unos pasos me salpican agua en la acera. Las piernas deceleran y retroceden.

—Disculpe, señorita.

Me da un vuelco al corazón. ¿Me habré colocado en una situación abierta al acercamiento descortés de los caballeros al pasear a solas? Me vuelvo y miro a través de la cortina de gotitas que cae de mi sombrero.

La figura borrosa inclina el sombrero.

—No deseo ofenderla ni alarmarla, señorita, pero ¿está usted bien? Al verla aquí sola, bajo la lluvia, me han entrado ganas de preguntarle. ¿Puedo ofrecerle ayuda?

Algo en su voz me resulta familiar. Levanto la mano para detener la cascada y un riachuelo helado me cae en la manga. Henry Mead estira el brazo para sujetarme y enseguida se aparta.

—Perdone, señorita, ¿se encuentra usted mal?

—¡Henry! —exclamo—. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Cómo está?

Queda patente que no me recuerda. Me sorprende el brinco que da mi corazón cuando lo veo y la correspondiente decepción al comprobar que se ha olvidado de mí. Está claro que no me ha tenido en sus pensamientos igual que yo a él. Es normal, pues no soy una persona memorable.

Parece avergonzado.

—Disculpe, señorita, pero...

—Oh, por favor, no se disculpe, señor Mead. —Estoy abochornada por haberlo saludado como a un viejo amigo cuando, por supuesto, no lo es—. ¿Por qué iba a acordarse de mí? Nos vimos tan solo una vez, en la casa de su abuelo, hace varios meses. Simplemente me ha resultado reconfortante encontrar un rostro conocido aquí, en Bath, y...

—¿Amy? ¿Amy Snow? ¿Es usted de verdad?

Ahora me mira directamente bajo la lluvia y comprendo de repente y con alegría que no es que me haya olvidado, ¡simplemente no me había reconocido!

—¡Tiene un aspecto completamente diferente! ¡No esperaba verla aquí! ¿Qué le trae por Bath? ¿Y por qué está en un puente sola, bajo la lluvia?

Sacude la cabeza al tiempo que me estrecha la mano y esboza esa sonrisa traviesa que tan bien recuerdo. Yo también sonrío, aunque estoy segura de que este no es un comportamiento muy propio de una dama y no tendré que añadirlo a mi repertorio.

Los dos tenemos que parpadear mucho para evitar las gotas e intentamos resistir el torrente de agua, por lo que sugiere que nos acerquemos a una cafetería y acepto agradecida. ¿Por qué iba a preocuparme? A la señora Riverthorpe no le importa lo que haga y no espero impresionar a la sociedad de Bath. Quiero entrar en calor, secarme y evitar Hades House. Deseo hablar con Henry.

Capítulo 44



Henry me ofrece el brazo y volvemos apresuradamente a la ciudad. Pasamos junto a las tiendas elegantes y los *pubs* que resplandecen bajo el aguacero. Cerca de los antiguos baños romanos, Henry entra por una puerta estrecha y tira de mí. Me encuentro en una sala cálida y grande que tiene forma de buzón donde me recibe un agradable olor a café, espeso como la niebla. Encontramos asientos libres junto a una ventana; la lluvia forma remolinos fabulosos en los cristales y el vapor vela la ciudad. Me quito el sombrero y, con él, mi propia cascada personal.

—¡Ahora sí que la veo! —Henry sonrío de oreja a oreja y parece más feliz de lo que habría imaginado posible—. Amy, qué alegría volver a verla. Le confieso que me entristeció no poder conocerla más en... enero, ¿no es así? Pero tenía usted tareas confidenciales que realizar, ¿qué podía hacer yo? Tengo que admitir, además, que mi abuelo me ordenó que no la molestara pidiéndole una dirección de correo. ¡Y ahora aquí está!

Un camarero trae café en un samovar alto de plata. Vierte el líquido oscuro y humeante en una taza de cerámica translúcida como los pétalos de una flor y yo espero hasta que se ha inclinado y alejado para mirar a Henry.

—¿De verdad? ¿Le entristeció? —pregunto.

—¡Por supuesto! Pasamos una noche agradable en Holborn, ¿no? Nació una bonita amistad, pienso. A menos que el placer solo fuera mío y las tareas

confidenciales fueran una invención para escapar del idiota inútil que arruinó la cena hablando de sinsentidos.

—¡Oh, no! Es decir, sí, fue una noche agradable, y me hubiera gustado quedarme y volver a verlos a usted y al señor Crumm.

—Me alivia escucharlo. Brindemos entonces. ¡Por la amistad! ¡Y por la oportunidad de encontrarnos en lugares inesperados! —Levanta la taza, que parece diminuta junto a una mano tan grande. Sonríe y choca la mía contra la suya. Sé que no le quito ojo, pero no puedo creerme que esté sentado delante de mí, después de todo este tiempo. ¡Es real! Está aquí, empapado por la lluvia y de carne y hueso.

—¿En qué situación se encuentra ahora, Amy? ¿Tiene libertad para hablar de ello o debería dejar de hacer preguntas? No quiero parecer entrometido, solo tengo curiosidad. Pídame que deje de hablar si así lo desea.

Me tensó cuando menciona la misión y a continuación me encojo de hombros. Por unos minutos, me había olvidado de todo.

—La verdad es que no soy libre, Henry. Mi tiempo y mi objetivo siguen dictados por la misma amiga que falleció. Me temo que no puedo compartir con usted los detalles, aunque me gustaría mucho. Puede hacerme todas las preguntas que desee, pero tal vez haya algunas que no pueda responder.

Estira el brazo por encima de la mesa y me toca brevemente la mano en un gesto de conmiseración. Me siento como si fuera una taza de porcelana, delicada y pequeña bajo su roce.

—Ya veo, ¿pero está bien? ¿Cuánto tiempo lleva aquí? ¿Va todo... eh...?

Aparta la mano y hace un gesto vago para abarcar el tiempo en que mi vida no tiene ningún sentido. Experimento el enorme deseo de acariciarle la mejilla. Tomo un sorbo de café.

—Gracias, estoy bien, y he hallado más felicidad en los últimos meses de la que esperaba. —Miro a mi alrededor. Nunca había estado en una cafetería. Me gusta el ambiente lleno de vapor y el paso enérgico y resuelto de los camareros—. He estado en Twickenham, con gente muy querida. Me dio mucha pena irme. Llegué aquí el miércoles y siento un dolor profundo. Tengo un buen lugar donde alojarme en Bath y esta es una ciudad bonita, por supuesto, pero... Yo... la encuentro... bueno, si le soy honesta, no me gusta

nada.

—Pero ¿cómo puede ser eso? ¡Es Bath, querida! —resuella. Pero me doy cuenta de que está bromeando—. No, no, sé muy bien a qué se refiere. Que le digan que es un lugar absolutamente precioso y recomendable y le resulte imposible adorarlo... eso hace que esté más decidida a detestarlo, ¿cierto?

—¡Sí! Henry, es un lugar muy moderno, y yo no soy una persona moderna en ningún sentido. Sí, es bonito, pero las razones por las que la gente viene aquí, para mirar y que la miren, para bailar, para flirtear... son cosas que están muy bien cuando tienes compañía, pero yo no tengo amigos aquí y, además, quiero llevar una vida más tranquila.

—No es lo que parece —comenta, retrepándose en el asiento y mirándome—. Tiene entre manos una tarea misteriosa, viaja sola de un sitio para otro. No es lo habitual en una joven.

—Sí, le aseguro que en mis circunstancias no hay nada habitual.

—Y no estoy seguro de que sea una persona anticuada. En Londres no...

Es mi turno para bromear.

—¿Qué? ¿Cómo puede decir semejante descortesía?

—Puede que sea una descortesía, pero es la verdad. Aquí, sin embargo, no cabe duda de que no la he reconocido en el puente. Un vestido elegante, un sombrero grande que casi engulle su carita ni deja verla. Tiene una apariencia totalmente diferente ahora. —Sonríe y estira las largas piernas por debajo de la mesa. Al hacerlo se topa con las mías y vuelve a recogerlas apresuradamente, y a sentarse recto—. ¡Disculpe, Amy!

—Los pensamientos que tengo en la cabeza son los mismos, no importa el tamaño del sombrero con que voy tocada —replico en un intento de distraerlo para que no se fije en mi cara llameante—. Aurelia preparó... muchas cosas para mí. Visto mejor que nunca, pero aún hay muchos detalles de mi persona que la sociedad puede encontrar deshonorosos. No puedo negar que es agradable vestir bien y que no se me queden mirando por la calle, pero convertirme en una gran dama de buena cuna no me interesa.

—¿Qué le interesa?

—Ser fiel a Aurelia, cumplir sus deseos, hacer lo que debo.

—Pero... ¿y qué pasa con usted?

Frunzo el ceño y un silencio cómodo se abre paso entre nosotros mientras pienso cómo puedo explicárselo. La puerta que hay detrás de nosotros se abre y suenan unas campanitas. Una persona intenta salir al tiempo que otra entra. Golpean la silla en que estoy sentada; las mesas están demasiado juntas. Henry se levanta, pero el cliente se disculpa de la forma más amable y continúa.

—Estoy bien, Henry. —Sonrío y vuelve a sentarse.

Junto las manos sobre la mesa y sigo:

—Apenas puedo pensar en nada que no sea Aurelia; su cometido determina adónde voy y cuándo. En el momento en que llegue al final de esta... tarea... sé que ese vacío se habrá llenado. Tendré que decidir dónde quedarme y cómo vivir. Tengo suficiente dinero como para que no me haga falta trabajar, pero no soy una dama, por nacimiento no. No albergo deseos de fingir que lo soy, ni tampoco deseo no hacer nada en la vida. Al no tener familia propia... bueno, tengo que valorar muchas cosas una vez termine el trabajo de Aurelia. —Me encojo de hombros. Sé que lo que acabo de decir es inapropiado, pero no se me ocurre qué otra cosa contarle, a menos que se lo confiese todo.

Henry se inclina hacia mí y al hacerlo parece estar pensando cuidadosamente qué decir a continuación.

—Su lealtad es inspiradora. Entiendo que quería mucho a Aurelia. Pero ¿no le resulta a veces... pesado cumplir sus deseos en secreto?

Exhalo un suspiro.

—Es una bendición y una maldición al mismo tiempo. —Me quedo un segundo callada y Henry me mira con paciencia—. Mientras estoy ocupada, no puedo tomar decisiones propias, ni hacer mi camino, y eso es pesado, sí. Cuando conozco a amigos amables, no soy libre para quedarme con ellos. Por supuesto, es Aurelia la que hace posible que los conozca, pero entonces me siento perdida sin ella y ya no tengo seguridad de que me aguarde un futuro feliz, Henry. Ahora soy como... un carruaje. Si voy sola puedo trastabillar, pero los deseos de Aurelia son los caballos que tiran de mí.

—Comprendo. Un propósito es algo valioso. A lo mejor pronto puede sentir que es usted carruaje y caballo.

—Puede. ¿Y usted, Henry? ¿Qué le trae a Bath?

Remueve el café y mordisquea una galleta. Le caen unos granos plateados

de azúcar por la manga y se los sacude.

—Las razones de siempre, mirar y que me miren, bailar, flirtear...

Me siento un tanto alicaída hasta que me doy cuenta de que está bromeando de nuevo.

—En realidad, me han echado, deshonrado. Bueno, deshonrado es una palabra fuerte. Me han enviado aquí para que reflexione sobre el error de mis modos.

—¡Oh! Y... ¿han dado sus frutos las reflexiones?

Mira por la ventana la lluvia y la calle nebulosa, y después a mí.

—Sinceramente, no he descubierto mucho que no supiera ya. Solo que soy un vagabundo sin motivación ni rumbo. He dejado los estudios, Amy. ¿Se acuerda de que estaba batallando con ellos cuando nos conocimos? Los retomé poco después y me sentí renovado tras el descanso. Me concentré en los libros, ¡de verdad que sí! Mi tutor estaba muy complacido conmigo... ¡durante casi dos semanas! Y luego volvió... esa sensación asfixiante de que la vida se estaba desarrollando fuera de mis estudios y yo me lo estaba perdiendo. El cerebro dejó de funcionar, Amy. —Levanta las manos como señal de rendición—. Se negaba a digerir un fémur y no soportaba ni una bacteria más.

—¿De verdad? Bueno, entonces ¿qué podía hacer? ¿Por qué eligió medicina, Henry?

—Quería ayudar a la gente. Me encanta aprender, odio ver el sufrimiento. La medicina me parecía lo más adecuado para esas cosas. Pero descubrí que no podía aprender, no veía a gente, solo miembros sueltos. Un cráneo por aquí, una escápula por allí... ¡y era yo quien sufría! El objetivo seguía pareciéndome noble, pero el camino para alcanzarlo no pude seguirlo ni un minuto más. —Se estremece con el recuerdo—. Esto sugiere una pregunta importante para mí y para mi padre. ¿Significa mi incapacidad para hacer lo que debo durante un periodo predeterminado con el fin de alcanzar una meta valiosa que no tengo carácter?

—Ya veo... bueno, está en Bath para reflexionar sobre el caso.

Evito responder a la pregunta, pues no puedo decirle a un hombre cuál es su carácter. A mí no me parece inútil ni innoble, pero soy consciente de que puedo estar influenciada por su pelo rizado y su estatura, y por sus ojos. (Son

oscurísimos, de un marrón resplandeciente y tiene una diminuta gota de lluvia plateada temblando en las pestañas negras). Pero hasta yo sé que el pelo y la figura no son la esencia de un hombre, ni siquiera unos ojos oscuros y brillantes.

—Creo que mi familia piensa que es el espíritu joven y alegre lo que me impide trabajar, Amy. —Se ríe de un modo que sugiere que no se imagina de dónde han sacado semejante impresión—. Pero no creo que las fiestas ni las jóvenes sean la respuesta para mí, aunque tampoco tengo nada en contra. No quiero perder el tiempo —me asegura muy serio. Apoya los codos en la mesa y se inclina sobre ellos—. Ya lo desperdicié bastante cuando era joven y rebelde. Ahora me gustaría tener un propósito... Pero no sé cuál.

Estamos muy cerca, pues él está inclinado hacia delante y también yo. Me ruborizo al pensar en lo emocionante que es compartir confidencias y soy incapaz de alejarme de él, no quiero hacerlo. Deseo decirle tantas cosas: que me siento privilegiada porque haya confiado en mí, que admiro su determinación para encontrar un propósito en la vida que le parezca correcto, que creo que tiene los ojos más bonitos que he visto nunca... El corazón me late con fuerza.

—¿Más café? —sugiere de pronto, rompiendo el hechizo. Levanta la mano para llamar al camarero antes de que pueda responder.

Me yergo de nuevo y miro a mi alrededor, recomponiéndome. La cafetería está llena y las campanitas suenan otra vez, anunciando a otro cliente más. Vuelven a chocar con la silla en que estoy sentada. Alzo la mirada para decirle a la persona responsable que no pasa nada, pero la mujer no parece preocupada. Me sobresalto y bajo la cabeza hasta ocultarla casi por completo debajo de la mesa, como si necesitara con urgencia atarme los cordones de las botas.

—¿Amy? ¿Hola? ¿Amy? —oigo la voz de Henry por encima de mí y vuelvo a sentarme bien a regañadientes.

Miro hacia la izquierda, pero la recién llegada va camino de la sala rectangular. Camina con la espalda perfectamente recta y viste una falda amplia. Ambas cosas se alejan de mí, pero, aun así, ella está aquí y yo no puedo quedarme.

—¿Está bien, Amy? —pregunta Henry, inclinándose sobre la mesa.

—Sí, gracias, pero tengo que irme.

—¿De verdad? —Pone cara triste y saca un reloj de bolsillo dorado—. Claro, sí, llevamos un buen rato hablando. Yo también llego tarde. ¿Puedo acompañarla a casa antes? Prefiero llegar tarde que verla desaparecer sola bajo la lluvia.

Pero eso es exactamente lo que debo hacer. Huyo como si fuera Cenicienta, pero con las dos botas puestas y los cordones bien atados. Ya estoy saliendo por la puerta cuando Henry deja unas monedas en la mesa, alcanza el sombrero y me sigue.

—Lo lamento, Henry. —Cuando se une a mí en la calle mojada por la lluvia, me vuelvo hacia él y le tomo la mano, sin importarme el qué dirán—. Me encantaría quedarme más tiempo, pero no puedo retrasarme. Mi anfitriona me está esperando. Imagino que no asistirá al baile de Greatmead Hall de esta noche.

No lo hará. Está en casa de unos amigos, en la calle Henrietta, y han organizado una cena para esta noche.

—Pero sí he oído algo sobre eso. Es en honor del compromiso de la señorita Genevieve Colt, ¿no? Me temo que mis amigos y yo no somos lo suficientemente importantes. Se mueve usted entre lo mejorcito de la sociedad, Amy. Venga, ¡no ponga esa cara triste! La mitad de Bath daría cualquier cosa por asistir. ¡Y la otra mitad lo hará!

No puedo evitar sentir congoja. Moverme en círculos que no reconocen a Henry Mead no es ningún honor para mí.

—¿Volveré a verle mientras estoy en Bath?

—Por supuesto. —Parece confundido al ver que tengo prisa y echa una mirada a la calle—. Deje que avise a un coche si no quiere que la acompañe caminando. ¡Aquí! —Da un silbido—. ¿Cuál es su dirección, Amy? ¿Dónde puedo encontrarla?

—Estoy en la calle Rebecca. —Un coche se acerca a nosotros, planea y salpica cuando las ruedas pasan por los charcos. Abre la puerta—. No podrá olvidarse de la casa, ¡se llama Hades House! Mi anfitriona es la señora Riverthorpe. ¡Visíteme, Henry! —Entro en el vehículo y Henry intercambia

unas palabras y da unas monedas al conductor.

—Se lo prometo. Mañana. ¿Hades House? Parece que el nombre da para escribir otra historia.

—Pues sí. Oh, Henry, qué alegría volver a verle...

—Lo mismo digo. Hasta mañana entonces. Iré por la mañana. —Cierra la puerta.

Se me ocurre preguntarle una cosa más y me asomo por la ventanilla.

—Antes de que se vaya, ¿no habrá conocido por casualidad al señor Frederic Meredith durante su estancia en Bath? Creo que era amigo de Aurelia.

—¿Frederic Meredith? Lo lamento, Amy, pero no. Si quiere, puedo preguntar a mis amigos, pero no he oído hablar de él.

El coche arranca con un siseo de las ruedas bajo la lluvia y me deja una sensación de pena. De nuevo mi pasado da como resultado un desenlace abrupto para un encuentro feliz. Por un instante, ahí, en la cafetería, he pensado que las dos noches que he pasado en Hades House me han trastornado por completo.

Sus rasgos aristocráticos, que permanecen grabados de manera indeleble en mi mente, su porte orgulloso, su cabello largo y castaño, sus ojos azules. No era *lady* Vennaway, sino alguien todavía peor.

Era su hermana, Arabella Beverley.

Capítulo 45



Cuando llego a Hades House, me he autoconvencido de que no ha pasado nada. La señora Beverley no me ha visto. Y, aunque me duele separarme de Henry una vez más, está aquí y lo veré mañana. Entro apresuradamente, reconciliada con Bath. La presencia de un amigo en la ciudad proyecta una luz totalmente nueva en las próximas semanas. La luz se ve atenuada cuando me encuentro a la señora Riverthorpe esperando en el recibidor. Está al acecho como un cocodrilo, paciente y mortífera a la sombra.

—Veo que ha intentado ahogarse para tener una excusa para evitar ir al baile. Le aseguro que no voy a permitir que se escabulla tan fácilmente.

—Estoy segura de que no, señora Riverthorpe. He vuelto para secarme y arreglarme.

—Va a necesitar más que secarse para arreglarse, señorita. Le enviaré a Cecile, ella la adecentará.

No sé quién es Cecile, pero no se me ocurre discutir. Conozco poco la casa más bien extraña que es Hades House y hasta ahora solo he conocido a la señora Riverthorpe y a Ambrose. La segunda parece desempeñar un papel indeterminado entre ama de llaves, doncella de la señora y estimada amiga. No estoy segura de cómo hablar con ella, una ironía que no se me escapa.

Supongo que debería contar a la señora Riverthorpe, que al parecer está vinculada con el secreto de Aurelia de algún modo incomprensible, que la tía

de mi amiga está en Bath. Pero me está empujando por la escalera, concentrada en el baile. Se lo contaré esta noche, me digo, será un momento mejor para hablar con ella.

Cecile aparece justo cuando me acabo de quitar el vestido y me he puesto unos papeles para rizarme el pelo. He elegido el vestido rosa de nuevo. Me parece una vergüenza llevar el mismo vestido dos veces y prefiero el de color melocotón, pero, por alguna razón, sé que no va a agradar a la señora Riverthorpe. Es posible que nada le agrade, pero no puedo hacer nada a ese respecto.

Cecile, sin embargo, me echa un vistazo y frunce los labios. Es francesa, muy joven y está muy segura de lo que está bien y lo que está mal. Abre el armario sin preguntar y pasa mis vestidos como si fueran las páginas de un libro. Se detiene cuando llega al rojo.

—No, Cecile. No puedo ponerme ese. No es adecuado para mí —me limito a decir, sin añadir más por si debido al idioma no me entendiera bien, pero Cecile parece sorprendida.

—¿Que no es adecuado, *mademoiselle*? Creo que está equivocada, discúlpeme. Es la elección perfecta para la ocasión.

—No, es algo... más atrevido de lo que suelo ponerme. Fue un regalo de una amiga, un regalo muy amable, pero no me sienta tan bien como el rosa.

—Le sentará a la perfección. Mucho mejor que ese. —Saca el vestido—. Vamos, *mademoiselle*, la señora Riverthorpe querrá echarle un vistazo antes de que se vayan. No perdamos el tiempo.

—No, Cecile, de verdad. Es muy amable por ayudarme, pero no voy a sentirme cómoda. No me refiero a que no me siente bien, sino a que no me sentiré cómoda con él. No... dice quién soy yo. No se corresponde con mi carácter. ¿Me entiende?

—La entiendo perfectamente, *mademoiselle*, lo ha explicado con claridad, pero ese no es el objetivo. El objetivo de vestirse para un baile no es mostrar su carácter, sino tener un aspecto... *comme il faut*. El rosa no.

Su inglés es impecable, pero está muy claro que no hablamos la misma lengua.

Con una destreza remarcable, Cecile me quita el miriñaque y lo cambia por

otro más grande, me coloca el vestido rojo y me retira los papeles del pelo, todo en cuestión de pocos minutos.

Va a buscar rosas rojas, suero de bandolina y algo que parece parafina; procede a arreglarme el cabello con un estilo extraordinario. Cuando ha terminado, parece que tenga dos veces más pelo del que tengo; lo llevo recogido en lo alto de la cabeza y parezco más alta. Unas ondas sueltas que parecen signos de interrogación me caen por las mejillas y tengo al menos tantas rosas como mechones en la cabeza y, gracias a ellas, huelo estupendamente.

Murmuro que tal vez Cecile haya sobrestimado su capacidad para dominar mi cabello, incluso con bandolina, pero sacude la cabeza y me atrevo a pensar que incluso el cabello será obediente esta noche.

Estoy equipada con un abanico negro, un chal negro y un ridículo negro. Doy vueltas y vueltas para que me examine durante un minuto; el corpiño está liso, la falda está bien colocada y me permite salir de la habitación.

La señora Riverthorpe apenas me mira, pero sé que en esa mirada ha comprobado con todo lujo de detalles la apariencia que luzco.

—Bien hecho, Cecile. Buenas noches.

Cuando nos dirigimos al carruaje, me veo en el espejo largo del recibidor. Me dan ganas de llorar. No solo me siento expuesta, incómoda y no me reconozco. ¡Ni siquiera estoy guapa! El estilo del peinado no me favorece a la cara. Las rosas y el pelo parecen haberse enzarzado en una pelea por la supremacía y los complementos negros dan un toque duro a la palidez de mi piel. Si tenía que convertirme en otra persona por una noche, habría preferido convertirme en una belleza.

Capítulo 46



Lo más sorprendente es que causo impresión. Concentrándome intensamente consigo que mi elegancia en sociedad sea impecable. Por supuesto que sí, es la de Aurelia. Admiran mi vestido y, aún más, mi peinado. Parece que marco tendencia en moda.

La señora Riverthorpe me presenta de un modo admirablemente vago como «una joven amiga del campo». A nadie parece importarle dónde está el campo; si no es Bath, no tiene interés. De lo único que habla todo el mundo durante toda la noche es de Bath y nadie me pregunta nada aparte de qué opino de Bath. Comento lo elegante que es y la cantidad de entretenimientos que ofrece, y todos se muestran felices.

Estoy constantemente rodeada por bastante gente. La señora Riverthorpe, aunque se comporta de manera descortés con todo el mundo, algo que me impacta, parece estar muy demandada. Deseo ver a Madeleine y a Priscilla, a Edwin y a Constance, a Michael. Deseo ver a Henry. Deseo ver un rostro conocido.

¡Y entonces veo uno! Por tercera vez hoy, no me lo puedo creer. Empiezo a pensar que todos aquellos a los que he conocido (no son muchas personas, hay que admitirlo) van a congregarse esta noche aquí, en Bath. Cuando miro y aparto la mirada, veo que él está examinando el salón, con aspecto calculado y metódico. Cuando llega a mi grupo, se fija en mí con interés y a continuación

continúa hasta la señora Riverthorpe. No me sorprende; si Henry no me reconoció antes, seguro que el señor Garland no lo hace ahora. Mi transformación ha ido un paso más allá esta noche.

No obstante, espero hablar con él. Más que nada, me gustaría tener noticias de Twickenham y, tal vez, de mis amigos.

El señor Garland se excusa ante sus acompañantes y se acerca a nosotras. Avanza con gran elegancia entre la multitud. Me pongo nerviosa por temor a que no me salude, y no debería. Cuando llega junto a la señora Riverthorpe, vestida esta noche con un excéntrico vestido dorado brillante, le toma la mano y se la besa.

—Mi querida Ariadne, qué maravilla verla, y tan radiante. ¿Cómo está?

La mujer se inclina con dificultad, como si sus mismos huesos se resistieran a mostrarse civilizados.

—Quentin. Estoy como siempre, sigo viva, con mi fortuna y profundamente descontenta con todo aquel que conozco. Dudo que pueda usted entretenerme mejor, aunque al menos resulta más agradable a la vista que la mayoría. Siempre he opinado que, si un hombre carece de una apariencia recomendable, debería esconderse y no mostrarse en público. En nombre del buen gusto. Y aquí estamos, rodeados de individuos nada atractivos y además aburridos. ¿Qué podemos hacer?

Me quedo boquiabierta por su osadía. El caballero en cuestión sonrío animosamente, como si estuviera decidido a disfrutar de la señora Riverthorpe de una forma o de otra.

El señor Garland se vuelve hacia mí con una sonrisa encantadora.

—¿Podría tener el placer de conocer a su nueva amiga, Ariadne?

—Creo que le gustaría, Quentin. Es una joven amiga mía del campo, la señorita Amy Snow. Amy, le presento al señor Quentin Garland. Es tan aburrido como el resto de los hombres, pero es guapo y rico, así que la gente tarda más en darse cuenta.

—Buenas noches, señor Garland. —Hago una reverencia exagerada.

Al escuchar mi nombre, enarca las cejas.

—¡Santo cielo! Creo que nos hemos... ¿Señorita Snow?

—Correcto, Quentin. Amy, ¿ha visto antes a este brillante caballero?

—Sí, en Twickenham. ¿Cómo está, señor Garland? Qué agradable volver a verlo.

Y es cierto. Lo veo más apuesto que nunca: alto y delgado, con la luz de los candelabros danzando sobre su pelo dorado como el brillo del sol en el agua. Ha cambiado el habitual pañuelo azul por uno de un tono más suave, un azul helado.

—Yo no iría tan lejos, Amy; nunca es del todo agradable ver al señor Garland, con sus negocios y múltiples inversiones. Dios mío, hace bostezar a cualquiera.

El señor Garland parece divertido de verdad.

—Espero que no sea ese el recuerdo que tiene de mí, señorita Snow, y si así fuera, ojalá pueda hacer que cambie esta noche. ¿Me honraría con un baile, si tiene alguno libre?

Consulto mi tarjeta de bailes; busco a tientas en el ridículo y se me caen este y el abanico. Me agacho para recogerlos y entonces me acuerdo de que tengo el corsé y el miriñaque colocados de forma que me resulta del todo imposible hacer ese movimiento. Además, se supone que debo de quedarme de pie y esperar a que algún caballero solícito los recoja por mí. Y así sucede. El señor Garland está a la altura de su nombre.

La noche pasa, desconcertante, como si se tratara de un sueño. La imagen es tan bonita como la del baile de Richmond: las faldas dando vueltas y los cristales tintineando, las jóvenes preciosas y los enormes ramilletes de flores. Pero es más impresionante, y eso que Lowbridge fue bastante impresionante para mí. Siento como si conociera a toda la población de Bath en una noche y paso horas bailando.

Intento imaginarme a Aurelia aquí, danzando en este mismo salón, delante de mí, absorta flirteando y demasiado fascinada para regresar a casa. Aún espero verla, riendo y poniendo los ojos en blanco. Cuando comencé este viaje, me sentía así a todas horas, pero no me pasa desde hace un tiempo. Me sorprende al comprender que, en algún momento durante el trayecto, debo de haber aceptado que se ha marchado para siempre.

Bailo varias veces con el señor Garland y me resulta muy raro estar aquí

con él, sobre todo después de haber visto a Henry hoy en la ciudad. Es como si unas piezas distintas de mi vida volvieran a unirse y el tiempo se hubiera desdibujado.

Descubro que bailar con él es una experiencia totalmente diferente a la de mantener una conversación con él. Me siento pequeña e incómoda. Él se desliza y yo me apresuro, él se agacha y se balancea y yo me bamboleo. Ojalá estuviera cómoda, ojalá pudiera impresionarlo, pero sigo convencida de que parezco torpe y tosca a su lado. Si él tiene esa misma impresión, no da muestras de ello y regresa en busca de un nuevo baile con tanto entusiasmo como en el anterior.

Finalmente, una vuelta enérgica me derrota. No puedo seguir el ritmo de sus piernas largas; me acompaña a un asiento y me trae un vaso de ponche, que me entrega con una reverencia. Ha encontrado un espacio tranquilo en un salón en el que no me habría imaginado que pudiera existir tal cosa y se sienta con la cabeza inclinada hacia mí.

Es un alivio sentarme y recuperar el aliento, y por fin tengo ocasión de preguntarle por mis amigos. Para mi decepción, no ha sabido nada de los Wister desde que nos vimos por última vez. Al parecer, cuando regresó de Edimburgo, fue a la casa y dejó su tarjeta a una rolliza doncella de cara sonrojada.

—¿Cómo estaba Bessy? —pregunto y me lanza una mirada extraña.

—No pregunté. Creo que parecía... estar bien.

Por supuesto, el señor Garland no iba a pasarse el día con una criada.

La familia estaba ausente y yo me había trasladado, le contó, pero Bessy no podía decirle adónde. Sintió decepción por haberme perdido, pero aceptó el destino.

—¿Qué puedo esperar cuando desaparezco durante semanas? —Se encoge de hombros, con remordimiento—. No quise recurrir a la familia para preguntar dónde había ido, pues la conozco muy poco. Me alegro mucho de haberla encontrado aquí, señorita Snow.

Sonrío. Aunque no hemos hablado del baile de Lowbridge, estoy segura de que las noticias del escándalo con la señora Ellington han llegado a sus oídos; me alegra saber que, tras semejante incidente, no lamenta conocerme.

Me sorprende descubrir que aquí nadie conoció a Aurelia. Pregunto a tres o cuatro personas, pero el nombre de *lady* Aurelia Vennaway no les dice nada. Tampoco nadie puede hablarme de Frederic Meredith. Me pregunto si en este lugar la gente pasará de moda tan rápido como los vestidos.

Capítulo 47



Pasan las horas y los zapatos me exasperan. La señora Riverthorpe me llama de vez en cuando para que conozca a alguien o para pedirme opinión sobre alguien. No sé por qué, pues la suya y la mía nunca coinciden.

En una ocasión, me pide que vaya a buscarle un vaso de ponche. Estoy pescando en el cuenco de cristal del ponche, que es tan grande como un lago, cuando vuelvo a ver a alguien que conozco. Pero al contrario que con Henry o el señor Garland, esta no es una sorpresa agradable. Pelo largo y castaño, rasgos aristocráticos... se me hiela la sangre. Debería de haber imaginado que estaría aquí. Tendría que haberlo sabido y habérselo contado a la señora Riverthorpe.

—¡Tú! —sisea Arabella Beverley, la tercera hermana de *lady* Vennaway.

Viste alivio de luto y eso hace que me sienta acalorada y avergonzada con mi vestido rojo. Aunque mucho menos bonito, tiene el pelo abundante de su hermana mayor y de su sobrina, la misma estructura ósea refinada. Casi literalmente, me parece estar en presencia de un fantasma. Me muevo para tocarla, esperando que se disuelva delante de mí, porque, aunque el cerebro me diga que es Arabella Beverley, mi corazón siempre busca a Aurelia Vennaway.

Retrocede para apartarse de mi mano y derramo el ponche.

—No te habría reconocido nunca, pero Marianne Hamilton me acaba de decir que alguien estaba preguntando por Aurelia, lo que hizo que observase con detenimiento. ¿Qué haces en el baile de compromiso de lord Littleton y vestida tan elegante? —Me mira de arriba abajo—. Ya veo que la pérdida no te ha afectado.

Me asalta el pánico y se me nubla la mente. Lo único que puedo pensar es que ella no puede saber que Aurelia me ha dejado una fortuna. Su hermana ya me ha enviado una carta, sigue pensando en mí. Si Arabella Beverley regresa a Surrey y cuenta a *lady* Vennaway que estoy viviendo una vida de lujo en la sociedad de Bath y que está claro que tengo dinero, vendrán a buscarme y descubrirán que Aurelia tenía un secreto. Todas las paradas de mi viaje, todas las precauciones... todo habrá sido en vano.

Me doy la vuelta y me aparto de ella, pero estira su delgado brazo para agarrarme.

—¿Adónde vas, descocada? ¿Qué ocultas? ¿Quieres que cuente a todo Bath quién eres y de dónde vienes?

—No me importa en absoluto todo Bath, señora. ¡Puede contarlo si lo desea! —replico, temblando de rabia. Vuelve a suceder lo del último baile, otra vez lo mismo, excepto que esta vez no trato de evitar la inevitable confrontación.

—Ah, ¿sí? —comenta, reteniéndome aún—. ¿Por qué eres tan descuidada con tu reputación cuando está claro que has escalado mucho? Me pregunto cómo lo has conseguido en tan poco tiempo. Ah, ya veo. ¡Ya veo!

Yo no lo veo. Al parecer, ha llegado a una conclusión, pero no sé cuál es.

—¿Amy? ¿La está molestando esta persona?

Me salva la más improbable de las rescatadoras. Los ojos grises de la señora Riverthorpe se tornan negros cuando mira a la señora Beverley.

—Es la señora Beverley, la tía de Aurelia.

Murmuro la explicación, pues me parece inútil presentarlas formalmente y lo único que deseo es que la señora Riverthorpe entienda que el secreto de Aurelia corre peligro.

Me toma del otro brazo y, por un momento, me encuentro entre las dos; parecen niñas peleándose por una muñeca. Entonces la señora Beverley me

suelta y me acerco un paso a mi anfitriona. Es estrecha como una espada y tiembla cuando camina, pero a mi lado la siento tan firme y fuerte como un roble.

—¿Sabe quién es? —pregunta la señora Beverley.

—Naturalmente —responde con desdén la señora Riverthorpe—. Amy Snow, pobre como una rata cuando abandonó la casa de su hermana, con un aspecto mucho más espléndido ahora. ¿Qué pasa?

Veo cómo la señora Beverley observa los magníficos diamantes de su oponente, los hombros desnudos y arrugados y las plumas que adornan su cabello plateado. Después mira mi vestido de hombros bajos, ostentoso, los adornos negros y las rosas que llevo colocadas de forma seductora en el cabello. Noto cómo hace una comparación inevitable.

—Me gustaría saber por qué la encuentro aquí. Su lugar no está entre la gente respetable. Se vio frustrada cuando Aurelia no le dejó más que una modesta herencia y ahora parece que ha encontrado otros medios para avanzar... al menos económicamente.

Lleva una mezcla de horror y placer en la cara que veía muy a menudo en Hatville. Empiezo a abrigar la sospecha de cuál es la conclusión a la que ha llegado la señora Beverley. Es verdad que una joven sola y sin protección ni medios cuenta con muy pocas opciones, y tan solo una podría haberme permitido adoptar este refinamiento tan rápido.

—¿Gente respetable somos? —replica la señora Riverthorpe—. ¡Su respetable hermana echó a Amy sin un céntimo después de toda una vida de servicio a su hija! Amy ha enmendado la situación, y con mucho éxito. Estoy orgullosa de ella.

Me dan ganas de soltarme de su mano restrictiva. No me importa que la gente sepa que tengo unos orígenes horribles, pero me afecta al respeto propio que piensen algo así. Quiero protestar y decir que soy rica gracias a Aurelia, y solo a Aurelia. Sin embargo, no puedo hacer tal cosa. Y mientras la señora Beverley piense lo peor de mí, no hará preguntas sobre mi herencia.

—No conozco su nombre, señora —dice la tía de Aurelia—, pues no ha tenido la cortesía de presentarse. No obstante, no estoy segura de que lo que usted considere digno de orgullo sea así para gente refinada, que considere el

paso de los años una causa para presentarse con dignidad y reticencia.

—Ah, ahora le preocupa la cortesía, ¿no? Entonces le diré mi nombre. Soy Ariadne Riverthorpe.

Al igual que en el baile de Richmond, se ha reunido un grupo de gente al primer indicio de confrontación. Me imagino que la señora Riverthorpe es promesa de un buen espectáculo. El señor Garland se dará cuenta de que no puedo asistir a un baile sin acabar convirtiéndome en el núcleo de alguna deshonra.

La señora Beverley conoce el nombre, por supuesto, pues abre mucho esos ojos azules que tiene. La poca reputación que pueda tener desaparece como el agua de lluvia por un desagüe. La señora Riverthorpe continúa, totalmente despreocupada:

—Quiere dignidad y reticencia, ¿no? Entonces una mujer debería callarse en el momento en que le sale una arruga, ¿eso piensa? ¿Que tiene que cubrirse de velos y guardar silencio? ¿Tienen que sentir vergüenza los hombres cuando dejan de ser un elemento decorativo? ¿Son los hombres criaturas bellas con su pelo mullido y mejillas carnosas y entrepiernas abultadas? ¡Creo que no!

Una risita nerviosa se extiende entre el público como las burbujas de un champán.

Lo único que se me ocurre pensar es que me sentí del todo avergonzada al decir «desnuda» delante de la gente en Richmond. Al menos no hablé de entrepiernas abultadas. Las mejillas pálidas de la señora Beverley se tiñen de color.

—Es usted una hipócrita, señora Beverley —prosigue la extraordinaria amiga de Aurelia—. Encuentra refugio en las convenciones y se convence de que los logros que ha conseguido usted son moralmente sensatos, porque están socialmente aprobados. Solo los débiles necesitan un refugio como ese. Así pues, váyase a casa, cuente a todo el mundo que ahora Amy tiene dinero. Dígales que todo lo que deseaban para ella, pobreza, ignominia, desconsuelo, ha desaparecido. Ella no lo quiere así.

La señora Beverley asiente.

—Claro que lo contaré, puede estar segura.

Se acerca a ella un caballero corpulento de aspecto corriente, supongo que

el tío de Aurelia, y la señora Beverley se vuelve hacia él emitiendo algo parecido a un sollozo. Sorprendido, el hombre mira a las dos desconocidas que se están enfrentando a su esposa y se la lleva. La gente se dispersa.

La señora Riverthorpe suelta una risotada.

—¡Ja! Qué pequeño es el mundo, ¿no? Un encuentro inoportuno, pero no ha causado ningún daño, creo.

—¿Ha pensado... ha pensado ella...?

—¿Qué pasa, niña? ¿Se te ha enredado la lengua? ¿Y dónde está mi ponche?

Estupefacta, relleno el vaso que sigue en mi mano.

—Señora Riverthorpe, si estoy en lo cierto, la señora Beverley piensa, y usted ha insinuado, que soy... que soy... Ahora todo Hatville va a pensar que soy...

—¡Eso mismo! ¡Ja! ¿Ve lo útil que es que la gente esté dispuesta a pensar mal de los demás?

—Pero, señora Riverthorpe, ¡había gente escuchando! Los rumores no solo circularán por Hatville, sino por todo Bath...

—Pensaba que Bath no le importaba.

—No, pero...

Se acerca a mí y me mira fijamente a los ojos.

—Amy, no sea tan inocente. Era eso o que pensara que Aurelia le había dejado una herencia. Nos hemos librado de ella. ¿No era eso lo que deseaba?

—Sí.

—Y la sociedad de Bath no le importa, ¿no es así?

—¡Sí! Pero me resulta doloroso que gente desconocida piense de mí algo tan sumamente falso, tan en desacuerdo con mi sensibilidad.

—Uf, sensibilidad. Amy, nació usted deshonrada y la han tratado así la mayor parte de su vida. Allá donde vaya, la gente pensará cosas de usted que no son ciertas, ¡en particular que su devoción por Aurelia era una farsa calculada para quedarse con su dinero! Es una joven que viaja sola en una sociedad que injuria la independencia en una mujer. ¡Invita usted a la censura y a la confusión! No puede permitirse sensibilidades.

Me quedo mirándola, sin palabras.

—Pero sea honesta, Amy. No cambiaría nada. Le gusta pensar que Aurelia le ha dejado en una posición intolerable, pero no regresaría a su vida anterior, dulce y dependiente y oprimida. ¡No volvería atrás! —Tras decir eso, se retira.

Me quedo un momento aturdida, observando cómo se aleja. A continuación, me doy la vuelta y salgo disparada en la dirección opuesta.

Subo las escaleras hacia la gran galería y la puerta que da al balcón. Necesito que el aire fresco de la noche se lleve mi vergüenza. No puedo soportar pensar que lo que ha dicho la señora Riverthorpe sea verdad; recuperaría a Aurelia a cualquier precio, ¿no?

Un grupo de invitados que hay al lado de la puerta hace que ralentice el paso y, cuando cruzo junto a ellos, veo una imagen reflejada en un espejo enorme de pie con un elegante marco de oro. Chicas jóvenes, inocentes, vestidas de blanco o de beis, de pie junto a sus madres, tan protegidas y resguardadas. Y aquí estoy yo, en el fondo, con este llamativo vestido, rojo como el vino. Mi cabello ha desafiado a Cecile; el pelo y las rosas se rinden a la gravedad y caen en una cascada oscura. Tengo la cara sonrojada, los ojos flameantes. Tengo la misma edad que esas chicas, pero mis experiencias son del todo distintas. Flaqueo cuando paso por su lado, pues ellas son guapas, tienen la tez pálida y están a salvo.

Y, aun así, si la elección fuera mía... Por primera vez en mi vida, lo que siento cuando me veo es admiración. Estoy sorteando el mundo, no importa que lo haga con torpeza. Yo no soy dulce ni dependiente. Soy feroz y libre. Me quema admitirlo, pero la señora Riverthorpe tiene razón: no volvería atrás.

Capítulo 48



El trayecto a casa en carruaje transcurre en un silencio sepulcral; tengo mucho en lo que pensar, lo apruebe la señora Riverthorpe o no. No obstante, cuando entramos en el recibidor de Hades House, que me parece más inquietante que nunca con la lámpara lanzando un brillo sin luz sobre el espacio sombrío, la sigo al salón sin que ninguna de las dos pronuncie palabra. Tomamos una copa de vino de Madeira juntas.

En la chimenea hay un pequeño fuego encendido. La señora Riverthorpe se sienta en un sillón verde y burdo y de pronto comprendo que es vieja. Parece absurdo que me haya dado cuenta ahora, solo dos días después de conocerla, pero esta mujer tiene una voluntad de hierro y una fuerza vital pura, todo ello envuelto en telas extraordinarias. Cuesta verla como a una anciana, pues cada palabra, cada mirada y cada vestido de los que lleva lo impide. Sin embargo, no todas las octogenarias se quedarían en un baile hasta pasadas las dos de la madrugada, enfrentándose uno a uno a cada individuo en una batalla oscura que ella determina.

Me recuerda a Aurelia. Sí, Aurelia era joven, bonita y encantadora, pero tal vez también lo fuera la señora Riverthorpe en algún momento. En lo que es presencia, determinación y brillantez, son iguales.

La idea hace que sienta más ternura por ella cuando le paso la copa. Me fijo en que le tiembla un poco la mano al aceptarla.

—Bien, ¿qué opina la señorita Amy de los interesantes acontecimientos de esta noche? Si no le parece demasiado pronto para que formule la pregunta. Si no necesita varias semanas para pensar en la respuesta.

Se mofa de un modo superficial, pues hasta me sonrío. Debe de estar cansada.

Me lleno una copa para mí y me siento frente a ella.

—Opino que puede que necesite toda una vida para averiguarlo. Para mí ha sido como un sueño, señora Riverthorpe. Gente de Hatville, gente de Twickenham, todas las piezas de mi vida en colisión.

—No es tan inusual. Una persona no puede pasar cinco minutos en Bath sin ver a una docena de personas que conoce de otro lugar.

—¡Ahora empiezo a comprenderlo! Mi círculo de contactos no es tan grande y ya he visto a dos personas que conozco. —No menciono a Henry. No quiero que se burle de mí—. ¡Que la tía de Aurelia piense eso de mí!

—Antes tampoco tenía una buena opinión de usted. Siento desilusionarla, pero su relación conmigo tan solo pone en tela de juicio su respetabilidad. Corren muchos rumores sobre mi persona. No haga caso de lo que piense la gente, Amy. Y si lo hace, no permita que nadie se entere.

—¿Son ciertos los rumores?

—¿Importa?

—No, pero siento curiosidad. Era amiga de Aurelia. Me estoy alojando en su casa y no sé nada de su vida.

Se ríe, pero no es la risa astuta de siempre, sino una risa cansada, una que hace que los huesos se me derritan.

—Nunca podría saber cómo ha sido mi vida. No quiero desprestigiarla, es sencillamente que nadie podría entenderla. Existe un patrón para las mujeres en este mundo en que vivimos, Amy, y Dios nos libre si no lo seguimos.

»Pero si la vida nos plantea retos que se salen del patrón, ¿qué podemos hacer? Me da risa que las mujeres tengan tan pocas alternativas, y encima se les castigue por echar mano de lo que tienen. Me da risa que se injurie a las mujeres por usar el único poder que poseen de un modo que las beneficia. Me da risa que estemos condenadas a una vida de vituperios por alejarnos de la paradoja retorcida en la que nos convierte la naturaleza y la práctica. Muchas

cosas me hacen reír, Amy, y ninguna de ellas es divertida. —Se mece adelante y atrás, triste, parodiando una carcajada que resulta desalentadora.

—Habla como Aurelia.

Suaviza los rasgos.

—Antes era como ella; también fui una dama y las expectativas puestas en mí fueron muchas. Era joven, de su edad más o menos, cuando me sedujo un sinvergüenza que luego me abandonó. Me fugué con él, por lo que mi decisión fue pública y no hubo forma de fingir que no había pasado nada. Algo similar le había pasado a otra joven dama a la que conocía. Ella acabó suicidándose por la vergüenza.

Se levanta, se acerca al fuego y remueve los leños con un atizador. Las llamas se avivan, aunque no sin protestar, pero poco hacen contra el frío. Se sienta de nuevo en el sillón, mirándome, con un brazo apoyado en el reposabrazos de madera y el otro estirado en el respaldo. Nada de manos juntas en el regazo, en una pose recatada.

—Entonces se supo que ella había sido una víctima inocente. Lo que hizo fue visto como una señal de lo sensata y virtuosa que era, a pesar de haber errado. Hizo un trabajo excelente para restaurar su buen nombre. Lo malo fue que estaba muerta.

—Por supuesto, usted tomó una decisión diferente.

—Naturalmente. Cualquiera que prefiera estar muerto a deshonrado es un necio.

La oscuridad parece cernirse aún más a nuestro alrededor.

—Yo... coincido con usted, señora Riverthorpe. ¿Es usted...? —La palabra «feliz» no me parece apropiada—. Cuando mira atrás, ¿su vida le agrada?

Para mi sorpresa, me mira muy concentrada, como si fuera una buena pregunta.

—Supongo que, si Dios pensara que mi pecado era tan imperdonable, podría haber terminado él mismo conmigo, pero no lo hizo. Amy, eso fue hace sesenta y cinco años. En ese tiempo, no ha sido siempre fácil, no todo ha sido bonito y esos años han estado llenos de desafíos, pero han sido mis años, todos míos, y nadie puede decirme que no debería haberlos vivido. —Asiente

con decisión y se bebe el vino.

»Han hablado de mí, puede estar segura. Muchas de las historias que se cuentan son ciertas, y otras no. Así funciona una vez que sales de la jaula. Pero no pienso corregir ni una de esas historias. Y aquí me tiene. No soy respetable, pero sí poderosa, que es algo muy diferente.

Me quedo un momento en silencio, digiriendo sus palabras. No puedo negar que admiro su espíritu a la hora de vivir públicamente y con orgullo en lugar de ocultarse. Los demás habrán muerto ya: sus padres, el hombre que la embaucó, los vecinos escandalizados de entonces. Pero los errores permanecen y llenan el aire como el olor a cebolla, lo sé bien.

Imagino que hubieran descubierto a Aurelia y Robin. Ella se habría enfrentado al escándalo con la cabeza bien alta, incluso habría disfrutado, si hubiera tenido salud. Pero cansada y débil, con la muerte tan cerca... bueno, tenía otras batallas que luchar. Empiezo a comprender ahora que mantuviera esta extraña amistad con la señora Riverthorpe. Empiezo a entender lo mucho que recorrió Aurelia para revelarme la verdad de los últimos años a mí, y solo a mí.

—Lo que no comprendo es por qué nadie elige esta vida —digo al fin—. Yo no podría soportarlo. Estar siempre a la vista, siempre desconfiando de lo que piensan, preguntándome qué dicen de mí.

—¿Cree que sería distinto en otra parte?

Me acuerdo de Hatville: todo eran interminables desaires y calumnias.

Me acuerdo de Londres: de las miradas frías y ofensivas de los ricos en el Panteón mientras caminaba entre ellos sin carabina.

Me acuerdo de la señora Ellington: «¿Se atreve a llamarlo amistad? ¿Cómo puede existir tal cosa entre la hija de la familia más importante de Surrey y alguien como usted?».

Con cada reflexión se me encoge un poco más el corazón.

Pero entonces me acuerdo de Henry y Albert. Los Wister y Bessy. Y, más que nadie, con tanta claridad como si la hubiera visto ayer, me acuerdo de mi querida amiga, siempre tan contenta de verme: «Vamos, Amy, hace un día precioso, ¡vamos al río!».

Contengo las lágrimas que me arden. Tengo la garganta cerrada y le doy un

sorbo al vino. Me levanto para servirme otra copa.

—Puede ser diferente. Puede que no en un lugar, pero sí en muchos... ¡puede que en cualquier sitio! Siempre me he considerado desafortunada, señora Riverthorpe, pero no lo soy, pues he conocido la verdadera amistad. De todas las bendiciones de la vida, creo que esa debe de ser la mejor.

—Bien, chiquilla, no se emocione. Sí, sí, el mundo está lleno de gente adorable y la verdadera devoción es lo que hace que el mundo siga dando vueltas. ¿Se imagina por qué me han hecho tanto caso esta noche?

Resoplo en la copa.

—Señora Riverthorpe, discúlpeme, pero me sorprende que le hayan hecho tanto caso esta noche.

Se echa a reír.

—Pues porque soy rica, por supuesto, y, mejor que eso, estoy sola en el mundo, sin herederos que se queden con mi fortuna. Son buitres al acecho, Amy, esperando para devorarme cuando haya muerto. Todos afirman que me encuentran divertida, que admiran mi determinación de vivir para siempre cuando la realidad es que me encuentran tediosa hasta el extremo. Soy lo que podría calificarse como una inversión incierta del tiempo y del respeto por uno mismo: saben que es posible que pasen años aguantándome y tolerando mis formas y no recibir un solo céntimo. —Esboza una sonrisa retorcida y sus ojos grises brillan en la oscuridad.

Por desagradable que sea, no puedo evitar compartir su buen humor. De pronto me doy cuenta de que estoy disfrutando de su compañía. Si no llevara un miriñaque del tamaño de Bath, flexionaría las piernas debajo del cuerpo en este enorme sillón marrón.

—No la entiendo, señora Riverthorpe. Desprecia la sociedad ¡y la vive al máximo! ¿Por qué?

—La sociedad de Bath es lo que conozco. ¡Me divierte! No podría vivir una vida tranquila donde todo el mundo tejiese, sonriera y se ofreciera pañuelos cuando podría volar a la luna. Esta es la ironía de todo, Amy. ¡Me alimento de ellos! Los que me quieren muerta están manteniéndome con vida.

»Ver a Quentin Garland cortejándola, por ejemplo. —Se inclina hacia mí con entusiasmo para mirarme a la cara—. ¡Divertidísimo! Apuesto a que no

conoce sus orígenes humildes. Seguro que piensa que es usted una inversión segura.

—Está equivocada. —Disfruto al decirlo—. El señor Garland me conoció cuando iba mal vestida y estaba perdida. Fue igual de caballeroso aquel día igual que lo ha sido hoy. Y supongo que sabe de dónde vengo, pues todo Richmond lo sabe y él tiene contactos allí.

—Ah, ¿sí? Qué interesante. En ese caso, cuidado. Pero venga, hoy estoy de buen humor. No malgaste la oportunidad y pregúnteme lo que de verdad desea preguntar. —Se sienta recta y espera.

Me pone un poco nerviosa su comentario sobre el señor Garland, pero ha acertado con la forma de distraerme.

—¿Podría darme la carta de Aurelia y dejar luego que me vaya?

—¡Jaa! ¿Tan mal está? ¡Solo lleva aquí dos días! Oh, es usted muy tierna. No, no puedo. Usted y yo hicimos una promesa a esa niña. No voy a traicionar sus deseos.

—Sabía que diría eso. Pero ¿por qué son estos sus deseos? Por el amor de Dios, Aurelia no podía pensar en serio que yo pudiese ser feliz aquí. ¿Conoce usted su gran secreto, señora Riverthorpe, ese al que me está conduciendo?

—Sí. No se lo voy a contar, naturalmente, pero lo conozco.

Miro a la anciana encorvada y asediada que tengo delante. Aurelia no solo confiaba lo suficiente en ella como para incluirla en la búsqueda del tesoro, sino que también le contó la verdad. La miro bajo una nueva luz. Con alivio. ¿Entonces va a terminar la búsqueda aquí, en Bath, donde todo el mundo piensa que soy una cortesana?

—También conozco la respuesta a su otra pregunta, y esa sí puedo contársela. La razón por la que la ha traído hasta aquí, Amy, no tiene que ver con la felicidad, sino con lo que uno elige. —Es capaz de leerme la mente. Lo sabía—. Por eso no puedo liberarla aún. Lo apruebe o no, la sociedad, el dinero, una vida moderna son cosas que la mayoría de las personas de nuestro mundo codicia en secreto. Ella quería que usted pudiera elegir.

Ahora soy yo quien se ríe. Me parece una propuesta estrafalaria.

—Pero Aurelia me conocía bien. A ella le gustaba flirtear y que la agasajaran. Yo no soy así.

La señora Riverthorpe pone, como siempre, cara de pícara. Alarga un brazo huesudo y me toma de la mano.

—No despache ese asunto de un modo tan rápido ni se crea superior. Lleva aquí solo dos días, ¡no sabe nada! Usted no era así, pero ¿cómo iba a serlo? Aurelia quería que tomara una decisión fundamentada. No me diga que no le sentó bien ese trato especial que le ofreció ese impresionante señor Garland esta noche. ¿Es él su amor verdadero, supone? ¿Le confiere su atención una distinción que no tuvo antes y que le gusta?

Tartamudeo en un intento de defenderme, pero ella continúa, todavía aferrada a mi mano.

—¿Acaso no ha visto las miradas de celos que le echaron las demás damas esta noche? Si se fijó, entonces tal vez no le disguste tanto que la agasajen después de todo. Si no, debe de ser un poco estúpida.

—Yo... no me fijé —murmuro. Está claro que soy un poco estúpida entonces. No parece sorprendida.

—Bueno, pero considere esto, Amy: con la fortuna de Aurelia y mi presentación, si desea quedarse aquí y vivir la vida de una gran dama, podrá hacerlo. No hay duda de que podría casarse con un hombre distinguido como Quentin Garland y tener unos bebés distinguidos.

»Sé que ahora no elegiría eso. No obstante, tiene usted esa posibilidad hasta que se vaya de aquí. Aurelia era consciente de que la había privado de que tuviera la posibilidad de elegir mientras la mantuvo junto a ella. Todo eso ha cambiado. Ahora puede tener todo lo que desee.

Me suelta por fin la mano. Creo que entre lo tarde que es y el escándalo de la noche, todo me sobrepasa.

—¡No puedo! No puedo hacer que Aurelia regrese de entre los muertos. No puedo volver a Twickenham a menos que traicione su confianza. No puedo marcharme mañana de aquí. Así que no, no puedo tener todo lo que desee.

Retuerce el labio poniendo cara de desagrado.

—Muy bien querida, está usted muy deprimida.

Nos quedamos en silencio. El fuego ha menguado de nuevo y hace mucho frío. Me gustaría ir a buscar algo más caliente, pero no quiero dar la espalda a la señora Riverthorpe por si se desvanece como el humo. Se me ha ocurrido

otra cosa. Atizo un poco el fuego, pero este promete apagarse en cualquier momento.

—Señora Riverthorpe, me resulta desconcertante que Aurelia me enviara aquí, de entre todos los lugares, cuando tanto le ha costado proteger su secreto. ¡Una búsqueda del tesoro! ¡Cartas por el camino! Mis viajes de aquí para allá sin saber nada de cuál será la meta. Pero todos mis esfuerzos por mantener el secreto se vuelven del todo superfluos si todos aquellos a los que he conocido por el camino convergen en Bath.

—Tiene razón. Eso ha sido un error de juicio por su parte. Y muy inconveniente, por cierto.

—¿Entonces por qué lo ha hecho? ¿Por qué insistir en que tome tantas precauciones para luego traerme al lugar del mundo donde más expuesta a la luz pública puedo estar?

—Porque no lo sabía.

—Pero Aurelia no era ninguna tonta. Tuvo que darse cuenta de que había muchas probabilidades de que coincidiera aquí con alguien que ya me conociera de antes.

—No, no se la dio.

—¿Cómo es posible?

—Porque ella nunca estuvo en Bath, querida.

Me aprieto el chal en torno al cuerpo. El vello de los brazos se me eriza.

—¡Por supuesto que estuvo aquí! Tengo sus cartas. ¿Se refiere a que no se quedó en esta casa? ¿Tenía otros amigos en este lugar? Amigos que no eran tan deseables... ¿criados, tal vez? Sería propio de ella. ¿Es ese el motivo por el que nunca ha oído hablar de Frederic Meredith? ¿De que nadie parezca conocerla?

La señora Riverthorpe se levanta despacio y se apoya en el bastón. Comprendo, con pesar, que la he perdido por esta noche.

—No, Amy. Yo no estaba en Bath cuando conocí a Aurelia. Se lo digo y luego me iré a la cama, tengo más perversidades de las que disfrutar mañana y necesito descansar. Aurelia no sabía cómo era Bath porque nunca vino aquí. Y, en cuanto a Frederic Meredith, dudo mucho que exista siquiera.

Capítulo 49



Me despierto temprano el sábado por la mañana; los acontecimientos recientes me van dando brincos por la cabeza como si fueran ponis revoltosos. Tengo la sensación de que esto debería de estar pasándole a otra; a la joven atrevida que vestía de rojo a la que vi en el espejo anoche, tal vez. No, no puedo negarlo: ella soy yo.

A pesar de todo lo que estoy descubriendo sobre mí misma, lo que estoy descubriendo sobre Aurelia es todavía más impactante. Desde que dejé Londres, hace solo unas semanas, me he enterado de muchas cosas sobre mi amiga que desconocía. Pero todo eso no es nada comparado con el descubrimiento de anoche. Me encuentro en Bath y ella nunca estuvo aquí. ¿Y Frederic Meredith no existe? Mi querida amiga no solo me ocultó muchas verdades, sino que también mintió. ¿Será eso una de las perversidad de las que me habló la señora Riverthorpe? ¿Puede que esté equivocada? Y si está diciendo la verdad, ¿dónde se conocieron entonces? ¿En qué circunstancias podrían encontrarse (y, al parecer, forjar un vínculo especial) una heredera solitaria de Surrey con una anciana excéntrica de Bath? Las posibilidades son infinitas y, de algún modo, arrolladoras.

Salgo de la cama y pido café. Me echo el chal por los hombros y saco las cartas de Aurelia, pero no las recientes, las de hace años. Vuelvo a la cama y decido que no saldré de aquí hasta que no las relea todas. A conciencia.

Las cartas comienzan como las recuerdo, llenas de euforia por el tiempo que pasó en Londres. También parecía nostálgica, echaba de menos la campiña, y también a mí. No menciona a sus padres. Nada me eso me sorprende.

Después fue a Twickenham. Las cartas son muchas, detalladas y felices. Eché un vistazo a estas hace poco, cuando estaba en la casa de los Wister, y ahora las releo desde otro punto de vista. Me fijo en otros detalles.

Durante la ola de calor de 1844, las leí y me preocupé por que sus aventuras le pasaran factura, que enfermara y muriera, que no volviera a verla. Hoy, con esos miedos relegados al pasado, las leo con ojos nuevos. Trato de imaginar cómo fue para Aurelia, después de encontrar el amor en los brazos de Robin, después de que sus padres la traicionaran, después de huir de casa. Cómo debió de desear encontrarse bien, aprovechar cada oportunidad para disfrutar sin la vigilancia constante de su madre. Lo mucho que debió de enfadarse y asustarse cuando su salud comprometió la libertad por la que tanto había luchado.

Vuelvo una y otra vez a ciertos párrafos.

31 de mayo, 1944:

Esta mañana no me sentía con fuerzas y tuve la seguridad de que tendría que perderme el picnic en Whitton, pero pude comer un poco de sopa a mediodía y me animé al fin.

5 de junio, 1844:

El baile de lady Caulton fue muy divertido, un esfuerzo estupendo para que la noche resultase menos seria. Bailé prácticamente todos los bailes, impresionante, considerando lo débil y alicaída que me sentía esa misma mañana.

17 de junio, 1844:

Por una vez, mi obstinación me ha fallado. Me empeñé en vestirme y sentí un mareo. Perdí el conocimiento, Amy, y tuve suerte de hacerlo con la puerta de la habitación abierta, pues al parecer Hollis me vio en

el suelo y llamó a sus hermanas a gritos. Me recuperé rápidamente, pero la querida Madeleine no quiso dejarme sola, a pesar de mis súplicas...

Me sobreviene una sospecha que hace que me dé vueltas la cabeza. Me pregunto si Aurelia también lo sospechó. No creo, pues no me parece probable que me hubiera descrito sus síntomas con tanta franqueza. Por supuesto, esas referencias son breves, se encuentran perdidas entre muchos párrafos que describen momentos felices. Y siempre sonaba como si fuera ella misma.

Y, de pronto, está en Derby. Y aquí llegó la advertencia que nunca olvidaré de que el viaje conllevaría una pausa en nuestra correspondencia.

Será un viaje largo, pajarito, y tengo muchas cosas que atender... Por favor, no te alarmes por el retraso.

Aquí hubo un parón en las cartas: solo tres notas breves en julio, todas enviadas desde Derby. Yo, que era una niña insegura de trece años, me aburría con las alusiones a su caballero de los quince mil años y ese joven barón de veinte. Hoy día, siguen aburriéndome, pero por una razón diferente: porque no tienen vida, no hay calidez en ellas ni son reales.

Puede que intentara superar lo que sentía por Robin buscando un recambio. O tal vez se sentía triste porque no podría tener un futuro con él e intentaba aliviar la pena flirteando con cualquiera que llevara pantalones. Pero, aunque no sepa explicarlo, estas alusiones no se parecen a lo que diría la Aurelia que yo conocía.

Después de lo que me contó anoche la señora Riverthorpe, me pregunto si estuvo allí. Seguro que es una insensatez que lo piense. Aquí tengo la carta de agosto, y otra, y otra más, todas escritas desde Derby. Pero... no hay muchas cartas teniendo en cuenta todo el tiempo que pasó allí.

Los dibujos tampoco me convencen. No digo que les falte mérito artístico, pero las creaciones de Aurelia siempre tenían un toque personal y extravagante. Los de Derby son todos dibujos de colinas, no hay ninguno de personas, ni animales, ni rincones evocadores. No encajan con las cartas y no

muestran detalles que le hubieran llamado la atención de Aurelia y que quisiera compartir conmigo. Podría haberlos copiado fácilmente de un libro, así como extraído de la vida.

Me acuerdo de lo que me dijo Michael la mañana que me marché de Twickenham:

«Ella también se fue demasiado pronto, desapareció de repente, como usted».

¿Por qué le pareció repentina su marcha? Siempre tuvo la intención de dejarlos en junio... y regresar a casa, a Hatville. Si decidió seguir viajando más tiempo, ¿por qué tuvo que acortar su estadía en Twickenham?

Pruebo con una nueva teoría. ¿Y si Aurelia concibió un hijo con Robin?

Seguro que se encargaron de evitarlo, pero estas cosas no son una ciencia exacta, ¿no? Parece lógico que, si fuera tan fácil de controlar, no nacerían bebés no deseados. Y aunque son las mujeres las que caen en deshonra a menudo, esto también puede arruinar a los hombres.

Me acuerdo del señor Templeton y la doncella de rizos rubios. Sin importarle las posibles consecuencias, la situación del señor Templeton en la comunidad también se vio comprometida, como la de ella. Su aventura salió a la luz porque ella se quedó embarazada. Si el señor Templeton hubiera tenido el control absoluto para evitarlo, ¿por qué no lo había hecho?

Si Aurelia estaba embarazada... ¿qué pasó? ¿Cuándo se dio cuenta? ¿Qué le sucedió? Eso explicaría su reticencia a escribir en un papel lo que estaba experimentando de verdad para enviarme una carta.

¿Y después? Durante los últimos años de su vida, cuando yo sentía que volvíamos a disfrutar de una amistad nueva y madura entre dos mujeres jóvenes en lugar de una niña pequeña y su hermana mayor, ¿de verdad pudo ocultarme un secreto como ese? Aprieto los dientes. Son las mismas preguntas de siempre planteadas en un nuevo contexto.

Tal vez, igual que su madre antes que ella, sufrió un aborto. Puede que las mujeres Vennaway no pudieran dar a luz a un bebé con facilidad. No sé cómo funcionan estas cosas, estoy pensando a lo loco. Sin embargo, me parece más probable esto y no que Aurelia tuviera un hijo y no me lo contara. Me parece más probable que no diera a luz, dada su condición. Los riesgos no eran

pocos, según nos había informado el doctor Jacobs. Y no había estado con Robin solo una vez, aturdida por el dolor, sino en repetidas ocasiones. Seguramente no lo habría hecho si no estuviera segura de que estaba a salvo. La vieja Amy no puede pensar que Aurelia, mi hermana mayor, tan perfecta e inteligente, pudiera cometer un error tan grande. La nueva Amy, que parece que está desarrollándose rápidamente, entiende bien que su amiga cometía errores, no era perfecta y estaba un poco desesperada, lo que no sirve para que la juzgue correctamente. Aun así, tengo que encontrar sentido a esto.

Continúo leyendo. Se quedó en Derby, a juzgar por lo que dicen las cartas, hasta agosto, antes de viajar más al norte, a Manchester y Leeds, y prometernos que regresaría para Navidad. Aquí, las cartas vuelven a ganar un poco de su color natural y de su convicción:

Tendrías que haber visto la fábrica de algodón de Hatby, a las afueras de Manchester: es como una Navidad que nunca acaba en la que los copos de nieve blancos caen y danzan sin parar. Pero no hay muñecos de nieve, ni alegría; los trabajadores de la fábrica (hombres, mujeres y también niños, algunos hasta de seis años) tienen los ojos rojos por la contaminación y tosen mucho, aunque no se puede oír la tos porque el ruido de las máquinas la oculta.

Me acuerdo de un artículo que leímos Aurelia y yo sobre esta industria hace algunos años. ¿Fue antes o después de su viaje? Creo que antes. Me pregunto si existirá un pueblo llamado Hatby y si Aurelia vio de verdad el interior de una fábrica.

¡Amy, la campiña del norte hace que Surrey parezca una vaga imitación del concepto «rural»! Grandiosas colinas que caen como si el mismísimo viento hubiera cortado grandes pedazos de tierra, páramos verdes azulados sembrados de ríos blancos que transcurren por rocas y caen en cascadas que descansan en piscinas vidriosas y claros de hadas. ¡Sí! He visto hadas, por todas partes, y nadie puede decirme que no haya sido así.

Ayer fui a York, Amy. Qué ciudad más bonita.

La semana pasada vi el mar en Scarborough. Te encantaría ir, querida.

Me imagino que estaba embarazada y comprensiblemente preocupada. O, como alternativa, estaba débil y triste tras haber perdido a un hijo. La imagino yendo de un lugar a otro, en verano, en medio de la ola de calor. Aunque no estuviera embarazada, tal y como tenía el corazón, me parece una locura. Ninguna respuesta me satisface. Después de julio, no hay más referencias a su salud.

Sigo leyendo. Leo su decisión de seguir viajando un poco más y regresar por Shrewsbury y Bath, en ambos casos, invitada por amigos de personas de las que nunca he oído hablar.

No me he imaginado las cartas de Bath. Las tengo en las manos, selladas y llenas de clichés sobre los bonitos rasgos de Frederic Meredith, quien, según la señora Riverthorpe, no existe.

Aquí terminan las cartas. No me avisó de su regreso. Muy propio de Aurelia darme una sorpresa.

Miro las hojas que tengo esparcidas por la cama. Aquí tengo un nuevo puzle, una búsqueda del tesoro dentro de la búsqueda del tesoro. Reviso lo que sé seguro. Aurelia estuvo en Twickenham. Lo sé porque he estado allí y la conocían, y sus cartas son convincentes y frecuentes. No estuvo en Bath, según la señora Riverthorpe, y las cartas son poco usuales y escasas. Las cartas que escribió desde todos los sitios en los que estuvo entre el uno y el otro son también poco usuales y escasas, lo que pone en duda la mayor parte de su viaje. ¿Dónde estuvo entonces? ¿Y qué estaba haciendo?

La idea de que pudiera haber un niño es absurda. Si lo hubo, ¿dónde está? Sin embargo, eso sería lo único que explicaría lo obsesionada que estaba con la discreción, el único secreto que explicaría suficientemente que me esté enviando de un lado para otro por el país, aunque sigo sin entender muy bien en qué estaba pensando.

Aunque Aurelia no siempre fue razonable. No siempre fue atenta. Era de todo menos predecible. Tal vez no tenía un buen motivo. Es como todos los misterios antiguos: irresoluble y cíclico.

Siento que estoy cerca, muy cerca, de conocer el secreto, ¡pero aún tengo

que esperar casi tres semanas! Ojalá el resto del tiempo que pase en Bath no esté tan lleno de incidentes como la noche pasada.

Capítulo 50



Al menos, el resto de la mañana carece de acontecimientos. O sería más apropiado decir que no me presenta el acontecimiento que tanto deseo: la visita prometida de Henry. No viene, no deja su tarjeta de visita, no envía una nota.

Cuando la mañana da paso a la tarde, me olvido de la preocupación por el secreto de Aurelia y de mis nuevas y terribles sospechas. Solo puedo pensar en Henry. Su ausencia me pesa en el estómago como una piedra pesada en un pozo profundo. Doy vueltas por los pasillos, me encierro en mi habitación. Miro los relojes mil veces. A las once, a media mañana, almuerzo y me digo que lo más probable es que tuviera tareas de que ocuparse esta mañana y que aparecerá por la tarde, hecho un mar de disculpas y sonrisas por el retraso.

Aunque abril ofrece el sol más convincente y agradable del año, me confino en las cámaras oscuras de Hades House. A las tres, me preocupa que las tareas olvidadas de Henry lo mantengan ocupado todo el día y que tal vez no lo vea hasta mañana, o el lunes... No sé cómo voy a esperar tanto. Media hora después, cuando alguien llama a la puerta, me da un vuelco al corazón y se me sale del pecho. Me levanto antes de recordar que no es tarea mía responder. Me obligo a permanecer tranquilamente en las escaleras mientras Ambrose acude a la puerta, ¿siempre ha caminado tan lento? Mi decepción no conoce límites cuando anuncia al señor Garland.

Parece tener por costumbre descubrir dónde me alojo y llegar sin avisar. Decido, desanimada al ver que no es Henry, que es una descortesía. Ambrose lo conduce al salón y la señora Riverthorpe aparece vestida de morado y con un brillo travieso en los ojos. No confío en ese brillo.

Al parecer, el hombre ha venido para determinar que iré a la actividad de tiro con arco mañana por la tarde y para preguntarnos a la señora Riverthorpe y a mí si nos gustaría ver una pareja de caballos que acaba de adquirir. Tal vez nos apetezca disfrutar de un paseo por la ciudad en su carruaje, sugiere.

La señora Riverthorpe, ya en pie y de camino a la puerta, coincide en que puede que sí lo disfrute.

—¿Puede haber un día más aburrido? —pregunta, mirándome como si fuera culpa mía, a pesar de que no la he visto en todo el día.

Por el contrario, yo permanezco reticente junto al fuego.

—Yo... no... no puedo, pero gracias por la invitación —tartamudeo, rígida por lo incómoda que estoy. No saldré de esta casa ni me arriesgaré a perderme la visita de Henry, pero soy consciente de que no tengo una buena excusa.

—¿Por qué? —pregunta la señora Riverthorpe y me viene a la mente el pico afilado de una garza ensartando a un pez—. ¿Ya está exhausta por las demandas del enorme círculo social con el que se ha hecho en los últimos tres días?

Me obligo a sonreír.

—Por supuesto que no. Pero tengo muchas cosas que hacer esta tarde, cartas que escribir...

—Ah, sí, su amplia red de amigos por correspondencia... es eso, por supuesto.

—Por favor, no se sienta incomodada, señorita Snow. —El señor Garland, tan discreto como siempre, se acerca a mí y deja a la señora Riverthorpe removiéndose en la puerta del salón como si fuera una niña impaciente—. Ha sido una sugerencia espontánea, no tenía ninguna garantía de encontrarla libre. Tendré que esperar a mañana para disfrutar del placer de su compañía, pero ¿quiere al menos ver a los caballos antes de que la dejemos tranquila? Están ahí fuera y recuerdo que me dijo que siente usted un gran amor por los animales.

—¡Así es! Tiene razón, qué atento. —Me siento halagada al comprobar que se acuerda—. Bien, señor Garland, es usted muy amable. —En realidad, es una alegría poder olvidarme de Henry, de que no haya venido, durante unos minutos. Todos salimos.

El sol de abril calienta y resulta amable. El señor Garland tiene un pequeño y moderno faetón azul y dorado; es exactamente el tipo de carruaje que imaginaba para él. Los caballos nuevos son dos alazanes espléndidos, idénticos en altura, con fuertes jarretes y de cabeza delicada. A lord Vennaway le habrían gustado mucho. Sonríe al acariciarles el morro suave y también debajo de los curiosos labios de terciopelo que tienen. Agachan la cabeza y me embisten en el pecho, molestos por no haberles traído ninguna exquisitez. Me tambaleo, riendo, y el señor Garland me sujeta. Nerviosa al sentir la calidez de la presión de su mano en el brazo, deslizo los dedos por las crines negras y sedosas de los animales, perfectamente cepilladas y recortadas, disfrutando del tacto, siempre agradable, del pelo de caballo entre las manos.

—¡Vamos, vamos! —indica la señora Riverthorpe desde dentro del faetón. El señor Garland sonríe con remordimiento y se inclina.

—Hasta mañana, señorita Snow. —Se sube con facilidad al carruaje detrás de ella y se marchan.

No quiero que estos preciosos animales se vayan. Los caballos fueron una parte de mi vida en Hatville que nunca resultó complicada y sí enriquecedora. Los veo trotar por la calle hasta que el feliz sonido de los cascos se ha apagado. A continuación, entro en la casa a esperar.

Y espero. Pasan los días y no hay señal de Henry. Me siento más sola que nunca. Cuando la señora Riverthorpe me pregunta si la acompañaré en esta o aquella ocasión, le digo que sí más a menudo que no, simplemente para que el tiempo pase más rápidamente. No me importan mis obligaciones sociales, me aseguro de ir a dar un paseo todos los días. Cada día, atravieso Bath para recorrer la calle Henrietta con la esperanza de encontrarme con Henry. Regreso al puente donde nos vimos, paso por la cafetería en la que hablamos y brindamos por nuestra amistad. Lo veo en todas partes, pero no está.

No lo entiendo. Su alegría al verme de nuevo parecía sincera. Nuestra

amistad parecía real. Prometió hacerme una visita a la mañana siguiente. Se me dispara la imaginación. Habrá oído, y creído, que soy una mujer promiscua... o simplemente se habrá replanteado si le convienen mantener una amistad con una mujer que lleva una vida tan poco convencional. Soy muy poco usual, un espíritu demasiado libre. Incluso yo entiendo que, teniendo en cuenta el miedo que sentí la primera vez que nos vimos por ser demasiado pequeña y aburrida e ir demasiado desaliñada, a fecha de hoy se ha producido un enorme cambio... Pero no sé cómo tomarme su silencio. Y tiene mi dirección, no es fácil de olvidar.

¿Habrá mencionado mi nombre a sus amigos los Longacre y ellos no habrán querido saber de mí? Tienen que ser una buena influencia para Henry, puede que sospechen de una mujer errante y soltera de origen poco claro.

O tal vez haya conocido a alguien, a una dama, y piense que nuestra pequeña amistad no es buena para su nueva relación. Si es ese el caso, haré lo posible para desearle todo lo mejor, de corazón, pues lo único que anhelo es que sea feliz. Pero no puedo evitar pensar que ojalá fuera yo la que lo hiciera feliz y, como otras tantas cosas, ojalá supiera cómo.

El tiempo pasa lentamente y resulta doloroso. Con todo lo que he descubierto sobre Aurelia y todo lo que sospecho, estoy deseando recibir la próxima carta. Sigo convencida de que el final de las pistas y todas las respuestas se encuentran cerca. No se me ocurre presionar a la señora Riverthorpe para que me la dé antes, así que es cuestión de contar los días. En el caso de que mi compañía la esté haciendo feliz, lo disimula muy bien, pero tampoco me ha prohibido que la acompañe. La presencia de Quentin Garland en la mayoría de los acontecimientos a los que asisto hace que resulten más soportables.

Por supuesto, lo vi en el tiro con arco del domingo. Después me animó a que asistiera al almuerzo en la casa de la señora Rathbone el lunes. Después, esa tarde, llegó a casa en su carruaje y nos llevó a la señora Riverthorpe y a mí a dar un paseo. La mujer lo trata de la misma manera funesta de siempre, pero el señor Garland parece cómodo en su compañía. Ahora que estoy tomándole cariño, por razones que no logro comprender, eso hace que me guste todavía más. De hecho, me gusta mucho. Siempre es muy cortés, siempre

responsable, y si persiste la impresión de que es demasiado perfecto para mí, la aparto y no le hago caso, pues he decidido que es libre para llegar a esa conclusión (o no) él solo. Desde luego, parece buscar mi compañía y eso hace que sienta un calor en el corazón que recibo con alegría.

Cuando tengo la impresión de que llevo en Bath unos seis meses, miro el calendario y compruebo que solo he estado una semana. Mientras me preparo para asistir a otra cena, me detengo un momento, apoyo la frente en la ventana y me quedo mirando la calle. Se ha convertido en una costumbre. Veo las verjas de un parque, negras y con florituras, a una señora mayor con un perro pequeño tomando el aire, acompañada por su doncella, y un cerezo en flor en el jardín. Veo a un caballero caminando a paso rápido. Sigo su progreso distraídamente, observando cómo inclina el sombrero a otro hombre que se aproxima por la dirección opuesta. Me levanto y vuelvo a mirar. ¡El caballero que se aproxima es Henry! ¡Henry! Por un momento, soy incapaz de moverme por lo contenta que me pongo al verlo caminar por la calle Rebecca para venir a verme. ¡Qué alivio! No me puedo imaginar por qué ha tardado tanto, pero estoy segura de que tiene una buena explicación y la sabré muy pronto. Me vuelvo para acercarme corriendo a la puerta, pero entonces me detengo y lo miro. Ya me avisará Ambrose y quiero saborear el momento.

Parece más alto que nunca, va bien vestido para la visita y luce un sombrero de copa nuevo, o al menos yo no se lo había visto antes. No es tan elegante como el señor Garland, me fijo. Le asoma un poco de la manga de la camisa por el puño del abrigo y tiene el pañuelo del cuello torcido, como si se lo hubiera anudado con fuerza, pero enseguida lo hubiera aflojado. Los rizos oscuros le caen por la cara y camina a grandes zancadas. Se me derrite el corazón. Es exactamente como debe ser un hombre.

Se detiene un poco retirado de la casa y sonrío. No, es aquí, Henry, le aviso mentalmente. Pero no creo que se haya equivocado, pues está mirando directamente hacia Hades House. ¿Le desalienta tal vez su apariencia sombría? Desde aquí, tan solo puedo verle la cara y, para mi consternación, no parece feliz. Su expresión no es la de un hombre a punto de visitar a una mujer que... ¿qué esperaba? Pero tampoco es la de un hombre que va a visitar a una

amiga. Nunca he visto a Henry tan triste. Se quita el sombrero y se rasca la cabeza hasta que los rizos se le despeinan. Después se coloca de nuevo el sombrero con fuerza, como si quisiera romperlo.

Me sobreviene un pensamiento atroz. No quiero pensar en ello, pero ¿y si no viene para seguir adelante con nuestra amistad? ¿Y si acude para contarme que este es el final? Debe de ser por el baile, se habrá enterado de lo que se comentó allí y ahora quiere decirme que no puede seguir manteniendo la amistad con una mujer de semejante reputación. La vergüenza me atenaza... ¡pero puedo explicárselo! Que diga lo que le haga falta y yo le contaré la verdad y nos reiremos juntos...

¡Pero se está alejando! Después de estar un rato mirando Hades, se da la vuelta y regresa por donde ha venido. Hago una mueca de tristeza, horrorizada. Aparece por fin ¿y no voy a poder siquiera hablar con él? ¡No puedo soportarlo!

Salgo volando de la habitación y bajo las escaleras en espiral. Recorro el largo pasillo, que hace eco, y abro la puerta de entrada, olvidándome de los papeles que tengo todavía en el pelo para rizármelo. Salgo corriendo por la calle justo a tiempo para ver cómo su esbelta figura desaparece doblando la esquina. Lo persigo todo lo rápido que me permite la amplia falda azul que llevo, sintiendo cada piedra y cada grieta del pavimento a través de las finas zapatillas que calzo. No me importa. Lo único en lo que puedo pensar es en ver a Henry, decirle que sea lo que sea lo que opine de mí está equivocado y ver su cara relajarse en una sonrisa fácil una vez más.

Cuando llego al final de la calle, ha desaparecido. No lo veo por ninguna parte. Otras calles se cruzan a derecha e izquierda y echo un vistazo a dos o tres sin éxito. La gente me está mirando. Henry podría estar en cualquier parte.

Amedrentada por el dolor de tenerlo tan cerca, me escabullo como un perro. El faetón del señor Garland está en la puerta. Incapaz de soportar la idea de que me vea así, subo las escaleras corriendo y me arranco los papeles de la cabeza. A continuación, me hundo en la cama y lloro sin parar.

Capítulo 51



Me dejo llevar, adormecida, por los días. No me puedo creer que Henry Mead, que fue tan amable conmigo en Londres y tan franco hace solo unos días en Bath, pueda haber estado tan cerca de venir a verme y haya decidido no hacerlo. No lo creería, pero lo he visto con mis propios ojos. Derramo lágrimas en más de una ocasión por ese motivo, pero que lo haga no cambia nada.

Cuando llega el viernes, me sorprende darme cuenta de que he pasado muchas más horas en la compañía de Quentin Garland que en la de Henry, aunque sigo pensando en Henry como un amigo y en el señor Garland como un conocido. De hecho, Henry está notablemente ausente, pues ha decidido claramente que no quiere ser mi amigo, mientras que, como ha señalado la señora Riverthorpe, podría casarme con alguien como el señor Garland si deseara aumentar mi fortuna y contactos. Si decidiera quedarme.

Esta vida, esta existencia de cenas, bailes, partidas de cartas, sigue sin parecerme una vida adecuada para mí. No obstante, estoy inmersa en ella, y un día da paso a otro sin problema. La existencia adopta su propia validación y estoy cansada de mirar más allá de la superficie de las cosas; siempre estoy mirando más allá. Yo no siento el mismo gusto de Aurelia por el horizonte. Yo quiero acomodarme, aunque con mis propias reglas.

¿Es el señor Garland alguien con quien podría vivir bajo mis propias

reglas? ¿Por qué me hago siquiera esa pregunta? Porque él está aquí, supongo, y es guapo, atento, inteligente y tiene todo lo que cabe admirar en un hombre. Y está claro que me está cortejando, incluso yo, con mi inocencia, lo noto. Me siento excesivamente adulada y quiero escribir a Madeleine y Priscilla para contárselo. Pero no debo. He escrito a su padre, como prometí, para que sepa que estoy bien. Me aferro a la esperanza de que las pistas terminen aquí en menos de dos semanas y que luego seré libre para hacer lo que quiera, ser como quiera y contar lo que yo quiera. Además, aunque sé que a las chicas les encantaría el cotilleo, mi corazón no está del todo de acuerdo.

El señor Garland es como ha sido siempre: agradable, elegante y muy perfecto. Otro. Tal vez así funcione la fascinación entre los sexos. Cuando paseamos juntos, me doy cuenta de cómo se le mece el cuerpo con el traqueteo del carruaje, la habilidad que tiene de moverse fluidamente en el mundo. Cuando mantenemos una conversación cortés en el salón de Hades House, me fijo en cómo se refleja la luz en sus patillas doradas. Cuando me sostiene la puerta para que pase o me tiende una copa, observo los guantes pálidos y limpios que lleva y las mangas de color pastel de la camisa que viste.

¿Qué es lo que me intriga tanto de él? No puede ser solo que sea guapo, yo no soy tan superficial, ¿no? No es la primera vez que veo un caballero elegante, no después de vivir en Hatville. Al contrario que la señora Riverthorpe, yo no lo encuentro aburrido; a mí me parece inteligente y atento, y me gusta su compañía. Estar con él cuando acudo a algún acontecimiento social hace que sienta que formo parte del grupo, alimenta la ilusión de que nadie hace comentarios sobre mi misteriosa llegada al corazón de la sociedad, de que estoy entre amigos. No censura en nada a mi escandalosa anfitriona, ni parecen importarle orígenes desgraciados o antecedentes misteriosos. Nunca se ha referido a ninguna de las discusiones que han estallado en los bailes, nunca me ha hecho sentir que valga poco o que no sea deseable. He empezado a dejar atrás la moderación cuando estoy con él y, por fin, disfruto de su compañía.

Nunca me habían cortejado. En nuestras conversaciones privadas, me habla de su finca en Berkshire, de sus caballos, de sus muchas inversiones. Soy consciente de que me cuenta todo eso porque cree que así tendré una opinión

favorable sobre él. Me pregunto por qué siento la necesidad de hacerlo cuando es un hombre tan admirable. No estoy segura de a qué conduce, pero me alivia, sobre todo, que el tiempo que estoy pasando en Bath esté siendo menos tedioso de lo que me había imaginado al principio.

Reflexiono sobre el asunto durante una de las interminables partidas de cartas de la señora Riverthorpe. Estamos sentados en el salón y la luz de la tarde cae sobre la estancia, que está llena de polvo.

Los invitados son el señor Garland; el señor Pierpont, el antiguo remero; la señora Manvers, de la Asociación por la Templanza de Bath; y el señor Gladsby, un ferviente activista por la supresión de la educación en las clases más bajas, a las que considera gente corrupta y anárquica.

La conversación es surrealista y me permito divagar sobre la luz danzante que ilumina las motas de polvo. Se acerca el miércoles y, con él, la carta de Aurelia. Me he acostumbrado a las pequeñas reuniones de la señora Riverthorpe. Mis primeras sospechas, que elige a sus invitados simplemente por el potencial que tiene para atormentarlos, han sido confirmadas por ella misma.

Dejo vagar la vista hasta que me topo con los ojos del señor Garland fijos en mí. Sonríe, como si entendiera por qué me he quedado mentalmente ausente durante un momento. La señora Manvers ha estado explicando la importancia de construir bibliotecas públicas: ofrecen al hombre trabajador con gusto por las bebidas alcohólicas una alternativa a la taberna como lugar para relajarse después de un día duro de trabajo.

El señor Gladsby responde rápidamente que a ningún miembro de «esa clase de personas» se le puede convencer para que evite «esa bebida demoníaca» y que lo único que una persona así hará con una biblioteca será quemarla.

La señora Manvers parece a punto de ponerse a llorar. La señora Riverthorpe se ríe en silencio y el señor Pierpont hace un intento de llevar la conversación por cauces más seguros:

—En 1803, en el Támesis, cerca de Henley, logré mi mayor triunfo cuando...

En este momento tan interesante, Ambrose llama a la puerta y entra.

—Disculpe señora. —Hace su gesto habitual a su empleadora—. Señorita Snow, ¿puedo hablar con usted un momento?

Me quedo asombrada.

—¡Por supuesto! Discúlpenme, señoras, caballeros. Espero no interferir en su partida.

Dejo las cartas cuidadosamente bocabajo, aunque la verdad es que, tanto si lo hago como si no, dará igual: yo nunca gano. El señor Garland es quien gana casi todas las manos con una facilidad que la señora Riverthorpe ha recalcado en muchas ocasiones. Una vez, el caballero respondió que él no juega para perder y ella replicó que lo sabía muy bien.

Salgo al pasillo, con Ambrose.

—Mis disculpas por haberla interrumpido durante la partida, señorita Snow, pero hay un caballero esperando fuera para verla.

Me quedo sin aliento.

—¿Henry?

Ambrose mira una pequeña tarjeta que me entrega a continuación.

—Sí, Henry Mead. Entonces lo conoce. La señora Riverthorpe estaría encantada de que lo invitara a pasar, señorita.

Ya me imagino la satisfacción de la anciana si atrajera al pobre Henry a esa red de víboras. Pero quiero verlo a solas.

—Gracias, Ambrose, no tardaré mucho. Saldré yo.

—Muy bien, señorita Snow.

Corro, y corro de verdad, todo el pasillo, decidida a alcanzar a Henry antes de que vuelva a desaparecer.

Me alegra llevar puesto el precioso vestido de color esmeralda, el que tanto desprecia la señora Riverthorpe. No te emociones, me digo a mí misma, tal vez haya venido solo como muestra de cortesía, para rechazarte en persona. ¡No me lo creo ni por un segundo!

Debo de mostrarme calmada, me digo cuando abro la puerta y salgo al porche apresuradamente. Un faetón beis espera en la calle y Henry sale de él, todo él largas piernas y ojos oscuros. Cruza la calle y, para mi sorpresa, me agarra por los brazos y me mira directamente a los ojos.

—¡Amy! Le alegra verme, espero.

—¿Henry? ¡Por supuesto que sí? ¿Por qué no iba a ser así? ¿Dónde ha estado? Dijo que vendría el sábado y he estado esperando y esperando... — Me callo de forma abrupta al darme cuenta de que he perdido toda la dignidad que esperaba conservar. Pero me parece que, si ha habido algún tipo de malentendido, ya hemos perdido suficiente tiempo.

Me suelta y no parece que mi charla le desagrade, más bien lo contrario. Me toma de la mano y la suelta de nuevo. Parece que no sabe qué hacer conmigo.

—Lo siento, Amy —dice por fin, todavía muy serio—. No pensaba que le importaría. Pero eso no es excusa, por supuesto. Le prometí que vendría y eso debería haber hecho. Quería hacerlo.

—¿Entonces por qué no lo hizo?

Se pasa una mano por la cara y me sonrío, pero esa sonrisa no es la habitual suya, animada.

—Por el maldito orgullo masculino. Sí que vine, en realidad, pero no la mañana que le dije. Cuando nos despedimos aquel día en la cafetería, estaba tan afligido porque se me estuviera usted escapando por entre los dedos de nuevo que no pensaba con claridad. Le había prometido a Gus, al señor Longacre, el amigo que me está alojando en Bath, que iría con él a Bristol el sábado por la mañana como testigo de la firma de unos papeles importantes. No podía abandonarlo, así que no vine a verla a usted hasta la tarde.

—¿Vino el sábado por la tarde? Pero, Henry, ¡estuve esperándolo todo el día!

—¿Sí? —Sonríe más ampliamente, de un modo más abierto, un poco más avergonzado—. Amy, voy a contarle la verdad, que es lo mismo que decir que estoy a punto de ponerme en evidencia y de qué manera. ¿Está preparada para sentir aprecio por mí, aunque piense que soy un necio?

Le prometo que sí.

—Excelente, me alegra que sea de las que perdonan, Amy. Teniendo en consideración que se supone que soy inteligente, puedo ser un poco idiota también. Cuando vine aquel día, la encontré hablando en la calle con un hombre extremadamente apuesto y bastante impecable. Solo estaban ustedes

dos y usted sonreía mucho y parecía muy feliz. Él la agarraba del brazo y usted estaba acariciando sus caballos. Los dos iban muy elegantes y parecían... estar juntos, supongo. Es obvio que él es muy rico y es un hombre de éxito y todas esas cosas que yo no...

—¡Henry! ¡No fue así! Yo nunca...

—No, espere, déjeme terminar, Amy. Si se quedó esperando, como dice, merece una explicación. Él se subió al carruaje y se marchó, y usted se quedó allí un buen rato, mirándolo, como si no pudiera soportar verlo marchar. Y yo la estaba observando a usted.

Estoy totalmente desconcertada.

—Henry, ¿dónde estaba?

—En la calle, justo allí. —Señala el lugar.

—¡Debería haberse acercado! ¿Por qué no llamó a la casa cuando entré?

—Perdí el valor, esa es la verdad. Lo siento. No deja usted de salir huyendo, primero en Londres y luego la semana pasada, y sé que tiene muchas cosas en las que pensar aparte de mí. Pero fue aquella noche al baile de lord Littleton; se mueve en los círculos más refinados. El hombre con el que estaba hablando parecía pertenecer a esos círculos. Y también usted. Pensé que tal vez nuestra amistad era algo más para mí que para usted.

Sacudo la cabeza, intentando ordenar los pensamientos, intentando no echarme a reír por lo absurdo que suena todo esto.

—Mi querido Henry, ¡si usted supiera! ¡No es así en absoluto! Valoro en mucho nuestra amistad y me alegró enormemente volver a verlo en Bath. Aquel día no me quedé mirando al señor Garland, ¡me quedé mirando los caballos! Me encantan los caballos, Henry. Aquel día sonreía porque los caballos eran preciosos. El señor Garland es amigo de mi anfitriona y lo conozco también un poco de Twickenham. ¡Y no estábamos solos! La señora Riverthorpe ya estaba dentro del carruaje. Oh, Henry, es usted un poco idiota, ¿verdad?

Empiezo a sonreír también yo. Me sienta bien hablar con tanta franqueza con él y darme cuenta de que le importo. Estaba celoso, me digo sonriendo. Él también sonrío ampliamente y al fin veo la sonrisa que recordaba, la que hace que todo esté en su lugar. Nos quedamos un buen rato callados y tengo la sensación de que le gustaría decir muchas cosas si no estuviéramos en la calle.

Noto la tensión, una tensión deliciosa, dentro de mí y me dan ganas de reír.

Creo que Henry también la nota, puesto que se concentra en la fachada de Hades House con cara de diversión.

—¡Madre mía, Amy!

—Eso fue justamente lo que dijo el cochero que me trajo aquí.

—Un tipo observador. ¡Menudo lugar! No me extraña que estuviera un poco desanimada cuando me encontré con usted en el puente aquel día. ¿Quién es su anfitriona? ¿Un fantasma con un vestido largo y blanco? ¿Una criatura nocturna con alas que quiere chuparle la sangre? Espero que no sea eso... como un casi médico, no podría recomendar esa práctica.

—¡Es usted ridículo, Henry! —Me echo a reír—. No es nada de eso, aunque creo que, si la conociera, le parecería igual de inverosímil. La señora Riverthorpe tiene más de ochenta años y no le importa en absoluto lo que piense la gente. Aun así, conoce a todo el mundo y sale todas las noches, y también casi todas las mañanas. No la entiendo. Espero que la conozca. —Y nos volvemos a quedar en silencio.

—Entonces, si viniera a visitarla pronto, ¿le alegraría verme? —me pregunta de pronto, un poco tímido y formal.

Pongo los ojos en blanco.

—Si de verdad viene, sería maravilloso.

Asiente.

—*Touché*. Gracias, Amy, vendré. Ahora imagino que no debo retenerla durante más tiempo en la calle. Mis amigos, los Longacre, están en el carruaje. Vamos de camino para ver el anochecer en Beachen Cliff. ¿No le gustaría acompañarnos? Le prometo que es un espectáculo precioso.

Caigo en la cuenta de que, aparte de mis paseos por la ciudad en solitario, me he mantenido recluida en salones, salas de baile y comedores durante días. El paso de la primavera se ha visto reducido para mí a una sucesión de días hasta que consiga la siguiente carta de Aurelia. He perdido el sentido del tiempo por completo.

—Me encantaría, no puede imaginar cuánto, pero me retiene una partida de cartas. La señora Riverthorpe tiene invitados, no puedo escaparme.

—No importa, ha sido una invitación repentina y tonta. Venga a saludar

rápidamente, si quiere, y luego la dejo regresar.

Cruzo la calle y conozco a los Longacre, Gus y Ellen. Son una pareja cordial unos pocos años mayores que Henry. Me saludan de un modo cariñoso y me invitan a cenar la próxima noche. Habrá baile, me prometen; solo irán unos cuantos amigos, ¡pero sí que habrá baile!

Acepto encantada, estrecho la mano a todo el mundo y vuelvo a las sombras de Hades House.

Capítulo 52



Allí choco, casi literalmente, contra el señor Garland, que está en el recibidor. Me aparto y me llevo las manos a las mejillas, que me arden. Por algún motivo, siento como si me hubieran descubierto... y me irrita. Lo disimulo con varias disculpas, a pesar de que era imposible que esperara encontrarme a un hombre justo detrás de la puerta.

—Por favor, no se disculpe, señorita Snow, estaba justo en su camino. La señora Riverthorpe me envió a comprobar que estaba bien.

—Qué amable por su parte, señor Garland. Estoy bien, gracias. Solo era un viejo amigo que pasaba a saludar. ¿Regresamos a la partida?

—Claro, estoy deseando seguir escuchando las opiniones liberales del señor Gladsby. —Me guiña un ojo y posa la mano en mi brazo—. Aunque... un momento, señorita Snow, ya que estamos solos, ¿podría retenerla un instante? Llevo varios días deseando hablar con usted en privado y no resulta sencillo cuando la señora Riverthorpe no quiere excluirla de nada.

Me río, pues tiene razón. Me pone un poco nerviosa que un caballero tan atractivo desee hablar a solas conmigo, y solo un momento después de ver a Henry. Me conduce hasta una alcoba que hay detrás de una columna.

—Esperaba contar con un entorno más suave —murmura—. No importa. Señorita Snow, debo marchar a Londres por negocios mañana. Solo serán tres o cuatro días, pero quería hablar con usted antes de irme. Estoy seguro de que

no le sorprenderá saber que la admiro enormemente.

Lo miro, asombrada. ¡Está equivocado! He aceptado que pudiera tener cierto interés por mí, sí, pero... ¿que me admira enormemente? ¿Por qué? Me mira con ternura.

—No tema, señorita Snow, esto no es una proposición de matrimonio. Soy consciente de que no nos conocemos desde hace mucho tiempo. Soy un hombre realista y no un joven impulsivo, y considero que no se puede formar una relación de verdad de la noche a la mañana. Espero que la nuestra se amplíe y profundice... No obstante, deseaba... prepararla, supongo. —Se ríe educadamente—. Por si desea silenciarme al respecto ahora y para siempre. No quiero incomodarla. Pero si le agrada que sigamos conociéndonos a sabiendas de que mis sentimientos por usted incluyen también admiración de una naturaleza más personal, me agradecería enormemente.

Tal solemnidad me resulta arrolladora. Noto muy presentes las columnas de piedra gris que nos rodean y nos observan. Junto al techo abovedado y la enorme sala de piedra, que hacen que me sienta como si estuviera en una iglesia. Me toma suavemente de la mano y pone su otra mano encima. Lo más probable es que esté adormecida por la sorpresa, pues apenas siento el roce. De repente, sin esperarlo, me sobreviene un recuerdo. Nuestros primeros encuentros: el señor Garland siempre correcto, siempre atento, sin nada que se le pueda reprochar... y yo, desconcertada, torpe, queriendo huir. ¿Me he sentido siempre cómoda con este hombre?

—Señor Garland... yo... no sé qué decir —murmuro.

A pesar de todas sus atenciones, todo esto me parece muy improbable. No puedo imaginar qué podría encontrar un hombre como él tan admirable en una persona tan desastrosa como yo. No obstante, me observa con una mirada que deja entrever los sentimientos que acaba de transmitirme. Decido que voy a ser todo lo sincera que pueda.

—Señor Garland, me siento muy halagada, y sorprendida, debo admitir. Me ha hecho un gran cumplido y se lo agradezco. Ha sido un buen amigo para mí durante mi estancia aquí y cuenta con mi estima, muy alta, por cierto. —Todo eso es verdad. Ahora puedo respirar mejor.

—Me alegra escucharlo, señorita Snow. ¿Puedo albergar entonces

esperanzas de que me vea como un pretendiente... en el futuro, y no inmediatamente?

—Cualquier mujer joven estaría encantada de recibir sus atenciones.

—¿Y usted, Amy? ¿Estaría usted encantada?

«¿Lo estaría?». No lo sé. Es cierto que siento una gran admiración por él. ¿Pero puede esta convertirse en una admiración de naturaleza íntima? Es muy guapo. A veces pienso que podría ahogarme con solo mirarlo. Pero también opino que debe de existir algo más que solo mirar a una persona.

Y también está Henry.

La alegría que experimento cada vez que veo a Henry me parece más inmediata y sencilla que la relación que estamos construyendo gradualmente el señor Garland y yo. Pero... ahora que no tengo a Henry delante, derritiéndome el corazón con esos ojos oscuros y proporcionándome seguridad con sus preciosas sonrisas, me acuerdo de la soledad y la confusión de esta semana pasada. Me ha hecho daño. Lo vi mientras se debatía entre venir a verme o no, y eligió marcharse. Y el señor Garland ha estado aquí, atento, siempre, todos los días. Me ha ayudado en una época difícil, incluso aunque no fuera consciente de ello. Acepto la explicación y la disculpa de Henry, sé que es sincero. Pero ¿y si desaparece cada vez que duda de mi afecto por él y vuelve a dejarme sola? Eso es lo que más doloroso me resultaría.

Sé que el tiempo está pasando. El señor Garland espera mi respuesta y la señora Riverthorpe y su grupo heterogéneo de jugadores de cartas esperan nuestro regreso. No me parece el momento adecuado para pensar en esto y me siento como una de las misteriosas polillas de mi anfitriona: clavada en una vitrina de cristal. Ha dicho que no es una proposición de matrimonio. No me está pidiendo un sí o un no, por ahora.

—Creo... tal vez... puede ser, señor. —Me ruborizo al oír mis palabras torpes—. Quiero decir que no lo había pensado antes y que es un honor para mí. Pero disfruto de su compañía más que de la de cualquier otra persona en Bath y admiro mucho su educación y su inteligencia... —Me doy cuenta de que estoy pensando en voz alta, así que me callo.

—Me alegra escucharlo, señorita Snow. Tal vez debamos de regresar con los demás para no suscitar rumores, pero estoy deseando continuar con nuestra

amistad cuando regrese de Londres.

—Sí... pero hay algo más, señor Garland. No... no desearía darle falsas esperanzas y ahora mismo no soy dueña de mí misma. Es largo y difícil de explicar, pero hay circunstancias en mi vida que implican... que puede que deje Bath pronto y que no sé adónde iré. Debe de sonar muy extraño...

Se inclina sobre mi mano y la besa.

—Soy consciente de que hay cierta... dificultad en sus circunstancias. Ya sé que ha estado viajando sola y que su fortuna parece cambiar a menudo. Y, por supuesto, comprendo que sus orígenes la sitúan en una posición algo ambigua. Le aseguro que nada de eso afecta de ningún modo el aprecio que siento por usted. Por favor, no crea que me debe ninguna explicación. Ya llegará el momento para ello. ¿Entramos?

Me ofrece una manga azul y volvemos al salón. Tengo sentimientos caóticos y me alivia pensar que no lo veré en varios días. Me molesta un poco que este repentino acontecimiento haya sucedido tan rápido después de la reaparición de Henry. Pero lo que más me complace es que ninguno de los dos me ha pedido que le explique nada.

También, por supuesto hallo placer en que este caballero, a quien un día miré extasiada como un desconocido, me haya pedido que lo acepte como pretendiente. No recuerdo cuál ha sido mi respuesta.

Capítulo 53



Tras la marcha de los invitados, me sorprende que la señora Riverthorpe no me pregunte por qué me he ausentado durante la partida. Si estaba tan preocupada como para enviar al señor Garland a buscarme, imaginaba que sentiría curiosidad.

A la mañana siguiente salgo a la calle. Los Longacre enviarán su carruaje a recogerme a las cinco y no sé qué otra cosa hacer para pasar el tiempo. Me alegra salir, pues Henry está merodeando bajo un árbol, fuera.

—¡Amy! —grita, embebiéndome de placer.

Llevo un vestido de rayas azules y blancas con volantes en las mangas y un sencillo cuello redondo. Hace buen día y he desechado la capa. También he apartado los pensamientos acerca del señor Garland. Necesito olvidarme de él durante al menos tres días, o de lo contrario acabaré mentalmente agotada si no me lo propongo en serio.

—Buenos días, Henry. —Verlo hace que yo dibuje la más amplia de las sonrisas, siempre. Es como ver a un perro lanzarse al río, no puedes evitar sentir alegría—. ¿Qué hace aquí? Oh, ¿se ha cancelado el baile?

—¡Qué pesimista es! Por supuesto que no. Tan solo quería pasar un poco de tiempo con usted antes de esta noche. Ya hemos desperdiciado bastante en los últimos días. Pero con las prisas por recuperar el tiempo perdido, no se me ocurrió que tal vez fuera demasiado pronto para hacerle una visita. Y aquí

estoy, merodeando entre las sombras, aunque no es que esté planeando un robo.

—Me alegro mucho de verlo.

—Va a salir, ¿es un mal momento?

—Solo a dar un paseo. Es un momento perfecto.

Me ofrece el brazo y caminamos en silencio. La cabeza, que anoche bullía de emoción y confusión entre la aparición de Henry y la declaración del señor Garland, ahora está más clara. El señor Garland es una propuesta tentadora como pretendiente, por supuesto, cualquier joven dama estaría de acuerdo. Pero sé, en lo más profundo de mi corazón, que es por Henry por quien siento un afecto más sincero, ha sido así desde el principio. Me prometo que no daré más esperanzas al señor Garland, no quiero. Tendré que hablar con él cuando regrese de Londres, aunque temo hacerlo. No obstante, primero necesito comprender cómo está la situación con Henry. Y, por supuesto, también está mi misión...

Caminamos hasta Crescent Fields y nos sentamos bajo un castaño en el que empiezan a brotar flores rosas. Henry extiende el abrigo para evitar que se manche el vestido en la hierba y me tiende una mano para que me apoye cuando me siento. A continuación, se sienta a mi lado y la brisa le alborota el pelo.

—Me alegra verla, Amy —comenta en voz baja—. Esta semana no me he comportado como un amigo de verdad con usted y quiero disculparme de nuevo. No quisiera haberla preocupado por nada del mundo. Me sentía indigno de hacerle una visita y acabó pensando que me había olvidado de usted.

Miro los campos. La luz incide sobre la hierba e ilumina telarañas cubiertas de rocío. Es temprano y el enorme espacio verde está casi vacío, pero hay algunas familias paseando o jugando al críquet. El castaño ruge encima de nosotros y me acuerdo de Eel Pie y del sauce de Constance y Edwin

—Lo vi el miércoles, Henry. He recorrido todo Bath con la esperanza de encontrarle, pero la única vez que lo vi fue desde mi habitación, mirando por la ventana. Estaba caminando por la calle y me alegré mucho, pero entonces se detuvo, cerca de Hades House, se dio la vuelta y se marchó.

Hace una mueca.

—No fue un momento de orgullo. Después de verla con el señor... Garland, ¿no es así? Me había convencido de que no estaba interesada en continuar una amistad conmigo, pero una parte de mí tenía esperanza. Esperaba que nos encontráramos de nuevo y estimar si parecía contenta de verme sin correr el riesgo de presentarme en la puerta de su casa y dejar claro mi interés. Después decidí que era un plan cobarde. El miércoles regresé, pero perdí el valor, como ya vio. No obstante, me alegra haber perseverado... excepto porque parece todo muy confuso mientras se lo digo y me gustaría ser más claro.

Se pone recto y toma aliento.

—Amy, por si le cabe alguna duda... me gustaría ser más que un amigo para usted, pero tengo la sensación de que no puede ser porque no tengo nada que ofrecerle, ni siquiera estabilidad hasta que no elija una carrera y siga en ella. Además, solo nos hemos visto dos veces y me parece un poco apresurado. No debería haberle dicho nada, pero ahora que he enredado la situación al no ir a visitarla, tengo que contárselo, ¿no?, darle una explicación.

Un abejorro pasa por nuestro lado zumbando como una ráfaga de polvo. Noto el sol en la cara, y le gusto a Henry. No puedo dejar de sonreír.

—Lo ha hecho. Y yo también he dicho más de lo que el sentido común dicta que debería —respondo—. Yo... he pensado a menudo en usted, después de conocerlo en Londres. Cuando apareció aquí, sentí una gran felicidad y luego pensé que no le importaba en absoluto. Ya sé que somos unos desconocidos, pero no lo siento como un desconocido.

—Ni yo a usted. Al menos ahora podemos seguir conociéndonos y ponernos al día. Ya sabe que tengo fallos, como cualquier hombre, y el orgullo es uno de ellos, por supuesto. —Parece afligido—. Pero no pensaba que el orgullo me convirtiera en un cobarde. Intentaré que no vuelva a suceder. Es una mala época para mí, como ya sabe. Dejar la medicina y ahora esto. Siempre me he considerado un hombre más bien espléndido, pero ahora me doy cuenta de que ser un hombre no es siempre sencillo. ¿Ve? ¡Eso es algo que no debería contarle! Tendría que esconderme entre tópicos y tratar de convencerla de que soy perfecto.

—No le creería, Henry, ni por un momento. Pero considero que lo hará

usted muy bien, lo de ser un hombre. Pero aún es joven, y yo también.

Aparta la vista y sonrío.

—Gracias, Amy.

Nos quedamos un rato sentados, mirando un perro negro y blanco que corretea junto a un chico inmensamente grueso de unos siete años. Cuando el muchacho tropieza y se cae sobre el animal, los dos contenemos el aliento. Pero se separan, ambos están bien, y prosiguen los juegos como buenos amigos.

Que Henry me cuente sus confidencias es como si el sol arrojara sombras. Estoy cansada de guardar secretos y de ser reservada. Me siento más cercana a Henry que nunca ahora mismo, pero soy consciente de que puede que no nos quede mucho tiempo. Tal vez tenga que irme de Bath en una semana. No puedo sincerarme por completo con él, por supuesto, pero siento el fuerte deseo de contarle lo que pueda, tal vez más de lo que debería. Soy reacia a romper el silencio cómodo que hay entre los dos, pero lo hago.

—No es solo usted quien se encuentra en una transición en este momento —comento con tono suave y le robo una mirada a su perfil apuesto. Tiene los labios curvados y preciosos.

Asiente, con la vista todavía fija en los campos, pero sé que me está escuchando. Me quito el sombrero y lo dejo a mi lado, en la hierba, pues quiero ver con claridad a mi acompañante.

—Todo el misterio concierne a Aurelia, la amiga querida a la que perdí en enero.

Me doy cuenta de que está deseando saberlo todo.

—La joven a la que conocía mi abuelo. Se crio con ella, ¿no?

—Exacto. El vínculo es más grande de lo que pueda imaginar, Henry, pues le debo la vida. De recién nacida ella... me encontró en la nieve.

—¿Qué? —Se vuelve hacia mí, con los ojos fijos en mi rostro.

—Sí. Me abandonaron. Estaba... —Me resisto a decir desnuda—. Estaba azul por el frío y Aurelia, que tenía por entonces ocho años y el corazón más grande que pueda imaginar, me recogió y me llevó a su casa. Era una joven extraordinaria, Henry, pero ella no lo sabía a esa edad... en realidad, nunca lo supo. Sus padres no me querían, me veían como una deshonra. —Me aparto el

pelo detrás de las orejas, un poco nerviosa. No estoy acostumbrada a contar esta historia.

Henry frunce el ceño.

—¿Usted, una deshonra? ¿Una niña inocente? No comprendo esa lógica.

—Me alegra oír que piensa así. Durante muchos años creí que tal vez tuvieran razón, pues, si no, no me habrían tratado como lo hicieron. Me habrían llevado de inmediato a un orfanato si Aurelia no se hubiera empeñado en que me quedara. Su comportamiento conmigo dejó huella.

—Estoy seguro. ¿Fueron muy desagradables con usted, Amy?

Trago saliva.

—Sí. Creo que quienes me dieron cobijo se han pasado la vida maldiciendo su indulgencia aquel día. —Noto que se me forman lágrimas en los ojos, pero las reprimo con determinación, pues quiero contar lo que estoy contando—. Insistieron en que debía mantenerme alejada de la vista de la familia, pero Aurelia no se separó de mí. Estaba consentida y muy sola. También era una chica creativa, creo que le fascinaba el misterio que suscitaba un bebé abandonado en la nieve.

—Por supuesto. ¿Se enteró de algo acerca de sus orígenes, Amy?

Bajo la mirada y me fijo en que tengo los nudillos blancos. Tengo las manos retorcidas en el regazo.

—No, nunca.

—Lo siento mucho. Ya conoce a parte de mi familia. No puedo imaginarme cómo debe sentirse al no tener una.

No sé cómo describirlo. ¿Por dónde empezar? ¿Por la amabilidad impersonal de Cook, el odio de *lady* Vennaway, la dolorosa seguridad de que estaba allí solo porque lo habían permitido de mala gana?

Lo intento, con frases titubeantes, pues deseo que Henry lo comprenda. Consigo condensar diecisiete años en cinco minutos y luego levanto la mirada para comprobar si lo estoy aburriendo. Parece de todo menos aburrido.

—Quiero que sepa que, sea cual sea su pasado, los Mead y los Crumm siempre estarán encantados de recibir a Amy Snow.

—Querido Henry. —No puedo contenerme, alargo el brazo y le agarro la mano. Va en contra de cualquier norma de decoro, pero una vez que me he

aferrado a ella, no me resulta fácil soltarla y él no la aparta. Un momento incómodo, aunque estupendo, en el que me encuentro sentada en un campo, entre primulas amarillas, de la mano de un amigo que es un hombre... y joven, y guapo...—. Gracias —susurro.

—No tiene que darme las gracias —responde con voz suave.

Me vuelvo a sentar recta y retiro la mano.

—Discúlpeme si me comporto de forma inadecuada. Tengo la sensación de que he removido todas mis emociones como si fueran un pudín y han ascendido en forma de vapor. No estoy acostumbrada a contarle nada a la gente.

—No me diga más si le produce tanto malestar, aunque le confieso que espero que pueda superarlo. Me encantaría saber cuál es el secreto de Aurelia y cómo le afecta ahora, a sus elecciones, a su vida.

—Lo intentaré. No puedo contarle el secreto de Aurelia, no solo porque no deba, sino porque no lo conozco. Le contaré lo que pueda, pero... Aurelia me ha dejado varias cartas póstumas y en cada una de ellas me suplica fervientemente que guarde discreción. Era de gran importancia para ella y no puedo traicionarla. Pero es muy difícil tener que guardar tantos secretos.

No me había dado cuenta de que este acertijo estuviera oprimiéndome tanto. En Bath resulta sencillo ocultar la verdad, pues nadie me la pregunta. Pero Henry quiere conocerme. Es alto, cariñoso y bueno. Si no puedo contarle pronto una parte, estallaré.

Ahora es él quien me toma de la mano y no se trata de un gesto impulsivo, ni tampoco fugaz. Me la sostiene con firmeza y decisión. A pesar de la belleza arrolladora de este momento, no puedo evitar mirar a mi alrededor para comprobar si hubiera algún conocido mirándome. La sociedad es algo poderoso.

—Amy, cualquier cosa que me cuente, la recibiré con total confianza. Me alegrará ser su confidente y no desvelaré nada a nadie. Honraré el secreto de Aurelia, sepa o no cuál es. Se lo prometo.

Al final de esta solemne declaración, deposita de nuevo mi mano en mi regazo y hace que me sienta aliviada y desconsolada al mismo tiempo.

Le hablo de la búsqueda del tesoro. Le cuento que cada carta revela más y

más información que desconocía, aunque no le cuento ningún detalle de su historia. Le digo que tengo tanto dinero y ropa elegante que no sé qué hacer con todo, pero nada de lo que mi corazón anhela: seguridad, familia, respuestas. Sé que no estoy siguiendo las instrucciones de Aurelia, pero este es el compromiso que permite que sienta que mi vida también importa.

Confieso que he llorado lágrimas de rabia al sentir que sigo siendo una pieza en el tablero de los Vennaway. Admito que Aurelia estaba lejos de ser perfecta, que me duele que me ocultara tantas cosas cuando aún estaba viva. Y concluyo, suspirando, confesando que, a pesar de todo, mi lealtad hacia ella es tan profunda y sincera como siempre y que así seguirá siendo.

Capítulo 54



- Soy muy feliz! Soy tan feliz que casi me duele, me arde, me llega hasta el fondo. Es como si sintiera de golpe el sol en la piel, el agua de la lluvia y el olor de las rosas.

Me quiere. Henry me quiere. Y yo a él. Por supuesto que sí. Los últimos cinco días han sido los más dichosos de mi vida.

Mientras lo admitía todo en Crescent Fields, él siguió escuchándome. Cuando terminé, se tumbó con las manos detrás de la cabeza y cerró los ojos. Comprendí que estaba reflexionando, no que lo hubiera sobrepasado el aburrimiento.

Nunca había tenido la oportunidad de observarlo tumbado, por lo que aproveché el momento y estudié minuciosamente su pelo negro y rizado, los tonos cálidos de su piel, la agradable curva de sus labios. Me fijé en que la boca reposaba en una suave sonrisa, cómo se tornaba más pálida la garganta hasta desaparecer dentro de las solapas levantadas del cuello de la camisa. El traje no era de un tono azul de salón, sino de un marrón servicial y se abría para mostrar una camisa blanca y un chaleco rojo, ambos reposando cómodamente sobre un pecho amplio en el que de repente anhelaba apoyar la cabeza.

No lo hice, por supuesto que no.

Me maravillé con el largo de sus piernas. En realidad, las piernas de

cualquier persona son largas comparadas con las mías, pero las de Henry me parecieron un ejemplo estupendo de piernas largas.

Cuando al fin se sentó de nuevo, me sobresalté, como si me hubiera descubierto haciendo algo ilícito, aunque no creo que haya nada malo en que una mujer admire a un hombre atractivo. A lo mejor la señora Riverthorpe me está contagiando su forma de ser. Puede que no esté tan mal.

Esa tarde, los Longacre enviaron el carruaje a recogerme, como me habían prometido. Me puse al fin mi adorado vestido de muselina de color melocotón. Estaba encantada de asistir a un acontecimiento social para el que había elegido mi propio vestido, me había peinado de forma sencilla, me había vestido sola y, a fin de cuentas, me gustaba cómo iba. Cecile no lo habría aprobado, pero salí de la habitación sintiéndome muy cómoda.

En el pasillo, me encontré con la señora Riverthorpe, que se estaba poniendo un par de guantes largos de satén negro.

—¡Chiquilla! —Se estremeció al verme—. ¿Va a pasar la noche en un convento?

No estaba dispuesta a hacer caso de lo que me dijera.

—Solo con amigos, señora Riverthorpe. Espero que disfrute de su noche.

—Lo dudo, lo dudo sinceramente —murmuró al tiempo que salía de la casa todo lo rápido que se puede cuando vas apoyada en un bastón.

Tuve un deseo fugaz de llevarla conmigo y enseñarle un tipo más amable de compañía, pero entonces recuperé la razón.

Pasé una noche de lo más agradable. Los Longacre y sus amigos me hicieron sentir bienvenida. La comida era sencilla, pero excelente, y el baile se desarrolló en un pequeño salón con espacio donde únicamente cabían tres parejas cómodamente al mismo tiempo. Todos bailaron con todos, pero hacerlo con Henry fue un sueño. Era grácil y seguro de sí mismo y me entretuvo con un buen número de comentarios ingeniosos y bromas privadas.

Regresé a Hades House envuelta en un brillo cálido que ni los rincones grises y sombríos ni las obras de arte dedicadas a las polillas pudieron atenuar. Sobra decir que la señora Riverthorpe no llegó antes que yo a casa.

Pasé los siguientes cuatro días con Henry, Gus y Ellen. Mi mundo está por

completo inclinado en su eje. Horrorizados porque no había salido a visitar la campiña de los alrededores, se encargaron de llevarme a conocer Beachen Cliff y las frondosas calles de Wildcombe. Organizaron un pícnic en el campo, junto al río. Creo que mi recuerdo de ese día será siempre el del sonido del agua, el roce de las mariquitas y la calidez de la luz del sol y las risas.

Es extraño y maravilloso formar parte de dos parejas, un sentimiento completamente nuevo para mí. Contemplo a escondidas a Gus y Ellen cada vez que tengo la ocasión. Ella es menuda, pálida y tiene mucha energía, además de una enorme debilidad por los parasoles; lleva uno de un color distinto cada vez que la veo. Él no es un hombre guapo, tiene un bigote pelirrojo abundante y una barba de color cobrizo impresionante, pero es atento y amable, y el aprecio que sienten el uno por el otro es evidente. Me pregunto cómo seremos Henry y yo después de una década de compañía, si es que ese es nuestro destino.

La ciudad también me parece nueva con Henry como guía. Sorprendentemente, sabe muchas cosas. No sé por qué debería de sorprenderme, excepto, tal vez, porque es demasiado modesto. Me lleva al puente y en lugar de hacer que vea simplemente unos arcos para el agua, contemplo un símbolo sofisticado de la vida moderna. Me explica la serie de esclusas y canales que convierten Bath en un centro vital para los viajes y el comercio, no solo para la moda y el flirteo. La espléndida arquitectura de la ciudad cobra vida cuando estamos juntos.

Siento que el caparazón que han levantado el descontento con Bath y mi frustración con la búsqueda del tesoro se quiebran. Al fin encuentro el tiempo para detenerme y disfrutar de la vida, todas mis preocupaciones quedan en suspenso cuando estoy con Henry. Él es como el fuego en un día frío y me atrae más y más hacia él, haciendo que me sienta valiosa y deseada.

Paseamos por el Royal Crescent, pero también damos una vuelta por las calles que hay detrás. La parte trasera de esas casas amplias y delicadas es en cambio protuberante y cortante. La sociedad me parece que es igual: de cara, elegante y sin mácula, y tras la fachada, turbulenta y cáustica. Henry da voz a este pensamiento justo cuando me pasa por la cabeza. Lo hace a menudo.

De vez en cuando nos encontramos con alguien que conocemos; es como

recordar un sueño extraño de lo atrapada que me encuentro en estos días mágicos. En el recibidor del Hotel Royal, tras disfrutar de un copioso almuerzo para celebrar el cumpleaños de Ellen, vemos a la señora Manvers repartiendo panfletos sobre el Movimiento por la Templanza. Nos da uno a cada uno (aunque yo ya tengo tres) y ella y Henry disfrutan de una larga conversación mientras Gus, Ellen y yo admiramos la fuente del patio.

Henry me parece informado y reflexivo, no el hombre corriente y sin nada especial que afirma ser. Durante toda una vida me han dicho que soy una inútil y que no sirvo para nada, y eso no me ha hecho ningún favor. No veo necesidad de que Henry se inflija el mismo dolor, así que le pido que deje de hacerlo. Parece que me hace caso.

Anoche, después de una cena temprana en la calle Henrietta, me dijo que me amaba.

Habíamos cenado en la terraza rodeados de madreSelva. Gus se había excusado para ir a leer unos periódicos y luego Ellen se había retirado al interior de la casa para tocar el piano. Henry y yo desafiamos al frío y nos quedamos fuera, juntos. A pesar de los recientes días soleados, las noches se habían vuelto mucho más frescas. Henry dice que es porque Bath se asienta en una cuenca entre las colinas, una explicación geográfica con solidez para algo que había imaginado que se debía a mi simple descontento con la ciudad. Hablamos de literatura y leímos unos cuantos sonetos con el acompañamiento de los mirlos cantores que se preparaban para el verano. Después empezamos a hablar de nuestra infancia.

—Me pregunto qué habrá sido de ellos —dijo de pronto—. De la niña rara que corría detrás de su hermana mayor y del niño revoltoso que no era capaz de salir de casa sin meterse en líos. Me pregunto si existirán en alguna parte y no solo en nuestro recuerdo y en nuestros corazones.

—Yo sigo sintiéndome como esa niña rara la mayor parte del tiempo. Y la verdad es que... sigo corriendo detrás de Aurelia.

—¿La mayor parte del tiempo? ¿Y el resto qué? ¿Cómo se siente?

Fruncí el ceño un buen rato, reflexionando acerca de la pregunta.

—Como la adulta que siempre deseé que cuidara de mí —comprendí con

asombro—. Atenta. Confiada. Que me diera estabilidad. Quería mucho a Aurelia, pero ella no me daba estabilidad. Era como querer a una llama. Y... tengo interés en mí, Henry. Mi paso por la vida no es convencional y, aun así, ¡parece que me estoy labrando un camino! Nunca pensé que pudiera. ¿Y usted, Henry? ¿Sigue sintiéndose el mismo muchacho?

—No. —Sacudió la cabeza con decisión—. Oh, la picardía sigue aquí, lo sé, pero ahora soy mucho más que eso. He crecido para añadir más de la persona en la que debo convertirme. Soy un hombre, no un niño. Pero...

Me acordé de mi sorpresa inicial cuando lo vi en la puerta de la tienda de su abuelo. Estaba claro que no era un niño.

—Pero ¿qué?

Lo veo mirar a su alrededor, el jardín, y cruzarse de piernas, pensativo. El anochecer nos envuelve, suave, gris violáceo y frío. Me estremezco.

—Pero... aún no soy el hombre que quiero ser. Soy como un perfil de mí mismo. Quiero ser el retrato completo.

—¿Lo dice porque aún no ha elegido una profesión?

—En parte, sí. A veces creo que avanzo y en otras cosas me quedo atrás. Los líderes son impacientes y quieren... muchas cosas. Los rezagados hacen lo que pueden, estoy seguro, pero se sienten muy intimidados por lo que se espera de ellos. ¿Tiene sentido?

Imaginaba que lo que quería decir era que estaba madurando. Yo no tuve la posibilidad de madurar de forma gradual, siempre tuve que tratar con situaciones que un mundo más amable no habría presentado a una niña. Pero sí lo vi en Aurelia: la lucha y la contradicción. Y comprendí que era importante para él.

—Tiene sentido. ¿Cree que podría ser amable consigo mismo, mostrar un poco de compasión por aquello en lo que se queda atrás?

—No sé si debería. Creo que tengo que ser más firme conmigo mismo. ¿Sabe por qué soy tan impaciente, Amy? ¿Se imagina qué es lo que deseo?

Me miró con tal insistencia que me pareció que el corazón me martilleaba en el pecho, como si supiera que mi vida estaba a punto de cambiar. De repente me quedé sin habla, así que negué con la cabeza.

—Oh, mi querida, querida Amy, ¿no se lo imagina? ¡Es por usted! Es una

suerte que esté envuelto en este traje, porque dentro de él estoy deshecho. No quisiera incomodarla, pero tengo que decírselo. Desde la primera noche que nos conocimos, me fascinó. Parecía tan triste, tan sola, y, aun así, tan decidida. No quería dejar que se fuera, de verdad, pero usted y mi abuelo me dejaron claro que debía hacerlo. ¡Después la volví a ver aquí! Tener la oportunidad de conocerla bien, de hablar con usted, de escuchar sus confidencias, de compartir a mis amigos con usted. Ya sé que no nos conocemos desde hace mucho y no me cabe duda de que aún queda mucho por saber, pero tras pasar con usted estos últimos días una cosa me ha quedado clara: que mi vida sería mucho más pobre si usted no estuviera. Amy, si todo lo que siente por mí es amistad, entonces sepa que la atesoraré por siempre y no debe sentirse incómoda o herida por lo que acabo de decirle. Pero si pudiera usted amarme... si pudiera amarme algún día... yo... yo...

—¿Qué haría, querido Henry? —pregunté con tiento, acercando la mano por encima de la mesa de hierro forjado.

Me miró con una esperanza pasmosa. Nunca olvidaré esa mirada. Algo se derritió dentro de mí, algo que no sabía que estaba helado.

—No querría separarme nunca de usted, Amy. Me gustaría construir una vida con usted, si me quisiera. Sé que no estoy en posición de preguntarle algo así, en este momento tengo muy poco que ofrecerle, tan solo mi inquebrantable devoción, pero algún día, cuando lo tenga, ¿consideraría convertirse en mi esposa?

Sentí lágrimas en los ojos y que me caían por la cara. Fui a limpiármelas con el chal, pero él se colocó delante de mí, me rodeó con el brazo y me limpió suavemente las mejillas con su pañuelo.

—Dígame que son lágrimas de felicidad, Amy, por favor, dígamelo. Sería un desastre para la confianza de un hombre pensar que la mera propuesta de matrimonio pudiera llevar a una chica a las lágrimas.

Cuando conseguí dejar de reír y de llorar y me recompuse, le aseguré que se trataba de lágrimas de felicidad. Me senté en ese jardín, sobrecogida, la cabeza me daba vueltas y el corazón me bailaba, flotaba en olas de placer. Deseaba recoger todas sus palabras entre los brazos, acunarlas y conservarlas para siempre; estaba hambrienta de ellas.

—Para mí, empezó cuando se rio por la cara absurda que puse —comentó Henry—. Recuerdo que mi abuelo dijo algo sobre que se había quedado atrapada con él y conmigo, pues mi madre estaba en cama con un catarro. Hice una mueca y su cara se transformó. Me sentí protector con usted desde el principio, pero contemplar ese pequeño atisbo de cómo sería hacerla feliz fue lo que puso el mundo del revés. Recuerdo que tuve que poner alguna excusa para salir del salón.

—¿De verdad? Pensaba que me miraba de forma extraña. Pensaba que era porque tengo un aspecto raro cuando sonrío.

—¿Raro cuando...? ¿Pero qué le lleva a decir eso?

—Eso es lo que siempre me decían en la cocina.

—Pues permita que le diga que esa gente de la cocina estaba muy equivocada. Querida Amy, tiene una risa que podría hacer que cualquier hombre tuviera el deseo de pasar toda una vida haciéndola feliz. ¿Y usted? ¿Se enamoró de mí al instante? ¿En cuanto vio mi cuerpo varonil en la puerta de mi abuelo?

—Oh, sí, por supuesto, en la puerta —respondí, riendo para ocultar la vergüenza por la verdad que albergaba esa frase. Ahora puedo admitirlo. No podía creer que al fin pudiera compartir con él todas las veces que había pensado en él mientras pasaban los meses, lo feliz que siempre me hacía verlo, lo cómoda que me sentía en su compañía y que nunca soñé que nadie, mucho menos el adorable y apuesto Henry, pudiera sentir lo mismo conmigo.

Y así seguimos, en nuestro estado de entusiasmo y euforia, sin hablar de nada práctico, sin preocuparnos por el hecho de que no tengo ni idea de dónde estaré dentro de una semana y de que Henry no tiene ni idea de qué quiere hacer con su vida. Podríamos haber continuado así toda la noche si Ellen no hubiera venido a preguntarme si quería usar el carruaje.

Capítulo 55



Hoy, el sueño delicioso continúa. La vida corre presurosa e incontrolable y brillante. Me quedo despierta toda la noche, pero no por las razones que me han mantenido despierta desde que murió Aurelia. Mi único pesar es que nunca conocerá a Henry, ni él a ella.

Mareada y con los ojos irritados, salgo de la cama como si hubiera dormido como un bebé y me pongo el vestido beis con rayas rosas. Henry no lo ha visto todavía. Viene hoy a casa para conocer a la señora Riverthorpe. Se trata de una formalidad, pero, con nuestra emoción, queremos compartir nuestra dicha con todo el mundo y ella es lo más cercano que tengo en Bath a una protectora. Me gustaría que pudiera conocer a Constance y a Edwin, y me ha prometido que pronto lo hará, cuando mis circunstancias sean distintas.

Le he advertido, por supuesto, acerca de la señora Riverthorpe. Ahora es momento para prepararla a ella para que conozca a Henry.

—¡Aaah! —chilla cuando le comunico que estoy comprometida, o algo así, con el hombre al que amaré durante el resto de mi vida—. ¿Pero está comprometida o no? ¿Hay o no hay anillo? Oh, niña, niña, no me aburra con sus explicaciones. Pensaba que habría tenido más sentido común como para añadir este a su larga lista de problemas.

Sin embargo, sí lo conoce. Henry llama a la puerta a las diez en punto, la hora acordada, y corro a responder, para disgusto de Ambrose que,

contrariada, permanece en el recibidor sin intentar siquiera disimular que quiere verlo con sus propios ojos.

—¡Madre mía, Henry! —exclamo cuando abro la puerta. Siempre me ha parecido guapo, pero sencillo, con sus trajes de ciudad marrones que encajan con su gusto por pasear durante horas por la ciudad. Hoy lleva un traje gris oscuro, del color del cielo de noviembre, y un chaleco negro con una fina raya diplomática blanca. La camisa, los guantes y el pañuelo son blancos y tiene los rizos alisados y peinados hacia atrás, aunque cuando se quita el sombrero, estos amenazan con alzarse en cualquier momento. Tiene un aspecto tan elegante que me invade una sensación cálida y muy poco propia de una dama que me recorre todo el cuerpo de un modo indecente y se instala en el vientre, donde gira de forma descontrolada.

—Está preciosa —susurra, besándome la mano—. Qué bien le sienta el vestido.

—Debe de ser usted un abogado o un empresario de funeraria —observa con acidez la señora Riverthorpe, que se acerca a la puerta del salón y nos hace señas para que la acompañemos. Luce una figura alarmante con un vestido naranja que resultaría atrevido para una fiesta. No le importa que sean las diez de la mañana—. Amy, ¿va a presentarnos o se va a quedar ahí mirándolo con la boca abierta todo el día? ¡Ambrose! Puedo ver a través de las paredes, ya lo sabes. Deja de espiar y vuelve al trabajo. —Baja la voz—. Y también tengo ojos en la nuca. —Su voz flota hasta nosotros—. ¡Vamos a querer té!

Estoy horrorizada, pero Henry se ríe. Me toma de la mano y tira de mí en dirección al salón.

—Señora Riverthorpe —la saluda tras darse cuenta de que yo voy a ser de poca utilidad a la hora de iniciar una conversación. Le da un beso en la mano—. Soy Henry Mead. Es un placer conocerla. Amy me ha hablado mucho de usted.

—Nada bueno, seguro —le reta, señalándolo con la barbilla huesuda.

—Muy poco —coincide con seriedad, y le ofrece el brazo.

La mujer deja que la ayude a tomar a sientto, y luego se vuelve y me ofrece a mí el mismo servicio. Por supuesto, yo no estoy tan rígida como una anciana,

pero estoy tan horrorizada por los modales de mi anfitriona que no puedo moverme.

—¿Qué es entonces? —pregunta ella cuando estamos todos sentados.

Le lanzo una mirada furiosa, pero no me hace caso.

—¿Empresario de funeraria o abogado? —dice Henry sosegadamente—. Ninguno de los dos por el momento, aunque estoy dispuesto a considerar ambas opciones. Me encuentro entre una profesión y otra, estoy en busca de una nueva.

—¿Cuál fue la última?

—Medicina. Es decir, que estudié para ser médico durante un tiempo.

La señora Riverthorpe se estremece.

—Una ocupación antinatural. Mejor que deje a este individuo lo antes posible, ¡no querrá un médico, Amy! Entonces no está buscando nueva profesión, ¿es un vago que quiere dejar huella?

Hago una mueca, pues sé lo delicado que es este asunto para Henry. ¿En qué estaba pensando al traerlo aquí? Pero él parece impasible.

—Ese es precisamente el caso, señora Riverthorpe, aunque tengo intención de rectificar lo antes posible. —Asiente en mi dirección, sonrío y le devuelvo la sonrisa, orgullosa de él. Yo también estoy conmovida por el esfuerzo que ha hecho con su apariencia, todo por el honor de conocer a mi anfitriona y causarle una buena impresión... si es que eso es posible.

—Parece embelesada con usted y decidida a iniciar un cortejo —cavila la mujer con un tono que pone en tela de juicio mi inteligencia. Niega con la cabeza.

—¡Me complace escuchar eso! —responde Henry—. ¿Y usted, señora Riverthorpe? He oído que es una mujer temible que hace exactamente lo que le place. Me alegra saberlo, pero espero que no esté usted corrompiendo a Amy, pues me gustaría encadenarla a una vida de servidumbre si puedo conseguirlo.

Cierro los ojos. La señora Riverthorpe suelta una carcajada y prosiguen discutiendo e intercambiando burlas ingeniosas como si se conocieran desde siempre. No sé si esto es bueno o no.

Ambrose nos trae el té servido en porcelana verde y la señora Riverthorpe interroga a Henry acerca de todas las facetas de su vida. Quiere saber quién es

su familia, cómo piensa hacer algo con su vida y qué intenciones tiene conmigo (confieso que yo también tengo interés en oír eso, nunca me cansaré de escucharlo). Es horriblemente antipática con él, pero Henry capea la tormenta con una fascinación increíble y afable. Igual que Aurelia, es un amante de la humanidad con todas sus peculiaridades y rarezas, rápido en agradar y lento al juzgar. Tras media hora que me deja débil y exhausta, se despiden sin rencores.

Le digo adiós y me quedo mirando en su dirección hasta mucho después de que haya desaparecido por la calle. No vamos a vernos de nuevo hasta mañana. Tengo la sensación de que es posible que no sobreviva a la noche, pero he prometido a la señora Riverthorpe que la acompañaré a un concierto y no quiero faltar a mi palabra.

—Venga, bobita —me dice al oído, haciendo que me sobresalte—. Vamos a tomar una copa. Necesito una después de esta exhibición sentimental. No para velar sus sentimientos, ¿eh?

Pienso en toda una vida tratando de ocultar el dolor y el miedo, años dejando de lado mis sentimientos para ser valiente y útil para Aurelia cuando se estaba muriendo, aquellos últimos y largos meses de confusión y reticencia. Soy incapaz de hallar la energía para discutir. Ser precavida ha sido mi forma de sobrevivir en el mundo, pero Henry lo ha vuelto del todo imposible.

Acabamos de tomar asiento y levantar las copas con un «¡Por el amor!» de parte de la anciana con tono irónico cuando Ambrose llama a la puerta.

—El señor Garland ha venido a ver a la señorita Snow. Si desea recibirlo, señorita.

—¡Aaaah! —grazna la señora Riverthorpe—. ¡Delicioso!

Noto que el rubor de felicidad que tan irritante le parece desaparece de mi rostro. Me había olvidado del todo del señor Garland.

—Yo... yo... —tartamudeo, deseando con todo mi corazón poder rechazarlo, pero incapaz de pensar en cómo podría explicar tal comportamiento.

—Otra vez la lengua enredada —comenta mi anfitriona—. Ambrose, lo que quiere decir es que le gustaría fingir que no está en casa, pero no sabe cómo decirlo.

Increíble.

—Pero opino que tiene que verlo, así que tráelo, ¿por qué no? Desapareceré.

—Oh, no, señora Riverthorpe, por favor... Es decir, no hay necesidad de que se ausente. El señor Garland es tan amigo suyo como mío... ¡más aún! Seguro que desea verla.

Encoge los hombros delgados.

—Pero yo no deseo verlo a él.

Y desaparece. Puede moverse sorprendentemente rápido cuando ella quiere.

Ambrose acompaña al señor Garland al salón y siento que me arde la cara al recordar nuestra última conversación, que con tanto tacto sacó a colación él y que yo tan rápido he olvidado. ¿Volverá a sacar el tema? En cualquier caso, debo evitar cualquier falsa esperanza de inmediato. Pero entonces caigo en la cuenta de que el señor Garland no estará acostumbrado al rechazo. Con su favor llega la... obligación. ¿Cómo le digo que, aunque no desprecié sus atenciones hace menos de una semana, ahora he consentido casarme con otro hombre? Seguro que esto presenta dificultades para cualquier bella dama, mucho más para Amy Snow, ¡el parásito de Hatville!

—¡Mi querida señorita Snow!

Entra resplandeciente y parece feliz de verme. Me había olvidado de lo apuesto que es, pero eso no debe distraerme. Si se da cuenta de que estoy retorciendo las manos, no lo demuestra.

—Qué delicia volver a verla. Qué bien le sienta el color beis y el rosa. Siento mucho haberme ausentado de Bath más de lo que esperaba. —Se acerca a mí con un movimiento grácil y se inclina.

Trago saliva. Si supiera cómo he perdido la noción del tiempo en mi estado de felicidad. Ni siquiera sé cuánto tiempo ha pasado fuera.

—¿Qué... qué tal está, señor Garland? —tartamudeo, inclinándome yo también—. Espero que sus negocios en Londres hayan sido exitosos. —De repente me siento otra vez como la pequeña Amy de Hatville, a punto de que me descubran haciendo algo inadecuado. Noto que me cruje un dedo... unos segundos más y me lo habría arrancado. Me obligo a dejar los brazos a los

lados y a enterrar las manos en la falda.

—¡Así es! Estoy muy contento. Pero aún más contento de estar otra vez en Bath, con mis amigos. Espero que esté usted bien.

—Muy bien, gracias, señor. De hecho... muy bien, sí.

No puedo mirarlo a los ojos y los fijo en el pañuelo azul. Podría jurar que me hace un guiño, la tela brilla tanto.

—¡Excelente! —Retuerce un poco el sombrero con alegría. Aprovecho el hecho de que sigue con él en la mano como motivo para esperar que no tenga intención de quedarse mucho rato—. Me pregunto si podría contar con usted y con Ariadne para que me acompañasen a escuchar a un cuarteto de cuerda esta noche. Mi viejo amigo Quintus Crace es el viola y me gustaría mucho que lo conociera.

—¿Se celebrará en Upper Rooms, señor Garland?

—Así es.

—Entonces ya pensábamos ir. La señora Riverthorpe conoce al violonchelista, creo. En realidad, sospecho que conoce al cuarteto entero y también al público.

Se ríe.

—¡Espléndido! Entonces asistiremos a una pequeña fiesta musical, seguro. ¿Me permite el honor de guardarles asientos cuando llegue?

—Se lo agradecemos. Ah, señor Garland, yo.... Eh...

—Señorita Snow, ¿pasa algo?

Toma asiento con mirada de preocupación. Ojalá no hubiera hablado; estaba a punto de marcharse, la reunión casi había concluido. Pero no puedo soportar la idea de volver a verlo esta noche cuando hay tantas cosas de las que no hemos hablado y con la compañía de la maliciosa señora Riverthorpe.

—No, es decir, sí, un poco. —Estoy de pie, delante de él, retorciendo de nuevo las manos—. Me avergüenza enormemente sacar el asunto a colación, pero debo hacerlo. Guarda relación con nuestra última conversación, antes de que se marchara a Londres, cuando...

—Cuando le transmití mi gran admiración por usted, señorita Snow. Lo recuerdo.

Asiento, aliviada.

—Es solo que... me sentí muy agradecida y honrada, señor Garland, y no había entonces motivo para pedirle que no hablara, se lo aseguro. Sin embargo, desde entonces me he... comprometido, supongo, con otro hombre, un viejo amigo que acaba de reaparecer en mi vida. No quería que usted... no quería...

Por supuesto, estoy exagerando la situación al describir a Henry como un viejo amigo. Al verlo a través de los ojos del señor Garland, si él lo supiera todo, recuerdo que no conozco a Henry desde hace mucho, pero me parece más amable decirlo de este modo. Me arde la cara. Desearía que el suelo me tragara en este momento. Le lanzo una mirada. Tiene la cabeza gacha y no le veo el rostro. No he visto nunca al señor Garland de otra forma que no sea sereno. Le brilla el pelo dorado. Me muerdo el labio, esto es espantoso.

—Lo comprendo, señorita Snow —responde con voz tranquila—. La situación ha cambiado y no quería que existiera entre nosotros una impresión falsa.

—Precisamente, señor Garland, gracias. Espero que podamos seguir siendo amigos. Valoro mucho su amistad.

—Y yo la suya, señorita Snow. —Me mira al fin con una sonrisa. Tiene una expresión desconocida en los ojos. Supongo que se trata de decepción y sus palabras lo confirman—: Estoy decepcionado, claro, ¡soy un hombre! Pero no soy tan impetuoso como para rechazar una amistad, creo.

Ya está todo dicho. Aliviada, me dejo caer en el sillón.

—¿Está el asunto decidido entre usted y su... amigo? —pregunta.

—Así es.

—Pero no veo un anillo de compromiso, señorita Snow.

Noto que la cabeza me palpita.

—Aún no estamos comprometidos. Las circunstancias nos lo impiden... pero el acuerdo está muy claro, señor Garland.

—Ya veo, por supuesto. —Asiente y vuelve a sonreír. Se produce un pequeño silencio. Me pregunto si se irá, pero entonces vuelve a hablar—: ¿Sus circunstancias o las del caballero?

—Bueno, ambas, en realidad. Creo que le mencioné que no tengo ahora mismo libertad para seguir mi propio camino, y sigue siendo el caso.

—Lo recuerdo. ¿Y quién es el caballero afortunado? ¿Lo conozco, tal vez?

—Lo dudo, señor. No es de Bath, solo se queda aquí con unos amigos durante un tiempo. Y no... no ha asistido a ninguna de las reuniones en las que hemos estado.

—¡Oh! —Consigue reunir sorpresa y desaprobación en una sola sílaba—. ¿Pero es un caballero bueno y solvente? ¿Igual a usted en todos los aspectos? ¿Está asentado en la vida y es capaz de persistir en su afecto por usted?

Esto es horrible, ¡horrible!

—Es igual a mí, sí —contesto al tiempo que aliso los pliegues de la falda con las palmas—. Aún no está del todo asentado, pero su intención de mejorar su posición es clara.

Enarca las cejas doradas.

—No lo dudo. Es solo que había imaginado, para usted... bueno, siempre que confíe en su carácter y que no sea un dandi joven y ocioso con muchas ideas buenas y ninguna acción decidida... Siempre que sea sensato en cuanto a sus necesidades y lo que usted merece... Entonces les deseo a ambos una enorme felicidad. Y, por supuesto, debe ser así, porque si no, no habría aceptado el compromiso con él.

»Discúlpeme, señorita Snow, naturalmente me siento protector con usted, aunque admito que no me corresponde. Me voy ya, la veré esta noche. Si vamos a seguir siendo amigos, ¿puedo todavía verla esta noche?

—Oh, ¡por supuesto! Claro, naturalmente.

—¿No la acompaña el caballero?

—No, señor. No.

—Ya veo.

La mirada de confusión se dibuja claramente en sus perfectos rasgos. Esta ha sido la conversación más incómoda de toda mi vida.

Llamo a Ambrose, que lo acompaña a la puerta, y antes de que pueda echar un vistazo a los miedos que me acechan (por haberme comportado de forma inapropiada, por haber herido sus sentimientos, por haber respondido a sus preguntas con demasiada información, o con muy poca), la señora Riverthorpe está de vuelta, tomándose una segunda copa de Madeira, y se acomoda en busca de cotilleos. Estoy empezando a pensar que el día de hoy se está

convirtiendo en una sucesión de conversaciones, en una secuencia cada vez menos divertida.

—Señora Riverthorpe, ¿me excusa, por favor?

—No. Venga, Amy, siéntese y hable. La mayoría de las veces usted no me interesa. ¿Qué está pasando entre usted y el señor Garland? Apuesto a que le ha expuesto sus intenciones y ahora que está usted enredada con su Henry se siente muy incómoda.

—Tiene razón, como siempre. ¿Puedo hablarle con franqueza?

—Estoy a favor de la franqueza, jovencita. Seguro que se ha dado cuenta.

Cierro la puerta, no tanto en busca de privacidad como para recalcar el hecho de que el señor Garland se ha marchado y tranquilizarme. Me siento en el sillón. Compruebo que mi anfitriona se ha puesto un bonito chal de color dorado y melocotón que hace que el conjunto naranja se vea más modesto. Seguro que se ha vestido a propósito para conocer a Henry, pero esa es la menor de mis preocupaciones ahora mismo.

—Me siento muy incómoda. Temo haber hecho daño al señor Garland y...

—¡Jaaa! Si eso es lo que la aflige, puede descansar en paz. Él no es un joven tierno al que se le pueda romper fácilmente el corazón. Pero tampoco es un hombre al que se pueda contrariar.

—¿Por qué dice eso?

—¿Se acuerda de lo que nos contó la semana pasada? Él no juega para perder.

Frunzo el ceño.

—Estaba hablando de las cartas.

—¿Seguro?

—¿No?

Pone los ojos en blanco.

—Continúe.

Tomo aliento y ordeno mis pensamientos.

—Aquella noche, durante la partida de cartas, ¿recuerda que Ambrose me pidió que saliera del juego... y envió usted al señor Garland a buscarme para comprobar que estaba bien?

—Yo no hice tal cosa. Recuerde que formo parte de la minoría que opina

que una mujer es perfectamente capaz de ausentarse sola de una habitación durante cinco minutos sin que suceda una catástrofe.

—Pero... ¿qué? Eso me contó él.

—¿Sí? —De nuevo, la señora Riverthorpe me recuerda a una garza con el cuello extendido y los ojos de acero buscando un pez—. No, se excusó inmediatamente después de que saliera usted del salón. No se me escapan muchas cosas.

—¿Inmediatamente después? Entonces...

Pongo una mueca. Estuve conversando con Henry y los Longacre al menos unos quince minutos. Recuerdo que entré en la casa y choqué con el señor Garland. Estaba al otro lado de la puerta. Esta tiene una ventana de cristal de adorno justo al lado. ¿Es posible que estuviera... observándome? ¿Que viera a Henry? ¿Que la increíble coincidencia de que declarase su admiración por mí justo cuando Henry reapareció no fuera tal coincidencia? ¿Que quisiera dejar claro su interés porque pensaba que había otra persona? Y si es así... ¿tiene algo de malo?

—Deje de fruncir el ceño, Amy, tiene un aspecto horroroso. ¡Continúe!

—Cuando entré, declaró su... admiración por mí.

Le cuento todo lo que recuerdo de la conversación con el ceño fruncido.

—No quería hacerme una proposición de matrimonio en ese momento. No era un joven impulsivo, dijo.

¿Le parecería Henry un joven impulsivo? ¿Lo es?

—Deseaba confirmar si quizá pudiera considerarlo como pretendiente cuando nos conociéramos un poco más.

—¿Y le dijo que sí?

—Yo... no estoy segura.

La cara que pone no tiene precio.

—¿No sabe lo que le dijo?

—¡No! Es decir, creo que no fui muy clara al respecto. Estaba muy sorprendida. Halagada, ¡pero sorprendida!

La señora Riverthorpe arruga más la frente, ya de por sí arrugada, mientras me contengo para no decirle tiene un aspecto horroroso. En lugar de eso, acaricio un punto en el que incide la luz del sol en el sillón.

—Quentin no es un hombre al que sea fácil rechazar. Seguramente la presionara para que le diera alguna respuesta que no fuera la de una imbécil.

—Bueno, sí. Le dije... creo que le dije que lo admiraba mucho y que disfrutaba de su compañía y que me gustaba verlo, ¡y todo eso es verdad! Pareció satisfacerle... Luego sugirió que regresáramos a la partida de cartas. Y entonces aparece hoy, disculpándose por haberse ausentado más tiempo del que imaginaba, ¡pero yo ni me había fijado! Desde entonces, he pasado todos los días con Henry. Yo... había olvidado al señor Garland.

Me siento fatal. Me llevo las manos a las mejillas, un gesto que cada vez se vuelve más habitual en mí.

—¡Jaaa! Esto no tiene precio. Bien hecho, Amy, esto es lo mejor que he escuchado salir de su boca. ¡Olvédelo! No es el tipo de hombre que espera que lo olviden, ni que lo rechacen. Conozco al señor Garland desde hace cinco años o más, y cada temporada veo a las jóvenes pelearse por él como si fueran urracas en torno a un pastel. Es él quien se olvida de las muchachas. Me aventuro a decir que no se va a deshacer de él tan fácilmente.

Me remuevo en el sillón, incómoda. El señor Garland que está describiendo no se parece a la persona considerada a la que yo conozco. Veo motas de polvo moviéndose en un rayo de sol. Me parece que la realidad también se mueve. Durante unos días con Henry, pensaba que sabía cómo era todo. Ahora vuelven las preguntas, siempre hay preguntas.

—Pero acabo de hablar con él. He sido sincera, le he dicho que tengo un acuerdo con otra persona.

—Y se alegró mucho por usted y le deseó una larga y feliz vida juntos, imagino.

—Bueno, no, pero ha sido muy caballeroso.

—Naturalmente. Quentin es siempre todo un caballero.

Suelta una carcajada que tan solo se podría describir como una risilla.

—¿Y qué dijo entonces? Sembró la semilla de la duda en su mente, ¿verdad?

—Nunca dudaría de Henry, señora Riverthorpe. Pero sí, el señor Garland sugirió que tal vez no esté bien asentado, esa fue la palabra que usó. Y que debería de aspirar a lo mejor.

Asiente y sonríe sombríamente.

—Al mismísimo Quentin Garland, no hay duda. Bueno, él es mucho más guapo que su Henry, debo decirlo. Oh, Henry es bastante agradable, pero no puede presumir de ser realmente distinguido. Aunque tengo que admitir que, para ser usted una cosita pequeña y de aspecto extraño, ha atraído a un par de rostros muy atractivos.

¡Está equivocada! ¿Es que no ve que Henry es apuesto, alegre y vivaz mientras que la belleza del señor Garland es refinada y resplandeciente como el mármol?

—¿Cree entonces que debería casarme con el señor Garland? —pregunto, confundida. Pensaba que ella y Henry se habían llevado bastante bien, teniendo en cuenta cómo es ella.

—¡Santo cielo, no! Cásese con quien le plazca. ¡O no se case! ¡O esté con los dos! Pero, haga lo que haga, hágalo con los ojos muy abiertos.

El pequeño reloj marrón que hay sobre la repisa de la chimenea marca el mediodía. El sol de abril está alto e inclinado. Llevo toda la mañana encerrada en esta habitación y me gustaría dar un paseo. Me levanto y me acerco a la ventana. La calle se ve dorada y está llena de gente. Hay todo un mundo ahí fuera, más allá de los complejos asuntos que ahora me ocupan.

—¿Qué quiere decir, señora Riverthorpe? Por favor, hable con claridad. A usted puede resultarle trivial, pero yo no soy como usted. ¿Sabe algo que yo desconozco?

—Querida —comienza. Me vuelvo y la miro. ¿Se está riendo de mí?—, ¿por qué piensa que guardo cuadros de polillas en todas las habitaciones de la casa?

No la entiendo.

—Eh... siempre he pensado que porque es una coleccionista de lepidópteros.

—¡Ja! ¿Yo, una coleccionista de lepidópteros? ¿Por mi fascinación por las pequeñas maravillas del mundo natural?

Inclino la cabeza. Aunque me he acostumbrado a sus modales, no disfruto de su desprecio. Es verdad que ella no es lo que alguien imaginaría como coleccionista de lepidópteros. Costaría creerlo, por cómo es.

—Boba. Es porque siempre hay que mantener a la vista al enemigo. Esos bichos pequeños y marrones parecen muy inocentes, pero se comen la ropa... o los jóvenes lo hacen, he olvidado cuáles son. En cualquier caso, mis preciosos vestidos están roídos y es por culpa de ellos. Es una guerra entre los dos. Así que los cazo. Los persigo. Cuando atrapo a uno, lo meto en el armario. Los cuadros los tengo siempre delante para recordar que son enemigos de mi felicidad, incluso los pequeños que parecen inofensivos.

Soy consciente de que tengo las cejas muy enarcadas tras escuchar su discurso. Siempre he sabido que es una persona poco convencional, pero esto resulta bastante sorprendente. Regreso al asiento y extiendo la falda en un intento de colocarla de forma simétrica y hacer tiempo para pensar en una respuesta.

—¡Madre mía! Imagino que los agujeros en sus preciosos vestidos deben de ser... eh, molestos. Pero, por muy interesante que me parezca... no veo... ¡ah! ¿Los cuadros de los caballeros? —Levanto la mirada y miro los retratos que cubren la pared más lejana, todos iluminados por la pálida luz del sol.

—Precisamente, niña. La misma razón. Hay que mantener siempre al enemigo a la vista.

—Entiendo. Sea cautelosa con los hombres, pues pueden destruir su felicidad.

—¡Ja! Muy bien, así es, sí.

Tomo la copa de vino.

—¿Los retratos son de hombres particulares o es meramente una selección que sirve para exhibir la variedad de especies que hay?

—Son mis antiguos maridos y amantes.

Escupo el vino, sorprendida.

—¿Cómo? ¿Todos?

—No sea boba, niña, me habría quedado sin espacio en las paredes si quisiera exhibirlos a todos. Son los más problemáticos, supongo. Amy, no hay un final feliz. Olvídense de eso. Aunque se case por amor, tal vez especialmente si se casa por amor. Hombres altos, hombres bajos, hombres ricos, hombres pobres, hombres guapos, grotescos, grotescos que se creen guapos... Los he tenido a todos y todos te devoran, Amy, todos ellos.

Es un giro desolador de la conversación. Miro a mi alrededor. Este salón me resulta ya familiar, pero sigue sin hacer que me sienta en casa. Es siempre escenario de revelaciones inesperadas, preguntas difíciles, ideas incómodas...

—Seguro que no todos los hombres son así. Seguro que los hay buenos, amables, honrados y... y... los que apoyan el derecho de la mujer a aprender, a elegir su camino y... y...

—¿Y a respirar? Qué buenos son. Me aseguraré de solicitar sus bendiciones la próxima vez que desee ejercer un derecho humano básico. Supongo que piensa que Henry es así y que vivirá feliz para siempre.

—Sí, así lo creo.

—¡Pero no vivirá feliz para siempre! —Estampa el puño en la mesa y me sobresalto—. ¡Ni siquiera lo está intentando! Él no tiene profesión, ni tampoco negocio alguno. Lleva usted en el mundo cinco minutos y aún está verde. Estoy segura de que su familia es buena, pero dudo que esa familia disponga de medios para apoyarlo de forma indefinida. Bien, usted tiene dinero, pero ¿lo sabe él? ¿Han hablado de ese asunto? ¿O se han limitado a mirarse a los ojos, suspirar y recitar poesía?

Me enfurezco al escuchar sus palabras.

—Hemos leído un soneto o dos, pero tan solo fue ayer cuando declaramos lo que sentíamos el uno por el otro. Creo que puede perdonarnos si no hemos dispuesto todavía todos nuestros asuntos mundanos para su satisfacción. —Empiezo a notar calor en las mejillas—. Recuerde que no estamos comprometidos, no hemos sido tan rápidos.

Pero parece haber perdido el interés en Henry y en mí.

—No creo que Quentin la hiciera más feliz. Me pregunto por qué se ha fijado en usted cuando hay tantas herederas en Bath.

—¿Cree que el señor Garland me corteja porque parezco rica? Pero no puede ser... ¿por qué iba a tener esa necesidad? ¡No tengo tanto dinero!

—Él no sabe cuánto dinero tiene. La ha visto empobrecida y luego, de forma repentina, vestida como una princesa y mezclándose con los círculos más refinados. Puede que piense que usted va a heredar mi dinero. No sabe nada con seguridad, pero usted debe de parecerle una buena apuesta.

—Supongo que es cierto. ¡Pero él es rico! No necesita casarse por dinero.

—Estoy segura de que no se casará por amor. —Se inclina hacia delante y me mira a los ojos—. Amy, ya he intentado decirle esto antes y deseo que me escuche ahora. Tenga cuidado con Quentin Garland. No sé nada con certeza, si no se lo contaría, esté segura, pero no me he pasado una vida entera entrando y saliendo de la vida de los hombres para no aprender nada. Mis instintos me dicen que él no es lo que parece. Tenga mucho cuidado con él. Y Henry... ¿lo quiere más a él?

—Sí. Por mucho que admire al señor Garland, es a Henry a quien amo. Tengo el presentimiento de que estamos hechos para estar juntos.

—Entonces tenga todavía más cuidado con él. Amy, unas últimas palabras: si alguna vez va al norte del país, por favor, busque a mis amigos los Capland. No tema, no son como yo. Imagino que sus Twister, o Willow, o como se llamen, se parecen mucho a mis Capland.

Es un cambio de tema tan extraño como el de las polillas. Me pregunto cómo regresar al asunto que estábamos tratando.

—Él es un buen hombre, tiene una tienda, pero para tratarse de un comerciante es muy respetable. Tampoco es que eso me importe. Ella es una criatura tonta como ninguna, pero tiene un corazón amable y eso es importante para mucha gente. —Me lanza una mirada—. ¿Se acordará del apellido, Amy? Capland. ¿O los ojos oscuros de Henry se lo borrarán de inmediato de ese cerebro suyo que se derrite?

—Me acordaré, pero ¿qué tienen que ver los Capland con Henry, con el señor Garland o con nada de esto?

Pone los ojos en blanco.

—Nada, chiquilla. Simplemente me aburría la conversación.

Capítulo 56



A la mañana siguiente, asisto a un pequeño desayuno tardío en la calle Henrietta. Durante la fiesta, parece que a Henry lo aborda una impaciencia que apenas puede contener.

Tras la comida, los dos salimos a nuestro rincón del jardín y después de besarme de un modo que hace que me tiemblen las piernas, me mira con ojos chispeantes.

—Amy, me abordan pensamientos que debo contarle.

«¡Lo sabía!».

—Hemos llegado a un acuerdo mutuo basado en sentimientos sinceros y románticos. Soy el más afortunado de los hombres. Los últimos días han sido deliciosos, pero soy consciente de que no tengo nada que ofrecerle. No estoy en posición de pedirle aún que se case conmigo.

Las palabras del señor Garland aparecen en mi mente. Las aparto y tomo a Henry de la mano.

—Necesito que eso cambie lo antes posible, así que he pasado toda la noche despierto, pensando en cómo rectificar mi situación. Necesito una profesión. Tiene que ser algo que encaje conmigo y algo que pueda soportar para que no me convierta en un marido agotado y malhumorado.

—No puedo estar más de acuerdo.

Se afloja el pañuelo.

—He barajado todas las profesiones conocidas por el hombre durante las últimas noches. En esas horas oscuras, ¡creo que he encontrado al menos siete empleos!

Sonrío.

—Debe de haber amasado una buena fortuna, querido.

—¡Oh, soy tan rico como Crespo! Y he encontrado la respuesta. Se trata de un salario modesto y no es una gran profesión a ojos del mundo. No me cabe duda de que muchos dirán que, con mi educación e inteligencia, podría hacer algo mejor, pero a usted no le preocupa tanto tener una vida refinada y ser popular en sociedad, creo, por lo que me ha contado de lo que desea.

Me remuevo, impaciente por escuchar su plan.

—No, y me gustaría verlo feliz. Dígamelo ya, ¿qué ha decidido?

—Estaba pensando en sus amigos, los Wister, y en lo que me contó de las aspiraciones del joven Michael de enseñar a los niños desafortunados. —Se sienta muy recto; le brillan los ojos—. Quiero hacer eso, Amy. Quiero dedicarme a una profesión sin tener que estudiar más. Quiero trabajar con la gente, ayudarla, de inmediato. No sé cómo no se me había ocurrido antes, pero supongo que siempre he sentido que tenía que aspirar a un salario mejor, que la sociedad... Que perdería si no lo hacía así.

»¡Pero no! Puedo pensar por mí mismo. —Aparta la mano de la mía y empieza a pasearse enérgicamente por la terraza. Lo observo, como si estuviera en un partido de tenis—. Lo que me importa es hacerla feliz, y ser feliz también yo. Con esto lo conseguiré, estoy seguro, y eso es más importante para mí que ganar un buen salario como abogado reputado e impresionar a todo aquel que me conozca. Siempre que usted, mi amor, sea feliz al ser la esposa de un maestro de escuela. Será una vida modesta, debo decírselo una vez más para que sepa cómo será nuestra vida. Si me dice que desea otra cosa, será otra cosa. Si desea una vida más refinada, me empeñaré en conseguirla.

Me pongo en pie y lo beso.

—Henry, ¡no! Ya sabe lo que pide mi corazón. Ya he tenido bastante de pasillos fríos y grandiosos y salones vacíos. Estoy harta de sociedad, bailes, escándalos y riqueza.

—¡Sabía que diría eso! —declara, echándome el brazo por encima para

que pasee junto a él—. En ese caso, le pediré a Elsie que envíe la carta que he escrito esta mañana cuando vaya a la ciudad. No quería mandarla hasta que no hubiera hablado con usted.

—¿A quién le ha escrito, Henry?

—A un hombre que conozco en Twickenham, amigo de mi abuelo. Tiene algo que ver con la política, pero también con la educación. Basta decir que tiene influencia en la reforma de educación y que sabrá algo sobre esa Kneller House y otras iniciativas similares. Le he pedido que me informe de mis oportunidades en esa área y que me recomiende cualquier puesto que conozca.

Me quedo muy quieta, mirándolo.

—¿En la zona... de Twickenham, Henry?

Me sonrío.

—Le gustaría mudarse cerca de sus amigos, ¿no, querida?

—Oh, ¡me gustaría más que nada! Pero ¿y usted? ¿Dónde le gustaría vivir a usted?

Se ríe.

—¡Con usted, por supuesto! ¡No, deje de fruncir el ceño! No será ningún sacrificio. Es un lugar bonito, a un tiro de piedra de Londres y de mi madre y la tía Annie. Mi madre vive en Hertfordshire, no está muy cerca, pero lo suficiente... la adoro, pero tiene mucho genio. No es Cardiff, ¡no es Manchester! Creo que nos irá muy bien en Twickenham.

De pronto veo todos mis sueños haciéndose realidad ante mis ojos, estallando, como rosas que florecen.

—Henry, opina que yo podría... no, tal vez... ¿cree que podría ayudarlo de algún modo? No sé cómo. Tal vez pueda leer algunos artículos si tiene demasiados o ayudarlo a buscar proyectos nuevos para los niños.

—Amy, ¡dependeré de ello!

—Y... ¿qué opinión tiene sobre un invernadero, dígame?

—Del todo favorable, mi amor, nada me complacería más.

—¿Henry? ¿Podríamos tener un poni?

—Querida, podemos tener diez.

—Uno será suficiente. Henry, tengo que decirle... —De repente me acuerdo de lo que dijo la señora Riverthorpe y deseo contárselo, confiar en él

—Tengo... tengo cinco mil libras. Me las dejó Aurelia, y es un secreto, por supuesto. Son tuyas... es decir, nuestras, para ayudarlo a que se instale en su profesión, o a comprar una casa, o... o... En realidad, no sé qué se puede hacer con cinco mil libras, nunca había tenido un chelín, pero quiero que sepa que las tenemos.

Henry me da un beso sonoro. De nuevo me da vueltas la cabeza y me tiemblan las rodillas. Me ayuda a sentarme con amabilidad y se une a mí, con cara seria.

—Me alegro por su fortuna, pero no podría aceptar su dinero para comenzar mi vida... es un privilegio hacerlo por mí mismo. Me gustaría ser capaz de conseguir un hogar para los dos. No me cabe duda de que me considerará anticuado, pero disfrutaré al aceptar esa responsabilidad. Debe usar su dinero para usted.

—Pero me gustaría... invertir en nuestra vida juntos. Usted trabajará y ganará nuestro salario anual. Esta puede ser mi contribución a nuestras finanzas.

—Pueden ser entonces nuestros ahorros. En caso de dificultad, o alguna oportunidad espléndida que nos pueda surgir. O para nuestros hijos, tal vez.

Si alguna de las reservas que había expuesto el señor Garland en cuanto a que Henry supiera lo que quería en la vida hubieran influido sobre mí, acabé por alejarlas de mi mente. Durante la semana siguiente, veo a un hombre completamente decidido. Escribe innumerables cartas: a sus antiguos tutores pidiendo referencias; a su familia, informándoles de la decisión; a las escuelas de Richmond, Twickenham, Hammersmith y Ham, preguntando por vacantes. Aborda al maestro de la escuela local y le pide que le hable de la profesión, que fijen una cita para que le informe. Convince a los Longacre para que inviten a políticos de Bath a cenar para poder hablar con ellos de la reforma de educación.

Es una semana ajetreada, emocionante y enérgica, y cada vez que lo veo tiene algo nuevo que contarme. Veo al señor Garland solo en dos ocasiones, en el concierto de Upper Rooms y en una cena cuatro días más tarde. Me siento horrorosamente incómoda y culpable por estar tan feliz, pero él se comporta

de forma civilizada, por supuesto, y no vuelve a hacer referencia a temas personales. Parece haber aceptado mi decisión y haberse retirado con elegancia, como yo esperaba.

Y pronto llega el 29 de abril, el día en que recibo la siguiente carta de Aurelia.

La señora Riverthorpe la deja con indiferencia en mi regazo cuando va a salir, haciendo que me sobresalte. No me había olvidado de la fecha, ni por asomo, pero últimamente la he visto poco y no he tenido ocasión de mencionar la carta. Esperaba que me llamase y me la entregara con una copa ceremonial de vino de Madeira, no que me la lanzara en mitad del desayuno.

Pierdo el apetito. Oigo la puerta de la casa cerrarse cuando la señora Riverthorpe sale. Solo es un rectángulo de papel de color beis, pero, ahora que Henry está en mi vida, me parece la espada de Damocles preparada sobre mi cabeza.

Dejo los arenques ahumados a medias y, después de pedir a Ambrose que diga que no me encuentre en casa si viene algún visitante, me dirijo a mi dormitorio. Cierro con firmeza la puerta y me acomodo en el alféizar de la ventana. Tomo aliento y abro el sobre.

Mi preciada Amy:

Espero que estés bien. Espero que seas feliz. Espero que estés encontrando tu camino para recibir todo lo que la vida tiene que ofrecerte.

Hoy ha sido un mal día. El señor Clay vino a hablar del colegio, pero me mareé después del desayuno y no pude verlo. No me recuperé hasta que estaba anocheciendo. Menudo desperdicio de un preciado día.

No importa, me había prometido que escribiría esta carta esta noche y la escribiré, aunque con un ánimo más sombrío del que tenía cuando escribí las demás. No tengo ánimos para escribir sobre recuerdos divertidos, ni para desahogarme emocionalmente, ni para comprometerme con la revelación de mi mayor y más valioso secreto. Ahora no.

Tu búsqueda se acerca al final, querida Amy, está muy cerca. Por lo tanto, mi amada amiga, haz un viaje más a mi cuenta. Ve a York. Es una ciudad preciosa y la campiña silvestre es maravillosa. Creo que te gustará.

Mi querida Amy, mi próxima carta será mejor y más completa. Viaja sola, no cuentes a nadie adónde vas y ten por seguro que mi confianza en tu discreción trae paz a este pobre corazón enfermo en un momento en que ninguna otra cosa podría hacerlo.

Con amor de tu querida:

AV

Capítulo 57



Apoyo la cabeza en el cristal de la ventana. «Ve a York». Me quedo mirando la calle estrecha y tranquila. Un carruaje solitario tirado por dos caballos negros que avanzan animosamente. En un tramo de pared, una ardilla se detiene y después se desvanece con un movimiento de la cola. El sol brilla. «Ve a York».

Me arden los ojos y se me escapan las lágrimas. Me quedo allí mirando durante lo que supongo que son diez minutos, o más.

Tengo una corazonada repentina, oigo la voz animada de Henry planeando nuestra vida en Twickenham.

«No es Cardiff, ¡no es Manchester!».

York está más lejos que Manchester, creo.

Tomo aliento y bajo los pies al suelo para enfrentarme a mi habitación. «Mi» habitación. Este espacio extraño con paredes grises y aleros, los dibujos enmarcados de polillas y los antiguos amantes de una anciana. Es hora de dejarla. Y, de repente, me doy cuenta de lo que estoy sintiendo.

¡Estoy furiosa! ¡Estoy tan enfadada que apenas puedo soportarlo! ¿Qué ha supuesto el tiempo que he pasado en Bath? ¿Qué he logrado en las últimas semanas? Bueno, me han dado a Henry, por supuesto, pero eso era algo que Aurelia no podía saber. Ha sido un tiempo en el que me he visto obligada a soportar el tránsito por un campo de cactus, la casa de la señora Riverthorpe:

sus burlas despiadadas, las tediosas reuniones sociales y un lío bastante incómodo con un caballero con quien nunca debería de haberme encontrado. No he descubierto nada del año que pasó fuera Aurelia, excepto que nunca estuvo aquí, lo que hace más inútil el tiempo pasado en este lugar. ¿Y todo para qué? ¡Ve a York! Un lugar que se supone que no visitó más de un día o dos. ¡Si es que lo hizo! Justo cuando mi vida empezaba a tomar forma.

La tan esperada pista, por la que tanto he tenido que pasar, se resume en solo tres palabras. Me dan ganas escupir. Se acabó. Se acabó Aurelia. Se acabó lo de cumplir esta ridícula misión, lo de serle leal y lo de guardarle sus secretos. Se acabó.

Capítulo 58



• Está bien, mi preciosa Amy? —me pregunta Henry con amabilidad en la cena—. Parece un poco callada.
Dejo el tenedor y le acaricio la mano.

—Estoy bien, solo preocupada por todos nuestros planes felices. —No puedo evitarlo y se me forman lágrimas en los ojos.

—Más le vale acostumbrarse, y pronto. En cuanto nuestras circunstancias nos lo permitan, viajaremos a Londres a ver a mi abuelo. Le hará muy feliz volver a verla y saber que va a formar parte de nuestra familia. Tenemos que ir juntos a Hertfordshire a ver a mi madre. Y después a Twickenham a que conozca a los Wister. O primero a Twickenham, después a Londres, no importa...

—¿Qué le pasa, chiquilla? —me pregunta la señora Riverthorpe al día siguiente, durante el almuerzo—. Parece más aburrida y apática que de costumbre. ¿No estará enfermando?

—No, gracias, estoy bien.

—Mmm, los jóvenes enamorados son propensos a padecer una melancolía agotadora. Una pena. Iba a pedirle que viniera conmigo a hacer una visita a la señora Manvers, pero supongo que necesita quedarse en casa y suspirar.

—Al contrario. Si espera a que me cambie de ropa, la acompañaré encantada.

—¿De verdad? Me sorprende. Sí, cámbiese de vestido, por favor. Y también de cara, si quiere complacerme. Ah, Amy. No me considere más desagradable de lo habitual, pero ¿tiene ya planes de dejarme?

Me detengo con la mano en el pomo de la puerta.

—No, señora Riverthorpe. A menos que se oponga a que me quede. —Me preparo para una respuesta mordaz.

—No me opongo.

Capítulo 59



Pasan los días. Doy por terminada la misión de Aurelia. No tengo intención de ir a York. Voy a continuar con mi vida y mi vida, por el momento, está en Bath. El tiempo nos regala unos cuantos días buenos, así como la habitual selección de lluvias, nieblas y vapores de Bath. Estoy bien predispuesta a cualquiera de esas circunstancias. Cuando hace buen tiempo, celebramos pícnicos, paseos y viajes al campo. Cuando llueve, visitamos la abadía o una cafetería, tocamos el piano, hablamos o leemos.

Henry recibe varias cartas de respuesta a sus peticiones, todas muy informativas y atentas. Una es particularmente emocionante: lo invitan a una entrevista en una academia de señoritas de Richmond. No es precisamente el grupo de estudiantes que él había imaginado, pero una escuela para chicas ya es algo poco común. Y, como él señala, la educación de las niñas no es una causa de menor valor que la educación de las personas necesitadas o con problemas.

La entrevista no tendrá lugar hasta varios días después debido a los importantes encuentros de críquet de la academia de chicos que hay al lado.

—¡Estoy encantado! —exclama Henry al soltar la carta.

Ese simple gesto hace que sienta ternura por él. Es como si pudiera ver en ese movimiento del brazo todas las cartas que llegarán para los dos en los años venideros. Contengan noticias tristes o alegres, soltará de ese modo las

cartas y sus gestos se volverán familiares para mí.

—Me ofrece un poco más de tiempo para estar con usted, mi amor. Y creo que un lugar que antepone el críquet a una reunión del personal debe de ser un sitio prometedor, ¿no cree?

Me echo a reír.

—Sí, y me alegro mucho. Va a ser un maestro maravilloso. —Es verdad, lo va a ser. Y cuando fije una reunión... tal vez sea posible que nos comprometamos y podamos vivir la vida con la que soñamos en lugar de quedarnos en Bath hablando de ella—. El señor... ¿Merrit? Se va a dar cuenta en cuanto lo conozca. ¡Qué nombre más maravilloso para un profesor!

—¿Qué otra profesión podría haber escogido con ese nombre? Amy, amor mío —me toma de la mano—, ¿cuándo va a contármelo?

—¿El qué? —Me pongo nerviosa—. ¿A qué se refiere?

—Qué ha ido mal estos últimos días. No ha estado feliz y eso no está bien. Me aparto de él con más brusquedad de la que pretendía.

—Soy feliz, Henry, ¿cómo puede decir eso? Se lo he dicho, solo estoy... abrumada, supongo, por las perspectivas, la felicidad. Me cuesta aceptarlo, acostumbrarme, después de haber tenido una vida tan distinta.

—No, no es eso —insiste con ternura, mirándome a la cara. Creo que tengo el ceño fruncido—. No la conozco desde hace mucho, pero la he visto sobrepasada por la alegría y eso no es lo que le pasa ahora. Tengo dos posibles explicaciones, ¿le cuento cuáles son?

Me arden las mejillas. ¿Así será el matrimonio? ¿Alguien sonsacándote cada pensamiento cuando estás acostumbrada a guardártelos para ti y a resolver los problemas a tu manera?

—Prefiero que no —murmuro.

Extiende el brazo para levantarme la cabeza, que tengo gacha.

—Me temo que debo hacerlo. Parezco sencillo como un riachuelo, lo sé, pero tengo una corriente testaruda que es un tanto aterradora. Puede que ya lo sepa, pues va a casarse conmigo. Mis dos teorías son las siguientes. La primera, que puede que esté experimentando algún tipo de reserva en lo que concierne a nuestra relación, aunque confío en que no es eso, pues soy un ejemplo entre los hombres, como ya ve.

Esbozo una sonrisa. Henry es capaz de hacerme sonreír siempre.

—Por supuesto que no es eso. Aunque no sé cómo consigue ser un ejemplo y al mismo tiempo tener esa corriente testaruda como acaba de describir.

—Me confiere encanto. Y por otra parte creo que la carta de Aurelia la ha molestado. ¿Estoy en lo cierto, Amy?

Estoy fascinada. Yo no he dicho ni una sola palabra acerca de la carta.

—Estaba previsto que la recibiera el 29 de abril, ¿no es así? Fue el 29 de abril cuando noté por primera vez la curva decreciente en su preciosa sonrisa. No quise preguntarle, imaginé que necesitaba tiempo para reflexionar. No deseo meterle prisa, mi amor, pero empiezo a preguntarme si no va a contarme nada.

—No sabía que se acordaba de la fecha. Que la había marcado. Oh, Henry, ¡lo siento mucho! —Me cubro la cara con las manos y luego lo miro con incredulidad. Es del todo inapropiado que lo recuerde, pues de ese modo impide que me olvide del asunto y me quede tan feliz, pero también me parece alentador.

—Por supuesto que la marqué; es de gran importancia para usted, y por lo tanto para mí. Y, además... —duda y parece inseguro por un momento. Llevaba tiempo sin ver esa mirada en su rostro—. No sé cómo puede afectarnos. —Toma aliento—. Si la misión ha terminado, como sé que esperaba usted, entonces podrá venir a Richmond conmigo cuando asista a esa entrevista. Podría ser su acompañante en el viaje, sería correcto, creo, y podría quedarse con sus amigos. Esperaba que les escribiera.

Estoy sin palabras. Miro su cara espléndida y esperanzada, la frente suave tras la cual giran tantos planes y sueños día y noche, y todo da vueltas a mi alrededor. En ese momento, la realidad de mi temible dilema se hace más evidente.

—Y si no ha terminado —continúa—, al menos puede contármelo, para que me prepare para la separación. Si vamos a separarnos, ¿podemos mantener correspondencia? No quiero meterle prisa si tiene que tomar decisiones difíciles, pero estoy ansioso por saber qué nos aguarda.

De pronto su expresión tierna, las preguntas del todo razonables, son más de lo que puedo soportar. Pero ya he tomado una decisión: estoy abandonando

a Aurelia en favor de mi propia vida, la que voy a compartir con Henry. Es lo correcto. Es lo que haría cualquiera.

—Escribiré a Edwin y Constance. Le acompañaré a Richmond. La misión ha terminado.

Veo que se le nubla la cara por la confusión.

—¿A qué se refiere con que la misión ha terminado?

—Creo que está perfectamente claro. Concluido. Finalizado. Soy libre. ¡No tengo que hacer más viajes desoladores, estúpidos y sin sentido! Soy libre para ir adonde desee y cuando desee.

He alzado la voz y él tiene la cabeza ladeada.

—¿Y por qué no parece feliz entonces? ¿Qué ha pasado? No lo entiendo.

—Por supuesto que no, ¿cómo podría entenderlo? Yo sé mucho más que usted y tampoco lo entiendo. Pero dejemos el tema, pues el camino que tenemos por delante está claro.

Se ha quedado muy serio y parece considerar mi petición antes de negar con la cabeza.

—No, Amy, no puedo dejarlo. Lo lamento. Usted es infeliz y parece dividida. Acaba de decir todo lo que tanto deseaba escuchar, pero no me parece bien. No ha terminado, ¿verdad? Hay más, pero ha decidido dejarlo. ¿Por qué? Espero que no lo haga por mí. Quiero que esté conmigo, por supuesto, pero nunca le pediría que traicionara su deber para con su amiga.

Dejo las manos planas sobre la mesa, con fuerza.

—Es lo que yo quiero. ¡Es lo que deseo más que nada! ¿Y si no puedo vivir según mi criterio, Henry? No quiero hacer lo que me pide. Pero tampoco hallaré paz si le doy la espalda, por mucho que lo desee.

—¿Qué le ha pedido?

Me meto la mano en el bolsillo y saco la carta. Me he acostumbrado a llevar su última misiva siempre conmigo y eso he hecho con este documento tan poco prometedor. Se la doy a Henry.

—¿Puedo leerla? ¿Está segura?

—Oh, créame, no revela nada. No va a saber nada que no deba, excepto mi destino. El que sería mi destino si decidiera ir, y no pienso hacerlo.

Asiente y lee la carta. Solo tarda un minuto.

—¿York?

—York.

—¿Representó entonces York un papel importante en su viaje?

—Hasta donde sé yo, no.

Nos quedamos un rato en silencio y de pronto comienzo a hablar. Le transmito mi rabia y frustración y lo mucho que deseaba que esta fuera la última carta, que contuviera todas las respuestas.

—Pero no es así, y no hay ninguna explicación, ¡solo que estaba demasiado cansada para escribir más ese día! ¿Por qué no esperó entonces a hacerlo otro día? La última carta era de cuatro páginas, Henry. ¡Cuatro páginas! Llena de revelaciones que nunca hubiera imaginado. ¡Y ahora esto! He tenido que esperar aquí, soportar la vida en sociedad de Bath, aguantar a la señora Riverthorpe, ser objeto de conjeturas, insinuaciones e insultos. ¿Y para qué? ¿Para esto? «Ve a York». He acabado con ella, Henry.

Pero incluso mientras lo digo, sé que no puede ser así. Ella forma parte de mí. Estoy viva gracias a ella.

—Iré con usted —concluye al fin en tono decidido.

—No voy a ir. —Mi voz suena débil. Estoy diciendo una cosa y pensando otra, y lo detesto.

—Amy, no es honesta consigo misma —dice con el ceño fruncido—. Parece más abatida de lo que la he visto nunca. Usted lo ha dicho, nunca hallará paz sabiendo que no fue fiel a su amiga. No digo que comprenda esta extraña misión o lo que ha podido pasarle por la mente cuando ideó esta... esta... trama extraordinaria. Me parece absurdo pedirle esto a un hombre. Mujer. —Levanta las manos en un gesto impaciente—. Lo único que sé es que, si sigue con esto hasta el final, cuando me diga «Henry, voy con usted, la misión ha terminado», lo hará con la conciencia tranquila y dicha en el corazón. Pero no tiene que hacerlo sola. Ahora me tiene a mí. —Me mira muy serio.

—No, me pide que viaje sola. No podría llevarlo conmigo.

Silencio.

—Pero, querida, también le pide que no le cuente a nadie adónde va y acaba de hacerlo. ¿Cómo iba a suponer una traición mayor llevarme con usted

que abandonar la misión? No es razonable, amor mío.

—¿Razonable? —En algún momento me he puesto en pie y he comenzado a dar vueltas—. No hay nada razonable en esto. Ni en la misión, ni en la posición en la que me deja, ni en la forma en la que se está desarrollando mi vida, que no es como yo deseo.

Henry me mira preocupado mientras sigo quejándome.

—Amy, no es mi intención criticarla, solo intentaba recalcar por qué no hay motivos para que sufra, ya sea viajando sola al norte o actuando en contra de su conciencia. ¡Haga lo que debe! Pero no lo haga sola y sin protección. Para eso sirve un marido.

—Pero usted no es mi marido, ¡aún no!

—Entonces casémonos de inmediato y arreglemos eso.

—No, Henry, así no. Con prisas y por conveniencia, porque tenemos que hacerlo, no. No puedo llevarlo conmigo. No puedo explicárselo, pues yo tampoco lo entiendo del todo. Pero no puedo, de eso estoy muy segura.

La mirada de dolor en su rostro me duele como una bofetada. Se produce un silencio tenso entre los dos y sé que espera que me rinda, pero no lo voy a hacer.

—Las revelaciones de las últimas cartas —continúo con voz más amable— son de naturaleza muy delicada...

Estoy a punto de decir «para una mujer», pero temo que sea revelar mucho. ¿Cómo iba a explicárselo? Las intimidades físicas de Aurelia, fuera del matrimonio, los asuntos que han estado dándome vueltas por la cabeza en las últimas semanas son demasiado personales como para compartirlos. Ella es una mujer y yo soy una mujer, y no puedo contar una confidencia como esa, y mucho menos a un hombre.

Sentí alivio al dar la carta a Henry, al pensar por un momento que podía compartir la responsabilidad. Pero ahora me siento acorralada. No puedo compartir este viaje. York será como estar de nuevo en Londres, excepto que no tendré a un Entwistle que me pueda guiar. Existe la posibilidad de que no encuentre ninguna razón, solo una pista, otro viaje. O que fracase. No podría soportar que Henry presenciara nada de eso.

—No... no sé qué me encontraré en York. Si continuara con la misión, sería

un asunto muy personal entre Aurelia y yo. Si decido dejarla, eso también será personal. Pero en cualquier caso debo tomar una decisión sola. Que me acompañe usted me parecería... No lo sé... ¿Mal? ¿Injusto?

Se levanta y se acerca a la ventana. Observo, muy nerviosa, que se ha enfadado. ¿Cómo hemos pasado de reírnos a lo que parece una discusión?

—¿Y su promesa de compartir su vida conmigo, en todas sus formas, por muy extrañas y problemáticas que sean? ¿Eso no es personal, Amy? ¿La confianza entre nosotros dos no es personal? Puede que las revelaciones de las otras cartas fueran delicadas. Las revelaciones de esta última, sin embargo, ¡son inexistentes! ¿Por dónde iba a empezar a buscar una carta si la única pista que tiene es una ciudad entera?

Lo que me pide Aurelia no pinta muy bien. No quiero que Henry piense mal de ella. Tampoco me gusta pensar que me ha colocado en una situación arriesgada, más de una vez. Así pues, con el fin de evitar tratar en demasía el asunto, le replico:

—Eso no fue lo que dijo hace diez días, Henry. Me dijo que comprendía mi lealtad para con Aurelia, y también me dijo que aceptaba que la misión era lo primero hasta que llegara a su fin. ¡Me dijo que me apoyaba!

—¡Y la apoyo! Eso es lo que estoy haciendo al ofrecerle mi protección. Discúlpeme si soy incapaz de mostrarme totalmente optimista ante la idea de que cruce el país sola hacia un destino tan incierto. Amy, mantengo lo que dije. Pero es diferente cuando estás sentado bajo los árboles y la cuestión es hipotética. Es mucho más duro cuando hemos admitido nuestros sentimientos, empezado a planear nuestro futuro y me enfrento a la idea de ver que se me escapa por entre los dedos otra vez. Lo intento, Amy, pero no veo por qué ha de elegir entre su lealtad para con Aurelia y para conmigo. ¡Puede escoger ambas! ¿Por qué darle la espalda a ella para estar conmigo? Yo no le he pedido eso. No quiero que se sienta dividida. Pero deje que vaya con usted, deje que la ayude. ¡Eso es lo que se supone que tiene que hacer el hombre que la ama! ¿Es que no confía en mí? ¿Cree que puedo desaprobarme a Aurelia, a usted, o que voy a traicionar su confianza? Sea lo que sea, ¡no tiene sentido!

Para el final del desdichado discurso, me mira echando chispas por los ojos. No puedo soportarlo. Mi sonriente y radiante Henry está enfadado

conmigo. Insiste en que haga lo que no puedo, como si fuera sencillo mezclar mi vida de antes con la de ahora. Me pide que le explique lo inexplicable. ¿No se da cuenta de que llevo viviendo con misterios imposibles y ambigüedades toda mi vida? Claro que no tiene sentido. Nunca lo ha tenido.

—Lo siento, Henry —digo entre sollozos—. No puedo ser lo que usted desea. Sabía que sería así. Nunca he encajado con facilidad y mis circunstancias son demasiado complicadas para el amor y para llevar una vida normal. Lo siento mucho. —Me dirijo corriendo a la puerta.

Él me alcanza y me envuelve con el brazo.

—¡Suélteme, Henry! No puedo seguir con esta conversación. Le veré por la mañana, cuando vuelva a ser yo misma.

Pero es fuerte y me abraza con cariño.

—Shh, mi amor. Soy yo quien lo siento. Perdóneme, Amy. No hablaremos más de ello por esta noche, se lo prometo. Tiene que ocuparse de sus cosas a su manera, no se moleste. Por favor, amor mío, no se vaya así. Dejemos el asunto por ahora y tranquilícese.

Consigo calmarme un poco. Más tarde, cuando nos deseamos buenas noches, nos mostramos sosegados y cariñosos.

Pero el dolor que siento en el corazón es inmenso y me pesa, pues sé que no me estoy comportando como una futura esposa leal debería de comportarse. Me siento más que inepta y que estoy haciendo un papel decepcionante. Quizá esos sueños tan preciados no puedan hacerse realidad en mi caso.

Capítulo 60



En los dos días siguientes descubro lo lejos que puede llevarnos el que evitemos hablar del asunto... y adónde no nos va a llevar. No hablar tiene unos beneficios temporales que suponen pagar un coste muy alto. Henry y yo nos mostramos dóciles y cariñosos, pero algo ha muerto entre los dos, cuando antes todo eran chispas y destellos. Cuando estamos juntos, nos tomamos de la mano y sonreímos. Nos pasamos la leche y el azúcar cuando tomamos el té. Parecemos el mismísimo cuadro de la joven pareja prometida. Pero ya no rompemos a reír. No bromeamos. No nos olvidamos de todo y nos besamos hasta quedarnos sin aliento. Volvemos a estar unidos, pero existe un abismo negro entre ambos.

Me digo a mí misma que está molesto porque no se salió con la suya, no comprende cómo han funcionado las cosas siempre para mí. Hablamos entusiasmados sobre el futuro, pero las palabras que pronunciamos no parecen de verdad. Formamos frases vagas porque hay mucho que no sabemos y mucho que no decimos. Estamos en una especie de media vida que da miedo. Sigo sin sentirme cómoda dándole la espalda a Aurelia, pero la idea de dejar a Henry es mucho más dura ahora que cuando las cosas estaban bien entre los dos. Creo que estoy esperando hasta que volvamos a ser los mismos de siempre antes de tomar una decisión, pero parece que cada día estamos más rígidos y ahogados y lo único que hago es retrasar, sin sentido, la misión de Aurelia.

Eso hace que me sienta culpable. Y me siento culpable por Henry. Siento que Amy Snow es una criatura desgraciada y problemática, justo lo que pensaba en Hatville.

Me alivia pasar tiempo separada de él. Si la señora Riverthorpe siente curiosidad porque vuelvo a participar en sus partidas de cartas, no lo demuestra. Y de este modo, me encuentro de nuevo a solas con Quentin Garland.

Ha llegado temprano para jugar a la canasta, no sé por qué, pero la señora Riverthorpe reacciona de malas formas a su presencia; tiene cosas que hacer antes de que lleguen los demás, le dice, y se marcha para dejarnos solos en el salón. Me echo el chal grueso de color morado sobre los hombros. Estamos en mayo, así que esta tarde el fuego no está encendido y la habitación especialmente sombría. O tal vez sea mi estado de ánimo.

Por supuesto, el señor Garland está inmaculadamente elegante con un abrigo de color azul oscuro y unos pantalones claros perfectamente entallados. El color intenso del abrigo que lleva acentúa el azul claro de sus ojos, su pañuelo y, hoy, los guantes también azules. Estos se los quita, tirando delicadamente de un dedo tras otro. Pido té, por tener algo que hacer.

Durante un rato, intercambiamos algunos comentarios mientras el té sigue en la bandeja de plata sin que lo toquemos, y después me complace con una sonrisa.

—Señorita Snow, ¿puedo hablarle claro? Me temo que los últimos acontecimientos han hecho que acabara nuestra amistad y lo lamento. No le habría dicho nada de haber sabido que la perdería. No obstante, me gustaría ser su amigo de verdad, si puedo. ¿Me lo permite?

No recuerdo que tuviéramos una amistad tan profunda, solo que siempre me sentía impresionada por él, pero digo que sí, claro.

—Entonces, discúlpeme, pero ¿va todo bien? Parece cansada, un poco... afligida. Si le ocurre algo malo, me gustaría ayudar si puedo.

No me extraña que parezca cansada. La euforia me robó el sueño cuando Henry me dijo por primera vez que me amaba. Ahora duermo mal por las razones de antaño. Los recuerdos de Hatville me dan vueltas en la cabeza. En los momentos sesgados de sueño, me abordan extrañas pesadillas. Llevo un

tiempo sin descansar bien.

—Es solo que estoy cansada, señor Garland. ¿Se acuerda quizá de la tarea privada de la que le hablé? ¿La que me obligaba a trasladarme pronto?

—Sí.

De pronto siento la necesidad de desahogarme con alguien, con quien sea.

—Bien, el momento ha llegado y la cuestión es... delicada. Tiene razón, estoy afligida. Estoy indecisa en lo que respecta a mi proceder, lo que me sorprende.

—Y su amigo, ¿está conforme con verla marchar?

—Esa es otra cuestión, señor Garland. Henry desea venir conmigo, no quiere que parta sola.

—Supongo que es natural que no desee separarse de usted. Y es inusual que una joven dama viaje sola como lo ha estado haciendo usted. No lo digo por mí, pero tal vez para él sea la costumbre.

—No creo que se trate de una mera cuestión de propiedad, creo que se preocupa por mi bienestar. Además, me parece que le duele que no le confie más sobre el asunto en cuestión.

—Pero dijo que es un secreto, ¿no?

—¡Sí! —grito, frustrada.

—Entonces no hay nada más que decir. Un secreto debe honrarse. Especialmente uno entre dos jóvenes damas. —Sonríe con afecto—. Si es el hombre adecuado para usted, señorita Snow, respetará su necesidad de privacidad a este respecto.

—Gracias, señor Garland, es usted muy amable.

Me siento tranquila y segura de que no estoy siendo poco razonable. Puede que permita que me diga tal cosa porque es lo que necesito creer. Incluso valoro, en un momento de locura, que tal vez el señor Garland sea el hombre adecuado para mí. Sería más sencillo estar con alguien que respeta el secreto de Aurelia y no me presiona. Pero, por supuesto, no es eso lo que importa. Lo importante es que es a Henry a quien amo.

Uno a uno, llegan los demás invitados y espero que la partida, aunque agotadora, me despeje por un tiempo. No lo hace. Pienso que Henry se va a Richmond en dos días y sigo sin saber qué hacer.

La partida es lenta. El señor Garland gana todas las manos. La señora Riverthorpe gruñe. La conversación es esporádica y sé que mi malhumor no ayuda. En la calle, una tarde indiferente ha florecido en una noche de mayo tan agradable como la seda, por lo que decido salir a tomar el aire alegando un dolor de cabeza. Me alivia que el señor Garland no se ofrezca a acompañarme.

Camino hasta Crescent Fields y recuerdo el día que me encontré a Henry. Empapada por la lluvia y con el sombrero chorreando. En este mismo punto, considerando las tres semanas que me esperaban en Bath y esperando arrastrarme minuto a minuto por los días. Ese tiempo ha pasado ya y ahora soy reacia a marcharme. Me encuentro parada bajo la neblina de la luz del sol menguante y una luna veraniega temprana. La misión de Aurelia está suspendida y nada me parece correcto.

Me obligo a respirar, a pensar. Me digo que soy la dueña de mi vida y que incluso las decisiones más complicadas las tengo que tomar yo. Pero no puedo. No puedo elegir. La culpa por abandonar la misión me destrozaría, ensombrecería cada cosa buena que pudiera traerme la vida. Pero no puedo dejar a Henry; no puedo arriesgarme a perderlo. Quiero ir a Richmond con él. Iré a Richmond... La posibilidad titila delante de mí un instante, como un milagro. Pero...

Me digo que no regresaré a Hades House hasta que no haya tomado una decisión. El cielo se oscurece a mi alrededor.

Cuando un desconocido con un sombrero torcido pasa por mi lado procedente de las sombras y me mira con ojos entornados, me doy cuenta de que soy una necia por estar aquí sola y me rindo a la indecisión. Esta noche. Tomaré la decisión esta noche.

Retrocedo a paso ligero y siento alivio al ver la casa ante mí, formada por torres y dientes. Pero el alivio que siento es fugaz. La figura encorvada de la señora Riverthorpe se pasea de un lado a otro por el recibidor. Cuando me ve, se acerca a mí con mirada fiera.

—Amy, debe irse de inmediato.

Mi ensoñación termina de forma abrupta.

—¿Disculpe? ¿Por qué?

—¿No la ha visto?

—¿A quién? No he visto a nadie.

—¿Dónde ha estado?

—En Crescent Fields. Señora Riverthorpe, ¿qué pasa? ¿Por qué debo irme?

—Ha venido alguien a visitarla, Amy.

—¿Henry? ¿A estas horas de la noche?

—No, Henry no. *Lady* Celestina Vennaway ha estado aquí, en la casa, alta y refinada, y ha pedido ver a Amy Snow.

Extiendo un brazo para mantener el equilibrio.

—¿*Lady* Vennaway? ¿Aquí? ¿Qué quería? ¿Qué le dijo?

—Que nunca he oído hablar de usted, por supuesto. La eché. No me creyó, claro, pero no importa siempre y cuando no le ponga las manos encima y no sepa adónde ha ido. Venga, recoja sus cosas. Prepárese. El carruaje la llevará a Londres a primera hora de la mañana. O puede tomar un tren, pero no quiero verla por aquí. No quiero a esa mujer husmeando, encantando a cualquier bobo inocente para que le cuente adónde se ha marchado. El carruaje la puede llevar a Londres y allí podrá tomar un tren directo de Euston a York. Enviaré a Ambrose con usted y ella buscará a alguien que le ayude con el equipaje. He mandado a Cecile a que siga a la señora Vennaway para asegurarnos de que se queda lejos de la casa. Puedo...

—Señora Riverthorpe, ¡pare!

Nunca la había visto así. Está balbuceando, pensando en voz alta, haciendo planes, y todo como si yo no estuviera aquí; yo, el objeto de esos planes. Recuerdo entonces que ella conoce el secreto de Aurelia. Debe de ser algo crucial si se muestra tan nerviosa por la llegada de un Vennaway.

—No me voy a ir a ninguna parte así. Seguro que unos minutos de explicación no supondrán ningún problema. Por favor, cuénteme todo lo que ha pasado y qué se ha dicho. ¿Cómo estaba?

No sé por qué le pregunto esto, pero esa mujer formó parte de mi vida durante mucho tiempo. Por mucho que me desprecie, sé qué se siente al haber perdido a Aurelia.

—¿Que cómo estaba? Desgarrada. Pálida. Exquisita. Vestida de luto y luciéndolo como una reina.

La señora Riverthorpe consiente contarme que, hace un buen rato ya, alguien llamó con insistencia a la puerta. Dio por hecho que alguno de sus invitados había olvidado algo y envió a Ambrose para que recibiera al visitante, a pesar de la hora que era. Pero Ambrose regresó con la tarjeta de *lady* Celestina Vennaway.

Mi anfitriona llegó a la puerta en un santiamén, decidida a echarla de allí antes de que yo regresara. Salió renqueando para recibir a *lady* Vennaway en su carruaje.

—¿Puedo pasar, señora Riverthorpe? —le preguntó ella.

—No puede —respondió la anciana.

Cuando comprobó que la mujer era decidida y mayor, *lady* Vennaway le ofreció un asiento en su carruaje mientras mantenían una conversación, que ella rechazó alegando que la charla no duraría lo suficiente como para que lo necesitara.

Me imagino esta batalla entre las dos mujeres más orgullosas que conozco, ambas altivas, ambas acostumbradas a salirse con la suya en todos los sentidos. No creo que ninguna de ellas haya conocido oponente antes. Debe de haber sido como el enfrentamiento de un dragón exótico contra un monstruo prehistórico.

Lady Vennaway preguntó por mí. Su hermana me había visto, dijo, en la compañía de una señora que afirmaba ser mi protectora. Deseaba urgentemente hablar conmigo y sus intentos de ponerse en contacto conmigo por escrito habían fracasado, por lo que había decidido venir a buscarme en persona.

La señora Riverthorpe mintió y afirmó que no me conocía, que nunca había oído hablar de mí y que había algún error. Lo hizo con tanta energía y poca urbanidad que, aunque la visitante no la creyó, se vio obligada a marcharse insatisfecha.

Una parte de mí desearía haber estado aquí para presenciarlo.

Mi anfitriona repite que debo marcharme a la mañana siguiente.

—¿Sería muy perjudicial que la recibiera? —pregunto—. Si lo hiciera aquí, con usted, me sentiría más segura. Estoy cansada de huir, de mirar por encima del hombro y temer siempre a quién pueda encontrarme. ¿No puedo

parar y enfrentarme a ella?

—No, Amy. Sea lo que sea lo que quiere, no augura nada bueno y que la vea podría poner en riesgo su misión. Usted no miente bien, una pena. Tiene que marcharse. Lo lamento.

Siento que me balanceo en el mismísimo borde del abismo. Nunca pensé que podría sentir pena por marcharme de Hades House, pero así es; le he tomado cariño a este lugar. Aunque mi misión es poco usual, la señora Riverthorpe es la refutación constante y personificada de lo convencional. Ha visto buena parte del mundo y se burla de casi todo. No es una mentora serena y compasiva, pero ha sido un gran apoyo. Ahora tengo que dejar la poca estabilidad que me ha ofrecido e iniciar mi viaje más largo y sin guía ninguna.

—Señora Riverthorpe, ¿cómo sabe que tengo que ir a York?

—Yo lo sé todo.

—Entonces por favor, por favor, se lo suplico, dígame qué tengo que hacer allí y qué me voy a encontrar. He seguido las pistas de Aurelia de forma diligente, pero ahora tengo que pensar en Henry... Estoy muy angustiada. ¿No puede contármelo y ahorrarme este paso? Solo sería un atajo.

—No, Amy. No es que no desee hacerlo —enarca las cejas—, pero ya se lo he dicho antes, se lo prometí a Aurelia. El secreto no es mío. Creo que es mejor que lo descubra de la forma que ella tenía prevista. Henry esperará.

—Entonces dígame una cosa, solo una. Prométamelo.

—Si puedo.

—¿Termina la misión en York? ¿Es ese el final?

Me mira durante un largo rato. Veo argumentos a favor de contestar y argumentos a favor de guardar silencio, todos ellos batallando en su astuto cerebro. Exhala un suspiro.

—Termina allí.

¡Oh! Me aferro a esta certeza. Saberlo al fin en lugar de limitarme a sospecharlo o a desearlo desesperadamente... ¡Poder decírselo a Henry será maravilloso! Seguro que entonces la separación será relativamente breve; al fin puedo asegurárselo. Saberlo lo cambia todo. Significa que podré soportar continuar con la misión... a pesar de que la decisión la haya tomado Celestina Vennaway por mí.

—La echaré de menos, señora Riverthorpe. Gracias por todo lo que ha hecho por mí... por extrañas que hayan sido algunas cosas. Espero de veras que nos volvamos a encontrar, si no la aburro demasiado.

Otra pausa e imagino... no, estoy segura de que suaviza la expresión. No obstante, todo lo que dice es:

—Vaya a preparar sus cosas, Amy, tiene que marcharse mañana.

Capítulo 61



Me despierto con el sonido de un golpeteo en la puerta. Está oscuro y busco entre las hebras enredadas de mi mente lo que sea que haya olvidado. En la oscuridad, distingo el armario con la puerta abierta, vacío, y entonces me acuerdo: tengo que irme hoy.

La señora Riverthorpe entra en el dormitorio y sacude las sábanas.

—¡Vamos, jovencita! ¡Arriba! ¡Arriba!

Salgo de la cama como un polluelo de un nido, ciega y confundida. También me siento como si unos gatos me estuvieran mordiendo.

—¡Espere, señora Riverthorpe! Aún no hay luz, deme tiempo.

No hace caso de mis protestas.

—¡No tenemos tiempo! Esa mujer puede aparecer por aquí esta mañana. Tiene que irse. Ya veo que ha recogido sus cosas, bien. Vístase. Le daré pan para el viaje.

—¿No me va a ofrecer el desayuno antes de partir?

—Podrá desayunar todo lo que quiera en York. Venga, deje de hablar.

Me pongo la ropa y enseguida estoy en la puerta, parpadeando. Mi baúl ha salido antes que yo, los caballos están listos, las bridas tintineando, los cascos arañando el pavimento. Aún se ve la luna en el cielo, velada por las nubes sedosas.

Ambrose aparece con una capa de viaje y sosteniendo un pedazo de pan. Lo

que de verdad me apetece es café.

—¿No va a acompañarme a Londres, señora Riverthorpe? Aún hay mucho que deseo preguntarle. Apenas hemos hablado de Aurelia en todo el tiempo que he estado aquí.

Hay algo más, por extraño que parezca, no quiero separarme de ella. Es anciana, ¿y si no vuelvo a verla?

—Hablar no la traerá de vuelta. No, si su madre regresa, tengo que estar aquí para hablar con ella. Esa mujer no debe enterarse nunca de la verdad. Y tengo que lidiar también con Henry cuando venga a husmear por aquí, y seguro que lo hará. No tema, seré amable.

—¡Pero señora Riverthorpe! ¡No puede esperar que me vaya sin despedirme de Henry! Es absurdo.

—No tiene tiempo para despedidas. Si la merece, lo entenderá. Tenga en cuenta que no sabemos dónde se aloja la madre de Aurelia. ¿Y si se cruza con ella cuando vaya a visitar a Henry? No, tiene que entrar en el carruaje y quedarse ahí hasta que se haya alejado usted de Bath. Además, son las cinco de la mañana, nadie va a agradecer una visita a estas horas.

Las palabras de afecto y despedida mueren en mis labios. Estoy temblando de furia, tanto que no confío en mí misma para hablar. Y no lo hago. Bajo los escalones y entro en el carruaje tras rechazar la ayuda del cochero. Alzo pliegues y pliegues de la falda, esta mañana parece que hay miles, y cierro la puerta. La anciana se deja llevar por un drama sin sentido y resulta terriblemente desagradable. Ambrose entra en el carruaje y salimos. No miro atrás. Tampoco miro a Ambrose.

Avanzamos a paso acelerado entre los árboles más silenciosos que he visto nunca. Los pájaros revolotean cuando nos aproximamos. Temo que despertemos a todo el vecindario, que alguien reconozca el carruaje de la señora Riverthorpe y que pueda contarle a *lady* Vennaway que ha visto a alguien salir de la casa a primera hora de la mañana. Entonces sabrá que ese alguien soy yo. No puedo estar segura, ¿no lo entiende la señora Riverthorpe? La carta de *lady* Vennaway me llegó en Twickenham, ella me ha encontrado en Bath. Empiezo a sentirme como una presa a la que persiguen y no me gusta.

Cuando pasamos cerca de la calle Henrietta, me pongo en pie,

bamboleante, y golpeo el techo con el pequeño puño lo más fuerte que puedo.

—¡Señorita Snow! —exclama Ambrose, alarmada—. Siéntese. Va a hacerse daño. No podemos parar.

—Ambrose —me dirijo a ella con los dientes apretados, tambaleante y golpeando todavía el techo—, no me importa.

El carruaje se detiene y me venzo contra la pared contraria. Ambrose intenta sujetarme, pero tan solo agarra la tela de mi infernal falda. ¿Qué llevo puesto? El vestido de viaje burdeos. No recuerdo haberlo elegido.

—No me lo ponga difícil, Ambrose —adviento—. Usted es leal a la señora Riverthorpe, lo sé, pero esto no voy a aceptarlo. No puede disuadirme. Espere en el carruaje, no tardaré más de diez minutos.

Estoy en la calle antes de que pueda decir una palabra. Espero que me siga, pero tendrá que seguir mi ritmo si quiere conseguirlo. Llamo a la puerta de la casa de los Longacre y aún no son ni las cinco y media de la mañana.

Al menos los criados estarán despiertos, eso lo sé bien.

Elsie, bostezando y parpadeando, se muestra sorprendida cuando me ve.

—¡Señorita! ¿Va todo bien? Discúlpeme, señorita. —Se aparta de la puerta.

—Gracias, Elsie. No, no del todo. —Me apoyo en el marco de la puerta, agradecida de contar con algo sólido. El recibidor está a oscuras. Me doy cuenta de que en las habitaciones superiores están durmiendo. Me sobreviene una profunda tristeza—. Necesito hablar con el señor Mead de inmediato, por favor. No hay tiempo que perder.

—Por supuesto, señorita. Pase. —Me anima a entrar y obedezco.

Espero en la salita donde tantas veces y tan alegremente he tomado café y he hablado con mis amigos. La habitación, toda la casa, es elegante y tranquila. Fuera se encuentra el jardín donde Henry me dijo que me amaba. Esta es otra despedida.

Henry se acerca a mi lado un instante después con un camión blanco y suelto remetido de forma descuidada en los pantalones con tirantes a los lados. Tiene el pelo alborotado; igual que yo, percibo de repente en un espejo. Debo de haber olvidado cepillármelo. Henry parece beligerante.

—¡Amy! ¿Pasa algo? ¿Le ha hecho daño alguien? ¿Por qué va así vestida?

—Me voy a York, ahora. *Lady Vennaway* está aquí, en Bath, y vino anoche a Hades House a buscarme. La señora Riverthorpe me ha echado.

Parece desorientado por completo.

—¿Por qué tiene que irse? ¡Que venga! No le contará nada. No puede enterarse de nada que pueda herirla porque nadie sabe nada, aparte de usted y la señora Riverthorpe. No vamos a traicionarla.

Su confusión es la misma que la mía. ¿Qué puedo decir?

—Ya lo sé. Pero la señora Riverthorpe quiere que me vaya y ha llegado el momento y... Y, Henry, debo hacerlo. —La voz se me quiebra al pronunciar la palabra «debo». Me dejo caer en un sillón y me rindo a lo inevitable. Lo miro, implorando en silencio que lo comprenda—. Escúcheme, Henry, las pistas terminan en York. La señora Riverthorpe me lo ha dicho. Ella conoce el secreto de Aurelia. Le he suplicado que me lo cuente, que necesito acabar con esto, pero no ha querido. Sin embargo, me ha prometido que York es el final. Volveré, amor mío. No será mucho tiempo.

Henry me mira como si estuviera loca. Se acerca a mí en tres zancadas, se pone de rodillas y me agarra las manos.

—Deje que vaya con usted. No tardaré, me vestiré en menos de un minuto. No vaya sola.

—No, Henry, ¡su entrevista! Tiene que ir a Richmond.

—¡Entonces venga conmigo a Richmond! Quédese hoy aquí, en la calle Henrietta, no la buscará aquí, y nos iremos juntos a York justo después de mi entrevista. No nos retrasaremos. —Se aferra a mis manos como si fueran el último vínculo con el sentido común. Sacudo la cabeza.

—No, Henry, ya sabe que no puede venir conmigo. Lo siento. Pero lo veré pronto. —Estoy hablando en un suspiro.

Se aparta y se pone en pie.

—Amy, no me deje así.

Siento la amenaza de las lágrimas.

—¿Me está dando órdenes, Henry? Ya tengo suficientes órdenes que seguir, puede estar seguro.

Me mira con incredulidad y se lleva las manos a la nuca.

—¡No lo estoy haciendo! Pero la amo. ¡Me preocuparé por usted! ¿Espera

que vaya a Richmond, haga una entrevista para un puesto de trabajo que pretende convertirse en las bases de nuestra vida juntos sin saber dónde o cuándo volveré a verla? ¡Es una locura! ¿No va a darme una dirección donde pueda escribirle?

Siento que me encojo a cada minuto.

—No tengo ninguna, Henry. Lo siento, pensaba que lo entendería. La señora Riverthorpe me dijo que lo haría si... si...

—¿Si qué? ¿Si fuera digno de usted? Amy, ella tiene una idea retorcida del amor y creo que usted lo sabe. Sabe qué tipo de hombre soy. No voy a ser un marido despótico que desea obediencia. Pero que le pida a la persona que le ama que acepte una ausencia inexplicable por un periodo indefinido de tiempo, que acepte sin temor que va a emprender un viaje largo en solitario a un destino desconocido, que siga adelante sin ninguna seguridad, que acepte que le aparte de su vida, de su labor, de su corazón, como si no fuera nadie... Sé que dije que la apoyaría en su misión, pero esto... esto es pedir demasiado, Amy. Si le parece razonable, no puede sentir el amor que siento yo, es imposible.

—Lo siento igual que usted, pero mis circunstancias son distintas. ¡No soy libre! ¡Sabe que no soy libre! —Mi voz es tan suave comparada con la suya.

—Lo repito. No le pido que abandone a Aurelia. Por muy raro, secreto y oscuro que esto me parezca, solo le pido que no me deje al margen hasta que le parezca conveniente... que nos enfrentemos juntos a esto. ¡Ese es el compromiso que implica el amor, Amy! ¿No puede ofrecerme eso?

Lo miro con tristeza. La cabeza me da vueltas. Me cuesta entender lo que me está diciendo y está esperando una respuesta. Me mira con odio. Ya estoy cansada de que me digan lo que debo o no debo hacer. El baúl está listo en el carruaje. Ambrose me espera. Y quiero ir a York y acabar por fin con esto.

—Ahora no, Henry, ya lo sabe. Pero no puede decir que no siento lo que usted. Es cruel. Sabe que lo amo muchísimo.

Espero que intente detenerme de nuevo, pero su furia se ha desatado. Se aparta de mí. Parece triste, cansado y de pronto diez años mayor.

—Pero el amor no está compuesto de palabras, por muy bonitas que sean estas. Está compuesto de las elecciones que hace en cada momento. Y las

suyas no me incluyen. Habla de futuro, pero todo futuro nace del presente, de este momento mismo.

Me he quedado aturdida, ya no siento ni la cara.

—Me gustaría mucho debatir con usted la naturaleza del amor, pero no tengo tiempo para eso ahora mismo. Ni siquiera tendría que estar aquí, me han prohibido incluso la despedida. Pero no quería marcharme sin decirle adiós.

—Vaya, ¿entonces tengo que sentirme agradecido? ¿Porque no se haya ido usted de la ciudad sin despedirse, dejándome sin idea alguna de qué ha sido de usted? Bien, gracias, pero a mí me parece lo mínimo. ¿Y en el futuro? ¿Tengo que decirle adiós alegremente cada vez que alguien le diga dónde tiene que ir o qué tiene que hacer? ¿Por qué tiene que ser tan obediente, Amy? Ya no es una criada de Hatville.

Alzo la barbilla.

—¡Soy muy consciente de ello! Pero esto es todo lo que puedo decirle por hoy. De verdad, Henry, no deseo hacerle daño, pero no tengo elección... —Me quedo callada al darme cuenta de que esto es lo que llevo diciéndome a mí misma desde enero, pero ya no me lo creo. Espero que él replique, pero se encuentra absorto.

—A lo mejor es demasiado pronto para usted —señala—, envuelta como está aún en las intrigas y desasosegada con el pasado. Tal vez no sienta lo mismo que yo. No tengo forma de saberlo, pero sí sé que esto no me parece bien. Las cosas no tendrían que ser así.

Parece destrozado. Tiene los ojos oscuros y los hombros hundidos. No entiendo lo que está sucediendo. Me acerco un paso, pero se vuelve y apoya las manos en la repisa de la chimenea.

—Mi querida Amy... Creo... La libero de nuestra promesa. Me doy cuenta de que está usted bajo un enorme peso y no quiero añadir más. No le pediré nada cuando ya tiene usted tantas preocupaciones. Pero tampoco puedo vivir como espera que lo haga: marginado, en la distancia. No... por Dios, ¡no es usted indiferente para mí! —Estampa de pronto el puño en la repisa, haciendo que el candelabro repiquetee—. Deseo cuidar de usted, quiero que tengamos una relación de verdad y romántica. Si no puede ser, simplemente no puedo quedarme como... un tonto que espera entre bastidores.

Si ya estaba aturdida, ahora me he quedado helada.

—¿Qué está diciendo? ¡No lo entiendo! ¿Está rompiendo conmigo?

—No me malinterprete, Amy, no es lo que yo quería. —Sacude la cabeza con tristeza—. Pero trato de hacer lo que es mejor para los dos.

Las palabras parece que me salen de muy al fondo. Cuando hablo, sueno estrangulada y débil.

—Eso es un sinsentido, Henry, ¡un sinsentido! Lo único que le pido es tiempo... y su cooperación... para ocuparme de ciertos asuntos... para prepararme... antes de que usted y yo...

—Ya ha tomado una decisión. Adiós, Amy, y buena suerte en su misión. Deseo que esté a salvo y que venga a buscarme cuando esté libre para amarme igual que la amo yo. Pero no voy me voy a quedar esperando, sabe Dios qué otras peticiones recibirá aparte de la mía, peticiones que quizá juzgue más importantes que nuestra relación. Espero volver a verla, pero, hasta entonces, continuaré con mi vida como mejor me parezca.

No se acerca para besarme, ni para tomarme de la mano. Se queda rígido y retraído, como si el más mínimo roce pudiera quemarle. Me quedo mirando al suelo, la seguridad que tenía me ha dejado y se ha quedado en la alfombra. El hielo se está derritiendo y en su lugar aparece el dolor. ¿Nuestra relación ha terminado? ¿Un tonto que espera entre bastidores?

¿Por qué no puede entenderlo? Solo ha habido a una persona a la que he querido toda mi vida y esa era Aurelia. No sé qué más puedo hacer. No se trata únicamente de la búsqueda del tesoro, pienso con amargura. Es amor, compromiso. Soy una inepta en el tema. No tengo práctica. Voy a necesitar tiempo para encontrarle sentido, para empezar a creer que lo merezco, para ver mi vida a través de su lente de aumento. Y no tengo tiempo. No hay tiempo.

Me doy la vuelta y salgo de la habitación. Abandono la casa y doy un portazo al salir. Vuelvo a correr por la calle, que se está despertando ahora, presentando un día nuevo.

Capítulo 62



Perdida en mi infelicidad, no voy directa al carruaje. Las lágrimas me caen por la cara hasta dejarme medio ciega. Giro a la derecha cuando debería de hacerlo a la izquierda y voy al puente Pultney.

El agua me llama. Bajo apresuradamente los peldaños de piedra sin pensar. En cuanto me encuentro en el estrecho pasillo de piedra, vacilo. Hace frío y huele a humedad, el sol de la madrugada aún no ha penetrado aquí. Los peldaños son resbaladizos y están verdes, como si el musgo del río se arrastrara para salir del agua y avanzara por la ciudad. Continúo, tengo la sensación de que estar cerca del río me tranquilizará.

Pero no. Hará falta más que un río para sanar la herida de mi corazón. Henry ha puesto fin a nuestro compromiso. Bueno, no era exactamente un compromiso, las promesas que nos habíamos hecho... ¡las ha retirado! No puedo soportarlo. No puedo. Sin Henry, no me importa adónde ir ni cuánto tiempo estaré allí. Tal vez me quede en York, lejos de todo, lejos de las esperanzas decepcionantes y de los sueños rotos. Cuanto más lejos, mejor.

Me aferro a la barandilla y me quedo mirando las enigmáticas y apresuradas aguas verdes. Me dan ganas de tirarme al suelo, quiero regresar y suplicar su perdón, pero no puedo. Me pide algo que no puedo darle y que tampoco entiendo del todo. Eso no ha cambiado en los últimos seis minutos. Parecía tan decidido, tan determinado.

«Continuaré con mi vida como considere mejor», ha hablado con terquedad. Y la mirada de sus ojos, el dolor que le he causado... eso es lo que más me pesa. No merezco a ese hombre, lo sé.

«Raro, secreto y oscuro». Me siento de nuevo un duende, acechando en las sombras. Me digo que es mejor para Henry que no regrese, y me desprecio todavía más porque sé que no es verdad.

Más allá del río, oigo las voces de unos hombres cantando borrachos, riendo a carcajadas. Siento una oleada de miedo. La boba de Amy, sola antes de las seis de una mañana desierta en lugares recónditos a los pies de un puente. Ninguna dama debería comportarse así. Y nadie sabe dónde estoy.

Comienzo a subir las escaleras, pero me resbalo y caigo tres, cuatro peldaños. Me arañó la mano y me golpeo la barbilla. No he hecho más que levantarme cuando unos hombres doblan la esquina y lo único que puedo hacer para esconderme es permanecer muy cerca del muro de las escaleras, sujetando la falda. Si suben por las escaleras hacia el puente Pultney, me descubrirán. Si siguen caminando por el río, puede que no.

Hay tres y son todos caballeros. Parecen ricos y llevan trajes de noche. No me sorprende. Si viera a un marinero borracho, no sería de madrugada con un día de trabajo por delante. Estos hombres regresan de una noche de fiesta.

Me encojo contra la pared y la noto húmeda a través del vestido. El corazón me late con fuerza cuando los veo tambalearse y oscilar. Reconozco a uno de ellos, al señor Leaford, o Lefton, o algo así; el señor Garland nos presentó.

Quiero marcharme, pero temo que el movimiento los atraiga más que si me quedo quieta. Cuando se disipa la última estrofa de la canción que están entonando, oigo un nombre familiar.

—¡El viejo de Garland ha sufrido algunas pérdidas importantes esta noche! —chapurrea uno de los hombres en tono divertido—. ¡Muuuuuy importantes! Ahora juega fuera de su liga, caballeros. Fuera de su liga. Fuera de su... liga —repite, por si el último punto no ha quedado claro.

Sus compañeros sueltan risotadas.

—¡Ya no está en los estrados femeninos! —observa el señor Leworth, así se llama—. Me gusta ver cómo se le bajan los humos. Es el hombre más

orgullosa que he conocido nunca, ¡un verdadero pavo real!

Siento indignación. Desde luego, es un hombre más refinado que ninguno de esos tres, ¿por qué no iba a estar orgullosa de ello?

—¡Abajo esos humos! —añade un hombre bajo con el pelo oscuro que va dando saltitos, fingiendo que reduce los humos al suelo—. ¡Abajo los humos! ¡Que se le queden al nivel de las suelas de los zapatos!

—Sí, muy bien, Whentforth. Tranquilícese o acabará en el río, y no pienso sacarlo de ahí. Dejaré que se lo coman los peces después de que me robara a María Gasby anoche. Que se lo coman. ¡Los peces! Es usted un hombre nefasto y ladino. No sé qué ven las damas en usted.

Whentforth se ríe.

—¿No? Se lo mostraré.

Empieza a desabrocharse los pantalones. Aparto la mirada, horrorizada, y luego vuelvo a mirar con curiosidad, pero tan solo veo pantalones y la camisa blanca inflada.

—Esto es lo que les gusta —prosigue Whentforth—. Todas las mujeres son iguales. No importa si es la esposa de un barón o una prostituta. —Entrecierro los ojos—. Puedo tener a cualquier mujer que desee, ¡ya lo ve!

—A cualquiera, menos a tres —comenta Leworth—. Rhoda Carmichael, Bellatrix Davenport, Amy Snow: las tres fuera de su alcance.

No es mi intención, pero me inclino hacia delante y frunzo el ceño. ¿Amy Snow? ¿No es esa...? ¿No soy yo?

El trío se ha detenido y se balacean de espaldas a mí, mirando el río. Su humor ha pasado de alegre a reflexivo, pero siguen hablando a pleno pulmón, al parecer impresionados por sus dictámenes sonoros.

—Es verdad —coincide el tercero—. Garland ha hecho sus apuestas. En cuanto elija, las otras dos volverán a estar en la partida. Será un juego justo. Juego justo, ¿eh? No me importaría divertirme con esa tal Davenport, ¿cómo se llama? ¿Belinda? Es una belleza y dudo que sea tan altiva cuando esté tumbada de espaldas con la falda por las orejas.

Trago saliva y vuelvo a encogerme. Me dan ganas de desvanecerme, más que nunca, pero... ¿a qué se refieren con que Garland ha hecho sus apuestas?

—No sé qué es lo que ve en esa tal Snow —continúa—. Snow. La chica de

la nieve, la que ha pasado de los harapos a la riqueza ¡y todos sabemos cómo! La que tiene esa tarea tan secreta de la que siquiera podrá hablarle. Como si estuviera remotamente interesado. ¿De dónde la habrá sacado? Tiene el aspecto más extraño que he visto nunca. Yo no me casaría con ella, ni siquiera por la mayor de las fortunas.

—Ya, eso es lo que dice usted, Brazil, pero usted no tiene medio patrimonio familiar empeñado. Además, yo la prefiero a ella antes que a las otras. Parece peleona y tiene algo en los ojos, ¿no cree, Whentforth?

El aludido ha abandonado la conversación y está tumbado en el suelo, abierto de piernas.

—Bájense también los humos —comenta, adormecido—. ¡A todos!

—Cielos, es mejor que lo llevemos a casa —indica Brazil, observándolo horrorizado—. ¿Cuál es el camino más rápido, Leworth? ¿El río o los escalones?

—A la casa de Whentforth, el río. —Señala de forma exagerada el río y se tambalea—. Qué lástima que un hombre no pueda tolerar mejor la bebida. Hablando del tema, ¿cree que Garland habrá regresado bien? Nunca lo había visto tan ebrio como esta noche.

—Seguro que se está agrietando bajo la presión de la red que está tejiendo. —Brazil echa un brazo por encima del hombro de Leworth y los dos dan tumbos—. La presión, ya ve. Cuánta presión. Le está bien merecido. Ningún hombre puede presumir de tener a tres mujeres cuando algunos de sus amigos no tienen ni siquiera a una. Le pidió a Rhoda Carmichael que se casara con él la semana pasada, ¿lo sabía?

Abro mucho los ojos.

—Ella no dijo que no, pero tampoco dijo que sí, así que volvió a intentarlo con las otras dos, pero la señorita Snow sigue enredada con algún donnadie por el que suspira, y la señorita Davenport tiene las miras puestas en un príncipe de la vieja Europa, así que Garland es su segundo plato. Es el... segundo plato de todas, ¿se da cuenta?

Suelta un eructo sonoro y arrugo la cara.

—Qué curioso, nunca imaginaría que un hombre como Garland tuviera tantos problemas para meter un anillo en un dedo. Una cara bonita, buenos

modales y todo eso... —Leworth mueve una mano alrededor de la cara—. A lo mejor le ven algo raro.

Brazil frunce el ceño de forma exagerada, en desacuerdo.

—Lo dudo, amigo. No creo que las mujeres sean muy inteligentes, si le soy honesto. Supongo que simplemente está teniendo una racha de mala suerte. Muy mala suerte. Pero seguro que cambia. A Garland siempre le pasa. Ya sabe cómo es. En otoño estará casado con una de ellas, jugando con otra y la tercera, sea quien sea, llevará a un hijo suyo que él no reconocerá.

—Tiene razón, Brazil, tiene razón. —Tira sin mucho éxito del cuerpo de Whentforth—. Venga, llevemos a este idiota a su casa. Creo que voy a dejar el brandi por un par de noches.

La risa de Brazil resuena en el pasaje abovedado.

—¡Siempre dice lo mismo, Leworth!

El aludido levanta el brazo derecho del hombre inconsciente y se lo echa por el hombro.

—Lo sé, lo sé. Señor, pesa mucho para ser tan bajo. Agárrelo por el brazo izquierdo, Brazil.

Paralizada, los veo gruñir y quejarse, levantar entre los dos a su amigo, con la cabeza colgando y los pies arrastrando. Inician una marcha lenta y meticulosa a lo largo del río.

Cuando se han alejado lo suficiente, me vuelvo con cuidado y retomo el camino escaleras arriba con las piernas temblando. No puedo pensar en nada de esto hasta que no esté de vuelta en el carruaje y lejos de Bath.

Cuando salgo al puente Pultney, otro caballero desaliñado con traje de noche camina dando tumbos hacia mí. Me estremezco, horrorizada. Es Quentin Garland, aunque no como siempre lo he visto. Tiene el pañuelo suelto, el pelo alborotado. No lleva sombrero, ni guantes, ni bastón. Tiene los brillantes ojos azules inyectados en sangre.

—Buenos días, señor Garland —lo saludo con tono agudo. Me sorprende a mí misma, pues no tenía intención de hablarle.

Se detiene y mira a su alrededor, buscando a quien le ha hablado a pesar de que estoy en su camino.

—Aquí, señor Garland. Soy yo, Amy Snow, ¿no me reconoce?

Me mira con los ojos entornados y cuando se acerca huelo el alcohol que mana de él.

—¿Una noche dura? —insisto, sin reconocer al demonio que tengo dentro.

—Por Dios... ¡Amy! Qué maravilloso verla. —Se acerca a mí—. ¿Una noche dura? Sí, podría decirse que sí. No habrá visto a tres caballeros, ¿no? Creo que han tomado este camino. Me deben dinero. Ha sido una partida tranquila entre caballeros, nada sórdido.

—Naturalmente. No, no he visto a nadie. Bueno, que pase una buena mañana.

—Igualmente. —Va a apoyarse en el parapeto del puente, pero falla y, no sé cómo, se tropieza con sus propios pies. Cae de forma estrepitosa al suelo, donde se sienta y me mira, riéndose. Se le ha soltado el pañuelo azul y ha aterrizado en un charco.

Siento vergüenza por él y le ofrezco el brazo para ayudarlo. Vuelve a adoptar una posición vertical, apoyándose en mí como si fuera un bastón y respirando con dificultad. Atisbo, por el olor, que ha vomitado. Hago acopio de valor para no recular, pero me suelto lo antes que puedo y lo apoyo en el puente, pues queda claro que le cuesta demasiado estirar las piernas.

—Parece usted un poco...

Frunce el ceño, estira un dedo y me toca con torpeza la barbilla arañada. Hago una mueca. El señor Garland examina su dedo y se estremece.

—Sangre. Eso me parecía. Parece usted un poco desaliñada esta mañana, Amy. —Me guiña torpemente un ojo—. No se lo contaré a nadie, no se preocupe. Su secreto está a salvo conmigo. Todos sus secretitos están a salvo conmigo. —Asiente, sonrío y se da un golpecito en la nariz.

—Es usted un buen amigo, señor Garland. Adiós.

Vuelvo corriendo al carruaje y me siento curiosamente triunfante. El autocontrol de Ambrose ha sobrepasado sus límites: he estado fuera mucho más de diez minutos. Grita horrorizada porque he desaparecido y por las heridas que traigo, pero me niego a darle explicación alguna. Sin más demora, el carruaje sale de Bath y, un momento después, la ciudad dorada queda atrás.

Me dirijo al norte. Henry está lejos y enfadado conmigo, y mi último recuerdo del elegante y exquisito Quentin Garland, de quien todo el mundo

habla en Twickenham y Bath, es el de un oportunista depravado cayéndose
contra una balaustrada de piedra, con la piel cetrina y perdido.

Cuarta parte



Capítulo 63



Dos días más tarde, llego a York, agitada por el tumulto de la estación, el final del viaje y la más notoria soledad. Soy más visible ahora que nunca, pues una *donnadie* desaliñada puede tener muchas razones para viajar sola, todas ellas deshonrosas, por supuesto, pero una dama elegante que hace lo mismo llama la atención. Sin embargo, mi aparente posición y riqueza me permiten pisotear las conjeturas y el escrutinio público con altivez, la cabeza alta y órdenes. Debo de haberlo aprendido de la señora Riverthorpe.

Cuando salgo al andén, lejos de cualquier lugar que haya podido considerar un hogar, no tengo miedo. Bastante ocupada estoy ya con la tormenta de preguntas furiosas que tengo en la cabeza y el corazón y que parecen volver a desmoronarme. En mis circunstancias, la necesidad de buscar a alguien que traslade mi equipaje, buscar un hotel o pedir ayuda se vuelven insignificantes.

Pronto me encuentro acomodada en la enorme habitación del Hotel Júpiter. «El más elegante de York, y muy cerca de la estación, *milady*», me aseguró el encargado del equipaje de la estación de tren.

Apenas reparo en los lujosos muebles y cortinas verdes y beis, las alfombras gruesas y los lustrosos jarrones de rosas. Estoy exhausta después de las ocho horas que he pasado hoy en un tren y las diez u once de ayer en un carruaje. Tengo el orgullo destrozado por haber descubierto que alguien a quien consideraba un amigo era en realidad un villano derrochador e

intrigante. El corazón deshecho porque he perdido al hombre con el que deseo casarme, ya sea por su testarudez o por la mía, o posiblemente por la de los dos. No me encuentro en un buen momento.

No tengo ninguna pista que seguir. Estoy aquí. He hecho lo que me ha pedido Aurelia. ¿Ahora qué?

Lo primero será dormir. Y eso hago, pues hasta el alma más atormentada tiene sus límites. Me despierto una mañana fresca de verano con las campanas de la catedral de York.

Lo primero que experimento es alivio por haber podido descansar. Después viene el recuerdo familiar y triste de que me encuentro en un lugar nuevo y tengo que empezar otra vez. Ya no dudo que pueda hacerlo, pero la certeza es un consuelo amargo cuando estoy una vez más sola.

A continuación, vuelve a aparecer la temible niebla en el cerebro: no he resuelto nada, en realidad. Decido levantarme y visitar esta nueva ciudad, pues me he pasado cada instante en el carruaje y en el tren reflexionando acerca de mis congojas y no he conseguido nada. Ni me he reconciliado con lo que ha sucedido ni he decidido cómo voy a proceder. Es demasiado pronto para dejarlo todo atrás y entregarme a un nuevo inicio. En resumidas cuentas, estoy destrozada.

Lo peor de todo sin duda alguna es Henry. El dolor que siento por él. La imposibilidad de creer que nuestro futuro está acabado y el miedo de que sea verdad. Lo odio. No puedo soportar admitir que tuviera razón, pero la sospecha de que pueda haber estado en lo cierto alimenta la llama de mi indignación. Quiero más que nunca salir de inmediato de York y viajar a Richmond para reconducir la situación.

Pero tengo miedo. ¿Y si ha comprendido que quererme era un error del que, afortunadamente, se ha salvado? ¿Y si retira su ofrecimiento, ahora y para siempre? Cuando habla de amor y de elecciones, de honrar los sentimientos y actuar en consonancia, lo entiendo con la cabeza, pero no con los lugares oscuros que albergo en el corazón. En esos lugares llenos de sombras, siempre he estado sola. Ahí he sido siempre desgraciada, siempre he tenido la sonrisa torcida y las manos sucias. Y ahí he comprendido que dejar mi destino en manos de otra persona podría salirme caro. Desde la muerte de Aurelia, me he

acostumbrado a cuidar de mí misma y, aunque es una vida solitaria, también es lo más seguro. Esos lugares oscuros siempre hablan de imposibilidad...

Pienso en escribirle, pero no sé qué decir. Aunque parezca que llevamos separados una eternidad, solo hace dos días. Él seguirá enfadado y yo sigo lejos. Además, ahora estará en Richmond... no sé dónde. ¿Y dónde irá después? ¿Cómo voy a encontrarlo? Cualquier carta tendrá que pasar por muchas manos para alcanzarlo, eso si le cuenta a alguien dónde se encuentra. «Continuaré con mi vida como considere mejor», me dijo. Lo he perdido. Ahora y para siempre.

Tengo la incómoda sensación de que me encuentro haciendo equilibrios sobre una moneda, a punto de caer en cualquier momento. Solo quiero actuar, hacer algo, cambiar la historia para que nunca haya sucedido. Pero eso está lejos de mi alcance. Por ahora, tengo que dejar de lado el puzle dañado que formamos Henry y yo hasta que me libere de esta misión, o al menos hasta que sepa cómo afrontarla.

En estos momentos oscuros de contemplación, también me preocupa la forma tan desvergonzada que ha tenido Quentin Garland de usarme; a mí y, al parecer, a la mitad de las jóvenes de Bath. Un cazafortunas. Mujeriego, Mentiroso. Envuelto por fuera en color pastel y con un pañuelo azul. Se me eriza la piel de pensarlo. Me siento tan estúpida cuando recuerdo todos los momentos en los que mis instintos me avisaban de la verdad y apenas les hacía caso de lo maravillada que me encontraba por su elegante figura. Me sentí honrada, aprobada por sus atenciones cuando estaba alicaída, cuando me creía una paria, cuando pensaba que Henry no me amaba... y todo estaba mezclado con la sensación de que había algo malo. Mis instintos me lo susurraban, pero las inseguridades me dejaron sorda a las advertencias. Estoy enfadada conmigo misma. Y con él, por supuesto. Parece que estoy enfadada con todo el mundo en este instante.

¿Con qué derecho se fijó en mí, me eligió para ser su objetivo y decidió que podía usar mi vida, mi corazón, mi futuro para satisfacer sus propios intereses? ¡Qué vil desprecio por la humanidad! Me enfurezco cuando me acuerdo de lo inteligente y sutil que fue al intentar sembrar la duda entre Henry y yo, cómo me buscó en Twickenham y en Bath tras haber presenciado mi

impactante transformación. Estaba muy claro que había recibido una fortuna y la olió como un sabueso. ¡Y yo tan halagada porque un caballero tan estupendo se hubiera interesado por mí! ¡Qué tonta!

Siento vergüenza al recordar cómo imaginé que tal vez él era quien me interesaba porque parecía respetar mi secreto cuando Henry no lo hacía. Quentin Garland no respetaba mi secreto, ¡simplemente no tenía ni el más mínimo interés por él! Incluso se lo contó a sus amigos.

Ya sé que no sirve de nada lo que estoy haciendo, pero no puedo parar, no tengo fuerzas ni voluntad, y por ello me aventuro a la mañana cálida y clara y comienzo a pasear por las calles de York.

Este es un mundo diferente. La ciudad es antigua y bonita de un modo totalmente distinto a Bath. La piedra es más oscura, defensiva. Las calles son tortuosas. Diminutos callejones parten de un lado de la ciudad al otro con entradas pequeñas y silenciosas apenas discernibles para el viandante que va con prisas. Existen rumores de una segunda ciudad, todavía más antigua, enterrada bajo las mismísimas piedras que estoy pisando, cuyas historias se han perdido para siempre. Un lugar adecuado para el final de mi misión. Los edificios se encorvan y languidecen, y las ventanas divididas por parteluces resplandecen a la luz del sol. A pesar del día tan bueno que hace, los tejados apiñados y las calles estrechas proyectan mareas de sombras, incluso a mediodía. Estoy perdida sin remedio.

En Bath, me resultaba relativamente sencillo orientarme. Hades House estaba en lo alto de una colina. Crescent Fields estaba todavía más alto. La abadía estaba abajo y el río un poco al este. Aquí las calles serpentean y engañan. Apenas he fijado un punto de referencia (una tienda, iglesia o jardín) en mi mente cuando se desvanece y soy incapaz de encontrar el camino de regreso. Debo de haber caminado kilómetros, pero el invariable volumen de las campanas de la catedral cuando marcan las horas sugiere que he recorrido esos kilómetros en círculos por una zona contenida, como si estuviera en un laberinto. Es un lugar precioso y desconcertante.

Regreso, con dificultad, al hotel y escribo de nuevo a Edwin Wister. Le cuento dónde estoy, que cualquiera de los Wister puede escribirme al Hotel Júpiter si lo desea y que le avisaré cuando me marche. Le aseguro que estoy

bien, ¿qué puede hacer nadie por aliviar mis dificultades particulares? Le entrego la carta a una criada y, después, el tiempo se extiende ante mí.

Podría volver a dar una vuelta por las calles, pero ¿qué conseguiría? Podría tratar de encontrar una solución inteligente al misterio de York, pero tengo la mente perezosa y no dejo de pensar en Henry y en el dolor. Podría escribir al señor Garland y decirle qué es lo que pienso de él, pero no existen palabras amables para abordar semejante asunto, por lo que me resisto. Estoy furiosa por no haber aprovechado la oportunidad de decírselo cuando lo vi aquella mañana en el puente. Sin duda, no lo habría recordado después, dado el estado en el que se encontraba, pero me habría proporcionado una gran satisfacción decirle que lo desprecio.

Henry... deseo escribir a Henry... Empiezo una carta tras otra, aunque no tengo una dirección a la que enviarla, hasta que el suelo de la habitación está lleno de bolas arrugadas de papel y suelto la pluma, disgustada. Me siento junto a la ventana y miro las palomas moviéndose entre los aleros hasta que el crepúsculo envuelve mi primer día en York.

Capítulo 64



El desamor me vuelve estúpida. En los días siguientes, intento centrarme en la tarea que se me ha asignado. Repaso cartas, valoro teorías e intento dar sentido a probabilidades. Me quedo horas sentada junto a la ventana, pensando en Aurelia, esperando que algún recuerdo infantil desencadene una pista como pasó en Londres. Pero me invaden los recuerdos de los labios de Henry sobre los míos en los momentos más inoportunos, de la luz de sus ojos. Recuerdo la sensación cálida cada vez que estoy cerca de él y que tocarlo es una posibilidad irresistible. Apago la mente con firmeza, pero él me persigue...

Escribo a la señora Riverthorpe para disculparme por mi enfado cuando nos separamos. Le aseguro que sigo teniéndole aprecio, aunque no va a valorarlo, estoy segura, y le suplico que me diga cualquier cosa que sepa o me verá condenada a vivir el resto de mis días en el Hotel Júpiter.

Llegan cartas de Madeleine, Michael y Edwin. Todas con noticias alegres y siento alivio al comprobar que, en otro lugar, más allá de la extraña y complicada vida que llevo, pueden suceder cosas buenas. Madeleine al fin está comprometida y su carta rebosa embeleso.

¡La anciana señora Nesbitt tiene un pretendiente! Michael me informa de la noticia con un poco de aversión, pero, como es un muchacho, no me da más detalles, para mi exasperación. Sí me adjunta una copia de su última tarea

escolar, una crítica de la poesía de John Donne. Es buena.

¡Y Edwin me anuncia con encantada modestia que Constance está esperando otro bebé! También ha adquirido una estatua de alabastro de Afrodita para el invernadero.

Camino entre cartas y lágrimas. Vago por el interior de los muros de esta antigua ciudad, consciente de que presentan una oportunidad maravillosa para dibujar y aprender de arquitectura, pero, sinceramente, no me importa.

Voy de regreso al hotel una tarde cuando algo me llama la atención y hace que me detenga.

Miro a mi alrededor: una calle sinuosa como otras muchas, con una cafetería y varias tiendas, todo cerrado en este momento. Considero seguir mi camino, pero no, algo ha hecho que me detuviera y tengo que averiguar qué ha sido. Miro los edificios, las puertas, el gato que pasa junto a mis botas y que a continuación sale corriendo por la calle. Y entonces veo una carnicería.

«J. Capland, carnicero», pone en el cartel. ¿Qué es lo que me resulta familiar?

Y de pronto un recuerdo de la señora Riverthorpe: «Si alguna vez va al norte del país, por favor, busque a mis amigos los Capland... ¿Se acordará del apellido, Amy? Capland. ¿O los ojos oscuros de Henry se lo borrarán de inmediato de ese cerebro suyo que se derrite?».

Me obligo a olvidarme de los ojos oscuros de Henry y me quedo mirando la tienda. ¿Terminará la historia de Aurelia en la tienda de un carnicero? Qué más da, podría terminar en un matadero por lo que a mí respecta si eso significara que hubiese acabado con el encargo que me hizo.

Regreso a cenar con pensamientos renovados. Hay una cosa que tengo que admitir acerca de la búsqueda del tesoro de Aurelia: a pesar de sus dificultades e inconveniencias, la sensación de acercarme un paso me levanta la moral.

Por primera vez desde que dejé Bath siento optimismo. Puede que en un día o dos pueda escribir a Madeleine para decirle que vuelvo a Twickenham. Ella y Constance me aconsejarán en lo que respecta a Henry y lo encontraré, por muy duro que parezca. Verlo cara a cara será mejor que cualquier carta. Seré libre al fin y él lo notará en mis ojos. Sí, lo encontraré y le diré que lo siento

mucho...

Trato de recordar lo que me contó la señora Riverthorpe sobre los Capland. Fue un cambio radical de tema, me acuerdo, y ahora me doy cuenta de que estaba ofreciéndome información importante. En ese momento, sin embargo, me pareció típico de ella que no prestara atención a nada: «Él es un buen hombre, tiene una tienda... Ella es una criatura tonta como ninguna, pero tiene un corazón amable... No tema, no son como yo».

Paso la noche en una especie de fiebre emocional. Tengo el final de la misión al alcance de la mano. Llevo ya tiempo con esa esperanza, pero era un pensamiento hipotético; esto es una certeza. Me siento tan llena de energía y fuerza como nunca imaginé. Maldigo a las normas de comercio británicas, que me obligan a esperar a mañana. Duermo de manera irregular, pero cuando lo hago es profundamente.

Me despierto de repente al amanecer. Ha pasado algo importante. Me siento, nerviosa y alerta, y la luz del día entra en mi habitación. Era un sueño.

Lo recuerdo con claridad: un desfile de rostros. Aún los veo: el señor Clay entregándome un paquete en enero, el primer día; el señor Carlton, del Rose & Crown, con su fervor por el viaje en tren; el querido señor Crumm, con sus libros y publicaciones, y su apuesto nieto; Madeleine y su familia; la señora Riverthorpe con su lengua afilada y sus plumas. Todos los que me han ayudado en mi viaje. He visto a Henry. Y a Aurelia brillando como un ángel, riendo en un día de verano.

Capítulo 65



Es aún muy temprano para ir a la carnicería. Mientras espero, tiemblo por la determinación. La noche me ha cambiado. Me acuerdo de Hatville, lo recuerdo todo, y ya no me encojo. Todo esto ha hecho que me forme como soy, y la búsqueda del tesoro hace que me inflame. Después de esto, seré más fuerte y mejor, ahora lo sé.

He perdido unas cuantas cosas para siempre: nunca volveré a ver a Aurelia, ni el lugar en el que crecí, y sé, en lo más profundo de mi corazón, que nunca descubriré la verdad sobre quiénes fueron mis padres. Que así sea. No es necesario perder más cosas a menos que decida dejarlas. Mi amor por Henry. Mis amigos. Mis sueños. El respeto por mí misma y la determinación.

El mundo ordenaba que Aurelia y yo no podíamos ser amigas, que las diferencias entre nosotras eran muchas. Nosotras pensábamos de otra forma. A pesar de vivir una juventud turbulenta y llena de prohibiciones, nos reíamos casi de todo. Nos encantaban las campanillas y los jacintos, los caballos y las historias, la buena comida, las mañanas en el río y la compañía mutua. Pero ahora creo que lo que nos unió más que cualquier otra cosa fue que ambas éramos unas luchadoras, a nuestro modo. Las dos nos resistíamos a hacer lo que nos decían, preferíamos tomar nuestras propias decisiones. Elegimos lo que era importante para ambas.

Siempre he sentido que, sin Aurelia, me derrumbaría. Para mí, ella era

como el caballero de brillante armadura y traje colorido, y yo su fiel escudera. Pero yo también soy una guerrera; la vi a ella en el espejo del baile de Bath. La he sentido cada día que he caminado por Londres, Bath o York sin compañía, en contra cualquier racionalidad y cualquier convención, desafiando el qué dirán para encontrar mi camino, paso a paso. Lo supe aquel día en el salón de Hatville, cuando me enfrenté a *lady* Vennaway y le planté cara, un momento antes de que me cortara el pelo.

Escucharé a esa guerrera interna mucho más a partir de ahora. ¿Y en cuanto a los susurros del corazón que me advierten de que nunca me amará nadie? No les haré caso. La historia de dos chicas inseparables e incontenibles está a punto de terminar. Solo una historia va a continuar, y es la mía.

Estoy muy tranquila. Cuando llega el momento de ir a la ciudad, encuentro el establecimiento del señor Capland sin problema, a pesar de que no he sabido encontrar el camino ni una sola vez en York a ningún sitio donde haya querido ir. Mis días merodeando en la confusión han terminado.

Entro en la tienda y el carnicero levanta la mirada del cuerpo del animal que tiene delante, hábilmente cortado en pedazos para venderlos. Me doy cuenta enseguida de cuáles son para una familia modesta y cuáles para la cena en una casa adinerada. El olor a sangre y a carne fresca me recuerda a mi infancia, cuando observaba a Cook trabajar en la cocina. Al ver el cuchillo pienso en *lady* Vennaway sujetándome con fuerza para cortarme el cabello. La confusión patente en la cara del carnicero a mi llegada me recuerda, por supuesto, que ahora tengo el aspecto de una dama.

—Buenos días, *milady* —me saluda, asombrado—. ¿Está usted bien? ¿Puedo ayudarla?

Me acuerdo del señor Crumm, acercándose a mí en la librería, adivinando enseguida quién era yo. Me acuerdo de los Wister, tan amables conmigo. Me acuerdo de la aceptación sumisa de Ambrose a mi llegada a Hades House. En un momento lo comprenderá.

—Buenos días, señor. Estoy bien, gracias. Señor Capland, me complace conocerlo. Soy Amy Snow.

Pero no se enciende ninguna luz.

—Disculpe, ¿señorita Snow...?

—Amy Snow —repito, pues me falta inspiración—. Soy Amy Snow.

La confusión del hombre es evidente. No veo en su cara muestra alguna de que me reconozca. Veo cómo se pregunta quién es esta mujer excéntrica a la que le gusta repetir su nombre. Es un hombre alto y ancho con el pelo negro y denso y una barba exuberante. Tiene unos ojos tranquilos que resultan extraños junto a su figura descomunal y el delantal manchado de sangre que lleva puesto.

—Lo siento, señor Capland. No me he explicado bien. He recorrido un largo camino para conocerlo. Creo que hace cuatro años conoció a una amiga mía. Aurelia Vennaway.

—Hace cuatro años. Vennaway —murmura, ruborizado. Pobre hombre—. Lo lamento, señorita. No lo creo. Excúseme, pero ¿por qué ha venido a buscarme? ¿Qué es lo que quiere?

—No lo sé. Pensaba que usted me explicaría por qué estoy aquí. ¿Seguro que no recuerda a Aurelia? ¡Aurelia Vennaway!

Está claro que piensa que estoy una loca.

—No lo entiendo.

Por un instante que se me hace horrible, me pregunto si el cambio de tema de la señora Riverthorpe no sería más que eso, y no una pista.

—La señora Riverthorpe, señor. La señora Riverthorpe de Bath. Es una buena amiga de usted, ¿no?

Snow, Vennaway, Riverthorpe... Estoy disparando al pobre hombre apellidos como si fueran flechas, pero ninguna acierta en la diana.

Mueve la cabeza de un lado a otro de forma pesada, como la campana de una catedral.

—Lo siento mucho, señorita. Tampoco la conozco a ella. ¿Riverthorpe dice? No.

—¡Santo cielo! No, disculpe la expresión, no estoy enfadada con usted, sino por el apuro en que estoy metida ahora mismo. La señora Riverthorpe es... bueno, supongo que puedo llamarla amiga. No hace ni dos semanas que me dijo que, si alguna vez venía a esta zona, tenía que ir a visitar a sus amigos los Capland. Usted tiene una tienda, me dijo, y tiene una esposa de buen corazón.

—No, señorita. Aún no tengo esposa, aunque espero que la señorita Mary Avery me acepte en septiembre.

—Oh. Vaya... yo también lo espero. Y sin embargo qué molesto... y... ¡decepcionante!

—Puede que su amiga se refiriera a mi hermano.

—Oh, ¿tiene usted un hermano?

—Sí. Yo soy Jeremiah Capland. Mi hermano, Joss, tiene también una tienda, una mercería en High Petergate. Tiene esposa y también dos hijos.

—Gracias, señor, esa debe de ser la respuesta. ¿High Petergate ha dicho? ¿Está lejos de aquí?

Me indica la dirección y me doy la vuelta para marcharme.

—Puede que volvamos a encontrarnos, señor Capland, si ve usted mucho a su hermano.

—Sí, lo veo a menudo. Buena suerte, señorita.

Recorro el trayecto que me ha indicado con el corazón acelerado. En High Petergate vuelvo a ver el apellido Capland grabado encima de la tienda más bonita que se pueda imaginar. Es de color verde oscuro y la guía entre los paneles de rombos está pintada también de gris. La puerta y el cartel «Joss Capland e hijos, proveedor de tejidos de calidad y artículos de mercería» están pintados de blanco resplandeciente.

En el escaparate veo un sombrero increíble decorado con rosas naranjas y un buen número de lazos, botones, plumas, alfileres para sombreros, flores para los zapatos y delicados encajes que parecen el glaseado de un pastel. Está todo exhibido con ingenio a lo largo de telas dispuestas en un arcoíris de colores brillantes. Sospecho que es obra de una mujer.

Entro en la tienda y la campanita repiquetea felizmente. Un hombre de unos cuarenta años se acerca desde el fondo y me recibe con una bonita sonrisa. Sé de inmediato que este es el lugar correcto.

—Buenos días, señor Capland. Espero que esté usted bien y deseo sinceramente que me conozca cuando le diga que soy...

Vacilo. «¿Quién soy?».

—Soy Amy Snow.

Capítulo 66



Joss Capland se parece a su hermano tan solo en el cabello oscuro. Es más bajo y delgado y su acento es sureño, aunque con un toque de un lugar que no logro ubicar. Es un hombre muy agradable. Tengo bastante tiempo para disfrutar de su amabilidad mientras avanzamos por la campiña en su carruaje. Supo de inmediato quién era yo y abandonó sin demora la tienda, dejando a Sampson, un joven de unos doce años, para que cerrara.

Le pregunté si Sampson era su hijo y él sonrió y se mordió el labio.

—No, es mi aprendiz. Mi hijo es aún demasiado pequeño para trabajar, aunque su entusiasmo no conoce límites.

Los Capland viven en Fountain Cottage, en Heworth, un pueblo arbolado situado al noreste de York. Hace una mañana ventosa que alterna lluvia con rayos de sol. El norte es considerablemente más frío que Bath, pero eso no es lo que me hace temblar hoy. Llevo puesto un chal morado, el más calentito que tengo. Es la emoción la que hace que me castañeen los dientes y note los pies como bloques de hielo dentro de las botas. Estoy sentada al lado de un hombre que puede contarme todo lo que necesito saber y poner fin a mi paso errante y a mis preguntas. Viajamos por caminos llenos de hierba, bajo la sombra de robles frondosos. La tierra es llana y el ambiente es fresco, con olor a savia. Me gusta volver a estar en el campo y oír el trinar de los pájaros.

Joss Capland habla de asuntos intrascendentes y me cuenta que, cuando el

viento es el justo, el sonido de las campanas de la catedral llega hasta aquí. Después me guiña un ojo y me explica que no puede contarme nada de importancia sin la presencia de su esposa o se enfrentará a unas consecuencias terribles.

—No querrá perder un solo instante de conocerla. —Esboza una sonrisa.

En efecto, la casa aún no está a la vista cuando una mujer con un vestido blanco se acerca corriendo por la hierba con una niña pequeña tambaleándose juguetonamente tras ella, con los brazos en alto.

—¡Señorita Snow! —grita antes de que el caballo se haya detenido, para mi sorpresa—. Es usted, ¿no?

—¡Al fin nos ha encontrado, Elspeth! —señala el señor Capland, que detiene el carruaje y se apea.

Besa a su esposa y luego me ofrece la mano para ayudarme a que haga lo mismo. Estoy ante la mujer más bonita que he visto nunca, aparte de Aurelia. Tiene el pelo oscuro, como su marido, y unos ojos oscuros enormes y brillantes. La niña pequeña nos alcanza al fin, se agarra a la falda de su madre y me mira atentamente. Es la reproducción idéntica de su madre en miniatura. Es tan adorable que grito de contento y me arrodillo en la hierba, delante de ella. Esboza una sonrisa que es como la de su padre.

—Señorita Snow —dice de nuevo la señora Capland—, sabía que era usted. Vi el carruaje desde la ventana de la planta superior. A esta hora del día, tan solo podía significar que Joss se había puesto enfermo o que había llegado la señorita Snow. Cuando vi a una joven con él, supe que era lo segundo. Estoy muy feliz de recibirla.

—Señorita Snow, le presento a mi esposa, Elspeth, y a mi hija, Verity.

Saludo a Elspeth Capland y ella me estrecha la mano y me besa la mejilla. Ya me gusta por sus excesivas muestras de afecto.

—Me alegro mucho de conocerla, pero, por favor, ¿me pueden llamar Amy?

—Por supuesto. Ahora entre y siéntase como en casa. Tenemos mucho de lo que hablar.

Elspeth alza a Verity y Joss guía al caballo mientras caminamos juntos hacia la casita de campo.

—¿Dónde está Louis, querida? —pregunta Joss.

—Estaba intentando dormirlo cuando os vi.

El hombre se echa a reír.

—¿Louis? ¿Dormir?

—He dicho que lo estaba intentando, no que lo hubiera conseguido. ¡Ah! —añade con una sonrisa triste—. Aquí está. Amy, este es mi imparable hijo, Louis.

Resuello. Casi hemos llegado a la casa, que es cuadrada, marrón y está cubierta de rosas blancas, pero soy incapaz de fijarme en eso ahora.

En Haville Court, hay un retrato colgado en el salón; en él aparece Aurelia con unos cuatro años, sentada en el regazo de su madre. Es como si esa Aurelia que está pintada se hubiera salido del marco y viniera corriendo hacia mí, con los rizos claros alborotados y resplandeciendo bajo el sol.

—¡Papá, estás en casa! Oh. —Al ver a una desconocida, vacila y se esconde detrás de su madre. Desde su refugio seguro, echa un vistazo y me mira con sus ojos de color azul violáceo—. Mamá, ¿quién es esta señorita tan guapa?

Elsbeth se arrodilla.

—Louis, cariño, es Amy Snow. Ya te hemos hablado de ella, ¿recuerdas? Al fin ha venido a visitarnos.

La cara de Louis se arruga con una sonrisa de agrado.

—¿Se va a quedar a almorzar? ¿Va a venir a ver el jardín conmigo? ¿Me va a leer una historia?

Precoz, con una energía infinita, preguntas inagotables y una carita angelical, es la viva imagen de Aurelia, vestido con un traje de marinero azul oscuro.

Joss extiende los brazos, alza al niño y le da vueltas y vueltas hasta que de las botas no se ve más que un borrón y él chilla con una alegría agónica que inunda el ambiente como un canto de pájaros.

—Es lo que ve, Amy... —dice Elspeth en voz baja—. Se lo explicaremos cuando los niños estén entretenidos.

Se me llenan los ojos de lágrimas y la mujer me agarra la mano.

—Querida —susurra.

Es suficiente.

Capítulo 67



Lo había sospechado, por supuesto, pero sospecharlo no me había preparado para la verdad. Ver la imagen viva de Aurelia aquí, delante de mí, es como el viento que aborda una vela. Estoy tensa y el asombro me arrasa.

Sus padres nos presentan solemnemente y Louis se inclina y me estrecha la mano. Me agacho delante de él y le tomo la manita como si estuviera en un sueño. De todas las realidades extrañas y las que me he encontrado desde que murió Aurelia, esta es la más rara de todas. Su hijo, aquí en Yorkshire. Los árboles que susurran con el viento, la brisa que se lleva la lluvia y la hierba del camino han dado un paso atrás: solo está Louis. Deseo abrazarlo y comérmelo a besos, pero, por supuesto, para él soy una extraña, así que me contengo, aunque no puedo apartar los ojos de él. Me dice que está encantado de conocerme e insiste en el asunto del jardín y la historia. Estoy dispuesta a aceptar cualquier cosa que él quiera siempre y cuando pueda seguir mirándolo: mejillas suaves y regordetas sonrosadas, determinación en su actitud... todo me resulta tan familiar, aunque tan diminuto y extraño.

—Tal vez Amy prefiera entrar primero, Louis —le indica su madre con mucha amabilidad—. A lo mejor tiene sed o está cansada. —La miro a los ojos y siento que comprende parte del asombro que me embarga.

Louis acepta que puede posponer nuestra reunión un poco si ese es el caso.

—A menos, por supuesto, que prefiera... —añade Elspeth—. Podemos llevar a Verity dentro si desea pasar algo de tiempo con Louis primero. Lo que usted prefiera.

Poco a poco, la hierba, la brisa, la luz del sol vuelven. Inspiro profundamente una bocanada de aire limpio y fresco. Cuando hablo, la voz no suena estable.

—Hace una mañana estupenda. Puedo ver primero el jardín y después sentarnos dentro.

—Es muy bonito, señorita Amy —indica Louis con voz aguda, tomándome de la mano—. Venga por aquí, ¡quiero mostrarle la fuente!

Sigo a Louis con la sensación de que he retrocedido en el tiempo. El jardín es exquisito, con una fuente, un palomar y muchos lupinos y malvarrosas. Está salpicado de margaritas y hay arbustos altos mezclados con madreselvas. Louis me explica la importancia de cada cosa y me muestra su guarida secreta en un seto. Vuelvo a mi infancia mientras lo sigo, embebida y muda como si fuera una niña cautivada por alguien más fascinante y aventurero. Me resulta una experiencia muy familiar.

Louis está encantado con mis comentarios. Cuando le explico que sé algo de jardines, que cuando tenía su edad mi medio de transporte era una carretilla, se queda mudo del asombro un instante. Quiere saber si puedo empujarlo a él en una carretilla.

Un gatito blanco pasa a toda velocidad por la hierba. Me siento en un banco del jardín y miro fascinada mientras él y Louis juegan a cazarse. Es idéntico a Aurelia. La risa, la exuberancia, el fulgor...

Mi pobre y asombrado cerebro vuelve poco a poco a la vida. Y al hacerlo también llega a entenderlo todo. Ahora, por fin, tiene sentido, o empieza a tenerlo. Si existe algún secreto que valga la pena proteger con cartas ocultas y un sendero de pistas falsas que te llevan de un lado a otro del país, es este. Es un niño mágico. Siento que recorrería cualquier distancia para mantenerlo a salvo y estoy en paz con todas las dificultades que me he encontrado al llegar aquí. Las medidas extraordinarias de Aurelia para proteger su secreto, a su hijo, ahora cobran sentido. Louis no va a sufrir el destino de su madre. No van a encauzarlo por caminos que no son adecuados para él, no van a decirle qué

amigos puede o no puede tener. No van a enderezarlo con pellizcos, restricciones y represión como a ella. No van a medir ni aplacar sus inclinaciones naturales y su buen ánimo. Se nota que esta gente es buena, una familia cariñosa. Será feliz.

La idea de que nunca verá a su hijo cuando sea un muchacho, cuando vaya al colegio, cuando se convierta en un hombre... ¡Si los Vennaway supieran!

—¿Por qué parece triste, señorita Amy? ¿Está llorando? —Louis se ha acercado a mi lado y ha abandonado al gato, que está saltando sobre las patitas traseras para tocar los zapatos del pequeño. Louis posa una manita pequeña sobre la mía.

—Solo estaba acordándome de una amiga muy querida que murió. Sigo echándola de menos y pensaba en lo mucho que habría disfrutado de este precioso jardín y de conocerte a ti.

Frunce el ceño y me pregunto, por un instante, si es apropiado hablar de la muerte con un niño tan pequeño.

—Yo tuve una rana que se murió —señala al fin—. Me puse muy triste. Se llamaba Gregory. Si hubiera conocido a su amiga, le habría enseñado mi refugio a ella también. ¿Le habría gustado?

—Le habría encantado, porque le encantaban los secretos y las aventuras, y siempre me divertía muchísimo con ella. Cuando era pequeña, solía preparar búsquedas del tesoro por nuestro jardín, y eran increíbles.

—¿Qué es una búsqueda del tesoro?

—¿Nunca has jugado a buscar uno? Louis, un día lo prepararé y verás lo que es.

Capítulo 68



Un rato después, Elspeth, Joss y Verity salen al jardín con una jarra con limonada. Los ojos se me llenan de lágrimas de nuevo; Aurelia sentía una pasión por la limonada que nunca tuvo rival. Son los pequeños detalles como ese los que me siguen desmoronando; solo hace cinco meses que la perdí y ya me parece toda una vida.

Con los niños jugando a una distancia segura, nos disponemos a hablar. Primero, Joss me entrega un sobre grueso en el que aparece mi nombre escrito con la letra de Aurelia. Como todos los anteriores, desaparece dentro de mi bolsillo. Esta será la última vez que sepa de ella y quiero entregarme al momento. Ahora deseo conocer a estas personas a las que mi querida amiga ha confiado el cuidado de su precioso hijo. Quiero saberlo todo.

—La historia empieza con la infancia de Joss en Gales —comienza Elspeth—. Cuéntaselo, Joss.

El hombre asiente.

—Sí, desde luego. Nací en Gales, Amy, y quedé huérfano a una edad muy temprana. No recuerdo a mis padres. Perteneecía a una familia minera, me contaron, pero el orfanato más cercano estaba en Cardiff y allí me enviaron con dos años. No creo que fuera peor que cualquier otro sitio de características similares, pero no era un lugar alegre. Se encargaban de mí personas que no tenía pasión ni interés por el trabajo que hacían, solo

trabajaban por el salario. No se incitaba a la amistad y la educación era rudimentaria: contar hasta diez, escribir nuestro nombre y cosas por el estilo. Todos sabíamos que cuando cumpliéramos ocho años debíamos marcharnos, éramos como muebles y no teníamos ilusión por el futuro. Era una existencia anodina.

»Pero cuando cumplí seis años, fui bendecido con la mayor de las buenas fortunas, podrá imaginarse. Una de las administradoras, *lady* Everdene, tenía un amigo, John Capland, que era de York. Deseaba adoptar a un niño. Había perdido a su esposa y solo tenía un hijo, Jeremiah. Estaba decidido a no volver a casarse, pues había amado mucho a su mujer, pero deseaba lo mejor para su hijo. Eso incluía a otro niño para que Jeremiah tuviera un hermano.

»Había ido a visitar a *lady* Everdene cuando ella le sugirió que escogiera a un muchacho del orfanato de Cardiff. Ella eligió a cuatro chicos que le habían llamado la atención y concedió al señor Capland la oportunidad de conocernos y escoger. Ese fue el día que cambió mi vida. Por supuesto, yo no sabía cuál era el propósito de encontrarme con ese desconocido, tan solo supuso una agradable pausa de la monotonía. Si hubiera sabido que estaba en juego la posibilidad de tener una familia y un futuro mejor, creo que el suspense habría sido insoportable. Pero no sabía nada, y me eligió a mí.

»Hice el más largo de los viajes hasta Yorkshire con mi nuevo padre y lo conocí mejor. Era un buen hombre, Amy. Ya ha muerto, y sigue doliéndome, incluso después de cinco años. Conocí a mi hermano mayor, Jeremiah, que tenía por entonces nueve años, y después de demostrarme en repetidas ocasiones que podía derribarme en una pelea, pues era, y sigue siendo, tres veces más grande que yo, nos convertimos primero en amigos que nos tolerábamos y luego en verdaderos hermanos.

»Dos años más tarde, *lady* Everdene, que por entonces era la señora Hamilton de Truro, envió a mi padre una considerable suma de dinero para que la invirtiera en sus hijos. Después de haber instigado a la adopción y al no tener hijos propios, le apetecía involucrarse en nuestra pequeña familia. Mi padre fue escrupulosamente justo, dividió el dinero a partes iguales entre nosotros y nos ofreció las mismas oportunidades. Pero nosotros éramos muy diferentes. Jeremiah se hizo aprendiz de carnicero en York, le gustaba mucho

el puesto. Él no deseaba abandonar su hogar. Yo aproveché la oportunidad para ir a la escuela en Londres. Pasaba todas las vacaciones en casa, pero me encantaba estudiar y devoraba las lecciones como si fueran un plato de trucha a la plancha.

»Pasaron los años y Jeremiah compró el negocio del carnicero en el que había empezado su carrera, pues había recibido el capital equivalente a lo que había gastado yo en mi educación. Al igual que mi hermano, yo también quería una tienda propia, pero no una carnicería. Deseaba un negocio que fuera agradable a la vista y que disfrutara, donde pudiera conocer a una joven dama de la que enamorarme perdidamente.

—¡Y ahí entro yo! —Elspeth esboza una sonrisa. Puedo imaginarme la situación—. Tenía veinte años y estaba comprometida con un constructor de barcos de Whitby llamado Sam Perrin.

—Nunca he visto a Sam Perrin —añade Joss—, pero pienso escupirle si lo hago.

—No creo que tengas que ponerte celoso ya, mi amor —le comenta ella—. Fue hace muchos años. Mi madre me trajo a York para buscar mi ajuar, Amy, pues todos habíamos oído hablar de una mercería que habían abierto aquí. El propietario era un joven elegante que había estudiado en Londres, nos contaron. Tenía contactos con todos los fabricantes y ofrecía todo lo que estaba de moda en la gran ciudad, pero a un tercio de los precios de Londres. Al parecer, muchas damas jóvenes habían cruzado la puerta de su negocio ese año. Muchas —enfatisa.

—Estaba decidido a triunfar en mi negocio, y por supuesto que lo conseguí —cuenta complacido Joss—. Y sí conocí a muchas damas, pero solo una de ellas me hizo mirar dos veces, y después mirarla durante el resto de mi vida.

—Nos casamos —concluye Elspeth—. Rompí mi compromiso y el corazón de mi madre.

—Y el de Sam Perrin, imagino —añado.

—Oh, Sam. Encontró a otra persona ese mismo año, así que no me siento culpable. Mi madre aún no se ha recuperado, creo.

»Soy la esposa más feliz y tenemos una casa preciosa, como ya ve, pero no fuimos bendecidos con hijos. Después de diez años, no contamos con esa

dicha. Nos esforzamos por hacernos a la idea de que, si solo estábamos los dos, seguiríamos teniendo mucho por lo que dar las gracias. Pero no puedo negar que fue una enorme tristeza para ambos. Muy grande.

»Hablamos de adoptar, pero tenía la supersticiosa impresión que hacer eso era cerrar la puerta a concebir un hijo propio. Y entonces un día, hace casi cuatro años, recibimos una visita. Era la administradora del orfanato. Cuéntaselo, Joss.

—Sí, bueno, la visita en sí no fue muy remarcable. La administradora, *lady* Everdene, había mantenido el contacto desde Cardiff con mi padre todos esos años y venía de vez en cuando a comprobar cómo estaba. Es una persona a la que le gusta interesarse por los asuntos de otras personas. Tras la muerte de mi padre, mantuvo el contacto conmigo. Le he mencionado que *lady* Everdene se convirtió en la señora Hamilton, Amy, y durante años cambió mucho de nombre pues sus maridos morían o desaparecían. Era... bueno, no era una mujer convencional, pero ¿qué me importa a mí eso? Si no hubiera sido por ella, no habría conocido a mi padre, ni a mi hermano, ni a mi esposa. Cuando apareció en la puerta de nuestra casita en 1844, era la señora Riverthorpe.

—¡La señora Riverthorpe! ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

—Como digo, no fue su visita lo que resultó remarcable, sino el motivo por el que vino. Entró apresurada en nuestra casa y nos informó de que teníamos que hacerle un favor. Acepté, pensando que querría que la pusiera en contacto con algún sombrerero, o tal vez que la acompañara en un viaje, pues por entonces era muy vieja... pero no. El favor era que diéramos alojamiento a una joven desconocida en nuestra casa durante varios meses. Ah, y la joven estaba embarazada y teníamos que encargarnos del parto y adoptar al niño cuando hubiera nacido...

Los dos Capland se quedan en silencio un momento, con expresiones nostálgicas y un tanto serias en la cara. Suelto una carcajada al imaginar la situación.

—Era una petición intolerable, por supuesto —continúa Elspeth—, y yo tenía algo que decir al respecto, como imaginaré. Hubo una discusión, pues ella está acostumbrada a salirse con la suya, como ya sabrá. Pero yo no pensaba permitir que organizara nuestro futuro simplemente porque Joss le

debiera la vida. No es que no mostrara conmiseración por el apuro de la joven, pero ya le he contado mis sensaciones con respecto a la adopción y no iba a cambiar de parecer por su petición. No sé si le sonará extraño, pero fue una respuesta muy emocional a una desilusión muy personal. Al final llegamos a un acuerdo. Conoceríamos a la joven, aceptamos eso.

»Y entonces, al día siguiente, Aurelia apareció en la puerta de nuestra casa, pálida, delgada y temblorosa, pero seguía siendo la niña más bonita que habíamos visto y tenía ese corazón ardiente que lo iluminaba todo y que nos atrajo. Nos contó su historia, fue muy franca al relatar el motivo por el que se había visto en esa situación tan poco envidiable.

—Cuando nos enteramos de que se estaba muriendo —continúa Joss—, empezamos a contemplar la situación de otra manera. Y cuando nos habló de sus padres, me preocupé. No era su poder e influencia lo que me hacía dudar, sino la idea de alejar a un niño de su propia sangre, de interponernos entre gente que no conocíamos y su nieto. Pero pasamos un tiempo con Aurelia. Se quedó con nosotros, después de todo. Nos conoció y nosotros descubrimos cuál era su vida.

—Creo que aquí se sintió a salvo desde el principio —continuó Elspeth. Yo también lo creo—. Estar tan lejos de casa, permitir que cuidáramos de ella... todo eso hizo que se recuperara bastante. Aun así, no estuvo bien del todo el tiempo que pasó con nosotros. El embarazo causó un gran estrés en su cuerpo. Seguro que en la carta le cuenta cómo nos las arreglamos, pero el resultado es el que ve. Louis es tal y como imaginamos que sería Aurelia antes de que la enfermedad la poseyera. Usted podrá juzgar mejor que nosotros, por supuesto.

—¿Y Verity?

Elspeth se ríe.

—Resulta que mi superstición era errónea, del todo errónea. Louis tenía seis meses. Aurelia se había marchado cuatro meses antes y yo descubrí que estaba embarazada. Joss y yo no podíamos creerlo, aunque hemos oído que no es un fenómeno tan extraño después de una adopción. Aurelia siempre pensó que teníamos mucho que ofrecer a Louis. ¡No podíamos imaginar que también podríamos ofrecerle una hermana!

—Y ahora, esperamos —interviene Joss, mirándome a los ojos—, también tendrá una tía. Le hemos hablado de nuestra amiga, la señorita Snow. ¡Estaba muy emocionado por conocer a su tía Amy! A nosotros también nos gustaría conocerla mejor. Por favor, pase todo el tiempo que desee aquí con nosotros. Ya sé que tendrá mucho que asimilar, pero... bueno, esperamos que esto la haga... feliz.

Feliz. Sí.

Tardaré mucho tiempo en juntar todas las piezas de mi corazón y de mi cabeza, pero la señora Riverthorpe no está aquí para burlarse de mí por ello, así que espero poder tomarme todo el tiempo que necesite.

Miro al hijo de Aurelia jugueteando con su hermana en la hierba.

—La tía Amy —murmuro, y sonrío.

Capítulo 69



No llego al Hotel Júpiter hasta las diez de la noche. Joss me lleva en el carruaje y Louis pide acompañarnos, a pesar de que ya lo han metido en la cama tres veces. Se lo niegan con tacto, pero con firmeza.

En el hotel me espera una breve carta de la señora Riverthorpe. En ella, acepta gentilmente sacarme de mi miseria, como ella lo llama, siempre y cuando queme la información de inmediato. A continuación, me indica que visite a Joss Capland, un vendedor de tejidos de High Petergate. También me pide que mantenga la correspondencia con ella y me permite que la visite en Bath un día de mi conveniencia. Sonrío al doblar la carta.

Llamo al conserje y le pido que me envíe un plato con sándwiches. Me siento fatal al saber que los caprichos nocturnos de la gente pudiente son la gota que colma el vaso para las criadas después de un ajetreado día en la cocina. Encantada iría yo misma a buscarlos, pero no debo, por supuesto. El final de una misión, la libertad y ser de pronto tía me han dado un apetito voraz.

Me siento a la mesa, todavía vestida, y devoro los sándwiches y la carta al mismo tiempo. Me alegra comprobar que la misiva tiene muchas páginas. Yo tengo al menos un millón de preguntas.

Mi preciada Amy:

Sin duda, esta será la carta más extensa que te escriba y me cuesta decidir

por dónde empezar. También será la última y pensar en ello me rompe el corazón. Me parece extraño, pues siento que esta carta es una despedida cuando yo volveré a verte mañana. Te he ocultado muchas cosas. Mis cartas son el único lugar donde puedo abandonar mis reticencias. Una vez que escriba esto, no podré compartir contigo más confidencias nunca más.

Me pregunto si te habrás enfadado conmigo por no confiar en ti. No me atrevo a hablar contigo de Louis. La tentación de hacerlo una y otra vez sería demasiado grande. Y para ti sería igual, lo sé. Podrían oírnos y entonces sé que mis padres no pararían hasta descubrir todo lo que sabes. Tengo que dejar todo esto de lado y continuar como si no hubiera sucedido nunca, esa es la decisión que he tomado.

Al menos puedo escribir libremente. Joss protegerá esta carta con su vida, estoy segura. Si la estás leyendo, entonces es que has seguido mis pistas hasta el final y ahora ya conocerás toda mi historia. Por esta noche, sola en mi habitación, puedo desahogarme por completo contigo y llenar los huecos. Después solo tendré que temer que descubran la carta antes de que la envíe, pero haré lo que he hecho con todas las demás.

Te escribo a última hora de la noche, querida. Duermo con mis secretos bajo la almohada y me despierto temprano para acudir a la oficina de correos, aunque no sea un buen día, aunque me sienta rota. Mis fuerzas merman rápido y necesito terminar esto antes de que sea del todo incapaz de hacerlo. Las cartas no permanecen en la propiedad de los Vennaway un segundo más de lo que es absolutamente necesario. Las veo al cuidado de la señorita Penélope Lambert, la administradora de correos, con mis propios ojos.

Dejo de leer para reírme por un recuerdo de mi antigua vida. Darle algo a Penélope es como dejarlo en una caja fuerte, cerrarla con llave, lanzarla al mar y después derretir la llave por si acaso. Acudíamos a la oficina de correos cada vez que había que enviar algo, aunque lo hubieran podido hacer los criados. Íbamos nosotras únicamente por el placer de contar cuántas veces se refería a sí misma, con consumado orgullo, como «señorita Penélope Lambert, administradora de correos».

La vida está plena de pequeños detalles y breves encuentros. Al perder a Aurelia, he perdido a la persona con quien puedo compartir toda una historia. Me gustaría contar a Henry todos estos detalles intrascendentes. Pienso que él tal vez lo entienda. Puede que los escuche.

Si estás leyendo esta carta, ya habrás conocido a Louis. Amy, ¡mi hijo! Por supuesto, no es mi hijo, ya no, es el hijo de Joss y Elspeth y aun así... no puedo evitar pensar en él como tal.

Ahora mismo (me refiero a cuando escribo estas palabras) tendrá casi un año. Puede que ya gatee, balbucee y se ría, pero yo tan solo lo veré como bebé. Igual que nosotras dos, es un bebé del invierno, Amy. Nació en noviembre, con el cielo gris, lluvia y las ramas de los árboles desnudas. En serio, ¡no podría haber elegido un momento mejor!

¡Poder escribirte sobre Louis, poder compartir mi amor por él con mi más querida amiga! Pero, antes, debo de regresar a Twickenham. Esta carta tiene como fin aclarártelo todo y no satisfacer mis necesidades (aunque nunca he dicho que no a un poco satisfacción, como ya sabes).

Yo estaba en Twickenham, disfrutando de la vida con los Wister al máximo. Me había quitado de la cabeza cualquier pensamiento sobre Bailor Dunthorne. Sentía que al fin podía disfrutar de algo que se me había negado siempre. Estaba segura de que eso me daría fuerzas para regresar con mis padres. Incluso tenía la esperanza de regresar antes y darte una sorpresa. Te echaba mucho de menos.

Pues bien, Robert Burns tenía razón cuando afirmaba: «Del hombre y del ratón, e incluso de los Vennaway, quedan truncados los proyectos mejores». (El señor Henley me diría que me he tomado mis licencias con la cita, pero estoy segura de que el señor Burns tenía a uno o dos Vennaway en mente en el primer borrador).

Con frecuencia, tuve que luchar con mi salud mientras estaba allí. Traté de darle poca importancia al asunto en las cartas que te enviaba, pues no deseaba que temieras que existía la posibilidad de que no regresara. No me parecía bien y tampoco esperaba que sucediera tan pronto.

Creo que no mencioné que por entonces la señora Bolton ya se había

marchado. Tenía asuntos que tratar en Londres y no me separó de sus parientes. Sin embargo, regresó varias semanas más tarde y tan solo unos días después habló a solas conmigo.

«Aurelia —me dijo (ya sabes que nunca ha sido una mujer que se ande por las ramas)—, ¿hay alguna posibilidad de que esté embarazada?». ¡Una amiga muy franca!

Estaba sorprendida por el cambio que había sufrido, las repetidas ocasiones en que sentía náuseas, los mareos, y todo antes de comer. A pesar de mi debilidad, me dijo, ¡resplandecía de un modo muy particular!

¿Crearás que soy una estúpida si te digo que nunca se me pasó por la cabeza? Las indicaciones biológicas estaban ahí, claro, pero había estado tan ocupada apartándolas de mi mente, tan ocupada disfrutando, tan ocupada apretando los puños por la determinación de seguir con vida y disfrutar todavía más.

Respondí a sus preguntas con la cabeza dándome vueltas y la señora B. pensó que sus sospechas eran ciertas. Yo supe que sí. Después de no haberlo pensado siquiera, de pronto lo supe. ¡Supe que no estaba lista para morir cuando me marché de Hatville! El malestar se debía a otro motivo.

Cuando miro atrás, los veintitrés años de mi vida, hay tres momentos que recuerdo especialmente y con extraordinaria claridad, momentos en los que supe absolutamente que mi vida estaba a punto de cambiar para siempre. El primero fue encontrarte. El segundo fue el día que me desmayé en el jardín y descubrí que no iba a vivir para siempre, ni siquiera mucho tiempo. Y el tercero fue estar en el jardín de Mulberry Lodge y comprender que estaba embarazada. Apoyé la mano en el tronco del abedul y lo vi claro y cristalino bajo la mano blanca. Sigo viéndolo.

Mi querida Amy, ¡imaginarás cómo me sentí! ¡Robin me prometió que no sucedería tal cosa! Esas cosas son un arte impreciso, pues no me pudo haber engañado de forma intencionada. Por supuesto, nunca podría regresar a Hatville embarazada y sin estar casada.

Me acuerdo de que puse por escrito las opciones que tenía y la lista resultante era deprimente (la quemé enseguida, por supuesto). Cabía la posibilidad de que perdiera al bebé, como le había pasado tan a menudo a

mi madre. Pero, no sé cómo, debido a mi naturaleza resistente, supe que eso no sucedería.

Podía deshacerme de él a propósito. La señora B. me aseguró que se podía hacer si conocías a la gente adecuada (¡o tal vez inadecuada!). Es ilegal, pero, aun así, si era mi deseo, me prometió que lo investigaría de manera discreta. Ahí había otra razón para la discreción, otra persona a la que proteger. Imagina que mis padres hubieran descubierto que ella me animó a hacer algo así. Pero yo quería que tú lo supieras todo, Amy.

Esa opción no la podía considerar. Entiendo que las mujeres en circunstancias desesperadas puedan verse tentadas a hacerlo. Estaba aterrada, Amy. Pero, a pesar del miedo, no podía acabar con la vida de mi hijo. Ya me conoces, ¿no puedo ni matar a un gusano!

La tercera opción era dar a luz al niño, si es que vivía tanto, ¿y luego...? ¿Abandonarlo? Imposible. Quedarme con él el resto de mi vida y ocultarme... bueno, ya sabes que esa opción era atractiva. Podría haber enviado a que te buscaran y haber hecho justamente eso si no fuera por el maldito problema de mi corazón. ¡Lo único que te faltaba era quedarte sola en el mundo con un bebé recién nacido!

También existía la posibilidad de dar a eso en adopción a una familia cariñosa. (Digo «eso» porque por entonces no sabía que «eso» sería mi Louis). Esa me pareció la opción más generosa. ¡Una elección novedosa para mí!

Fue la primera alternativa que me ofreció esperanza. Pero dependía de encontrar a las personas adecuadas y no conocía a nadie, ni tampoco la señora B. Además, eso requeriría mucha discreción... tendría que permanecer lejos de casa mucho tiempo. Podrás imaginar la de noches que me quedaba despierta pensando en los detalles, los problemas y las posibles soluciones. Toda la diversión se había acabado y solo persistía la obsesión de buscar una solución perfecta.

Pensarás que sentí rencor con «eso» por haber terminado de forma abrupta con mi recién hallada felicidad, pero no fue así. Ni por un momento. Lo único que quería era protegerlo.

Y todo esto me lleva al quid de la cuestión. Las dos sabemos que, si

hubiera regresado a casa con un hijo ilegítimo, mis padres hubieran enfurecido y la tormenta habría sido tremenda. Imagino la situación con todo lujo de detalles, ¡te lo aseguro! Pero después se habrían calmado, Amy, eso también lo sabes. Su desesperación por continuar con el linaje habría presentado batalla contra el enfado, y habría ganado, o eso creo.

Yo habría muerto y mi hijo se habría criado con sus abuelos en la casa de su madre y no le habría faltado de nada en el sentido material. Pero...

Me vi obligada a hacer una valoración rigurosa e imparcial de mi vida. Ya conoces todos mis privilegios y todo lo que he sufrido. Conoces la rabia que he sentido con mis padres. Aun así, pensé en ellos, en su educación, y, sobre todo, en los embarazos frecuentes de mi madre que siempre acababan en lágrimas y sábanas manchadas de sangre.

¡Perdió tantos hijos! Mientras yo batallaba con mi conciencia en Twickenham, no sé cuánta, pero sí sé que sentí suficiente empatía por ella ahora que yo esperaba un hijo. A mi regreso, me enteré de que había perdido a once bebés a lo largo de los años. ¡Y también me tuvo a mí! Haber dado a luz tan solo a una hija... no puedo imaginar cuánto sufrió. Eso me hacía valorar si perdonar los errores que había cometido conmigo. Y, como ves, escribo con compasión en el corazón y no con la rabia de una hija contrariada.

Y sin embargo...

No quería Hatville, nada de ella, para mi hijo.

¡Imagina que hubiera sido una niña! ¿Cómo iba a poner a mi propia hija en esa situación, después de lo de lord Kenworthy, después de lo de Bailor Dunthorne? Y si era un niño... Aun así, lo limitarían y le inculcarían ideas estúpidas, sufriría si su carácter se parecía al mío. ¿Y si se volvía como ellos? ¿Mi hijo? No, Amy, no.

Eran decisiones serias, ¿no crees? Tenía que considerar muchos aspectos y tenía la cabeza empañada por el miedo. Decidiera lo que decidiese, debía actuar con rapidez, pues si lo retrasaba mucho la discreción ya no sería una opción. Y también necesitaba apoyo médico.

Otra decisión: mantener al bebé alejado del padre y al padre, del bebé. Pero Robin formaba parte de Hatville. De que hubiera sido un padre tierno

y amable no tenía dudas. De que hubiera criado al niño tras mi muerte como yo hubiera deseado no podía estar segura. A lo mejor pensaba que su hijo estaría mejor con una fortuna y un linaje. ¿Era lo bastante fuerte para mantenerlo a salvo de los poderosos Vennaway si ellos lo descubrían? Ese era otro riesgo que no me atrevía a correr.

La decisión estaba tomada. Tenía que vivir lo suficiente para encontrar a unos padres adecuados para mi hijo. Tenía que vivir lo suficiente para dar a luz. Y tenía que vivir lo suficiente para regresar contigo y cuidar un poco más de ti. Y tenía que hacerlo todo en secreto. Bien, ¡nunca me han dado miedo los retos!

Con la decisión tomada, hablé con la señora B. Envió una carta discreta y poco después llegó una respuesta. Me informó de que nos marchábamos a York. Me pareció bien, pues estaba lejos.

No conté nada sobre mi secreto a los Wister, a pesar de que lo deseé en muchas ocasiones.

Vuelvo a recordar el comentario de Michael acerca de que Aurelia los dejó de repente y otra pieza del puzle encaja en su lugar.

Me alejé de mis amigos con el corazón afligido, aunque no era nada comparado con el remordimiento que sentía cada vez que te escribía una carta a ti.

Al principio fui incapaz de escribir nada. ¡No sabía qué decir! Así que inventé una excusa que esperaba que calmara tu preocupación. Ahora sé que no fue así. La preparé con prisas y fue inadecuada. También escribía teniendo en consideración las miradas fisgonas. Pensé que los encuentros sociales y los bailes no molestarían del todo a mis padres. ¡Seguramente tú pensaste que había perdido la razón!

¿Por qué mencioné Derby? Solo porque la señora B. tenía un contacto allí en quien confiaba para que enviara las cartas por mí. Nunca he pisado esa ciudad. De hecho, hay muchos sitios que nunca he visitado. Mi visita por el reino, mi emocionante y autocomplaciente viaje de ciudad en ciudad, se resume en esto: Londres, Twickenham, York. Y luego, a casa.

Llegamos a York tras un viaje en tren horrorosamente largo. O eso me pareció a mí, tan vulnerable como estaba. Desde la seguridad y la comodidad de mi escritorio, sin embargo, me siento maravillada. ¡En tan solo ocho horas una persona puede viajar por todo el país!

¿Qué opinas de la catedral de York? ¿De esas campanas que no dejan de sonar y que le quitan a cualquiera cualquier cosa de la cabeza? (¡Bendito alivio fue eso!). ¿Y de las calles estrechas y engañosas que parecen sacadas de un sueño de los hermanos Grimm? Ojalá pudiéramos visitarlas juntas. Créeme, ni siquiera me fijé en esas cosas a mi llegada, ¡ya tenía mucho de lo que ocuparme sin un entorno tan admirable!

Nos quedamos en el Hotel Júpiter. Puede que ya lo conozcas. Allí conocimos a una vieja amiga de la señora B., la amiga a la que había escrito, la única persona a la que podía acudir en una situación tan delicada, la única capaz de ayudar. Por supuesto, esa amiga era la señora Ariadne Riverthorpe.

Me enteré de que se conocieron una década antes, en una reunión intelectual en Bath. La joven señora B., literata incipiente, recibió muy buena influencia de la señora R. y desde entonces mantenían correspondencia. La señora R. seguía ofreciendo consejos y guía, sin duda temibles, a su protegida.

Me pregunto qué tal te habrá ido la temporada en Bath, Amy. Al pensar en ello, a veces me río ¡y otras veces me siento muy culpable! Cuando conocí a la señora R., pensé que era la persona más arrogante, grosera e indolente que había pisado la tierra. Puedes imaginarte los fuegos artificiales de aquellos primeros días.

Sin embargo, las discusiones que teníamos no eran como las de Hatville Court. No estaban envenenadas. Fueron las chispas obligadas que saltan cuando se conocen dos personas muy obstinadas con muchas opiniones. Durante esas conversaciones, destruíamos lo dispensable y nos quedábamos con lo que importaba. Éramos almas parecidas, creo (aunque yo soy mucho más agradable, espero).

Ya te habrás dado cuenta de que, aunque la señora R. afirma que sufrir la compañía humana es un hecho de la vida muy inconveniente pero inevitable,

en realidad disfruta de las intrigas y los asuntos de los demás. Ofrécele una parte de una historia y enseguida se involucrará en ella. Le gusta sentirse útil. Creo que le agrada pensar que lo que ha sufrido durante de su larga vida no ha sido en vano, que sus muchos contactos y experiencias la capacitan para lidiar con prácticamente cualquier cosa. Si puede, le gusta ayudar. Por supuesto, por entonces yo no lo sabía. En mi confusión, solo veía a una mujer muy decidida que parecía caer del cielo para encargarse de todo.

Lo primero que hizo fue llamar a un médico de cuya discreción estaba totalmente segura. Eso aseguró que mi salud no se deteriorara de forma innecesaria. Lo segundo, cuando se había asegurado de que yo merecía la pena, fue ir a ver a sus amigos los Capland. Me había contado que eran gente buena y cariñosa con un matrimonio feliz y sin hijos.

«Son tediosamente leales —me dijo con su usual actitud de estar cansada del mundo—. Supongo que, si alguien puede criar a otro niño en este mundo tedioso, superpoblado y cruel, son ellos».

Pobre señora Riverthorpe. Primero tuvo que competir con mi carácter complicado y, después, Elspeth no se limitó a obedecer. Ya podrás imaginártelo: ¡una conocida distante aparece un día en la puerta de tu casa para informarte de que tienes que cuidar del hijo no nacido de una completa desconocida! No es como suelen funcionar las cosas. Ni siquiera supe al principio que la señora R. no vivía en York, que había ido desde Bath después de recibir la carta de la señora B. en la que le hablaba de mí, de una persona a la que no había visto nunca. Pero estaba de acuerdo con la señora B. en que era vital que me alejara de casa lo antes posible. Así que nos apresuramos todos hacia York. ¿Y si los Capland se hubieran negado a aceptar su parte en el plan? Habría sido una excursión para ella, me contó una vez. ¡Una excursión! ¡Un viaje de dos días para una mujer de ochenta años! Amy, presume de ser una solitaria después de todas las decepciones que se ha llevado, pero esa mujer necesita a la gente como un pez necesita el agua.

Finalmente, Joss y Elspeth aceptaron conocerme. Y el resto te lo pueden contar ellos mismos. Se hicieron cargo de mí, gracias a Dios, y decidieron

adoptar a mi hijo. Son gente muy buena, como descubrirás por ti misma. Quieren a Louis. Su sinceridad, su corazón cariñoso, sus ideas sobre la educación de un niño eran tan acordes con mis deseos que estoy segura de que los ángeles cuidan de Louis Capland.

Después fue todo cuestión de practicidad. Así es como nos encargamos:

Joss y Elspeth tienen una casita de campo remota en los Yorkshire Moors, a algunas horas de distancia de Fountain Cottage. Elspeth y yo fuimos allí en cuanto acordamos el asunto. Allí no había vecinos que vieran cómo engordaba y mientras Elspeth seguía igual.

A las pocas personas que conocí, me presentaron como Nella Cardew, era mejor que adoptara un nombre falso. Todos coincidimos en que no se podía saber que el bebé era adoptado. No quería que mi hijo creciera e hiciera preguntas sobre su familia biológica. No quería que existiera ninguna posibilidad de que rastreara su origen hasta Hatville Court. Y no quería que el niño sintiera que su madre no lo quería, no cuando lo amaba más que a la vida antes siquiera de que hubiera nacido.

Qué curioso que me hubiera marchado soñando con un mundo sofisticado, exposiciones, conferencias, competencias políticas, bailes, flirteos... ¡y acabara en mitad de ninguna parte observando cómo cambian las estaciones en los páramos! Al principio estaba demasiado impactada por lo que me había sucedido como para ponerme triste. Pero ahora, tras encontrar un lugar seguro, mi decepción era máxima. Lloré amargamente, como podrás imaginar. Estaba muy preocupada, lo que la vida me tenía reservado era muy distinto a lo que pensaba que necesitaba para ser feliz. Pero ahora, cuando pienso en ello, sonrío. Me acuerdo de que te dije que quería sentir que mi vida, aunque breve, tenía algún significado. ¿Pensaba de verdad que las fiestas y las exposiciones se lo darían?

Ellos te llevarán, Amy, y te mostrarán dónde pasé los meses de julio, agosto, septiembre, octubre, noviembre... Vi el verano azul elevarse sobre mí, luego llegaron las nieblas y las hojas crujían; el ambiente se tornó lila por el humo de la leña, los días se acortaron y a continuación llegaron las heladas... Y todo eso mientras mi bebé crecía dentro de mí.

El médico era el doctor Challis. Era muy meticuloso, muy amable y muy

imparcial. No le interesaba quién era yo, de dónde procedía ni por qué dos mujeres estaban solas en una casita remota a la espera de un bebé. Su preocupación era mantenerme con vida y traer a mi hijo al mundo. Desde el principio me advirtió de que si no seguía sus órdenes al pie de la letra (ya sabes que no es mi fuerte), entonces lo que había dicho ese doctor Jacobs de Hatville se haría realidad: el embarazo me mataría. ¡Podrás adivinar que seguí órdenes por primera vez en mi vida!

Mi régimen incluía mucho tiempo de descanso, comida sencilla y paseos suaves todos los días. Ni gelatinas de fruta, ni champán, ni bailes, ni ejercicio extenuante, ni emociones...

¿Qué hice? Conocí muy bien ese pequeño rincón de los páramos, hasta el más mínimo detalle. Deseaba caminar hasta el horizonte y luego continuar, pero no podía. Nunca supe qué había encima de aquella colina, o al otro lado de la curva, ni allí. A lo mejor tú puedes dar esos paseos y pensar en mí.

Hablaba con Elspeth. Descansaba por las tardes en la cama, mirando las nubes por la ventana. Leía (estaba profundamente decepcionada con el señor Dickens por negarse a publicar una novela nueva ese año. Fue muy maleducado al dejarme sin entretenimiento cuando más lo necesitaba). Dibujaba y pintaba; los Capland podrán mostrarte esas «obras maestras» a su debido tiempo. Joss nos visitaba dos veces a la semana. El doctor Challis venía casi todos los días. La señora Riverthorpe vino en una ocasión, se aburrió y volvió a Bath. Y... te escribí.

Qué doloroso recordar cuando me dijiste que, durante mi ausencia, habías temido que escribirte se hubiera convertido en una obligación que no disfrutaba. Estabas en lo cierto, aunque no por los motivos que imaginabas. Tú pensabas que estaba demasiado ocupada bailando y flirteando como para recordar con interés a mi pequeña amiga que se había quedado en casa. ¡Qué horror! La verdad era... que no podía contarte la verdad. Y cualquier otra cosa resultaba detestable. Escribirte mentiras me parecía vacío, insípido y triste.

Una vez decidido el destino del bebé, mi atención volvió a ti, querida. ¿Qué iba a ser de ti cuando yo no estuviera? No era simplemente una

cuestión de aportarte lo que necesitabas, también quería encontrar un modo de darte a conocer el secreto tras mi muerte. Un día lo sabrías todo, así es cómo me consolaba con cada carta aburrida e inventada que escribía.

La señora B. se había marchado para continuar con sus viajes como tenía planeado y todos los destinos imaginarios desde los que te escribí eran lugares donde se quedaba ella. Le enviaba mis cartas y ella las mandaba a Hatville desde Manchester, Bath y Dios sabe dónde. Mis padres tenían que creer que me movía tanto que no podrían encontrarme, aunque lo intentarían. ¡Imagina meses de cartas procedentes de una localización remota de Yorkshire! Eso habría levantado sospechas. También era sumamente vaga, como recordarás, por miedo a que me descubrieran.

Cuando tú (y ellos) me escribías, la señora B. me enviaba las cartas al norte. Por eso parecía que las cartas no estaban conectadas, Amy. No era que no me interesases, ¡simplemente que no las había leído!

Mis padres creían que mis aplazamientos interminables eran un intento de evitar mi compromiso con Bailor Dunthorne. Pero se sentían impotentes, pues no tenían forma de encontrarme. De hecho, fue muy útil que hubiera otra posible explicación para así evitar que sospecharan la verdad. Tras varios meses, se tranquilizaron, lo que me pareció extraño. Pero no quería pensar en él mientras estaba en Yorkshire.

A pesar de todo, hallé paz en esos meses por primera vez en mi vida. Puede que te suene extraño, pero un diagnóstico fatal no tuvo tanto impacto en mí como llevar a un hijo. El primero no me cambiaba en esencia. Seguía siendo la misma Aurelia, deseosa de aprovecharlo todo y vivir la vida de un modo que se me negaba. Pero descubrir lo preciada y resuelta que es la vida... eso sí me transformó. La muerte es una cosa, pero la vida es otra diferente. Es mucho más formidable.

Acepté mis limitaciones (¡escandaloso pensar que las tenía!). El pequeño territorio que el médico había delimitado para mí ayudó. Me quedé completamente absorta con ese pequeño espacio del mundo. El florecimiento y el deterioro de las flores, la agenda de las hormigas, la intensidad y dirección de la lluvia. El desarrollo suave y asombroso de una urraca joven que se vuelve brillante y lustrosa mientras la observo. Llegué a pensar que

no habría nada que me abrumara debido a lo intensamente viva que era esa pequeña porción de tierra.

Louis Josslyn Capland nació el 18 de noviembre de 1844. El parto no fue sencillo, pero no me mató, como te habrás dado cuenta. El doctor Challis era tan hábil y tranquilo como podría haber deseado. Duró seis horas, lo que es muy rápido para tratarse de un primer bebé. Louis Capland estaba decidido a abrirse paso hacia el mundo.

Cuando lo vi, Amy, cuando lo abracé... Durante esos pocos días la realidad desapareció: el poco tiempo que estaría con él; la necesidad de dejarlo. Ahí estaba yo, con ese pequeño ser que encajaba perfectamente entre mis brazos y se acurrucaba contra mi corazón como si siempre hubiera estado ahí, como un brazo o una pierna. Lo amamanté yo misma, solo esos primeros días, y me inundaron sentimientos que eran nuevos.

Dolor y dicha. Flotaba en los rayos de sol, sentía la seguridad transcendente de que, cuando llegara la hora, podría abandonarlo porque quererlo me hacía inmensa. También estaban la oscuridad y el deseo amargo de huir y vivir con él en los páramos, comer bayas y morir juntos cuando llegaran las nieves. Lo era todo, y no era nada más que lo que debía ser: un breve y precioso interludio.

Una semana después, regresamos a Fountain Cottage: Elspeth Capland, su bebé y su buena amiga Nella, que había cuidado bien de la madre durante el delicado confinamiento.

La señora Riverthorpe nos honró con otra visita. Miró al bebé y dijo: «un poco arrugado, pero posiblemente se vuelva tan atractivo que causará problemas». Después bebió una buena cantidad de vino de Madeira y se marchó al día siguiente.

Fue en febrero cuando el doctor Challis concluyó que estaba en condiciones para viajar. La señora B. regresó para acompañarme a Londres y nos quedamos varias semanas en Belgravia mientras recuperaba las fuerzas. Empecé la difícil tarea de dejar atrás todo lo que había sucedido. Mi cuerpo tenía que acostumbrarse a estar lejos de Louis y tenía que volver a pensar en el futuro. Necesitaba convertirme en la Aurelia imaginaria que había pasado todo un año satisfaciendo todos sus deseos y disfrutando

demasiado como para querer volver a casa.

¡Y luego tuve que ir de compras! Nunca lo disfruté menos; esos meses en Yorkshire me habían cambiado. Las tiendas me parecían muy llenas y demasiado brillantes, las aglomeraciones y el gorjeo de la sociedad que reclamaba posesiones me agotaba. La cuestión era que había pasado los últimos seis meses con dos vestidos deformes y un par de botas llenas de barro.

Mientras un día compraba en la calle Regent, ¡vi a Bailor Dunthorne! Aún no había planeado una forma de evitar casarme con él que satisficiera a mis padres, pero me enteré de que las circunstancias habían cambiado sin yo saberlo. Tras uno de sus muchos flirteos había tenido un hijo. La mujer en cuestión no era de las que el viejo lord Dunthorne quisiera como nuera (¡era bailarina!). Sin embargo, sucedió lo impensable: Bailor estaba fascinado con ella y no pensaba abandonarla. Llevó al niño a casa y, aunque dijo que era el hijo huérfano de un amigo, todo el mundo sabía la verdad. ¡No me extraña que mis padres hubieran dejado de escribirme sobre el compromiso! Ellos nunca permitirían que un Vennaway se casara en semejante situación. ¡Cómo les afectó este cambio! Sentí una gratitud inmensa porque el estilo libertino de vida de Bailor al fin hubiera salido a la luz. Casi podría besarle (casi, pero no). Al menos eso resolvía un problema mío.

Regresé como Aurelia, pero a veces añoraba ser Nella, quien había dado a luz a un hijo, quien se había acostumbrado a los ritmos de la tierra y había vivido en paz. Sin embargo, sentía que conservaba una parte de su conciencia ahora que había regresado contigo. Cada día doy gracias por estar viva y cada día doy gracias por ti. Observo cómo cambia la luz y los árboles. Todas las mañanas envío una plegaria y un beso para Louis y luego lo aparto firmemente de mi mente. Devuelvo la atención a la vida que tengo entre manos: Hatville Court. Me digo que todo es sorprendentemente sencillo. La verdad es que no siempre lo es. Me duelen el corazón y el cuerpo de un modo que no puedo describir por las ganas de abrazarlo y, por supuesto, existen esos momentos oscuros en la noche cuando imagino cómo podría haber sido. Si me hubiera podido casar con Robin y cuidar yo misma

de Louis, si hubiera sido mi feliz familia la que viviera en Fountain Cottage, si tú y yo hubiéramos podido disfrutar del campo y jugar juntas con Louis... Pero me estoy muriendo y jamás querría que perdiera a su madre. Así que cada vez que esos pensamientos y sensaciones me invaden, aprieto los dientes, no hago nada, sigo mi curso y pasan, siempre pasan. Así que continuaré capeando estos temporales mientras viva.

¡Otra cosa que no es sencilla es la búsqueda del tesoro! Amy, por favor, perdóname por las inevitables imperfecciones. Estoy tranquila por dejar a Louis con sus padres, pero no siento sosiego cuando pienso que, si esto me sale mal, puede que nunca lo encuentres.

Estoy intentando luchar con un pasado clandestino, un presente que está lleno de confusión, un viaje ficticio y un futuro incognoscible. Lo más seguro habría sido dejar que el secreto muriese conmigo, pero no puedo mantenerte al margen de esto, sin que conozcas nunca a mi hijo, ni él a ti. Así que tengo que correr el riesgo de maquinar este plan excéntrico. Debo juntar a las dos personas que más quiero o morir en el intento.

Cuando regresé a casa, todas las piezas del puzle que necesitaba habían aparecido en mi vida; solo tenía que ordenarlas para que la búsqueda del tesoro fuera lo bastante transparente para ti, pero también borrosa para los demás. Mientras contemplaba las piezas, me di cuenta de que no solo se trataba de ocultar la verdad sobre Louis. En algún momento de la planificación, adquirió un propósito mayor. Cuando empecé a idear las pistas, supe que la búsqueda del tesoro era para ti, así como para mi hijo. No era suficiente dejarte solo dinero, ni siquiera amigos. Quería que pudieras elegir. Que vivieras experiencias. Que tuvieras libertad. Deseaba que conocieras a la gente que yo he conocido, que tus horizontes se expandieran al igual que los míos, y compartir contigo todo lo que no pude compartir antes, que pudieras sacarle provecho. No cabe duda de que es atrevido por mi parte, pero lo que me ha ocurrido me ha cambiado y me ha hecho más fuerte. Quiero eso mismo para ti.

Y entonces tomó forma, de manera gradual, como un puñado de barro que se convierte en un tiesto. Un crisol, en realidad, del que emergerías como un ave fénix: rica, viajada, fuerte y libre para elegir la vida que deseas. Rezo

para que así sea. Rezo para que extraigas los beneficios que sueño para ti, y no solo te sientas incomodada hasta el extremo. Rezo por muchas cosas para ti, Amy.

Al fin tenía ante mí el modelo final. Escribí a los implicados y, cuando recibí en respuesta la aceptación de todos ellos, escribí tus cartas, una a una. He trabajado con premura, Amy, pues no sé cuánto tiempo puede quedarme. Al menos mi empeoramiento súbito ha disuadido a mis padres de buscarme otro marido. Ya no parezco sana y robusta y en condiciones de casarme.

Y de este modo, la búsqueda del tesoro llega a su final. Mañana enviaré esta última carta a Joss y su parte es muy sencilla. Solo necesita guardarla hasta el día en que Amy Snow aparezca en su jardín. Te he pedido mucho, Amy, tal vez más tras mi muerte que en vida. Ahora entiendes el motivo. A partir de ahora, no te pediré nada más.

No te pido que no hables nunca de esto con ningún alma viviente, pues confío plenamente en tu discreción. Sé que no lo compartirás con nadie en quien yo no confiara. Puedes contar a los Wister todo lo que desees, pues me gustaría que supieran por qué me marché de forma tan apresurada y mantuve tan poco el contacto.

Espero que seas una parte alegre de la vida de Louis y él de la tuya, estés donde estés. Sé que lo querrás, por él y también por mí. Por favor, cuida de él, siempre que lo consideres adecuado y la situación lo permita. Asegúrate de que sea feliz. Tiene unos padres maravillosos, lo sé, pero me conforta pensar que tú, con tu enorme corazón y lealtad acérrima, también lo cuidarás como un hada madrina.

Tener un hijo debe de ser el milagro más común de todos; solo es una pequeña vida, no he cambiado el mundo, pero el mundo sí que ha cambiado, porque Louis Capland está en él. Me siento satisfecha por cómo se han resuelto las cosas al final. Hará grandes cosas, estoy segura, pero lo único que deseo es que sea feliz.

Esto es una despedida, pajarito. En realidad, ya no puedo llamarte «pajarito», ya has volado. Te has convertido en una mujer y el mundo es mejor también por tenerte a ti. También mi vida ha sido mejor por ti. Sabes

*lo mucho que te quiero. Cuidaré de ti, Amy Snow, puedes estar segura.
Ahora y para siempre:*

AV

Capítulo 70



Una semana después de mi paseo por el jardín con Louis, dejo el Hotel Júpiter para quedarme con los Capland por un tiempo indefinido. El hotel ha aceptado amablemente que puedo seguir recibiendo el correo allí; tendré que ir a recogerlo una vez a la semana. Sin duda es una precaución innecesaria, pero la costumbre de ocultar mis huellas no es fácil de cambiar. Estoy feliz por no tener que seguir siendo discreta con todo lo que hago, pero tengo que proteger a Louis. Aplaudo con todo mi corazón la decisión de Aurelia de mantenerlo alejado de su familia. Tal vez debería de sentir más solidaridad por los Vennaway, apartados de lo único que siempre han deseado con sus fríos corazones, ajenos a que existe, pero yo he sido niña en esa casa. Por nada del mundo me gustaría ver a Louis crecer allí.

Ahora estoy acomodada como un miembro de la familia Capland, algo que Louis ha recibido con entusiasmo, que me ha identificado como fuente fácil de historias, juegos y cualquier indulgencia. Creo que, como la tía Amy, amiga íntima de la familia, ese es mi derecho.

Es como estar en Mulberry Lodge, excepto porque es mucho más tranquilo. Tengo la misma sensación de estar embebiéndome de la amistad, del descanso y de las risas como si fuera un jardín sediento. Pero ahora tengo todas las respuestas que necesito y el alivio de saber que la decisión de marcharme y cuándo hacerlo es mía.

Los días son deliciosos y variados. La mayoría, me quedo con Elspeth y los niños. Los días soleados los paso en el jardín o en los campos. Los lluviosos, nos confinamos en casa, pero la llenamos de charlas y música, visitantes simpáticos y las acrobacias de los gatos. A veces voy a la tienda con Joss para aprender el negocio. Me resulta fascinante: la fuente de las diferentes telas, la longitud por la que los proveedores pedirán los precios más altos, las historias de Joss de sus excéntricos contactos de Londres. Lo mejor de todo son las muestras gratis de lazos, botones y encajes que llegan como dulces y de las que me apropio felizmente.

Cuando Elspeth consigue separar a Louis y Verity de mi lado, paso tiempo a solas con los dibujos, pinturas y poemas de Aurelia del tiempo que pasó en Yorkshire. Cuando los comparo con los dibujos genéricos y las misivas que recibí hace cuatro años, no puedo evitar reírme. Aquí están al fin las impresiones y los detalles que me habría enviado si hubiera podido. Dibujos preciosos y detallados de Elspeth y Joss, de la señora Riverthorpe (aterradores por su semejanza), de la naturaleza en los páramos. Mientras hojeo cuervos y grajillas, ardillas y armiños, rosas salvajes y piñas, la siento conmigo, pasando las hojas, mostrándomelas.

Y entonces llegan los dibujos de Louis de bebé, dormido y angelical, o despierto y gritando, con los puños en alto y la boca abierta. Aurelia ha capturado la preciosa inocencia y la tiranía de un recién nacido con el mismo nivel de amor y fascinación.

El único vacío en mi situación, la única nube que trae el frío, es la ausencia de Henry. Si pensaba que lo quería y necesitaba cuando era infeliz y estaba sola, no es nada comparado con lo mucho que lo añoro ahora. Desde que llegué a York, he soñado con el momento en que lo encuentre y resuelva la situación. Esa posibilidad ha permitido que siga adelante. Ahora que nada me impide ir a buscarlo, estoy asustada. ¿Y si no lo encuentro? O, peor, ¿y si lo encuentro y no puedo arreglar las cosas? ¿Qué pasará entonces con mi vida?

Capítulo 71



Por las noches, cuando los niños se han acostado, me siento con Joss y Elspeth en su acogedor salón y me cuentan todo lo que recuerdan de la época que pasaron con Aurelia. Yo les cuento cada detalle de mi viaje para llegar hasta ellos. Me sienta bien compartir al fin la historia entera, honrarla y completarla dándole voz ante un público empático. Inevitablemente esto me lleva a pensar en Henry. Al principio soy reticente a mencionarlo, pero enseguida hallo alivio al pronunciar su nombre.

Cuando llego a esa última mañana en Bath, dudo. Sigue siendo un recuerdo muy complicado. La señora Riverthorpe aporreando la puerta de mi habitación y nuestras últimas palabras frías en la entrada. La conversación de los juerguistas borrachos. La huida apresurada de Bath. Y la discusión con Henry...

—Me dijo que me liberaba... que nuestro compromiso había acabado y que continuaría con su vida como considerara mejor. Dijo que no sería un tonto que espera entre bastidores.

—¿Y no ha sabido nada de él desde entonces? —Elspeth frunce el ceño.

—Ni una palabra, aunque... no sabía adónde escribirme.

—Así que... ¿usted tampoco se ha puesto en contacto con él?

—No. No podía escribir, ¡no sabía qué decir! Y tampoco sabía dónde estaba. Pero, más que otra cosa, tengo miedo. Sus palabras me persiguen.

Deseo buscarlo, cada día, pero ¿y si ya está todo perdido? ¿Y si me mira como hizo ese día?

Joss y Elspeth intercambian miradas.

—Acláreme una cosa —me pide Joss—. ¿Insistió entonces en que escogiera entre su lealtad a él y su lealtad a Aurelia? ¿Quería que abandonara la búsqueda del tesoro por su nueva vida juntos?

—Oh, no. En absoluto. Dejó muy claro que no debía hacer tal cosa, que tenía que honrar mi lealtad a Aurelia. Pero quería venir conmigo...

—¿Y usted no quiso?

—¡Sí quería! Pero sentí que no... Ya había empezado a sospechar que había un hijo. Ya sabía que había tenido... un amante. Él no conocía a Aurelia y eso es información personal. Es muy fácil juzgar o malinterpretar la situación.

—¿Creía que Henry pensaría mal de Aurelia?

—La verdad es que no sabía qué podría pensar de ella. Nuestra educación siempre nos ha enseñado que tal comportamiento es censurable en una mujer.

—Y, aun así, cosas como esa pasan todos los días. —Elspeth sonrío casi como si le alegrara que fuera así.

—Y si Aurelia no hubiera actuado como lo hizo, no tendría un hijo —añade Joss, encogiéndose de hombros—. ¿Y si Henry pensaba de otro modo? ¿Qué pasa si hubiera juzgado a Aurelia por sus actos?

Me muerdo el labio.

—Me habría sentido mal por ella. Y supongo que me preocuparía que perdiera su aprecio por mí en... eh... caso de una situación similar. —Me ruborizo y me aparto el pelo de la cara—. Y deseaba proteger a Aurelia, su recuerdo. Henry no sabe cómo fue su vida, cómo fue nuestra vida, y no me parecía correcto que la juzgase.

—¿Y no le dio usted la oportunidad de hacerlo? —Elspeth extiende el brazo y me da un apretón en la mano—. No la culpo, por supuesto. Es un asunto delicado y usted no tenía un confidente. ¡La señora Riverthorpe difícilmente es capaz de proporcionar consejo amable! No obstante, si tiene planes de casarse con ese hombre, estaría bien saber qué opina sobre ciertos asuntos, ¿no?

Bajo la mirada. Suena muy sencillo dicho así. En ese momento, no me pareció sencillo.

—Pero deje que me asegure de cuál es la situación —insiste Joss, con la actitud propia de los hombres de querer conocer los hechos—. ¿Tuvo algo que ver que no confiara en que él lo supiera? Es decir, ¿no confiaba en que guardara el secreto de Aurelia?

—¡No! Henry no me habría traicionado de ese modo, aunque no lo aprobara. Confío plenamente en él.

—¿Y lo ama? —pregunta Elspeth.

—Con todo mi corazón.

—Entonces lo ama, confía en él y desea casarse con él. No le pidió que abandonara la misión de Aurelia por él, sino que quería compartirla con usted y ayudarla —continúa Joss, implacable como el rodillo de amasar de Cook.

—Sí. He cometido un terrible error, ¿no? —pregunto en voz baja—. Henry fue intachable y lo traté de manera peregrina, y ahora no puedo saber dónde está y nunca volveré a verlo. —He alzado la voz al final de la frase y respiro con dificultad. La culpa y el dolor de cabeza amenazan con asfixiarme de nuevo. Louis y los Capland han sido un bálsamo y una distracción, pero no puedo seguir escondiéndome de mis sentimientos, no puedo posponer más la búsqueda de Henry y mi destino.

—Amy, Amy, ¿quién es Henry? —pregunta una vocecita detrás de mí.

Joss se pone en pie, toma a su hijo en brazos y se lo lleva, pero no sin antes detenerse en la puerta y encogerse de hombros, perplejo.

—¿Qué quieren las mujeres de nosotros? —pregunta a nadie en particular antes de salir y dejarme sola con Elspeth delante de la ventana abierta. Una brisa con olor a jazmín entra en la casa y un búho ulula en algún lugar. Me río

—Sigo queriéndolo, Elspeth, con todo mi corazón, cuerpo y alma. Ningún hombre será nunca como Henry. ¿Qué he hecho?

—Amy, Henry no se comportó de un modo intachable. No. No era una circunstancia habitual en la que se encontraba y él lo sabía desde antes de conocerla. ¡Y no escuche a Joss! Tenga en cuenta que los hombres y las mujeres nunca se entenderán del todo, somos criaturas diferentes. ¡Es parte de la aventura! Si cree que puede encontrar a un marido sin faltas y que nunca

haya un malentendido entre los dos... no será así. Es la intención y la orientación del corazón lo que importa.

—Ya veo. —Solo después de haberlo pensado seriamente lo veo de verdad —. Tiene sentido. Me dijo que era obstinado, sé que es un hombre impulsivo. No es una persona acostumbrada a transigir. Pero lo quiero, por todo ello. Me dijo que no deseaba separarse nunca de mí y que si lo amaba tenía que sentir lo mismo. Pero nos dejamos llevar demasiado por nuestros sueños mientras yo aún estaba atada a mi pasado.

—Normal, eran jóvenes y estaban enamorándose. Eso es lo que hace el amor, Amy; cualquier sensatez o prudencia desaparecen. Pero cuando pasa el proceso de enamoramiento, cuando ya estás enamorado, el matrimonio, esos asuntos requieren valoración, sensatez y paciencia. Henry fue impaciente y esa impaciencia fue una carga demasiado pesada para usted en una época difícil, y huyó. ¡La tiene que perdonar! Y su impaciencia surgió del amor y la preocupación que sentía por usted, creo. Por lo que él también merece ser perdonado.

—Yo ya lo he hecho. Le perdono con todo mi corazón, Elspeth. ¡Con todo mi corazón!

—Querida, es maravilloso, pero ¿no sería mejor que lo supiera él también?

Capítulo 72



Esa noche escribo una carta muy extensa a Henry. Cuando la he terminado, la copio. Envío una copia a Albert Crumm y la otra a los Longacre, a Bath. Adjunto una breve nota en cada sobre suplicando que, si saben dónde se encuentra Henry, le reenvíen a él la carta sin demora. A la mañana siguiente, me levanto temprano y viajo a York con Joss.

Me dirijo a la oficina de correos y entrego las preciadas cartas al administrador; me acuerdo de Aurelia al hacerlo. No he comprometido el secreto de Aurelia en las hojas de papel, pero sí todo lo demás que para mí es importante: mis sentimientos, mis lamentos, mi amor, mi esperanza. Le he dicho que, si desea que vaya con él, solo tiene que decirme dónde y estaré a su lado lo más rápido que sea humanamente posible. Le he dicho que, cuando lo vea, se lo contaré todo y no me dejaré nada, nunca más.

A pesar de eso, me siento desolada. Creo que le he fallado al aceptar compartir mi vida con él y, a la primera prueba, insistir en que tengo que hacer las cosas sola, huyendo de su lado. Lo veo deshecho en mi mente, desconcertada y con la ropa de dormir, pasándose las manos por el pelo, mirando cómo me escapo por entre sus dedos.

«Amy, no me deje así». No fue una orden, ahora me doy cuenta; fue una súplica. El recuerdo casi me hace perder la esperanza, pero entonces recuerdo las sabias palabras de Elspeth: los dos nos equivocamos, somos humanos. A

lo mejor puede perdonarme, amarme a pesar de mis faltas, como hago yo.

Calculo fechas de forma frenética. ¿Cuándo sabré de él? Si está con los Longacre o su abuelo, puede que reciba una carta en pocos días. Si no es así, pero ellos pueden enviarle mi carta, tardará un poco más. Si no saben dónde se encuentra, puede que pasen semanas antes de que mis palabras acaben en sus manos. ¡Puede que meses! ¿Cómo voy a ser tan paciente?

Nunca había estado enamorada. No sé qué se puede perdonar y qué no, pero guardo grandes esperanzas de obtener un indulto. No obstante, me he prometido a mí misma que al menos voy a intentar creer que puedo disfrutar del amor y de la felicidad, aunque los antecedentes sugieran otra cosa. He hecho lo que he podido hasta ahora y si no me responde o si sigue enfadado conmigo cuando lo haga, iré a Londres y hablaré con su abuelo. Le pediré que convenza a Henry para que me escuche, solo una vez.

Pero si ya no me ama, si ha encontrado a otra persona que puede hacerlo más feliz o si simplemente no desea correr el riesgo con Amy Snow, lo dejaré marchar, lo haré, y le desearé lo mejor con todo mi corazón. Pero no antes de que haya hecho todo lo que esté en mis manos para recuperarlo.

Me hago esa promesa y pongo rumbo de vuelta a Fountain Cottage. No era mi intención ir caminando, había pensado en preguntar a Joss si podía dejar un rato a su aprendiz para llevarme. Pero, perdida en mis apasionadas reflexiones y silenciosas y fervientes promesas, me he saltado la tienda y he atravesado los muros de la ciudad. Dudo, pero luego decido caminar. Así tardaré más y el camino es agradable. Me doy cuenta de lo dulce que es la soledad cuando no es obligada, lo satisfecha que puede una sentirse al estar sola cuando no es la única posibilidad con la que cuenta.

El día se torna cálido, así que me quito el sombrero y lo balanceo mientras camino. Estoy rodeada de verde y no hay nadie a la vista. Además, no puedo pasar tanto tiempo con la señora Riverthorpe sin acabar disfrutando de la convención del desacato, aunque solo sea un poco.

Cuando llego al camino que conduce a la casa, me siento acalorada y, sin duda, bastante sonrojada. El pelo rebelde me revolotea alrededor de la cabeza como un enjambre de abejas y decido que me sentaré a la sombra con un libro de poesía y un cepillo cuando llegue. Siento un poco de bochorno al

comprobar que Elspeth ha tenido visita en mi ausencia.

Quien sea, se aleja de la casa en dirección a York. En un momento nuestros caminos se cruzarán y pienso por un instante en esconderme antes de recordar que cualquiera es libre de pensar lo que quiera de mí, no me importa. Es muy liberador. Entorno los ojos y me pregunto si será alguien a quien ya conozca. Es demasiado delgado para tratarse de Jeremiah, que, de todos modos, estará ahora mismo en la carnicería. Desde aquí se parece un poco a Henry, pero veo a veinticinco Henrys a lo largo del día debido a mi preocupación. Sigo caminando y meciendo el sombrero.

Se me cae el sombrero de la mano; los lazos son de satén y tengo los dedos resbaladizos por el sudor. Ahora tengo un aspecto todavía más ridículo, tirando el sombrero por el campo. Gracias a una repentina brisa, este vuelve hacia el caminante, como ansioso por encontrarse con él.

El hombre lo agarra con una enorme sonrisa, una que veo mil veces todos los días, y sigo sin comprender, ni siquiera cuando estoy justo delante de Henry Mead, que está de verdad aquí, en Yorkshire.

—Amy Snow —dice, mirándome con asombro, como si fuera una criatura rara, preciosa y maravillosa. Atisbo nervios y determinación batallando más allá de su sonrisa—. Dios mío, qué alegría verla. No puedo estar sin usted, Amy, así que no me pida que lo haga.

Capítulo 73



— Henry?

¿ Todos los reproches, todos los miedos por el futuro se desvanecen. En este momento soy tan feliz tan solo por verlo que siento que nunca querré nada más. Nos miramos durante un buen rato y entonces corro a sus brazos.

—¡Henry!

Como si mis palabras fueran la señal que necesitaba, me toma en brazos y me hace girar y girar.

—La quiero —murmura contra mi pelo y las palabras suenan ahogadas y roncadas.

Me llenan el amor y el alivio. Siento una marea que me arrolla. Lo único que puedo decir, una y otra vez, es «Lo amo» y «Henry». Desde hace cinco meses, mi vida ha estado gobernada por las palabras. Las pistas, las cartas, lo que podía decir y lo que tenía prohibido contar. Ahora, por fin, puedo dejarlo todo y actuar conforme a mis sentimientos; puedo rendirme.

Cuando al fin me deja en el suelo, me niego a soltarme y me aferro a él; mis brazos están eufóricos de reunirse con sus hombros anchos; mi rostro, decidido a permanecer enterrado en su cuello.

Esto es mejor que las palabras.

Capítulo 74



Las palabras llegan más tarde, cuando hemos regresado a la casa y Elspeth nos sirve limonada. Se lleva a los niños al jardín y estos protestan por no poder quedarse con este desconocido tan interesante de ojos traviosos.

—¿Cómo me ha encontrado, Henry? —pregunto, besándole la mano que tengo aferrada a la mía.

—No gracias a usted, mi amor —responde alegremente.

—Lo siento mucho. Me daba miedo escribirle y no sabía dónde encontrarlo. ¿Y si se había desenamorado de mí? ¿Y si estaba muy enfadado conmigo? Me temo que no tengo experiencia en este tipo de cosas, por eso lo he sobrellevado tan mal. Pero le he escrito al fin. ¡Dos copias! Las he enviado esta mañana.

Se echa a reír.

—Estoy deseando leerlas, cariño. ¿Desenamorado de usted? Qué boba, eso nunca pasará. Cuando se fue, estaba furioso, pero porque me sentía herido y temía haber perdido su afecto. No sé cómo pude ser tan patán, Amy. Lo lamento.

»Fui a Richmond, pues no sabía qué otra cosa hacer. Pensé que nos hacía un favor a los dos asegurando un salario y actuando con sensatez en lugar de ir a buscarla a York, con la situación un tanto turbulenta entre los dos y usted tan

poco razonable.

—¡Henry!

—Sí, poco razonable. Y yo seguía impaciente, indignado y falto de comprensión. Eso nos resume bien, ¿no cree, Amy?

Acepto a regañadientes.

—Me costaba concentrarme, puede estar segura, pues a cada momento deseaba salir corriendo y subirme a un tren con dirección al norte. Pero me mantuve firme en mi propósito ¡y conseguí el trabajo!

Lo beso, encantada.

—¡Por supuesto que sí! Enhorabuena, es espléndido. ¿Y le gustó el colegio?

—Mucho. El señor Merrit es un caballero amable y no me cabe duda de que las jóvenes dóciles que vi trabajando duro en el aula tienen un arsenal de ideas propias escondido entre esos rizos, y estoy deseando escucharlas y animarlas. Seré tan subversivo como pueda. El edificio está muy bien acomodado y ya conoce Richmond, es un lugar apacible. Creo que puedo hacer un buen trabajo allí, aunque solo aceptaré si usted lo aprueba. Entiendo que habrán cambiado muchas cosas desde la última vez que hablamos.

—Solo que estoy más segura que nunca de que quiero estar con usted, Henry, y de que al fin soy libre. Pero continúe, por favor.

—Desde Richmond, regresé a Bath. Fui directo a hablar con la señora Riverthorpe y le pedí que me dijera dónde encontrarla.

Me río solo de pensarlo.

—Señor, ¡qué valiente es usted! ¿Qué ocurrió?

—Me lo contó.

—¡No! No puede ser, ¡no se lo contó! ¡No me lo contó ni a mí!

—Estuve excepcionalmente aterrador, querida.

Lo miro con escepticismo.

—De acuerdo, muy bien, no fue tan sencillo. Le saqué la información por aburrimiento, literalmente. Le dije que no pensaba salir de su casa hasta que no me lo contara. Y entonces comencé a hablar sin parar de lo mucho que la amo. Ya sabe lo mucho que odia eso. Se fue de la habitación, pero yo me quedé.

»Volvió una hora más tarde, se había cambiado y se había puesto uno de sus vestidos chabacanos, de verdad, nunca he visto nada igual. Se iba a un baile, pero yo seguía allí. ¡Qué cara puso! —No puede contener la risa—. Ojalá la hubiera visto. La seguí al carruaje, sin parar de hablar, y ella cerró de un portazo la puerta y se marchó dejándome con la palabra en la boca. ¡No importa! ¡Tenía muchas más palabras! Sabía adónde iba; ya conoce a la señora Riverthorpe, no va a ningún sitio en que no esté en boca de todos. Así pues, yo también fui.

—¿Tenía invitación?

—Por supuesto que no. Pero toda una historia de travesuras resulta muy útil en un caso así. Me vestí muy arreglado, ¡tendría que haberme visto! La habría deslumbrado, espero. Entré por una ventana, me pavoneé por el lugar hasta que me encontré con la señora Riverthorpe y seguí clamando mi amor por usted. Oh, no le pareció bien que interrumpiera su noche con tan buena compañía y cotilleos, se lo aseguro.

—¡Estoy segura de ello! Tuvo suerte de que no lo echara.

—¡Lo hizo! Estuve allí cinco minutos antes de que me echaran por la puerta principal y me amenazaran con arrestarme. No importa. La estaba esperando en Hades House cuando regresó.

—Y ya me imagino cómo fue la noche.

—Exacto. Creo que Gus y Ellen pensaron que había perdido la cordura, pero tenía una misión entre manos. La señora Riverthorpe es un pajarraco testarudo y terco, pero estoy enamorado y eso me da ventaja cuando se trata de resistencia. En resumidas cuentas, tardé una semana en agotarla y no sé si le gustará volver a verme, pero aquí estoy, y al fin volvemos a estar juntos, y quiero decirle que lo siento, siento de corazón todo lo que le dije antes de su marcha. ¿Me perdona, Amy? —Me mira muy serio y se lleva mi mano a los labios.

—Henry, querido, le perdoné en el instante en que me separé de usted. Yo también lo siento mucho. Estoy tan acostumbrada a los secretos y a la soledad que hacerle partícipe de mi vida de repente me resultaba imposible... y hui. Pero ahora se lo contaré todo, si me perdona.

—Ya está hecho y no era necesario. Así que... ¿ahora es libre de verdad?

¿Ha descubierto el gran secreto de Aurelia?

Asiento con los ojos brillantes. Al fin la libertad.

—No tiene que contármelo, Amy, si no le parece bien. No tendrá que hacerlo nunca si no lo desea.

Bendito sea. Me doy cuenta de que se muere por saberlo.

Se lo cuento.

Nos sentamos y discutimos de nuestros sueños juntos, igual que hicimos en Bath, excepto que ahora no tengo que censurar lo que digo. Ya no tendré que marcharme a una ciudad desconocida en cualquier momento. Es como si un enorme nubarrón oscuro hubiera desaparecido de encima de mí y se hubiera llevado toda la tensión y el dolor de cabeza que no sabía que padecía.

Estamos muy juntos, con las cabezas pegadas bajo la luz del sol, hasta que oímos el traqueteo del carruaje de Joss en el camino. Se detiene de inmediato.

—Amy, ¿se ha librado de mi esposa e hijos de nuevo para recibir a sus amantes? —Sale del carruaje y tira de las riendas por encima de la cabeza del caballo—. Estoy bromeando. Señor, usted debe ser Henry.

—No, señor, soy Randolph Boniface —responde Henry con cara de preocupación.

Le doy una palmada en el brazo. Seguro que no habrá paz cuando estos dos hombres se conozcan.

Capítulo 75



Antes de marcharnos de York, enciendo un fuego en mi habitación, a pesar de que es junio y hace tanto calor que hay que abrir todas las ventanas de la casa para que podamos respirar. Hace tiempo que sé que debo hacer esto. Reúno todas las cartas de Aurelia y las quemo.

Primero, las más antiguas, llenas de mentiras construidas por la desesperación, la ansiedad de lo que ocultaban y la ansiedad que suscitaban. Las miro arder, ennegrecerse y desaparecer. A continuación, las pistas de la búsqueda del tesoro, una a una. Leo las últimas palabras de Aurelia una última vez.

Esto es una despedida, pajarito... Ya no puedo llamarte «pajarito»... Te quiero... Ahora y para siempre...

Me parece imposible que ese inmenso papel que ha representado en mi vida haya acabado. Pero así es.

—Adiós, Aurelia —musito—. Yo también te quiero. Gracias por todo lo que me has dado, querida amiga.

Observo cómo se convierten en cenizas todas sus palabras y secretos, y con ellas se disipa la verdad sobre Louis Capland. Es la historia de una simple vida, tan querida, tan amada y tan vital, que se apaga para siempre.

También quemo mi crónica. Tomo las páginas que he escrito con dolor en el

corazón por los recuerdos; el conjunto tiene un tamaño considerable. Todo está aquí, mi vida: noches en la trascocina y mañanas junto al río; una amistad inmensa y una pérdida dolorosa; el exilio y una misión. Mi historia, mis esperanzas y mi angustia. Preguntas, algunas de las cuales ya tienen respuesta y otras que nunca la hallarán. Arden y florecen. Y de repente ya no están.

No solo me despido de la búsqueda del tesoro, ni de Aurelia, sino de toda una parte de mi vida: diecisiete años que comenzaron en la nieve y acabaron en las llamas. Me he deshecho de mi mala fortuna en el fuego, pues eso no me define. Y de este modo, empiezo un lienzo en blanco en el que pintaré mi identidad... y mi futuro.

Tal y como dijo Aurelia: la muerte es una cosa, pero la vida es otra diferente.

Capítulo 76



Twickenham, abril de 1849

En el *Twickenham Herald* aparece la noticia de que el señor Henry Mead, de Hertfordshire, y la señorita Amy Cardew, de Twickenham, van a casarse el día 29 de ese mes. Y somos puntuales.

Me caso en Mulberry Lodge, donde he pasado los últimos meses. Llevo un maravilloso vestido de novia plateado con una estola de seda verde con nomeolvides bordadas. La recepción se celebra en el jardín, desde donde los invitados pueden caminar fácilmente hasta el río. Edwin Wister me acompaña en la iglesia local y Madeleine es mi dama de honor. La pequeña Louisa, que ya tiene cinco años, hace un excelente servicio como paje; Michael es el acomodador.

A la ceremonia asisten varios Mead y Crumm; los Capland, de York; la señora Ariadne Riverthorpe, resplandeciente con un vestido de seda de color mostaza y diamantes amarillos; y toda la familia Wister, por supuesto. El número de Wister en Mulberry Lodge sigue siendo el mismo. Constance tuvo a Caroline Aurelia en enero (un mes que pienso aprender a querer) y para entonces Madeleine ya se había marchado de casa. Se convirtió en la señora Renfrew en otoño. Mi felicidad por haber podido estar en los dos

acontecimientos es inmensa.

Y ahora yo soy la señorita Amy Mead. Parece que mi identidad invernal se ha derretido; de Snow a un apellido que me alegra pensar que invoca al verano... ¿pues quién se imagina un prado de invierno?

Cuando llegó el momento de incluir la noticia en el *Herald*, elegimos un apellido que asegurara que no hubiera ningún registro escrito de Amy Snow. Nadie que supiera cualquier cosa sobre mi ascendencia podría encontrarme nunca. Pero hace tiempo que me reconcilé con ello.

En realidad, he hecho un favor a los Vennaway. Amy Snow está perdida, ha desaparecido como una huella derretida.

Epílogo



Hatville Court, mayo de 1848

La carretera que lleva a Hatville es larga y recta. Me parece ridículamente simbólica. Mi hija tenía razón en una cosa: a las mujeres se las educa para que sean virtuosas, inocentes y encantadoras, pero no hay recompensa para ello en esta vida.

No sé por qué fui a Bath a buscar a Amy Snow. En todo caso, ha sido inútil, como tantas cosas en mi vida. Regreso todavía con la carga de mi secreto. No se trata de un secreto espectacular: el mundo no va a cambiar por guardarlo o compartirlo. Son simplemente unos cabos sueltos molestos.

Atisbo los tejados de Hatville en el horizonte, por encima de los árboles, aunque quedan varios kilómetros de esta carretera sin curvas. Recuerdo la historia de la Biblia que habla de caminar por el paso recto, estrecho, sin nunca desviarse ni deambular. Eso es lo que yo he hecho. Toda mi vida.

Es lo que intenté enseñar a Aurelia, pero no lo aprendió. Me siento tan confundida como siempre con mi hija. No sé cómo pudo nacer de la unión entre Charles y yo, pues no se parecía en nada a su padre ni tampoco a mí, excepto por el físico. Yo fui toda una belleza.

Antaño, eso me proporcionaba orgullo y placer. De todas mis hermanas, yo

era la más bella y espléndida. La mayor de siete niñas, todas nacidas con un año o dos de diferencia. No tuve tiempo para respirar y mirar a mi madre a los ojos antes de que apareciera otra hermana en el mundo, y luego otra y otra...

Cuando me casé, nunca dudé que daría a luz a una buena cantidad de hijos. Charles y yo teníamos muchos hermanos y yo era joven, fuerte y sana. «El sueño de un hombre», me dijo en nuestra noche de bodas. Cuando me abrió el corsé, volví la cara hacia la pared.

Mi primer embarazo, diecisiete meses después de casarnos, fue lo más maravilloso que pudo sucedernos. Cuando se lo conté a mi esposo, me tomó en brazos y dimos vueltas y vueltas, muy contentos. Me miró con una ternura que nunca había visto.

Nuestros padres nos felicitaron y noté un suspiro de alivio por parte de todo el mundo. Habría un heredero de Hatville.

Tal vez ningún hijo puede sobrevivir al enorme peso de la expectativa. El mío murió dos meses después en una riada de sangre.

No existen palabras para describir lo que sentí entonces.

Fue un mes escaso antes de que Charles retomara sus visitas conyugales, a pesar de que el médico le pidió que esperara más. Mi cuerpo y mis ánimos estaban deshechos y hundidos. Cuatro meses más tarde, volvía a esperar un hijo. Este tan solo se quedó conmigo cuatro semanas. No pude sentir por él lo que había sentido la primera vez.

Después se me presentó una nueva posibilidad, una nueva vida por la que temer. En lugar de preocuparme porque no concebiría nunca, me preocupaba que mi cuerpo sufriera este ciclo infinito de esperanza y pérdida, esperanza y pérdida, así una y otra vez a lo largo de los años. Aunque diera a luz a un hijo, no bastaría con uno y todo volvería a comenzar. Esa fue la primera vez que empecé a sentir que mi vida tal vez no era soportable.

Dos años más y dos hijos más perdidos antes de que pudiera aferrarme a la realidad. Uno aguantó dos meses y el otro, cruelmente, cinco. Cuatro hijos o hijas, pero nunca vi una cara. Perdidos. Desaparecidos, como si nunca hubieran existido, y pensé que mi pobre corazón podría romperse.

Y entonces, el milagro. Sucedió seis años después de la boda, seis años

durante los cuales los Vennaway pensaron que su linaje estaba seriamente comprometido. Concebí de nuevo y esta vez, mes tras mes de silencio y secretismo, nació Aurelia. ¡Mi hija!

Charles desesperó al ver que era una niña, pero yo no habría cambiado nada de ella, ni siquiera eso. De bebé, era un verdadero angelito: rizos dorados, una boca rosada y dulce como un beso y unos enormes ojos violetas que nunca cambiaron de color.

Se parecía a mí. En ella contemplé todas mis segundas oportunidades. Era tan vivaz, encantadora y feliz que logró que sus abuelos aceptaran su sexo con agrado. A pesar de todo, había conseguido cambiar nuestra situación. A una niña se la podía casar, y una niña como esta podía ser todo un tesoro.

Aun así, continuamos intentándolo. Concebí una y otra vez, como si mi cuerpo hubiera aprendido que podía hacer tal cosa después de Aurelia. El día que mi hija trajo a Amy Snow a casa, gimoteando, azul y espantosa, acababa de perder mi séptimo bebé tras el nacimiento de Aurelia.

Cuando me dejó a Amy delante, en la alfombra persa, envuelta en la capa azul de mi hija, me encontraba agotada, destrozada y tensa. Tal vez por eso lo único que pensé cuando vi a ese bebé fue: «Mi hijo no habría sido tan feo. ¿Por qué está esta niña aquí en lugar del mío?». No pude hallar compasión en mi corazón. Pensé que me lo había arrancado de dentro. Las vidas de los bebés, muertos antes de haber empezado, eran algo común para mí.

Amy Snow fue una espina para mí desde el principio, que contaminó a Aurelia con su repugnante derecho natural y la ofensiva facilidad con la que había llegado al mundo. El matrimonio, el amor, el deber, en las mejores familias no es así. Es más duro. Hay que luchar mucho, es duro de conseguir, duro.

Sabía que el hecho de que la hubiera encontrado en nuestra hacienda incitaría a los rumores. Los cotilleos apuntaban a que era la hija de la amante de Charles, que la habían dejado en Hatville, en la nieve, para avergonzarlo, pero yo sabía la verdad. La vergüenza era para mí.

Todo el mundo hacía conjeturas sobre Amy, mi fantasiosa hija la que más. Pero la verdad era que nadie sabía de dónde venía, excepto su madre. Y yo.

Durante los largos años de mi sufrimiento, como corresponde a una dama de Hatville Court, visité a los pobres: repartí cestas, cortesías triviales. No puedo decir que lo disfrutara. Mi actitud con esas personas nunca fue fácil. Creía que sentían mi incomodidad y me despreciaban por ello. Las diferencias eran abismales.

Sin embargo, logré crear un vínculo con una joven granjera. Ella esperaba con ganas mis visitas y, por mi parte, a mí no me parecían tan incómodas como el resto. Creo que admiraba mi belleza y refinamiento, y ella tenía la aspiración de mejorar.

Sabía que no debía animarla, pues su padre era un lechero y su madre, una donnadie ignorante. El mundo no se lo pondría fácil. No era especialmente bonita, aunque tenía una personalidad abierta y franca y una mata de pelo dorado precioso e ingobernable. Se llamaba Sophy.

Un día, en mayo de 1830, me encontré a la muchacha sola en la casa, muy angustiada. Entre lágrimas me contó su lamentable historia, pronunciado con dificultad una palabra tras otra; estaba embarazada.

El padre era un caballero que se había quedado cerca de Enderby esa primavera. Se encontró con Sophy, que llevaba a las vacas de unos pastos a otros. Le dijo que al verle el pelo bajo la luz del sol había pensado en un ángel, que su sonrisa lo había hechizado. Dudo sinceramente que fuera así. La sonrisa de Sophy era exactamente igual que la de Amy: demasiado grande, demasiado torpe, basta. Sin embargo, él mostró interés por ella y la bobita lo creyó.

Me pone enferma escuchar historias como esa. Qué desalmado tuvo que ser para rebajarse con alguien tan inferior a él.

Este caballero, a quien ella solo conocía como Bradley y que no pude averiguar si se trataba de un nombre o un apellido, se quedó una semana y la sedujo más de una vez.

Sentí pena por Sophy, pues era consciente del horror de semejante acto. ¡Pero no! La chica me dijo que había malinterpretado sus lágrimas. No estaba llorando de horror, sino de aflicción porque él se había marchado. No podía creérselo, pues le había asegurado que se iban a casar.

Había disfrutado cada momento que había pasado con el hombre, me contó.

Y más que nada, le habían encantado las relaciones que habían mantenido, ¡en el pajar, detrás de la vaquería! Había sentido el alma inundada de luz, admitió. Le pedí que se callara, no quería escuchar más. Tenía bastante experiencia en estas cosas y la mera mención de que era algo que podía disfrutarse me parecía obscena. Profana.

Ya era tarde para Sophy, el hecho se había consumado. Pero tal vez no lo era demasiado para su alma, esa alma de la que hablaba tan a la ligera. Le expliqué de inmediato que ese era un acto tan solo reservado para el matrimonio, que hallar placer en él era un tremendo error en una mujer. Naturalmente, le costaba comprenderlo, pues no había recibido ninguna educación. Insistí en que el hijo resultante no le traería más que deshonra y vergüenza.

Le regalé un vestido usado. Su familia lo consideró una enorme gentileza; la talla y estilo ocultaría su cuerpo cuando empezara a cambiar. Cuando se acercaba la hora, le ofrecí un puesto en Hatville para que pudiera llevar a cabo tareas ligeras sin levantar las sospechas de su familia. Cuando naciera el bebé, yo lo llevaría al orfanato más cercano y Sophy podría continuar con su vida normal lo antes posible. Me dijo que quería conservarlo, pero yo insistí. No tenía necesidad de que la marcaran por ello. Sería como si nada hubiera sucedido.

Y entonces perdí mi último y ansiado bebé y me puse muy enferma. Algunos de mis hijos se me escapaban como si fueran un suspiro involuntario. Otros luchaban y batallaban para permanecer conmigo, o al menos así lo entendía yo. El último (estaba convencida de que era un niño) luchó con más insistencia que ningún otro y me dijeron que estuve a punto de morir. Habría muerto con tal de darle vida a él, pero de nuevo se me negó todo.

Cuando fui capaz de vestirme y volver a ponerme en pie, mis hermanas habían llegado y Sophy había desaparecido.

Nunca supe qué había pasado con ella. En una ocasión lo investigué. No había regresado con su familia y nunca supieron de ella. De hecho, parecía que nada hubiera ocurrido. O habría sido así de no ser por la aparición de un bebé desnudo en la nieve, en Hatville.

No pretendo entenderlo. Sophy quería a su hija lo suficiente como para huir

con ella, por muy malo que fuera ese plan. Y luego la abandonó.

Imagino que la asoló una locura nerviosa. Incluso yo he sentido la llamada de la locura que aparece con la terrible experiencia de amar y aferrarte a un hijo cuando todo está en contra. Probablemente perdió la noción de lo que estaba haciendo por lo angustiada que se había sentido las semanas anteriores.

Al principio me pregunté si la niña a la que Aurelia había puesto de nombre Amy Snow sería en realidad otro bebé desafortunado y la elección del momento había sido meramente una casualidad. Pero cuando Amy creció, desaparecieron las dudas. Cada vez que veía su sonrisa fea y torpe, veía a Sophy culpándome. También su melena y cómo se dividía en el centro de la cabeza, era la misma de Sophy, aunque el color oscuro seguramente fuera el de su padre.

Incluso me pregunté, en los momentos oscuros, si Sophy había abandonado a su hija a propósito para que muriera delante de mis ojos, como reproche. Existen muchas posibilidades, supongo, pero no tengo energías para valorarlas todas.

El caso es que esta hija, esta niña pequeña que nunca debería de haber sido concebida, que nunca debería de haber nacido, se abrió camino hasta mi casa para vivir una vida plena y segura delante de mis narices. El momento fue muy cruel, unos días después de haber perdido a mi querido Samuel, mientras pensaba en él en privado. Cada vez que la veía, el dolor se apoderaba de mí. Le dije a Cook que no quería verla nunca.

Funcionó durante un tiempo, era una solución imperfecta, pero funcional. Pero entonces Aurelia, la insistente y terca de Aurelia, la convirtió en su mascota, y luego en su hermana, y el resto es una historia muy amarga.

Ahora Aurelia no está y tampoco Amy. Su marcha es una de las buenas cosas que ha resultado de la muerte de Aurelia. Respiré por primera vez en diecisiete años cuando su obstinada figura al fin desapareció en el ambiente plomizo de un día de enero, hace meses. Pensé que al fin hallaría paz.

Pero los recuerdos de Sophy cobraron fuerza; me acordé de detalles que no había considerado durante años. Eligió los nombres (Flora para una niña y

Nicholas para un niño) a pesar de que le dije que el orfanato le pondría el que quisiera. ¿Por qué me acordé de eso? Me contó que su padre era de Devon y montaba un caballo blanco. Naturalmente. A veces le cantaba al bebé cuando lo llevaba dentro, cuando no sabía que yo estaba cerca. ¿Tendría que haberle cantado yo al mío?

Tal vez esperaba que esos fragmentos de la historia de otra persona me abandonaran si se los transmitía a Amy. A lo mejor ella debía conocer su historia, después de todos esos años de gitanos, princesas, e hijos bastardos de Charles Vennaway. Me dije muchas veces que no le debía nada, que estaba viva gracias a mí desdén. Pero yo sé la verdad.

Cuando Arabella regresó a Surrey con la noticia de que había visto a Amy Snow resplandeciendo como un rubí en un baile en Bath, supe que tenía que ir a buscarla, solo esta vez, y contarle lo que sabía, si podía.

No me creo en absoluto la afirmación de Arabella de cómo había conseguido su fortuna Amy. Mi hermana es una boba. Estoy segura de que Aurelia le dejó una buena herencia; sin duda, se esforzó mucho por ocultarlo. Estuvo bien que lo hiciera, pues Chales se hubiera opuesto. Privado del linaje, está más interesado que nunca en el dinero. No puede importarme menos.

No he visto a Amy Snow. Sé que no volveré a verla, lo siento en lo más profundo de mi ser. Tal y como siempre he deseado. La vida que me espera es estéril y dura, pero siempre ha sido así. Se ha cerrado el capítulo.

He regresado sin haber compartido lo que sé, pero en realidad es una historia mundana; como secreto, no es original ni interesante. Después de todo, ¿qué es si no la historia de un bebé oculta para siempre?

Agradecimientos



Estoy tremendamente agradecida a todos los profesionales impresionantes y de talento a los que he «ganado» gracias a la competición *Seach for a Bestseller*. Nunca habría deseado a nadie mejor con quien trabajar o que trajera por mí al mundo a *Amy Snow*. Un gracias ENORME y sincero a TODOS los miembros de Furniss Lawton, Quercus, Plank PR y WHSmith por su pericia, apoyo y la cálida bienvenida que me han ofrecido. Gracias especialmente a mi inspiradora agente Eugenie Furniss y a mi brillante editora Kathryn Taussig. Y, por supuesto, a Richard y Judy.

Gracias también a Therese Keating por ser la primera del grupo de la competición en leer y querer a *Amy*.

Muchas gracias y mucho cariño a mis lectores, que fueron quienes me animaron durante el proceso de escritura y me han bendecido con un entusiasmo y comentarios valiosísimos: Wendy Hammond, Ellen Pruyne, Marjorie Hawthorne, Andy Humphrey y Jane Rees (alias mamá).

Gracias también a mis otros amigos de Swansea y Londres que me han apoyado y animado de tantas maneras durante el último año. Lisa Mears, Cheryl Powell, Karen Wilson, Patsy Rodgers, Lucy Davies (¡compañera de investigación!), Kathryn Davies, Sarah Cole, Anna Hunt, Stephanie Basford-Morris, Rosie Stanbridge, Ludwig Esser, Jacks Lyndon y Bethan Jones: vuestra

amistad y lo increíbles que sois hacen de mi mundo un lugar mejor y más valioso y hacen posible que haga lo que hago.

Me gustaría agradecer a York Writers, un grupo de escritura con mucho talento y muy motivador, por apoyar mis sueños literarios y por ser los primeros en comentar las primeras páginas de *Amy Snow*.

Por último, pero no por ello menos importante, gracias a mis maravillosos y siempre alentadores padres, sin los cuales probablemente nunca hubiera visto el folleto de la competición y Amy tendría aún seis páginas.

Los siguientes libros han sido valiosos recursos que me han ayudado a comprender el contexto de la vida y la época de Amy:

Judith Flanders: *The Victorian City*. Atlantic Books, Londres 2012

Ruth Goodman: *How to Be a Victorian*. Penguin, Londres 2014.

Michael Paterson: *A Brief History of Life in Victorian Britain*. Robinson, Londres 2008.

David Turner: *Victorian and Edwardian Railway Travel*. Shire Publications, Oxford 2013.

The Railway Traveller's Handy Book 1862: Hints, Suggestions and Advice for the Anxious Victorian Traveller. Old House, Oxford 2012.

Descarga la guía de lectura gratuita de este libro en:

<https://librosdeseda.com/>